ISRAEL GUTIÉRREZ COLLADO
EL SÉPTIMO ÁNGEL
CRÓNICAS ARCANGÉLICAS

EL SÉPTIMO ÁNGEL

Israel Gutiérrez Collado

A Sanson, mi primer alma entre las bestias

Prólogo

CON OJOS DE ARCÁNGEL

Lo encontré tirado bajo un puente, con los ojos fijos en el mundo del que aún formaba parte. No sabía su nombre. «Es un muchacho joven; no temas, eres piadosa, anúnciale quién eres», me dijo su alma. Yo no podía dejar de mirarle. Abrí mis grandes ojos ardientes y me dejé caer despacio mientras estudiaba a este humano de rasgos apuestos; tenía el cabello moreno, libre, partido al medio, con un flequillo indomable que le tapaba los ojos. Su nariz era gruesa. Las aletas se abrían ligeramente al respirar sobre una boca muy fina, de la cual surgía un aire desbocado. La mandíbula atrajo mi atención, pues era de una simetría perceptiblemente fuerte. Parecía haber estado largo tiempo presionada contra algo concreto. No sé qué, exactamente; me viene a la mente un instrumento. De pronto, se movió hacia adelante, gritó el nombre de una mujer y volvió a serenarse. Observé sus lágrimas. Bajaban de sus ojos como dos nubes negras. Quise acompañarle en el llanto, pero no pude. Dios no nos hizo para llorar. Le toqué la mano; era delgada y suave. Tenía la piel húmeda. En verdad me gustó y deseé quedarme; su dolor había logrado encender mi curiosidad.

Pero algo extraño habitaba en él. Los espíritus que allí se habían congregado lo veían hundido en una tristeza abrumadora. La muerte lo había arrojado a mis pies esperando a que yo lo matara, y él se había entregado obscenamente a ella. La deseaba. Me recordó a alguien. Alcé los ojos; no cesaba de buscar su halo entre las nubes. «Puede que duerma en algún lugar». Sentí que luchaba. Allí donde mirara, veía los truenos enzarzados en la penumbra. Deseaba la respuesta. Yo, que experimentaba verdadera curiosidad por este humano, traté de hacerle hablar con el tono imponente de un trueno. Después, me reubiqué tras él y contemplé a gran velocidad su vida a través de mis ojos.

El muchacho había volcado su corazón en encontrarme hasta perderlo. Yo le conocía. Quería volver a tocarlo. Estiré la mano, pero él se protegió de mí cruzando los brazos. Me levanté y di la vuelta hacia el otro lado. Nos encontramos cara a cara y estuvimos así un buen rato. Entonces quise envolverlo con mis alas. Las dejé caer muy despacio, tratando de no lastimarlo. Él no hizo nada, ni siquiera tembló. ¿Por qué? Acerqué mi rostro. Era gigante en comparación con el suyo. Enseguida supe lo que estaba pasando: «Ninguna alma mortal puede verme». Ignoro el porqué de esto. Decidí apartarme y observar, consciente de que el amor me ayudaría a recordarlo todo. Era cuestión de tiempo. «¿Por qué quieres morir?», le pregunté en voz baja, dirigiéndome a su alma. «Te encuentras en edad de plenitud. Si arrancas tu dolor, te quedarás sin pasado», le advertí. No respondió. Parecía sentirse avergonzado; quería salir de todo aquello definitivamente, mas no podía. Miraba a todas partes enrabiado y buscaba la luz por encima de mi hombro. El muchacho degeneraba en una guerra que no le dejaba salir del pozo.

Por fin me pareció ver algo. Entreví una pequeña claridad en la oscuridad. Ahora, su duda estaba dispuesta a caer. Esto provocó que se relajara, al menos por un instante; el suficiente para que el cuerpo se laxara, la carne se abriera y la sangre me revelara la ubicación exacta de su alma. Y estaba ahí mismo, al alcance de mi mano. Tan solo tenía

que tensar los dedos y poseerla. No obstante, me quedé mirando sin hacer nada, pues ciertamente resultó ser asombrosa; era grande y blanca, oscilaba bajo una corona de llama azul; tenía la cara pálida; resonaban en su núcleo los cánticos del cielo; brillaba viscosa en el «Altar de los Holocaustos». «El mundo es alma, ya que es el recipiente que guarda el desarrollo de la vida». El reflejo de la misma me reveló que tenía una enorme brecha en el núcleo. Estaba así por culpa del continuo desorden de sus pensamientos. Anhelaba amor. El dolor la hacía irresistiblemente atractiva para mí. No podía contenerme. Pero las siete potestades que están siempre en lo más alto acechando el alma aparecieron en el instante en que me disponía a arrancársela. Entonces ocurrió algo que me produjo una fuerte turbación y, de pronto, quería contarle todos mis secretos. Retrocedí inmediatamente y miré a mi alrededor. Entendí mi posición. «Ahora comprendo», me dije. Había perdido por completo toda la noción de mi memoria; una sensación muy extraña: «Estaba empezando a recordar». Mi mano cayó deslizándose hacia mi espada, empero ya no estaba allí. En lugar de la armadura blanca que solía protegerme, había una túnica de lino puro, la cual «me exponía claramente ante mis enemigos», pensé. Aunque no los recordaba. No sabía quiénes eran… aún. Estaba en el principio. ¿Por qué? Si yo soy «El Ángel de la muerte».

En aquella desconcertante situación sobrevino la noche. El joven se levantó y se alejó de mi lado a toda prisa. Su alma me rogó que lo acompañara. Así hice. Seguí a aquel humano hasta su casa, entre la lluvia, bajo un espectáculo de truenos que se remontaban por todo el cielo hasta los confines. Me llevó a un lugar humilde; no me sonaba nada de todo aquello, pues se veía nuevo y a la vez viejo. Quise acercarme más a esa casa pero no entré; permanecí fuera, frente a la puerta de hierro, en la forma de una estatua, completamente inerte tras la lluvia. Buscaba mis respuestas. En ningún caso podía llegar a imaginar que me hallaba en el pasado; he visitado este recipiente muchas veces; he sido testigo de muchas épocas. Me convertí en arcángel por obra de Dios, aunque tampoco podía recordar cómo. Lo único… Sé que me habían elevado a los cielos en alguna luz y, al volverme, ya no sentí nada más.—¡Yo soy Apolión, el Ángel de la Muerte, Arcángel del Señor! —grité de improviso. Todo esto lo recordé confusamente, pero seguía sin responder al porqué de mi presencia en esta época. Así que entré en la casa sin esforzarme y en un instante me vi delante de él, a los pies de su pequeña cama que estaba justo en el centro de la habitación. No hice un solo movimiento. Me quedé de pie, observando su cara rígida y sus manos aferradas a la sábana. El humano me pareció hermoso. Podía llegar a entender por qué la muerte no había podido llevárselo. «El destino te ha reservado para mí», le susurré. Me pregunté si podía poseerle e indagar hasta lo más profundo de su vacío. Abrió la boca de repente; la tentación estaba ahí mismo. Momentos después se materializó aquello que llevaba arrastrando desde mi caída. Miré hacia arriba y fui bajando los ojos lentamente, persiguiendo el sonido que hacía temblar las paredes. Eran sonidos guturales; yo los conocía. Fui siguiéndolos al tiempo que me alejaba del joven que me había traído hasta esa casa, y aún con la desconfianza que me inspiraban aquellos bramidos que se intensificaban en la negrura, me sobrepuse y avancé despacio por el frío suelo polvoriento. Entonces, un horrible pensamiento se revolvió en mi espíritu; me dije: «No puede ser». En ese instante caí. Yo

no debería estar aquí. Con este pensamiento terminó la noche antes del alba. Luego emergió el lento compás del amanecer a un paso de la ventana. Pude ver qué había más allá del cristal; sobre un terreno áspero, diseminado por interminables campos angostados, la Tierra parecía estar a punto de abrirse. Tuve una visión: «En el año 3999 d. C. me encontraré en el Valle de Jezreel. En ese mismo día, todo el mal vendrá hacia nosotros para hacernos la guerra». Hasta que no sentí a los demonios nuevamente a mi alrededor, no fui consciente de ello. Dentro de la habitación, desde la medianoche hasta la madrugada, esperaban ansiosos a que al muchacho le ocurriera todo lo malo.—No temas —le decían, removiéndole los sueños—. Sigues vivo porque no hay estima en tenerte.

Vi la época en la que me hallaba e inmediatamente supe que no cesaría hasta cambiar y derrumbarse. Vi a los humanos caminar tranquilamente sin tener que esforzarse para sobrevivir. No había muertos que se levantaran en la noche, ni demonios que se manifestaran tratando de descuartizarlos. Todos se encontraban ocultos, encadenados a observar hasta que se abra el vínculo de carne y sangre; el Aku-asaki-lit, y esto es: «Ya sea que la luna muere». Y se abrirá, a poco de concluir la última de las grandes guerras. Lo sé porque ya he estado allí; los demonios despertarán a los muertos y «Él» los convocará. Entonces Dios nos enviará a nosotros para preparar el camino del que ha de venir, porque en verdad somos los ojos de la humanidad, su luz y su guía. Asentí, pensando en lo que tenía que hacer aquí. En el uso que debía darle a mi regreso. Dios me había enviado cientos de siglos atrás porque mi espíritu tenía que ser destruido. «Estoy dispuesta». Estoy tan cerca que siento la solemnidad del pozo sin ninguna luz. En verdad no es él, soy yo quien debe morir. He caído en esta época porque anhelaba. Todo cuanto podía hacer era esperar a que mi extraño humano volviera a mí. Tú me has llamado y yo he acudido a ti. He aquí que te haré tan fuerte que nadie volverá a contaminarte. Y aquí me detuve. No me había equivocado: su presencia era mi muerte. Se parecía tanto a aquel que ya conocí «más de una vez », que no le dije nada. Tenía frío por primera vez. «¿Y ahora qué?», pregunté. Me di cuenta de que esta había sido mi elección. Mi luz se iba apagando. Estaba lejos de Dios y no podía luchar contra esto. Cerré los ojos y volví a verlo delante de mí, tan puro, tan mortal, tan frágil como lo había sido antaño. «Tú eres mi igual en el mundo, quien ha inspirado mi regreso», le hablé. «Ahora sé quién eres; con toda claridad puedo verte. Tuviste muchos nombres, pero yo te conocí como Víctor».

Será la última vez que vea el mundo con ojos de arcángel. Ahora ya sabes lo que necesito de ti. Tú contarás mi historia y yo te daré el conocimiento para sobrevivir. Tenemos que decirle a la humanidad con gran voz que está en grave peligro. Su alma, por la que lucha cada día, va a arder. La Tierra se encuentra, en verdad, dentro de un gran agujero negro.

Amén

APÓCRIFO IV
LA LLEGADA
4 DE ABRIL DEL AÑO 33 dC

Lelya bishà

Antes de dejarse caer sobre el terreno, contempló el cielo y vio que la luna estaba a punto de ser atravesada por una lanza de nubes negras. Era un hombre maldito, uno de esos que deambulan por la senda de la muerte, debilitado por la culpa. Condenado, arrastraba los pies hacia el Monte Sión desde la Ciudad Alta. Los pastores que transitaban en la madrugada se iban apartando a un lado y otro del camino con piadoso temor. Nadie pensó en pararlo ni en ayudarlo. Todos veían subir al leproso tambaleándose, languideciendo en una muerte lenta.
A cada paso, el viento zarandeaba su pobre melena negra ondulada por la que pululaban grandes copos de arena, los cuales, caían finalmente de su decrépita cabeza para terminar fundiéndose en el olor a podredumbre que desprendía su ropa. Sentía que caminaba entre tinieblas. Podía ver en la oscuridad todos aquellos ojos que se paraban a vigilarlo. Desde la muerte de Cristo habían estado hostigándolo. Las criaturas de la noche no se separaban de él, viajaban espectrales aferradas a sus muñecas, escupiendo todo el odio, la cólera, los rencores y la desilusión por no haber podido convencer al Mesías.
De repente, sintió un picor en el brazo. Comenzó a rascarse cada vez más fuerte. Pronto asomó la herida, pero siguió clavando las uñas sin ningún dolor hasta que despegó una tira de carne. Parecía la muda de una serpiente. Miró su piel con asombro mientras hacía sonar en el puño contrario una pequeña bolsa con treinta siclos de plata. Giró el cuello repentinamente a un lado. Había escuchado su nombre. Buscó esa voz entre la tierra baldía. Levantó los ojos vidriosos. Repasó la silueta mortecina de los olivos bajo el amanecer. De súbito, notó el golpe de una piedra en mitad del pecho. Acompañaron las risas de los niños. Se burlaban de él. Sentía que le lanzaban piedras. Salió huyendo desesperado, protegiendo la cabeza con las manos. Los niños lo persiguieron cuesta arriba.

—¡*Yehuda, mah abadt?!* —Le gritaban.
(“Judas, ¿qué has hecho?”)

Se derrumbó. Cayó después a plomo. Su cabeza chocó contra una piedra.«¿Mah lejá le-saper juqay, va-tisa beritî aléi pija?», lloraba amargamente. ("¿Qué tienes tú que recitar mis leyes y tomar mi pacto en tu boca?"). Estaba arrepentido. Habían pasado siete días desde que se presentara ante el Sanedrín para entregar a Jesús. «Por treinta siclos de plata». Abrió los ojos, unos grandes ojos verdes. Se incorporó bruscamente y miró en la oscuridad como si no amaneciera. Cantó el gallo.

—¡¿Aika itái haqlá den?! —Preguntó Judas, tapándose las orejas.
("¿Dónde está ese campo?")

Solo tuvo que volverse. Vio que tenía delante al árbol más grande y viejo de todo el Haqel Dama. "Campo de Sangre".

—Cayafas —maldijo y lloró de rabia.

Las voces habían acallado por completo. Ya no volvieron a retumbar en los oídos de Judas. «Por fin, silencio», pensó. Se había quedado solo. El viento soplaba fuerte, barría la arena debajo de las piedras. De manera inesperada, sus rodillas estaban tocando la

cuerda de una mula. Se le pasó por la cabeza morir en la propiedad de los sacerdotes; maldecir aquella tierra con su nombre.«No así, no ahorcándose. Esta era una muerte desagradable», se dijo Judas. Pero la imagen de Jesús en el Gólgota, siendo golpeado por legionarios, le hizo cambiar de opinión. Iba a vengarse del Sanedrín infundiendo el terror del fantasma colgado. Una siniestra imagen para perturbar los sueños de muchos.
Así que tomó la cuerda y la fue tensando nervioso, temiendo desfallecer ahí mismo y rodar sobre la pendiente abrupta como un miserable. Acto seguido, la lanzó por encima de un tronco y la volvió a tensar, haciéndola pasar entre los dedos hasta que finalmente quedó rígida. Por último, se subió a la rama. Los demonios volvieron a elevarse en su consciencia. Sus voces fueron caldeándose sin interrupción. En el momento en que Judas puso la cuerda alrededor de su cuello, oyó cómo se alejaba el ruido de los demonios al tiempo que llegaba un coro celestial. El amanecer estaba próximo cuando Judas saltó y se rompió el cuello. De súbito, los dedos se abrieron para soltar la bolsa. Treinta monedas de plata se derramaron a los pies del colgado. Al alba, se escuchó el Shofar desde el Templo por encima de la cabeza del fantasma.

Saphra

Todos los que estaban en casa de José oyeron caer repentinamente las monedas de Judas. María Magdalena abrió los ojos de repente y se incorporó de súbito. Se había quedado dormida en una estera, ante una vetusta mesa cuadrada cubierta con un lienzo blanco. Buscó a la otra María con los ojos para saber si ella también había visto en sueños la imagen del colgado. María, madre de Cristo, le devolvió rápidamente la mirada. Se encontraba al otro lado de la mesa.

Juan suspiró angustiado. Vigilaba de pie junto a la ventana los acontecimientos que iban sucediendo fuera.

—¡¿Qué ocurre?!—Le preguntó Miriam.
—El Sanedrín ha hecho salir a los guardias y alguaciles del Templo. Preguntan a todo el que pasa si saben algo de nosotros. Nos están buscando —respondió Juan sin sacar los ojos de la ventana.
—No te asomes demasiado —le advirtió María, madre de Jesús.

Al contrario de Pedro, que era un hombre corpulento e impulsivo, Juan era magro y paciente; el más joven de los discípulos. De aspecto soñador y apacible, poseía gran serenidad y confianza. Había abandonado su oficio de pescador en el mar de Galilea para seguir al Mesías. No había casi comido en dos días. Estaba preocupado por los demás. Antes de salir, José de Arimatea les había contado que a Pedro lo habían visto por última vez caminando entre una multitud alborotada. Lo que ninguno sabía era que Nicodemo había interceptado a Pedro cerca del patio, y que lo mantenía oculto en su casa del Sanedrín de Jerusalén y de los fariseos junto a: Andrés, su hermano; Simón el Zelote y Santiago, hijo de Alfeo.
María Magdalena, que solo hablaba arameo, se levantó preocupada y caminó directamente hacia Juan. La que fuera salvada por el Mesías, de la lapidación, tenía la tez morena y era de apariencia frágil. Sus ojos, verdes, resultaban terriblemente cautivadores. Su larga melena negra le caía ondulada, mansa, sobre sus delgados

hombros delicados. Parecían los de una niña. Su nariz, chata, y su boca pequeña, en una sola pincelada con trazo dulce, angelical, otorgaban a María Magdalena un aura pura.

—¿Le-aykā azál Yosef? —Preguntó asustada.
("¿A dónde ha ido José?")

Tahar

A primera hora de la mañana, Jerusalén era un hervidero de voces. José de Arimatea, persona ilustre y miembro del Sanedrín, cambió de calle. Abandonó el mercado e intensificó los pasos sobre el empedrado. No se veía gente. Mientras avanzaba, oía las voces de los guardias al otro lado del muro. Preguntaban por aquellos que habían acompañado al Mesías. «¿Dónde están las ovejas ahora que ya ha muerto su pastor?». Se apoyó en la piedra. Estaba cansado. Cuando recobró el aliento, clavó los ojos en el largo y estrecho recorrido hacia la Fortaleza Antonia. En el muro frontal había un boquete por el que se colaba la gente. José entró por aquí. Sorteó el montón de piedras y se presentó ante la guarnición romana, haciendo el saludo pertinente.
Los soldados no se molestaron. Estaban habituados a que la gente usara el boquete como paso para acceder a la calle de las Aguas. De otro modo, tendrían que circundar los cuatro muros de la fortaleza. (Los judíos llamaban a la fortaleza por su antiguo nombre antes del asentamiento romano: Baris)
José de Arimatea cruzó todo el *lithostrotos* de mármol blanco por delante de los romanos. Saltó a la calle de las Aguas y se introdujo en la corriente de personas que empujaban hacia el estanque de las ovejas. A poco de finalizar el tramo, volvió a cambiar de calle para no toparse con los guardias del Templo. Tenía miedo. Miraba a su espalda constantemente mientras se esforzaba por alcanzar la muralla próxima a la sinagoga. Iba en busca del Prefecto. Quería pedirle a Pilato el cuerpo de Jesús. Solo pensaba en esto. Recorrió lo que quedaba de calle con la mirada fija en el suelo. Oyó el arrastre de unas sandalias. Levantó rápidamente la cabeza y advirtió que se aproximaba un nuevo grupo de soldados encabezados por Petronio.
José conocía a Petronio. Este centurión había servido en las campañas de Germánico en el año dieciséis. La batalla de Idistaviso le costó un ojo. En mitad del fragor, puso el río Elba entre él y el caudillo Arminio. Sobre un montón de cadáveres, guerrearon hasta que la luna iluminó sus perfiles. Entonces Arminio hizo caer la maza. Petronio la esquivó, pero el canto le arrancó suavemente un pedazo de cara. Las secuelas quedaban a la vista. Vio que era José y se acercó solo. A cada movimiento, golpeaba en su muslo el vitis.

—¿Eres tú Yosef, el de Arimatea? —Le preguntó acercándose.
—Yo soy, noble Petronio. Nos conocimos en Gabala.
—Sí, lo recuerdo. No era más que un miles —reflexionó pensativo—. ¿Adónde te diriges con tanta prisa? —Volvió a preguntar, enérgico.
—A ver al Prefecto, noble Petronio.
—¿Acaso vienes con información? Dámela a mí, que yo se la llevaré a él.
—Está prohibido dejar en Shabbat a un condenado en la cruz.
—¿Quién lo prohíbe?
—Son vuestras leyes también.
—¿Estás seguro? —Replicó Petronio.

José no le pudo contestar. Se había quedado parado observando el cielo. Las nubes se retorcían como en una poderosa tormenta por encima del hombro de Petronio. Mientras esto ocurría, el centurión examinaba a José pensando en el favor que el decurión le había hecho años atrás. «Mejor que lo deje pasar no sea que hable ahora mal de mí al gobernador», determinó Petronio. Completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo en el cielo, se apartó a un lado y dejó pasar a José.

«La furia de Elohim», pensó el de Arimatea. Hizo ademán de contarle a Petronio lo que estaba viendo. Pero enseguida vio que este se volvía hacia sus soldados y les hacía una señal con la cabeza para que le abrieran paso. No era momento de formularse preguntas que no tenían respuesta. En cuanto vio libre el pórtico, continuó yendo a través del empedrado hacia la puerta de las Aguas sin que una lanza se opusiera. Cuando volvió a mirar a Petronio, este ya se encontraba lejos. Se limitó a observarle mientras la guarnición cambiaba de dirección y ponía sus sandalias en la escarpada de Siloé. Entonces resopló aliviado. José de Arimatea obraba un plan bien elaborado. Para llevarlo a cabo, primero tenía que convencer a Pilato de que era mejor bajar a Jesús de la cruz. Decidido, tomó el camino contiguo hacia el Valle Ancho y ya no lo abandonó. Allí se acordó del Mesías; pensó en todos los nuevos prodigios que el mundo se perdería.«¡Cuánto mal hay en la eretz, Adonai!», murmuró, al pasar por delante del estanque y comprobar que la ejecución del Nazareno no había despertado ningún tipo de revolución en el corazón de la muchedumbre. El Rabí había resucitado en las almas de todos aquellos que lo habían conocido, y de esos, una parte todavía lo odiaba. Con este sentido acongojo, llegó la corriente diaria de la vida en Jerusalén, la cual estalló nuevamente en los oídos de José.

Ya desde el estanque, de donde procedía un gran alboroto, las mujeres de los pueblos que venían a recoger agua; los tullidos sedientos que bajaban a beber del Guijón; los niños que se burlaban de los mismos atormentándolos con palos y piedras; algunos repudiados por los sacerdotes, «Am ha’aretz», que se dejaban ver por allí; campesinos, ignorantes de la ley, según Cayafas, que habían ido a remojar las manos y los pies, se convertían cada mañana en un espectáculo para romanos y guardias del Templo, los cuales acostumbraban a que el estanque estuviera siempre lleno de gente a fin de encontrar la mofa fácil en las continuas disputas cotidianas, que se producían a diario por querer entrar primero. Entretanto, José circulaba inclinado, pasando cabizbajo entre las gentes que subían y bajaban del Templo y de la Ciudad Baja. Pasó mucho rato andando, atravesó toda la angostura, cubriéndose de polvo. Ahora tenía la fachada del Palacio de Adiabene a su diestra, asomando por encima de las casas de adobe sobre cimientos de tierra, y el viaducto que conducía al núcleo urbano de la ciudad, atravesado desde su cara oeste por el Gai (Cauce del Tiropeón), a su siniestra.

José de Arimatea sintió la creciente población a poco de alcanzar el Valle Ancho. Agotado, se sentó sobre una piedra, viendo pasar a todo tipo de personas extrañas y misteriosas. El estómago le rugió. «Sigue», se alentó, sumergido en el enjambre de la muchedumbre y con fuertes dolores en la espalda. Quiso levantarse, pero de pronto, distinguió una imagen. Vio a uno que estaba de pie, a lo lejos, observándole. Le pareció que había algo siniestro en él. No llegaba a apreciar su rostro con claridad. José se incorporó lento, pausado, extremadamente cauto. En estas, vio que el transeúnte se acercaba. Vestía igual que la muerte, tenía el semblante como traslúcido. Olía a azufre. Jornaleros y comerciantes se cruzaban en su camino sin que la criatura les prestara la más mínima atención. Parecía tener un claro objetivo: José.

El de Arimatea se echó rápidamente al suelo, cerró los ojos y se puso a orar a toda prisa la oración que el Mesías había revelado a sus discípulos. Intuía claramente que era el

demonio. Pidió a Elohim que lo rechazara. Rezó sudoroso, con los dedos entrelazados:—«Abuna di bi-shemaya, itqaddash shemak...».
("Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…")
De pronto, sintió una mano sobre el hombro. José se apartó asustado creyendo que era Satanás. Cuando levantó la cabeza y miró, vio delante a un hombre bajo; de pie, barbudo, observándole fijamente desde otro ángulo. Las moscas revoloteaban a su alrededor. Estaba tan desorientado como José. Se quedó un momento estudiándolo. Ya no era el ladrón asesino que pululaba por los alrededores del Templo. El extraño le sonrió como si fuera su amigo.

—¡Bar-Abbâ! —Exclamó José, impactado.

Barrabás asintió inspirado, risueño, igual que un niño. Sus ojos compungidos enunciaban que ya no era el mismo. Su nariz era enorme, tenía los párpados caídos; la boca gruesa y desdentada; el cabello negro alborotado. Traía el semblante de Judas, con la piel tostada y llena de pústulas. De repente apretó los ojos. Su expresión cambió por una de puro dolor. Oía voces en su cabeza. Los niños se estaban burlando de él. Se reían de sus crímenes. «¡¿Mah abadt, Bar-Abbâ?!».
("¿Qué has hecho, Barrabás?")
Salió corriendo, huyendo calle abajo. José no dejó de mirarlo hasta que se perdió en el barullo. Se había olvidado de Satanás. —Yeshúa —susurró. No había más tiempo que perder, era menester continuar. Caifás pretendía demostrar que aquel no era el hijo de Dios sino un hombre corriente de carne y hueso; y para ello, contaba con que los romanos dejaran el cuerpo clavado en la cruz el mayor tiempo posible a modo de «mesías no resucitado», murmuró. Así que se levantó y emprendió camino hacia el Pretorio. Se presentó frente a la escalinata del mismo, a cuyos pies se encontraba el romano Menáber, centurión de la cohorte Itálica, que en ese instante contemplaba el cielo con gesto serio y brazos en jarra.

—Salve, Centurión —interrumpió José, sacando a Menáber del ensimismamiento.
—¡Yosef, amado amigo, salve! —dijo Menáber efusivamente, acercándose—. ¡Oh, Yosef! ¡Quería verte! —prosiguió, abrazándolo—. ¡El Imperio debería honrarte por lo que haces a pesar de ser judío! ¡Los dioses te han otorgado el alto honor de servirnos! Espero que me agradezcas que recomendara tu plumbum. Mil gracias te sean dadas, nuestros barcos navegan favorables y atraviesan viento bravo. ¡Mi hijo pronto estará de regreso! —comenzó a vociferar Menáber mientras se quitaba las moscas de encima con el vitis.
—¡Oh, Menáber, amigo! Es una buena noticia. Pero escucha, te ruego, pues, me lleves ante el Prefecto —pidió José.
—¡Entonces es cierto! —Se apartó—. Has liberado a tus esclavos.
—Así es —respondió José, esbozando una pequeña sonrisa.
—¡¿Por qué?! ¡¿Acaso no obedecen tu autoridad?!
—Yeshúa lo dice.
—¿Quién es ese Yeshúa? —Preguntó Menáber, llenándose de sorpresa—. ¿El que está en el madero?

Las moscas seguían incomodándole.

—Menáber, amigo mío, honesto centurión. ¿Por qué no me haces ver al Prefecto?

Menáber examinó a José de arriba abajo. Arrugó su rostro. Ciertamente estaba decepcionado.

—¡Acompáñame! —Dijo severo.

Menáber sacó a Yosef de la plaza y lo guió a través de un profundo barranco que tenía enfrente, por el que transitaba toda la muchedumbre. Subiendo, en una esquina, divisaron a otro centurión llamado Cornelio. Este espigado romano de facciones visiblemente rígidas perteneciente a la cohorte Itálica, al igual que Menáber, se limitaba a observar el tráfico con cejas fruncidas y manos pegadas a la espalda.

—Ahí tienes a Cornelio, dile que vas de mi parte.

El rígido Cornelio se encargó de José, acompañándolo en la hora sexta. Anduvieron largo. El día se estaba extrañamente cerrando cuando llegaron a la Fortaleza Antonia. José de Arimatea no podía dejar de mirar el cielo. Ahí arriba estaba pasando algo.

—Dime, ¿a qué viene que mires tanto el cielo? —Preguntó intrigado Cornelio.
—No es nada —respondió José, mientras retiraba el manto hacia atrás y dejaba al descubierto el Talit de cuatro puntas amarradas por los tzitzit, que era la vestimenta del fariseo.

En estas apareció la guardia. José bajó los ojos para que los romanos no se sintieran insultados. Siguió a Cornelio sin sacar la mirada del suelo. Juntos entraron en Baris, cruzaron el patio enlosado del Gabbatha, rodeado de columnatas, en dirección al pretorio. Mientras se dirigían a ver a Pilato, vio José bocetos de los Juegos de la Suerte en las columnatas del peristilo realizados a punta de pugio por soldados romanos abatidos de aburrimiento. Caminando en el tiempo, prosiguieron. José dirigió una rápida mirada hacia arriba. Vio un gran agujero negro retorciéndose en el cielo, semejante a una antorcha. Jerusalén ignoraba lo que estaba sucediendo. La multitud creía estar asistiendo a los prolegómenos de otra tormenta de arena. No era motivo de discusión, de momento, tampoco llamaba mucho la atención, puesto que se hallaba lejos. Solo se habían dado cuenta unos pocos, entre ellos José, al que cada vez le costaba más avanzar por culpa de la tensión y de la tremenda carga que había adquirido el lugar tras la sentencia y muerte del Nazareno, sobre todo cerca del aljibe. Entonces Cornelio se detuvo y miró a José volviendo la cabeza con aire de superioridad. No le dio reprimenda. Permitió que el fariseo se tomara su tiempo observando atónito uno de los bocetos de la primera columnata diestra, bajo el arco del pórtico que conducía hasta el pretorio. Era la representación de un hombre con una corona de espinas, el cual estaba siendo flagelado por los romanos. José fijó la vista en la inscripción: «IESVS NAZARENVS REX IVDAEORVM». El ladrido de los perros de guarda lo devolvió a la Tierra.

—¡Callaos, callaos de una vez! —Se oyó tras la columna.

Pero los perros no cesaban de ladrar al cielo. Ni las palizas de los romanos lograban acallarlos. Había alguna cosa allí arriba que los ponía histéricos.

Sha'at sheba

—¡Nuevamente los perros! —se quejó Pilato desde el balcón—. ¡Vae! —maldijo. Dio media vuelta, regresando a la sala del Pretorio.

Nada más entrar retiró bruscamente la silla curul y se sentó en un rincón ante una mesa de mármol. Se tocó la frente. Le dolía mucho la cabeza. Llevaba toda la mañana dándole vueltas a la crucifixión de Cristo. El "circo" del Sanedrín sin duda había colmado su paciencia. Ya no lo soportaba. Ansiaba irse de Judea por culpa de los judíos. «¡César, cómo los desprecio!». Estos le ocupaban todos sus pensamientos. No podía librarse de ellos. Se sentía terriblemente aislado con la única compañía de su esposa. Le faltaba valor para decírselo a Tiberio. No dejaba de pensar en cómo, finalmente, la situación de descontrol entre las facciones le había devorado la moral hasta dejarle exhausto; convertido en una figura solitaria y demacrada.
Los romanos veían en el Prefecto a un hombre consumido; excesivamente pálido y delgado; con la nariz curvada acabada en filo; una cabeza calva surcada por viejos mechones; unos ojos apagados, sin brillo, hundidos en la desconfianza y el recelo. No había vitalidad en él. Llevaba siete años como gobernador de Judea tras relevar a Valerio Grato. En sus inicios fue más militar que político; ahora, solo quedaba el político. Y como tal, se exprimía pensando en cómo le iba a explicar a Tiberio lo sucedido. En esto pensaba cuando apareció Marcio, un miles de la guardia, con José de Arimatea a su lado.

—¡Ave, Pilatus! —saludó Marcio.
—Ave —dijo el Prefecto. Miró a José—. Haz entrar a este hombre —prosiguió con voz rotunda. Acomodó la toga sobre el hombro y ordenó: —¡Y ofrécele agua con oxícrato!

Marcio se fue a por la bebida.

—Ah, si me permites ser franco, no puedes imaginar lo reducido que me encuentro por permitir que te creas mi igual, José. Asumiendo la condescendencia, te concedo la palabra.
—Siempre fuiste generoso y respetuoso con las leyes, noble Prefecto —comenzó diciendo José.
—No siempre —replicó Pilato pensativo. Llevó los ojos a la entrada. Vio que Marcio había hecho entrar al esclavo con un cuenco de terra sigillata que contenía agua mezclada con vino agrio. Luego de ofrecérselo a José y que este bebiera del mismo, recogió la vasija con ambas manos y abandonó la estancia acompañado de Marcio. Entonces habló José:
—Permite, Pilatus, que me lleve el cuerpo para darle sepultura.
—Comprendo tu situación y comparto lo que temes. Lo tuyo, tuyo es —pausa—. Sin embargo, después de informarme del comportamiento de Ananás y de su yerno, Cayafas, me inquieta que puedan alentar a las facciones sicarias de modo que las hagan levantarse contra nosotros —añadió.
—¡Se ha cometido un proceso injusto! —se indignó José.

Pilato oscureció el rostro. Echó los brazos hacia atrás y colocó los nudillos en garra sobre el cartibulum de mármol. Una alargada sombra le atravesó los ojos. Parecía César. El tirano estaba retornando.

—Prefecto, ese que estaba con Yeshúa y le entregó, el Iscariote, de nombre Yehuda, que estaba celoso de él, fue en verdad puesto por los dirigentes del Templo, y esperaba la oportunidad para entregároslo —contó José, rebajando el tono.

Pilato, que creía a José, se sintió engañado por los judíos.

—Cuando vio Cayafas que entre los discípulos había uno que era su pariente, le emplazó a hablar con él y le preguntó: «Tú, que no has obedecido mi voz, ¿por qué sigues a este que se declara hijo de Elohim?». —Contó José—, y Yehuda en persona se comprometió a venderlo. ¡Oh, noble Prefecto Pilatus, salvador de las leyes! Oí cómo en casa de Ananás se produjeron falsas acusaciones contra el que tienes clavado en la cruz. La hija de Cayafas, de nombre Sara, a la que tienen como profetisa, puso en su boca palabras que jamás había oído ni presenciado. Ella, junto a Cayafas, persuadieron a los otros de prenderlo, trayendo a Yehuda allí para que le acusara de haber robado los Rollos de la Torá.
—¿Qué quieres que haga con esta ignominia? —preguntó Pilato resignado—. La verdad es que la muerte de tu profeta los ha calmado.
—¡Han ofendido gravemente la autoridad de Roma! —clamó José, tratando de convencer a Pilato.
—¡Han ofendido a los seguidores de ese al que llaman Mesías! ¡No a Roma, no a vuestro César que, como Herodes, ha mostrado gran magnanimidad hacia vosotros, y no a mí! —se relajó—. Ahora, decurion, si quieres el cuerpo en este día, yo no puedo oponerme. Pero conozco vuestras divisiones, y si no se ahogan a tiempo de raíz, seguirá latiendo el corazón de la guerra. —Pausa—. Yo, Pontius Pilatus, te ordeno que te despojes de tus ropas de fariseo, que vayas al Gólgota en la hora duodécima y que, junto al tuyo, desclaves al primero, de nombre Gestas, acusado de dar muerte a los hombres por la espalda, y al segundo, de nombre Dimas. He dicho. Ahora, ve.
José se mordió la lengua. El precio por desclavar a Jesús, era bajar mismamente a los otros dos. Salió de la estancia de Pilato irritado. Marcio lo guió nuevamente hasta Cornelio, y este lo puso de nuevo a caminar entre las gentes, ya fuera de la fortaleza.

Los perros seguían ladrando al cielo.

Ramshà

La culpa la tenían aquellas enormes bestias de cuatro patas y ojos rojos que aparecían en sus sueños. Se movían en manada desde Nola, despedían un aliento atroz **y** a su paso arrancaban las hojas de los árboles. Estaban atravesando una ciudad de cenizas en dirección a Roma…

—¡Cuánto dolor! ¡Qué doloroso es todo! —gritaba desesperada Claudia Prócula, esposa de Pilato e hija de Claudia Marcella, al ver a Roma bajo las aguas.

Todos corrieron a ver qué pasaba. El ánimo de los soldados se había petrificado al oír los gritos. Subieron la escalera que llevaba a los aposentos del Prefecto. Desenfundaron las armas a la carrera. Apartó el primero la cortina de manera suave; era de tela ligera, con bordados y franjas. Dos soldados se abrieron a los flancos. Uno puso la punta del gladius en el cuello de un esclavo etíope. Todo se paralizó. No se oía otra respiración que no fuera la de los soldados romanos.

Cuando entró Pilato, la encontró muerta de miedo sobre el lectus. Se sentó junto a ella y le tomó la mano. Seguidamente secó sus lágrimas con una mapula de color púrpura. Luego de una pausa, su bella esposa le miró a los ojos. Había visto el Infierno. Pilato podía oler el fuego que aún se desprendía de los sueños caídos, los cuales seguían atenazando a Claudia Prócula.

—Están llegando —advirtió Claudia. Parecía abstraída.
—¿Quién afirma esto? ¿Quiénes se alzan contra mí? —preguntó Poncio Pilato, perturbado.
—Los dioses.
—¿Cuáles advierten de su llegada? —siguió insistiendo Pilato, preocupado.
—Todos —concluyó Claudia.

Entonces se oyó un trueno. Claudia, asustada por la gran cantidad de luz, protegió sus ojos del resplandor. Pilato sacó a sus auxiliares del aposento y los guió a través de la antecámara de la Fortaleza Antonia, el insulto para todo judío, porque los romanos la habían construido por encima de su Templo.
Mientras Pilato organizaba a sus soldados, desplegándolos por toda la fortaleza a fin de prevenir un posible ataque, una siniestra imagen en el cielo le perturbó. Se asomó despacio desde el Gabbatha, donde había expuesto a Jesús y Barrabás de cara al pueblo de Jerusalén, y desde allí fue testigo de cómo las nubes llegaban en tromba abalanzándose unas sobre otras.

—¡Per Martem! —exclamó.

Ma'alana de-Lelyā

Llegó la noche y resonaron los truenos. El resplandor descubrió los rostros de José de Arimatea y Nicodemo, ambos encapuchados, ascendiendo a pie por la angostura del Gólgota, cuya tierra estaba empapada en sangre. Tras sus pasos se levantó de repente un viento huracanado; delante, el roce de los dedos hacia el peñón sentía el tacto de huesos, uñas y carne desprendida.
Nicodemo, de edad próxima a José, veía el zueco del de Arimatea hundiéndose en la tierra sanguinolenta. Como buen fariseo, tenía la barba libre y encrespada bulléndole en el rizo; espesa como el aceite santo, igual que la de Aarón. El centurión Longinus, al mando de la guarnición que custodiaba el monte, les había dejado pasar por orden estricta de Pilato. Nadie debía saber que habían estado allí. De hecho, José tenía un plan infalible para evitar que el Sanedrín profanara la tumba que tenía preparada para Jesús.
Nicodemo se tropezó con un cráneo humano. Resbaló, pero consiguió apoyar las manos. Su corazón desfalleció:

—¡No puedo! ¡Ve tú, Yosef! —José le tendió la mano.
—¡Elohim está con nosotros, Nicodemo!

Nicodemo se levantó como Lázaro. Los dos se pusieron de cara, mirando hacia el peñón. Había allí tres cruces altas que contenían tres sombras espectrales con los pies fijados en el sedile y los brazos atados sobre el cruzal.

Se encontraba caído, flácido, con los brazos estirados y las rodillas flexionadas hacia un lado. Sus manos estaban intactas, rectas sobre el patibulum, ya que los romanos clavaban por las muñecas y no por las palmas para que evitar que la carne se desgarrara y el cuerpo cayera vencido por su propio peso. De ese modo el condenado estaría expuesto en la cruz el tiempo que precisaran los romanos.
Jesús permanecía cabizbajo, con la corona de espinas a punto de caerle sobre la nariz. Tenía la cara bajo un reguero de sangre. Sus penetrantes ojos vidriosos continuaban abiertos; lo que impactó a José. Le habían atravesado el costado con una lanza. Al pie del stipes, la base de la cruz, se encontraba una maza de carpintero que Longinos había dejado a propósito para que a José le fuera más fácil desclavar los tres cuerpos.
José y Nicodemo se miraron. El primero abrió su túnica y sacó bajo el brazo un fino sudario que ocultaba en la axila, y que al sacudirlo resultaron ser en verdad tres: dos telas ligeras de baja calidad y una de lino puro. Se las dio a Nicodemo, que las sujetó como bien pudo contra la voluntad del viento.
La noche transcurría deprisa. José recogió el instrumento de Longinos y puso el basto rectangular sobre el pico del clavo que sobresalía de los talones de Jesús.

—¡Perdóname, Adonai! ¡No hagas venir a tus ángeles contra mí!

Hizo ademán de golpearlo, pero en el acto se dio cuenta de que debía atizarle fuerte hacia arriba para sacarlo limpio. En ese instante, le sobrevino la escena de Anás, Caifás y de Sara; los tres riéndose del Mesías tras oír la sentencia. Eso le dio fuerzas. Golpeó con tanta furia que solo necesitó un impacto para sacar el clavo de los pies.
En estas, Nicodemo halló el segundo obsequio de Longinos, junto a la cruz del condenado Dimas: una escalera. La tomó con las dos manos y se la pasó a Yosef, que a su vez la dejó apoyada a pies de Jesús, cuidando de no tocarlo. Acto seguido, recogió la maza del suelo y, decidido, comenzó a ascender.
La figura de Jesús parecía agrandarse a medida que alcanzaba la tablilla con la inscripción: INRI. A José le temblaban las manos. No quería ni mirarlo. Lo amaba, aunque no de la misma manera que los otros discípulos. Su amor era menos profundo. La fe en él aún se estaba gestando.
El viento rugía bravo. Nicodemo puso sobre los lienzos dos piedras, una en cada extremo. Enseguida fue a ayudar a José. La luz del resplandor iba y venía con cada trueno. José levantó la maza. Machacó el clavo desde la punta, por detrás del patibulum, sacándolo de la muñeca de Jesús en el séptimo golpe. El cuerpo quedó suspendido en el aire. Nicodemo se apresuró en levantarlo, cogiéndolo por los pies. Permanecieron así unos segundos hasta que José logró extraer el clavo que mantenía al Mesías colgado. Solo entonces pudieron bajarlo. El brazo diestro fue colocado sobre el cuello de José que a su vez sujetó el cuerpo por el costado de la lanza de Longinos y lo fue bajando con ayuda de Nicodemo, que también aguantaba la escalera. Cuando el cuerpo estuvo seguro en brazos de José, Nicodemo fue hacia las piedras y sacó con mucho cuidado el lienzo de lino puro. Entonces José, que veía la escena por el rabillo del ojo, gritó, dejando a Nicodemo petrificado:

—¡Ese no! ¡El más pobre!

Durante un segundo, Nicodemo se quedó en blanco. Ahora sabía lo que tramaba José. El sepulcro que había adquirido muy cerca de allí por la mitad de lo que Judas había vendido al Mesías, era un señuelo. A continuación, José sacó la corona de espinas de la cabeza de Jesús y la hizo rodar por el Gólgota. Nicodemo no puso en duda el plan de

José. Se limitó a obedecer. Abandonó el sudario de lino puro por el que tenía peor aspecto. Se lo entregó a José. Este lo alcanzó con los dedos y comenzó a arropar el cuerpo. Después lo tumbó boca abajo sobre la tierra y con la ayuda de Nicodemo terminó de envolver completamente a Jesús. Por último, José y Nicodemo oraron en silencio. Pausa. Miraron a los ladrones.
Tenían un aspecto horrible. Los cuervos les habían sacado los ojos. Los gusanos aún hurgaban en sus heridas mortales causadas por lanza y espada. José pensó: «Con los tres condenados desclavados en Shabbat no habrá protesta».—Nuestro querido Pilatus se vuelve a lavar las manos —murmuró Yosef en voz alta. Y miró a Nicodemo: —¡Voy a contarte mi plan, Nicodemo, pero quizá no te va a gustar!

Mashreyā

Largo rato después de bajar a los ladrones y colocarlos sobre los lienzos, José expuso claramente a Nicodemo sus intenciones mientras este asentía con la cabeza. Así, tomaron el cuerpo del que más se parecía a Jesús, el del ladrón Dimas, y tras envolverlo en lino puro, lo llevaron al sepulcro del huerto, más allá de la muralla que daba al Cedrón, donde lo dejaron atado en lienzos, encerrado en una solitaria tumba tallada en roca sólida. Cuando salieron, hicieron rodar la losa que sellaba la entrada. Aquel era el sepulcro que José de Arimatea tenía preparado para Jesús.

—El cuerpo está libre de iudaei y romanos; de ahora en adelante yo me encargaré de convencer a la gente que el Mesías yace aquí —le dijo José a Nicodemo.

Al cabo de una hora vinieron algunos de los esclavos que habían sido liberados por José. Era la primera vez que subían. Dolía el alma comprobar la gran cantidad de sangre que albergaba el Calvario.
Estaban entrando en la prima vigilia. Esto significaba que muy pronto estarían en serio peligro. En ese preciso instante, los romanos se estaban replegando hacia Baris, dejando lo que quedaba de noche a manos de la Guardia del Templo. Y a buen seguro iban a aprovecharla para seguir dando caza a los discípulos de Jesús. El plan tenía que continuar. Hicieron subir a dos bueyes y pusieron a Jesús y a Gestas, a cada uno sobre un lomo alto.

—Llevaréis este cuerpo —señaló a Gestas— al Cedrón y allí lo pondréis en la tumba que mira hacia el pináculo. Si a vosotros preguntan, diréis: «Nos han dicho que este tiene que estar cerca del camino de Betania y Jericó», que ellos ya entenderán a su manera —dijo José. Seguidamente, se volvió hacia los otros y les dijo: —Este otro cuerpo —señaló a Jesús— debe ponerse camino a Belén.

Apócrifo V
El Testigo
Ciudad Alta, Jerusalén 6 de abril del año 33 dC

Diluculum

La Estrella de Belén regresó en aquella noche. No halló dificultad en dar con nosotros. Nos estuvo siguiendo, como hace siempre. La verdad, resultaba espléndida. Viajaba dando círculos. Había estado presente en todas las galaxias. Podía moverse a gran velocidad de Oriente a Occidente, sin pausa. Llegamos a creer que se encontraba en todas partes al mismo tiempo. No obstante, no fue así. La Estrella era como una liburna de luz, solo que muy rápida. Un día apareció y se fijó en el firmamento, y desde entonces nunca jamás le dimos la espalda. Ninguno de nosotros podía ver a los remeros, pero estaban agujereando las entrañas del mundo. Su tarea me pareció siempre fascinante. La gente miraba todo aquel espectáculo de luces brillantes y no se preguntaba por qué estaba sucediendo. Simplemente creía.

—He aquí la fe —me mostró el arcángel que me había traído al mundo para ser testigo del gran acontecimiento.

En ese tiempo yo no sabía que era un alma vergonzosamente impura. Comprendía que necesitaba limpiarme, que debía buscar la luz pero que en el instante estaba lejos de encontrarla, más que ninguna otra alma. Ahora, era una cálida noche de paz. No se oía nada. Cuando se hubo instaurado la calma, Belén extendió sus puntas e iluminó los ocho lugares que debían alinearse para abrir las puertas de aquel lejano paradero llamado Jerusalén, para ubicado en el sur de Orión. El lucero iluminó el huerto amurallado en el que nos encontrábamos. Todos vimos caer la luz. El huerto estaba situado en la parte sur de la Ciudad Alta, en Jerusalén; siguiendo el cauce del Gai (Tiropeón) que atravesaba toda la ciudad desde el Monte Moriah, al norte, donde se encontraba Baris, hasta el Monte Ophel, al sur, donde comienza la vertiente basurero del Gehenna, enfrente de todos los ángeles que habían llegado del cielo para observar la forma en la que el espíritu viene a llevarse el alma, a fin de hacerla retornar a la Casa del Padre. Así me lo iba contando el arcángel que estaba conmigo de manera que yo pudiera entenderlo. De pronto, la luz blanca se expandió y nos descubrió entre las miríadas de arcángeles que habían llegado también desde muy lejos para presenciar lo que vosotros llamáis «La resurrección del Mesías». Todo aquello que había sobrevivido a la Guerra de los Cielos se encontraba esperando fuera del sepulcro, de pie, sobre una tierra sanguinolenta. A mí me recordaba a un camposanto repleto de estatuas terriblemente angelicales. Cuando mi guía extendió la mano, vi que en verdad éramos los últimos. En primera línea, frente al sepulcro donde estaba a punto de producirse «La fractura», se hallaban cientos de enormes figuras aladas, las cuales despedían unos fulgurantes rayos de luz que terminaban siendo asperjados por la viña. He dicho cientos pero puede que fueran miles, si no más.

—¿Quiénes son estos? —Pregunté.
—Estos son los Custodios del Señor —me respondió mi guía—. Espera y verás —prosiguió inmediatamente.

Hacía poco que habíamos llegado, la noche del cuatro de abril terrestre. La mujer del romano nos había visto caer del cielo. Dejamos atrás la tormenta y nos convertimos en observadores. Sepultamos nuestra imagen en la oscuridad y nos pusimos a caminar entre la gente como cualquiera de ellos. No podían vernos sin nuestro consentimiento. Quizá algunos afirmaron habernos visto mucho tiempo después, pero esto es del todo

imposible. Créeme. Aquella fue mi segunda venida a la Tierra. Mi escolta de luz no podía responder a muchas de mis preguntas. En su misericordia me contó que en un instante fatídico para el Reino de los Cielos había que tomar una decisión. Nací por primera vez en el año décimo de una era que había sido completamente borrada de la faz de la memoria: Treinta y tres mil años antes de que el gen entrara en la sangre y convirtiera a aquel estúpido animal en el Dios terrestre. Entre los muchos eslabones de tiempo que sentía, recuerdo haber tenido en concreto uno muy especial de aquella época en el que aparecía una extraña mujer con lágrimas en los ojos despidiéndose de mí. Sentí que estaba a punto de morir. Puede que fuera un pariente. Ahora pienso en mi madre. Lo siguiente que vi fueron los nenúfares, y a lo lejos, un sauce. Eran tiempos de Mucho dolor. La Tierra ardía entera por culpa de la guerra. Los ángeles llamaron a aquello: «Las Guerras Santas».

—Había que proceder contra los que querían destruirse mutuamente —habló mi guía, tras comprobar lo que mi alma mantenía arraigada.

Me volví hacia él por primera vez mientras esperábamos. Pude ver en su faz toda la herencia de Dios sostenida en un cuerpo ceñido al metal. Su nariz y su boca eran como la piedra, y su voz resurgía del abismo de muchas otras. Cuando me miró, sus alas ardieron durante un rato. Llevaba una enorme espada a su diestra, bajo el brazo, a la altura del lomo. Estaba de pie junto a mí, guiándome, enseñándome. Tres días atrás, me había dicho:

—Yo soy Gabriel, siervo del Señor, encargado de que las almas puras puedan reencontrarse con el espíritu. He venido para llevarte.

Tan pronto como recordé esto, aquellos ángeles y arcángeles que se encontraban de pie uno tras otro circundando el sepulcro, fueron apagándose repentinamente como el que sopla una llama.

—Se está acercando —anunció Gabriel, antes de apagarnos.

La corta carrera humana finalizó ante el sepulcro. «Por fin, ella estaba allí», pensé. Su presencia era como una gota de luz en la oscuridad. Tenía el alma pura y reluciente. Había esperado hasta rayar el alba para atender al tal Jesús. Me encantaban sus ojos, ya que parecían inspirados en la esmeralda.

—Ahí tienes, «La fractura» —me dijo el arcángel Gabriel con el pensamiento.

Pude alcanzar con detalle a distinguir que sostenía firme entre sus brazos dos vasijas de arcilla. A todos nos llegó el olor que desprendían. En una llevaba especias y en otra ungüento. La joven exhaló antes de entrar. Nosotros traíamos inquietud a su recipiente. «El recipiente es el cuerpo». Entonces ella captó el olor de los primeros, de los Custodios, que era como el crocimus, y pensó en regresar, y en dar la alarma a los otros que a esa hora dormitaban en el Aliyá (aposento alto); el que asoma sobre el valle de los leprosos. Pero no lo hizo. Relajó los hombros y siguió hacia adelante. Su alma nos iba revelando cosas… «Se llamaba Mariham pero todos la llamaban “Magdalena” porque había nacido en Magdala. Había sido una mujer vulgar, que no conocía la lengua; había caído sobre los hombres hasta cien veces; muchos de ellos sacerdotes, que al poco volvían, tras ser atacados por el arrepentimiento, para pegarle y escupir sobre su cuerpo.

La vi arrastrándose por las esquinas vomitando sangre. Los hombres no le permitían llevar velo; los niños la habían apedreado en todos los días. No había mujer allí que no se hubiera burlado de ella. La vieron tirada en la calle, semidesnuda, cubierta de sangre, y no hicieron nada. Cristo pasó a ser su vida, y sin él, estaba completamente perdida. Él fue quien la resucitó entre los hombres, causando un gran alboroto. Uno a uno vieron a María levantarse tan enormemente cambiada que ninguno se atrevió jamás a volver a tocarla».

Mariham entró en la cueva. Estaba muy oscura. Anduvo apoyando la mano en la pared para no tropezar. Los talones le dolían. Pese a la profunda oscuridad, podía continuar ya que se había acostumbrado a su densidad. Su piel, delicada, caía dañada con extrema facilidad; a cada paso que daba amanecía un corte. De pronto, la mano ya no palpó más piedra. Sin ella saberlo, se hallaba en la primera cámara. A través de sus ojos descubrimos treinta osarios de piedra alineados en tres filas. Al final, justo detrás de la última, se encontraba a escasa distancia otro arco por el que se accedía a la segunda cámara. Pero esa no llegó a mostrárnosla. Sencillamente no entró. El lugar apestaba, olía a muerte por todas partes. Aquellas tumbas no pertenecían a nadie porque nadie habían sido sus nombres. El hombre al que habíamos seguido por dos días y cuyo nombre era José de Arimatea, había depositado el cuerpo de Jesús entre ladrones condenados y mendigos.

« Del Monte del Calvario José de Arimatea sacó tres cuerpos: uno lo dejó en un sepulcro muy cerca de allí; otro lo sacó por la puerta de Efraím y lo llevó por el camino de la Samaria hasta el Cedrón, sacándolo por la pendiente de la puerta de los Jueces y depositándolo al día siguiente en otro sepulcro, ubicado en el cauce que miraba hacia el Monte de los Olivos. El último, el verdadero, a quien realmente pertenecía, lo mandó sacar por la puerta de los Fenicios, la de los peces, y lo puso en el camino de Belén y Hebrón hasta que llegó al acueducto y fue desviado en la dirección del Estanque de la Serpiente. Desde allí, los que habían sido esclavos de José, siguieron el cauce del Hinom, que los llevó de nuevo al interior del recinto, a través de la puerta de las basuras. En ese punto esperaba el de Arimatea con otro humano llamado Nicodemo».

Ellos habían logrado pasar el cuerpo por la Puerta de los Jardines manteniéndolo siempre pegado al muro. Solo cuatro sabían dónde estaba. Y sus nombres eran: Yosef, Yojanán, María y La Magdalena. Al resto no se le dijo nada, ni siquiera a Nicodemo. Sin embargo, esto que te cuento no es lo verdaderamente importante. Gabriel me contó que Dios nos había enviado para que yo fuera testigo de «La fractura», que es el momento en que el Mesías va a depositar toda su herencia en el cáliz, que es la mujer, convencido de que esta podrá obtener la totalidad de la fuerza para llevar su palabra a todos los rincones del mundo.

Ad gallicinium

La Tierra crujía cada vez que pisaba un insecto. Dentro de la cueva, Mariham emanaba una especie de esplendor candente que no podía describirse con palabras. Ciertamente, se había liberado de las siete potestades. Sin duda estaba lista para la ascensión de su espíritu. Sentí envidia. Se detuvo a los pies de la tumba. Rozó la piedra suavemente con los dedos. Dejó las vasijas encima. Después se arrodilló y oró, inundando el rostro de lágrimas.

—¡Salvador!, ¿qué será de nosotros? ¿Qué haremos sin ti, sin tu palabra?

De repente, la voz de un hombre atrajo toda nuestra atención. Hizo que nos quedáramos clavados en el sitio, escuchándole:

—«Attà ittā, lemā bākyātt?».
("Mujer, ¿por qué lloras?")
—¿Por qué está afligido tu corazón? —repitieron todos los ángeles y arcángeles al unísono, haciendo eco de las palabras de Jesús.

A partir de ahí ya no pude visualizar nada más. Traté de hablar, pero no disponía de voz. Solo podía escuchar lo que allí estaba sucediendo.

—«Al odót Rabbuní» —respondió Mariham, la de Magdala.
—«Por causa de mi Maestro» —volvieron a repetir todos los ángeles a coro.

Sé que el Hijo de Dios estaba en esa cueva; de pie, justo al lado del osario que contenía «el cuerpo»; el hombre extraordinario, dando pasos agigantados por delante de la oscuridad, decidido a ejecutar su plan: «La fractura» entre el hombre y la mujer. De cierto os digo que deseaba verlos. Estaba a punto de liberarme y huir de mi cárcel, cuando nuevamente Gabriel, mi guía, que leía en todo momento mi pensamiento, enterró mis esperanzas. Él no me permitió abandonar mi forma de alma. Por más que lo intentara, no podía moverme.

Sol Oritur

No todo iba a ser luz, también había oscuridad. Los ángeles no alcanzaban a distinguirlos, pero yo sí. Advertí las sombras que se ocultaban de Jesús. Una en concreto estaba situada un solo paso por delante de los demás. Era como una gran roca tallada, a veces traslúcida. Exhalaba un olor repugnante a azufre.

—No te muevas —habló Gabriel, muy serio. Los arcángeles sí podían ver a los demonios.

De regreso a este gran acontecimiento, pude escuchar a la Magdalena, todavía a un lado del osario. Quería tocar el rostro de Jesús. Pero este le advirtió:

—«Lā tiqrbín lî». —("No puedes tocarme") Le dirás a mis discípulos que he resucitado. A ellos dirás que vayan por todo el mundo y prediquen el Santo Evangelio. Subo a mi Padre, que es el vuestro, porque estaba escrito que el Bar Enash (Hijo del Hombre) debía ser entregado, crucificado y resucitado al tercer día.
—¿Cómo iré hacia tus discípulos y predicaré tu evangelio? ¿Cómo les diré que te he visto, Rabbuní, cuando no han confiado en mí?
—Mujer, he aquí que tú eres el decimotercero, el conocimiento de la piedra, porque tu fe ha sido la más grande.
—¿Quién soy yo para llevar tu palabra?
—Tú serás de ahora en adelante Mariam, y sobre tus hombros yo edificaré mi iglesia. Mira, porque la bestia que ahora duerme sobrevendrá a todos y luego hará que se levanten las legiones en vuestra contra por causa de mi nombre. Alma mía, declara a los perdidos que me has visto y ninguno te negará.

—¿Pero cómo, Adonai?
Entonces salió el sol. Traté de pegarme a Gabriel todo lo que pude, empero él me apartó bruscamente y no pude oír nada más. Ya no me encontraba allí. Estaba viendo la noche bajo mis pies sin saber qué estaba ocurriendo.

Vespera

El ambiente era ensordecedor. El túnel de luz tembló y después vibró, y de pronto dejó de oírse. Llegó la paz, y la tarde y sus purpúreos.
Estaban todas al alcance de mi mano. De nuevo, volví a sentir todas las miradas sobre mí. «Solo soy un Naphshà (alma)», dije. «Un alma errante», me contesté. «¿Quién soy yo?».—¿Quiénes son estos? —pregunté, mirando a mi alrededor a todos los discípulos.
Por suerte, mi guía estaba conmigo.

—¡Ahín! (Hermanos) —los llamó Mariham.

Todos se volvieron hacia la entrada del Cenáculo. Los hermanos vieron a Magdalena distinta. Parecía mucho mayor. El color de su cabello grisáceo recordaba al de Moisés cuando regresó de la montaña. La vestimenta de Mariam, como la había llamado Jesús, olía a crocimus; igual que el Custodio. La exposición de la luz sobre su piel le había quemado medio rostro. Caminó despacio y volvió a frenar. Repasó los rostros que la contemplaban asombrados. Los once discípulos aguardaban en ese lugar desde el mediodía del día quinto. Pedro los había congregado a todos en la planta alta tras enterarse de que José de Arimatea había sido arrestado.

—¿Dónde has estado? —oí que preguntaba Pedro.

A Mariam, antes Magdalena, no le salían las palabras. Buscó apoyarse en alguna piadosa mirada. Así, movió sus ojos tímidamente hasta Andrés, hermano de Pedro, empero este no le devolvió la mirada. Miró después a Tomás, que pintaba incrédulo, y tampoco. Se detuvo en Simón el Zelote, el rudo judío de Canaán, de tupido cabello rizado rojizo y mandíbula romana. Pero Simón le dio la espalda. Solo quedaba la madre del Salvador. Pero no se encontraba en el Cenáculo, con los discípulos.

—¿Y Mariam?
—Está en el manantial de Guijón con todos sus hijos, con los hermanos y las hermanas del Maestro —respondió Juan, apareciendo por detrás de Pedro.
—¿Adónde has ido, mujer? —inquirió Pedro.

Mariam se lo pensó dos veces antes de responder. Los discípulos estaban alterados. Sobre todo Pedro. Prolongó la respuesta poniendo su atención en el lugar donde se encontraba, como haciéndose la distraída; lo que molestó mucho a Andrés. Seguí la estela de sus ojos. El cenáculo era una estancia pobre y sin encanto; la casa abandonada de un romano que había servido de hospicio y albergue para mendigos y peregrinos, los cuales acudían a Jerusalén en los días del Sucot y el Pesaj, entre construcciones inacabadas e interminables rebaños. Días antes había sido batido de arriba abajo por los guardias del templo. Pero aun con todas las penurias, seguía siendo la casa donde

habían compartido el pan y el vino con «el Mesías». «Una historia maravillosa a punto de romperse».

—¡Contesta! —le gritó Andraos.
—He ido a la tumba con especias y ungüentos —respondió Magdalena nerviosa. Miró a Juan, porque solo él sabía la verdad. Los otros diez creían por boca de José que el cuerpo se encontraba en la tumba del Gólgota.
—Continúa —le animó Leví, que es Mateo. Pero guardó silencio. Sin embargo, el Hijo de Dios estaba con ella:
—¡Hermanos, he visto al Adonai resucitado y he sido testigo de su ascensión!

«Había que estar allí y ver todas esas caras…»

Después de hablarme —prosiguió Mariam—se rasgó las vestiduras de las siete potestades que atenazan al alma: Tinieblas, Concupiscencia, Ignorancia, Envidia, Carne, Persuasión de la Carne y Sabiduría Irascible. Y después ascendió con los pies ungidos en el tiempo, atravesando las nubes del cielo.
—¿Qué más te ha dicho? —preguntó Santiago, hijo de Zabedeo.

Judas Tadeo, hermano de Santiago y Bartolomé, que es Natanael de Caná, acompañó a Santiago en su pregunta: —Sí, ¿qué más?

Mariam miró a Santiago de Alfeo, después a Juan y por último a Leví, Mateo. No estaba segura.

—Habla —mandó Pedro, quien tenía en mente una revolución.

«Confió en ellos y se abrió»

—«¿Por qué pecáis quebrantado los mandamientos de Dios? », me dijo. « Porque estáis lejos de la naturaleza. Sufrís la pérdida porque conocéis la muerte que es también fruto del árbol prohibido del que se sirvió la Gran Serpiente para engañaros dándoos a conocer no la verdad sino la enfermedad del conocimiento de la materia; que existe un cuerpo sobre otro cuerpo, por encima de otro cuerpo, sin vida, sin posibilidad del alma.

Claramente «el Hijo de Dios» estaba hablando a través de ella. Sé que mi guía lo buscaba con la mirada. Jesús se encontraba de pie, a su lado.

— «Sois pastores, pastores del mundo, para eso fuisteis creados, para dar conocimiento de la existencia de mi padre que está en los cielos, por eso bienaventurado aquel que siembre en la tierra de mi padre pues el cielo hará llover para que crezca su semilla. Sea éste perdonado, purgado de sus pecados, porque vedlo en vosotros mismos que ciertamente sois el milagro de la vida»—Contó Mariam repitiendo de carrerilla las palabras del Mesías resucitado.
—¿Y qué más? —preguntó Leví, realmente interesado.
—Mujer. ¿Qué más te dijo? Demandó Pedro, cada vez más furioso.

Entonces ocurrió un hecho que nos dejó atónitos. Mariam no terminó su mensaje. «Sabe Dios qué pasó entonces por su cabeza». Prefirió esconder a los discípulos que el Hijo de

Dios la había escogido de entre todos ellos para construir su iglesia en el mundo. «La Fractura» no se produjo, y Satanás venció aquella noche.

—Eso es todo —finalizó Mariam, avergonzada.
«Guardaron silencio».

—No creo en esto que se nos ha dicho. ¿Volver a la vida dentro de otro cuerpo? Estos no es posible. No es lo que él ha dicho —afirmó Andrés con vehemencia.
—¿Por qué te ha hablado a ti y no a nosotros? ¿Es que acaso te ves más digna? —dijo Pedro visiblemente celoso—. No la creáis; de cierto es que le he visto en sueños y le he reconocido. «Le he dicho: Tú eres el Maestro». Y él me ha dicho: «Tú eres Cefas, sobre esta piedra levantaré mi iglesia». «Tú serás el guardián del Reino de los Cielos y lo que lleves al mundo llegará también a nosotros».

—¿Afirmas haberle visto en un sueño? —le preguntó Levi a Pedro algo incrédulo. Seguidamente se volvió hacia los demás con los brazos en cruz—. De cierto es que la amaba más que a ninguno de nosotros.
—No te comprendo —replicó Pedro—. ¿Cómo puedes demostrar que esta mujer ha hablado con el Maestro resucitado? El Mesías no hablaría nunca a una mujer a espaldas de nosotros.

Comenzaron a mirarse unos a otros. Todos menos Juan, asistieron de acuerdo con Pedro. Mariam no se defendió. Tampoco Juan. «Estaría todo perdido».
De pronto se escuchó el llanto de muchas mujeres. Eran las hermanas de Jesús que llegaban gritando: —¡Van a juzgar a Yosef! ¡Los Iudaei lo han sacado de la cárcel!
Felipe de Betsaida corrió escaleras abajo. Los otros le siguieron. Juan y Mariam permanecieron en el sitio.
«Mariam no volvió a hablar de la resurrección; no pudo completar su misión de destruir la Ley de Moisés para retornar al hombre a su camino original. Esta debía ser la nueva perspectiva del mundo, que prolongada en el tiempo, hubiera dado de beber a todas las naciones. No más odio, ni guerras, ni mutilaciones. De nuevo, como en el principio. Se trataba de guiar al pastor y devolverlo al lugar para lo que fue creado. Hombre y mujer caminando como uno solo. No fue así, por lo que el mensaje de Jesús quedaría incompleto por los siglos de los siglos».
Afuera, volvieron a oírse voces. —¡Maldito seas, Cayafás! ¡Maldito seas, Ananás! ¡Malditos seáis vosotros y todo el Consejo!—gritaba Pedro.

—¡Allí donde vayas hallarás la sombra del sumo sacerdote! —advirtió Tomás.
—¡No seguiremos al Maestro sacando nuestros demonios y arrojándolos sobre otros! —dijo Leví.

Cuando Pedro vio bajar a Mariam, se apresuró a decir a los demás:

—Es necesario que otro tome el oficio de Yehudá Iscariote.

Transitus temporis 37dC -63dC

Mucho tiempo después me enviaron a reportar. Querían saber si podían confiar en mí, pues algo más perverso e inhumano había dejado su semilla en mi alma. Me dieron a entender con el pensamiento que querían reclutarme. Ocurrió en aquella noche de «Fractura», cuando vinieron a llevarse el alma del primogénito de Dios, Jesús, el Mesías. Después de que Gabriel me obligara a abandonar la Tierra, me quedé nuevamente sobre «el dolmen de la reencarnación» sin poder moverme ni articular palabra. Comprendía que algo maligno estaba ocurriendo en mí y que iban a utilizarlo para lanzarlo contra su peor enemigo: Satanás.

Por último, entendí que para poder llevar a cabo esta misión debía antes librarme de las siete potestades que atenazan el alma, pues, hasta la fecha, mi Naphshà (alma) no podía ser localizada por el espíritu que está en los Cielos, en Orión. Y sin esto, no podría ascender ni convertirme en lo que ahora soy. ¿Quién soy? Yo soy un Malak (ángel) del Señor, el cual mora en Galed, y en el Monte del Testimonio, por encima de las estrellas y de la Divina Asamblea, más allá del Reino de los Cielos.

Antes de reencarnarme e iniciar así la «Vía Dolorosa», me sacaron del dolmen y dejaron caer mi alma sobre el mundo en calidad de errante. En los amaneceres, sus rostros mostraban preocupación por el devenir del mundo. Estaban ciertamente preocupados por el hecho de que cuatro años terrestres después (37 dC), Juan y Mariam habían abandonado Jerusalén tras los ceses de Caifás y Pilato, huyendo de las facciones zelotas. Un Irín (Vigilante) reportó en la noche que había visto discutir a Juan y Pedro, porque el que fuera bautizado como Pedro deseaba ir a predicar a Roma, y el otro no estaba de acuerdo.

El Vigilante, que había sido testigo de esto y al que todos nosotros pudimos escuchar en tiempo presente, declaró en la Curia, y ante todas las jerarquías, que: «Temiendo los acontecimientos, el discípulo más joven de Cristo, Juan, y “el Testamento” (así llamaban en el cielo a María Magdalena cuando murmuraban sobre ella) habían huido dos días más tarde hacia el mar de Galilea bordeando el río Jordán». Había declarado también que en Magdala, tanto la familia de Juan como el hermano de Santiago el Mayor, los habían provisto de un pollino y un par de tinajas para que pudieran alcanzar Tiro y así salir de Israel, pues preferían ser interceptados antes por los romanos que por el Sanedrín; declaró que, después de pasar por Antioquia, estuvieron meses de peregrinación y sufrimiento. Dijo que, finalmente, alcanzaron Ladiocea, y tres días más tarde Éfeso; que se habían dirigido allí porque durante una breve estancia en la Sinagoga de Tarso, en el sabbateion, el discípulo Juan, «el Apóstol», había confesado en oración una revelación acerca de que Éfeso iba a ser el principio de muchas de las cosas que estaban por manifestarse. Confesó también junto al olivo, que no había signo alguno de liderazgo en María ni señales que indicaran que estaba preparando el Testimonio de Jesús, Pero en cambio, sí había mucha actividad en Juan. Esto declaró el Vigilante, de nombre Shemihazah (Semyaza)

Años más tarde, me enviaron a mí a su lecho de muerte para saber qué había sucedido exactamente. Mariam vivía a las afueras de Éfeso, en una pobre casa de adobe. Cuando di con ella apenas había luz en sus ojos. Estaba prácticamente ciega. Me puse a pies de la cama y la contemplé igual que la primera vez. El tiempo no pasaba para mí.

Oscilé un poco, quería que intuyera que estaba allí para protegerla. Me dolía verla tan anciana. La muerte le estaba removiendo por dentro. Sentía mucho dolor. Arqueaba la

espalda con cada latigazo. Después, me miraba fijamente a los ojos esperando a que me la llevara. Pero yo no podía cumplir su deseo. Ya no era ni siquiera ángel. Hubiera deseado salvar a esa anciana. Inesperadamente, se impulsó hacia adelante gritando:

—¡Yo, MARIAM, eché a llorar! Oíales decir a mis hermanos que no había sido digna por ser mujer, que en verdad la ascensión no podía ser revelada por una mujer. Y algunos viérenme como un adversario. Y fue Mattai (Leví) quien se enfrentase a Cefas, que era por siempre impulsivo, y le preguntase si iba a rechazar lo que el Rabbuní no había rechazado. ¡Mujer! La indigna antes que Él, restringida si no hay virginidad, legislada, sin palabras... ¿Quién eres tú? —me preguntó de repente. Ahora podía verme.

Aquellas palabras fueron las últimas. Para Dios, suficiente. Gabriel rasgó el velo entre la vida y la muerte, y se la llevó volando. Yo lo vi todo. La imagen de su cabeza dormida hacia atrás sobre los brazos de mi guía, me hizo recordar una época de tinieblas; una en la no se sentía calor humano por ningún lado. No existíais todavía, os aproximabais a la «Creación», con cada fracaso de la subespecie: el Homo de Neanderthal. Dios aún no se había decidido, ya que necesitaba de los vuestros antepasados para preservar la luz, que es la vida. Aquellos animales grotescos, gibosos, de gran volumen y rostro prominente; sin mentón, más dignos de epopeya; “más vuestros que nuestros”, fallaron pese a contar con todos los conocimientos y todas las herramientas. Enloquecieron al verse poderosos y ofendieron a Dios continuamente abriendo «El Vínculo», con la oscuridad, que es lo que hacéis vosotros. Por eso no tuvo opción. Envió a «la Purga», y al «Hijo del Ángel», con ella. Lo siguiente que recordé eran sus guerras. Había guerra por todas partes. El humo negro trepaba constantemente hacia el cielo; aquí y allá se oía el estruendo de las máquinas combatiendo: «Luz contra Oscuridad». Su impacto encendía el mundo. Vista desde el cielo parecía incienso. Yo tenía mucha sed y estaba hambrienta. Acababa de nacer en el barro, luchando por no hundirme. Mi necesidad por sobrevivir crecía, pues estaba sola. No iba a llegar a la edad adulta, no podía dejar de llorar en aquella viscosidad que se retorcía sobre mí. En ese momento, lo que veía era la reminiscencia atrapada que en verdad mi alma estaba dejando ir. Y luego, cerca de mí, estaba el cuerpo. Le habían arrancado el corazón y hundido la cabeza. Pertenecía a la subespecie, a una hembra. Era mi madre, se llamaba Mahirimah. Su asesino esperaba oculto tras el sauce por el que también revoloteaba el nenúfar. Vi de nuevo aquella imagen oscura, grotesca, traslúcida. Los arcángeles lo estaban buscando. Habían batido toda la Tierra con todos sus extremos para encontrarle. Cuando todo terminó, en el óbito, vi bajar a mi Salvador, abrasando; arrancando el aliento de sus enemigos. Los sacaba del campo hirviendo. Tenía una manera de matar siniestra, veloz. Ardía al tiempo que los repelía con las espadas flameando. También le vi, aplastándolos con las manos. Inspiraba pavor y admiración a la vez. La subespecie y los demonios que se habían vendido a la oscuridad y que en ese tiempo guerreaban a la diestra de la Antítesis de Dios le decían con gran temor: Bar Malak (El Hijo del Ángel) «Allá por donde pasaba, la tierra entera caía a sus pies». Dios le había dado a Lucifer la Zayna (Armadura del Dragón), y a siete de sus Malakei (Ángeles de la Muerte), para que llevara a cabo «La Tercera Purga». Y estos que solo pueden existir en Zion, y que luchan y se mueven como uno solo, causaron en la Tierra grandes estragos.

—Es la hora —me avisó Gabriel, mi guía.
—¿Me dolerá? —le pregunté.

—¿Dolerte? —preguntó extrañado—. Hija de Mahirimah, tú eres el Elegido. Tú, que eres Abadón en mi lengua, pero que te llamarás Apolión para las naciones, serás la «Muerte del demonio», serás «Su Purga».

Gabriel había estado allí todo el tiempo, tras de mí, pegado a la pared en silencio, observándome. Sabía todo lo que estaba enjuiciando mi alma. Era justo, tenía derecho, pensé. «Mi Salvador» me recogió en sus brazos, cuando la oscuridad estaba reclamando insistentemente mi espíritu. Me hizo regresar a la senda de Dios y alejarme de la moribunda y decrépita «Magdalena». Pero al volver, me entretuve pensando de nuevo en «él». Jamás se lo dije, ni a Gabriel ni a ningún otro arcángel, pero al principio sentía intriga por Bar Malak (El Hijo del Ángel) Todos me habían contado lo que ocurrió después, eso sí, con sumo cuidado para no convertir su caída en la acción heroica de un mártir. La verdad era que Lucifer, «Bar Malak», había encabezado y concluido «La Tercera Purga», con un rotundo éxito. «Él» fue quien sofocó la rebelión de la subespecie. «Él» partió el espíritu de la oscuridad, Malka, Antítesis de Dios. Hasta que no descubrí la verdad, así lo mantuve, oculto, en un pedestal.

Solo Dios puede invocarme. Tengo muchos nombres, pero os ruego, llamadme Emma.

Apócrifo VI El Encuentro

San Juan de Acre, abril del año 1285 dc

Iter Conversionis
(El Camino de la Conversión)
PARTE I

MAITINES

Finalmente me llegó el turno. Entré y los vi a menos de tres pasos. Se encontraban ante mí, incrustados en la penumbra, sentados tras la mesa, dejándose ver lo justo bajo una luz tenue de difunto. Eran tres los capellanes que supervisaban desde un respaldo viejo, poco firme, de esos que hacían doler la espalda.

—Yo soy Víctor de Champagne y ante Dios y ante vosotros, hermanos, prometo estar libre de lepra, del mal del Diablo, y de impurezas contagiosas. Ni he pertenecido a ninguna orden ni he sido expulsado de la misma. Llevadme a vuestro castillo, por el pasadizo hasta la mazmorra, para hacer voto de penitencia —me presenté.

Aquellos monjes de cabeza rapada y barba ingobernable; de pobre vestimenta y estricta conducta, se limitaron a observarme en silencio, sin intercambiar una sola palabra. Por mi parte, yo, Víctor, solo podía seguir esperando de pie, tratando de no fijarme demasiado en la hermosa Cruz Paté del Temple que los monjes llevaban hilada de luz y oscuridad; blanca y negra, sobre el pecho. La había visto en la Borgoña, en Mantua, y poco después de penetrar en Ultramar, en Antioquía. Dios, mi Señor, sabe que la deseo; la necesito para acabar con mi angustia, pues ansío ser perdonado.

—¿Por qué quieres ingresar en nuestra Orden? ¿Acaso no es mejor la abundancia? —me preguntó uno de ellos, endulzando la voz.
—¿Comprendes lo que significa venir aquí? —preguntó seguidamente el que se sentaba en el centro.

Este que habló, solo verlo, olerlo, supe que había sido como yo. Porque era varón errante de mano ligera, temblorosa y nariz sensible. Los asesinos nos reconocemos enseguida.

—¿Quién te dijo que podías venir aquí y presentarte ante nosotros? —volvió a preguntar el mismo capellán, suspicaz. No estaba seguro de quererme allí.
—Cuéntanos tu historia —demandó el de mi diestra, que era algo más joven que yo, y demasiado escuálido.

Decidí contarles la verdad: Antes de venir aquí, yo era un hombre errante que andaba desnudo, sin rumbo, a través de la campiña helada; con la espalda descarnada; abrazado al viento gélido esperanzado por recibir el perdón del Señor. La locura me tenía atrapado. Moría de arrepentimiento. Hacía largo tiempo que me había perdido en el asesinato. La sangre me había hecho enloquecer, y la sed cual provoca su verdadera venganza me estaba pudriendo el alma. Mis manos ya no eran cálidas y gentiles; se habían vuelto rápidas, frías y peligrosas. Recuerdo poner en liza todas mis oraciones

conocidas para ocultar el rastro de muerte que estaba dejando tras de mí. De vez en cuando, me golpeaba hasta casi matarme. Estaba fuera de mi alcance, desatendía las súplicas de mis víctimas, sabía dónde y cómo poder encontrarlas, insistía en la masacre. La desolación reinaba en mi corazón y solo el pesar me guiaba.
No vi con claridad lo que estaba ocurriendo hasta que me topé con los hermanos. Cuando los dos caballeros llegaron a mi altura, se descubrieron con tanta devoción y humildad que mi corazón ascendió conmovido y mi oído se prestó obediente a escuchar lo que tenían que decirme: «Yo soy Roger de Flor y él es André de Valais. Vuestro corazón está vacío de propósito. ¿Por qué no nos acompañáis, señor?». Decidí ir con ellos en larga travesía. Después, me enviaron aquí, a Acre, hicieron una reverencia y se fueron.

LAUDES

Hablaba yo en voz baja, me repetía las cosas y, aun cuando llegaba al término de lo que allí estaba sucediendo, seguía dándole vueltas sin descanso. Este era el inicio casi inapreciable de la prueba. Los capellanes no hicieron más preguntas. No dejaron que nos viéramos los unos a los otros. A partir de aquel momento, éramos postulantes. Nos pusieron a cada uno un saco en la cabeza con permiso nuestro y, sin pedir explicaciones ni poner excusas, dejamos que nos guiaran por el camino de la sombra.
Lo hicieron lo más rápido posible. Mis pies hallaron muy pronto la escalera. Bajamos a las catacumbas; era difícil coordinar los pasos porque había partes del suelo que se habían levantado. En la grieta, amanecía algún hierbajo suelto cual aplasté sin querer. No obstante, pese al desagradable olor a rancio del muerto, la emanación no llegaba a ser del todo insoportable, como debiera ser en cualquier cripta. La única explicación posible a esto era que los templarios no utilizaran las catacumbas para los muertos. En Francia me llegó un rumor. Diversas voces me dijeron de camino a Ultramar, que los Commilitones Christi (Compañeros de Cristo) yacían en fosas sin nombre.
Cuando salimos, el aire cambió. El viento recobró toda su fuerza en aquella colina. Había mucha roca saliente bajo los pies, lo que producía algún que otro corte. No podíamos ver nada. Subíamos encapuchados, descalzos, en fila hacia "algo". Y así, pues, proseguimos, hasta que la viscosidad empezó a juguetear con nuestros dedos. El picor trepó más rápido de lo previsto. Daban ganas de agacharse y rascarse, pero ¿quién en su sano juicio se atrevería a desobedecer a la Militia Templi (Orden del Temple)? Nos hallábamos en los intestinos del castillo. Sentía el calor de las antorchas a ambos lados, aunque esperaba ser cazado por la oscuridad. Intentaba pensar en cómo me iba a acostumbrar a mi nueva celda cuando, de pronto, las manos del capellán cayeron sobre mi hombro y me desplazaron hacia atrás. Yo me quedé quieto. Intuía que estaba cerca de la muralla occidental; la piedra negra y lisa que se halla siempre por debajo de las rocosas pertenecientes al promontorio. Este capellán apretó los dedos y me puso mirando hacia mi diestra. Después, sentí un leve empujón en la espalda, y mis pies se encaminaron solos adentro por inercia. Luego me quitaron el saco de la cabeza. Oí cómo se cerraba la celda a mi espalda. Me di la vuelta rápidamente esperando ver a mis superiores. Pero el tiempo que había pasado en la oscuridad empañaba mis ojos. Empezaron a lagrimear horriblemente. Caí derrotado, sudando en gran manera mientras mis pulmones recuperaban todo el aire perdido. Rocé algo con los dedos, un objeto de metal, que aún era incapaz de visualizar. Tuve que esforzarme en abrir la mitad de un ojo para alcanzar la jarra y el pan ácimo que los hermanos me habían dejado en un sucio plato hondo. Me llevé el pan a la boca despedazándolo, atacado por la ansiedad,

demoliéndolo entre mis dedos, llenando mis viejas ropas de incontables migas que tenían en vilo a las ratas. Por fin recuperé la vista, y poco a poco mis ojos dejaron traslucir la imagen blanquecina.
Aquello no solo era una celda, también era una tumba, pues no se atisbaba ni una sola luz emergente de antorcha. Nada. Todo era oscuridad en el olvido más profundo. Vislumbré un capellán retirado tras los barrotes. No me quitaba ojo de encima. Me miraba fijamente. Llevaba la capa recubierta de tierra y ceniza. Su aspecto era descuidado, como el de los otros. Imponía su semblante, serio, sepulcral. Estaría en la tercera edad.

—In Purgatorio es (Estás en el purgatorio) —me avisó. Después, se fue.

PRIMA

La prueba para los postulantes consistía en aguantar allí siete días, más o menos, tras los cerrojos y barrotes. No era mucho tiempo para alguien como yo, pero la ubicación de esta prisión subterránea, en el corredor de la gruta, sin luz, perdida en la inmensidad de un abismo marino, transformaba las celdas en un espacio pesado, repleto de incertidumbre que, sin alimentarse bien ni estar preparado, golpeaba una y otra vez tu cabeza hasta que se abrieran las puertas de la locura. Lo peor era desesperarse, contar los días en la piedra como se solía hacer, caminar de un lado a otro volcando iras sobre otros; en suma, pensar demasiado. Así pues, saqué los brazos por los barrotes en actitud parsimoniosa. Más valía tomarse aquello de buena manera.
De los otros que debieran estar como yo no sabía nada. Ignoro cuántos había en total. A algunos se les oía respirar, a otros orar por los múltiples pecados que seguramente habrían cometido. Pegué mi faz entre los barrotes. El hierro estaba helado, por lo que tuve que despegarla pronto, sin darme tiempo a observar mi franja de corredor con detenimiento. Lo intentaría más tarde. Hasta donde me alcanzó la visión, el suelo centelleaba. Era tan húmedo que parecía hallarse en la viscosidad. Los calabozos estaban separados de manera que no estuvieran frente a frente, cosas que se hacían pensando en aumentar el martirio del reo. La soledad tenía que servir de alguna manera. Hablar en voz alta con alguien que no ves termina por derribarte.

—Domine (Señor) —surgió una cálida voz con ánimo de entablar conversación.
—¿Quién pregunta? —me apresuré a responder en voz baja.
—Abel —contestó a secas. Su acento me sonaba a italiano, porque parecía cantar su nombre.
—¿Con qué ejemplo os registráis? —le insistí, con intención de saber su procedencia.
—Desde aquí puedo ver vuestra celda, Señor —me contestó dándome gato por respuesta.
—¿Dónde estáis vos entonces? —volví a preguntar buscando entablar palabras.

Pero Abel no me contestó.

TERCIA

Cuando era niño, al poco de morir mi madre, enfermé por un tiempo. Los clérigos, que parecían estar más pendientes de buscar al diablo en mi cuerpo que de salvarme, le dijeron a mi tío que fuera preparando el entierro, que no iba a durar mucho en ese estado. Recuerdo haberme despertado muchas veces creyendo que ya estaba muerto, esperando a que sucediera aquello que salía siempre de la boca de mi tío: la «Voluntad de Dios», que en el pensamiento de un niño no tiene cabida. Pues estaba enfermo, débil, deseando escapar de la casa del lecho áspero, en la Borgoña; dejando atrás la faz de mi tío: aquel rostro alargado de facciones marcadas, nariz aguileña y ojos siempre bullendo bajo unas cejas arqueadas y poco pobladas. Era la viva imagen del inquisidor manifestado por su propia naturaleza, en todo su esplendor. Su presencia repelía a la gente, su corazón sólo latía cuando tenía la Biblia cerca.

—¡Buenos hermanos! ¡Ruego traigáis un poco de agua para este pobre caballero al que el largo viaje ha dejado exhausto! —interrumpieron mi pensamiento.

Ningún hermano hizo caso. Las campanas sonaban en el segundo día y nadie aparecía para traer pan y agua. Sed y hambre, una tentación irresistible para abandonar la prueba.

SEXTA

—¡Hermanos! ¡Dios sabe que quiero entrar en la Orden! ¡Pero por Christus, nuestro Señor! ¡Dadme agua!

Se abrieron los cerrojos muy a lo lejos; aquello me sonó como un trueno. La locura me lanzó a un rincón, bajo vara de imaginaciones. Retumbaron los pies de los capellanes. Caminaban deprisa. Por su andar, golpeando el suelo con fuerza pero a la vez con ligereza, como si hollaran en el fango, se advertía que estaban indignados. Los vi pasar fugaces entre los barrotes, acérrimos, con faz acusadora. Eran tres. A uno lo reconocí inmediatamente, era el capellán que se encontraba en la tercera edad. Me miró de reojo al pasar. Su mirada echaba fuego. Se veían empujados a tener que empezar el mismo discurso de autoridad que en su día fijaron tras la avalancha de caballeros que querían ingresar en la Orden del Temple. Sus palabras siempre eran las mismas, empezaban con una pregunta: —Mira, pues, ¿es que quizás tienes alguna queja? —¡Agua, buenos señores, tan solo un poco de agua! Si la respuesta no era «No» (lo más común), entonces formulaban otra pregunta: —¿Tan apartado estáis del mundo que tanto lo echáis de menos? —e insistían — ¿Es por esto que queréis abandonar? —.Si seguían sin obtener la respuesta que querían, te sacaban de la celda, te daban de comer y allí acababa tu prueba.—¡No, hermanos! ¡¿Adónde me lleváis?! ¡No he dejado de rezar en tres días! —mientras lo sacaban, el aspirante no paraba de justificarse. Lo sacaron de la gruta arrastrando. Yo acudí a ver tras los barrotes. Suplicó que lo dejaran, pero dos de los capellanes lo sujetaron por debajo de las axilas mientras el capellán de la tercera edad iba repitiendo más distanciado: «Post partum et in partu». Cuando el caballero atravesó mi franja, me miró con ojos tristes. Su aire noble, difuminado en una expresión horrenda, me llevó a creer que nunca había tenido que demostrar que era valioso en la miseria.
—Este no es fuerte, no es como nosotros —susurró Abel.

A mí, por otra parte, se me estaban acabando los recursos. Ya había orado; repasado toda mi niñez y el porqué de mis crímenes. Ahora solo podía pensar con el grito retorcido del hambre y el latigazo de la sed, a riesgo de desvanecerme en cualquier momento entre las voces que me suplicaban que abandonara. No me quedaban fuerzas ni para lamer las grietas que filtraban el agua. Mi orina era oscura y mi piel se estaba cayendo. Mis ojos buscaron entonces el cielo. Sentía el amargo sabor de la sangre entre mis dientes. Pasé la lengua varias veces entre ellos para mojarla en algo. Me pareció agradable. Estaba loco.
Esta agonía hizo caer a muchos al tercer día. En la mañana, había advertido sombras fugaces de caballeros, que estaban siendo arrastradas por capellanes. No sabría decir cuántas. Tampoco las veces que había escuchado al ladino de Abel repetir la misma frase: «Estos no son verdaderamente fuertes».
Ahí me quedé, contemplando embobado el abismo azulado; la gruta desde donde el mar golpeaba los cimientos de la fortaleza. El dolor trepaba silencioso, viniendo a mi encuentro como su huésped. Unos pasos, secos y rítmicos sobre el légamo del corredor, interrumpieron repentinamente mi balbuceo. A pesar de la luz que hería mis ojos, distinguí la manga ancha de la túnica de lana basta. Era el capellán de la tercera edad, aquel que cargaba con la ceniza del mundo sobre su capa. Sus dedos, ligeros y callosos por el manejo de la Regla y la espada, me acercaron en la sombra alguna cosa.
El olor de la comida me atravesó la garganta. No se trataba de una visión. Me apoderé de la jarra. El ruido de los otros comiendo se acrecentaba. Bebía casi al mismo tiempo que arrancaba con los dientes la carne del hueso. Los ojos me lloraban; era inmensamente feliz. En ese instante supe que había pasado la mitad de la prueba.

NONA

De vuelta al pan ácimo. Ratas, ratas entre las piernas correteando por doquier, olfateando los dedos de mis pies ennegrecidos y enmohecidos, cuyas uñas rascaban las grietas que del suelo se levantaban con la piedra. Me dolían como si estuvieran en el fuego. Mientras, veía la sombra de esos animales engrandecerse, rasgando la oscuridad con sus zarpas, tramando hacerme daño. Las oía murmurar y pasar delante de mí en malaventuranza; tan crueles como la vida del mulo y el canto de la pereza.
«¡Llevo cuatro días en este lúgubre lugar!».—¡No puedo salir yo sin la promesa de no regresar jamás! ¡Sin cargar con la traición a la Orden! —terminé clamando en voz alta, desafiando a las sombras que me cercaban—. Aguardad, sucias, pues se ha abierto alguna cosa. ¡Abriose esta celda! ¡Alabado sea el Señor y sus ángeles empobrecidos! Los cerrojos crujieron. La voz del capellán, fría como el acero de una daga, cortó el aire estancado:

—Mira, pues, ¿es que quizás tienes alguna queja?
—No... Resisto con la gloria de Deus y de su hijo Iesu Christus —respondí, hincando las rodillas en el légamo.

La puerta volvió a cerrarse, resonando en el eco del abismo.

VÍSPERAS

—Ya os lo dije, señor.
—Sí.
—Al oratorio iremos como templarios, porque nos hemos mantenido fuertes, señor.
—Sí... nos hemos mantenido fuertes.
—Ya solo quedamos nosotros, señor.
—Quedamos solo nosotros —repetí, mientras la voz de Abel retumbaba en mi cabeza como una campana de bronce.
Había vuelto del otro lado del umbral, agotado, con el alma colgando de un hilo. Ahora cualquier ruido, hasta el goteo del salitre sobre la piedra, era ensordecedor. Me costaba beber; el pan solo podía ingerirlo en migas, tras mojarlas con cuidado por causa de las llagas que florecían en mi boca. El estómago me abrasaba, como si hubiera tragado brasas del mismo infierno, y mi vestimenta se había tornado andrajosa. Al sayo le había arrancado las mangas; necesitaba trozos de tela para limpiar la supuración de mis heridas y el aseo de mi propia miseria.

MAITINES

Día sexto. Oyendo las campanadas de Sexta sin un ápice ya de lucidez, traté de consolarme, desalentado, pegando la cara al muro e intentando recobrar todos los sentidos para cuando llegaran los capellanes. Al menos ya no se oía hurgar a las sucias ratas, mugrientas en la miseria; ni a las olas del mar intentando romper los muros de la mazmorra. La claridad había irrumpido por algún lado y el tiempo era lento. Todo iba muy despacio. Yo había caído por el propio peso de la soledad y Abel, en suma, diría que se había encerrado en sus propios pensamientos, pues ya no le oía. Los sueños seguían retorciéndose en este horror del periodo de prueba del que seguía obteniendo suplicio. Como un condenado al Averno, me seguía arrastrando a través de las horas. Dejé el pan, seco y amargo como el vinagre, y me fui al fruto de la vida, que es el agua. Pues el vino, la sangre de Iesu Christus, hubiera sido una merced demasiado justa para un alma tan rota como la mía.

PRIMA

Llegó un sonido. Era el vaivén de las llaves, pero en su movilidad se percibió algo distinto. Quizá el gesto lento; el peso de la argolla no caía de la misma manera sobre las falanges. Esta vez no había prisa. Escuché la llave penetrar hasta el fondo de la cerradura; el sonido de los dientes al atravesar el hierro me resultaba insoportable. Quería gritar con todas mis fuerzas, pero no podía mostrar debilidad, por lo que respiré hondo. Cuando la puerta se abrió, el capellán me halló encogido de pies y manos, encorvado como un feto en el vientre materno, con la nariz a poco de hundirse en la grieta por la que cabalga la corriente del mar.

—Sígueme —me dijo el capellán de la tercera edad, con la mano tendida, invitándome a abandonar la celda.
—¿Qué día es hoy? —le pregunté, desorientado por el limbo del tiempo.
—Es «el Séptimo Día», hermano.

Abandoné la celda y la libertad me abarcó con sus brazos. Jamás olvidaré aquellos muros húmedos, ¡yo lo juro!, ni su corriente helada, fija como mi única compañía. Por fin estaba libre. La cárcel se había quedado con mi instinto asesino; la penitencia lo había matado. Sentí este proceso mientras permanecía sobre la gélida roca abrupta de la gruta. Me dejaron allí, de pie, cabizbajo en la garganta del demonio, como un insecto a la sombra de una suela, esperando que los capellanes sacaran a los otros aspirantes. O eso creí, porque allí realmente estaba yo solo.
—¿Y el hermano Abel? —pregunté.
—¿Quién es ese? —inquirió el capellán sin detener su paso.
—Había un hombre aquí, en la celda de al lado. Dijo llamarse Abel.
—Esta celda ha estado vacía desde antes de que vos llegarais.
—¿Estáis seguro?
—Seis fueron los caballeros que vinieron con vos; ninguno con ese nombre.

Nos pusimos en marcha. Se percibía nada más empezar el camino: el polvo era húmedo. Salimos del corredor e inmediatamente sentí la roca agrietada bajo mis pies, peldaño tras peldaño. Intenté fijar la vista en el hermano capellán que me guiaba. La oscuridad era tan densa que debía ser cauto si no quería perderme en aquel laberinto rocoso para el penitente, contiguo a las catacumbas del castillo. No sabía hacia dónde me llevaban. Llegamos al pórtico de las catacumbas y entonces la luz estalló. Se trataba del sol. Después de siete días en la negrura, aquello fue para mí como emprender la escalera al cielo. Pasamos el pórtico y subimos. La capa del capellán se alzaba un palmo por encima del escalón; la cargaba generoso sobre sus hombros. De nuevo nos recibió otro pórtico. Entramos. Salimos a un espacioso lugar abovedado, apenas ventilado, en el que abundaban osarios descubiertos a ambos lados. Continuamos encaminándonos a través de las catacumbas sin advertir un solo caballero allí enterrado. De pronto, un olor se adueñó de toda la cripta. No sabía cómo no lo había reconocido antes, aunque la situación hubiese sido distinta. Ahora no llevaba un saco en la cabeza que anulara mis sentidos. Conocía ese olor de antiguo, el cual se desprendía de cada osario, se pegaba en la pared y se introducía en la telaraña. *«¡Ay, cuántas veces los había utilizado mi tío para golpearme la cabeza!»*, pensé. Pude alcanzar un osario de pasada, uno iluminado por la antorcha. Oteé con disimulo y, helos allí, saturados, uno encima del otro, recubiertos de polvo: códices. El Temple utilizaba las catacumbas como una biblioteca secreta. La luz no nos abandonaba. Continuaba llegando mansa y, en el instante, se colaba entre los barrotes mugrientos y verdosos cuales podía intuir perfectamente que pertenecían al foso, puesto que empezábamos a tragarnos el hedor de cuantos animales habían perecido en sus aguas. Esto significaba, que estábamos a punto de penetrar en el castillo propiamente dicho. Los capellanes no hablaban, podría decirse que apenas respiraban. Sus movimientos seguían siendo delicados. Iban de un lado a otro como danzando. Algunas veces parecían no tener pies. En el límite de esta cámara, se nos echó encima una puerta atravesada por una barra de hierro. De inmediato, estuvimos en la sala principal donde la luz ardía. Esperamos a que cerraran la puerta con llave, a nuestra espalda, y seguido continuamos por uno de los corredores de Los Peregrinos; uno de gran profundidad que con la curva se iba estrechando. De inmediato, nos sorprendió una puerta entreabierta. Entonces el anciano capellán se puso al frente de los otros. La arrastró y entró solo. Cuando volvió a salir, aquella puerta se abrió con entereza. A lo sumo, me dieron una buena palmada en la espalda. Ya dentro, miré a mi alrededor con una sonrisa de oreja a oreja: Me hallaba en la cocina.

TERCIA

Al llegar a la sexta capilla, me sentaron de cara a Cristo y me despojaron de los harapos. Mirándolo fijamente y viendo su rostro descompuesto por el dolor en el justo instante de su muerte, yo mismo incliné la cabeza para llevar la carga en cuerpo y alma.
La mano izquierda del capellán empujó mi cabeza hacia una profunda culpa, mientras su diestra hacía gotear la navaja antes de llevarla al pico. Hizo una pausa, un silencio con mirada enjuta. Entonces comenzó a rapar esa cabeza mía al punto de hacer correr la sangre por mi frente hasta el mentón. La hoja le obedecía; rasuraba al tiempo que tiraba de la mata y, no pocas veces, se me cayeron las lágrimas. La primera vez siempre es dolorosa. Pero luego, restablecido el silencio con la mala hierba circundando los pies y la cara blanqueada y pálida, mi imagen recordaba a la de Cristo.
Después, volvieron a la capilla y me vistieron con la túnica rutilante que ofrecía la Orden. Por último, me cogieron por el brazo y me sacaron al pasillo central, donde esperaba un hombre bajo y entrado en años, de ojos hundidos y actitud terca.

—Frater Serviens, famuli et officii (Hermano Sirviente, servidor y de oficio); Maestro de Oficio, de ahora en adelante y hasta que termine su periodo de servidumbre, este será tu discípulo.
—Frater Cappellanis (Hermano Capellán); de ahora en adelante y hasta que termine su periodo de servidumbre, yo seré su maestro. Non nobis, Domine, non nobis —sentenció el anciano.
—Mira cómo servirás con humildad y mansedumbre las reglas con los Hermanos de la Encomienda. Rico y pobre por igual, humillado ante Dios, acogiendo de buen grado misericordia sin piedad. Y si tu corazón no se siente complacido, entonces vuelve a tu casa —me dijo mi maestro.

VÍSPERAS

En aquel lugar, el aire arrebataba los sentidos. Gota a gota, se descarnaba y se colocaba falsamente en su lugar. Creo que desgarraba mi alma, asfixiándola, privándome de respirar. No hacía viento. El calor trepaba por los muros aún en plena noche y, en cada boca de fango, despertaba el hedor de cuantos fosos de aire impuro se encontraban en aquellas letrinas. Era menester que extrajese todas sus impurezas, postrado a sacar con mis propias manos las inmundicias que los caballeros dejaban. Respetuosos, ellos entraban y las soltaban mientras yo, que había lidiado batallas en gran guisa y derramado sangre noble en los campos de Borgoña, tenía que ver caer sus carnes ásperas y cometer el acto del aseo. Y si, por el contrario, mi faz se mostraba contrariada o alguno de los caballeros percibía la tormenta de odio en mis ojos, venía a mí mi maestro y me preguntaba con esa voz de hierro:

—Mira, pues, ¿es que quizás tienes alguna queja?

Y yo, tragándome el veneno y la soberbia de mi miserable vida pasada, tenía que responderle:

—No... Resisto con la Gloria de Deus y de su hijo Iesu Christus.

MAITINES

Decíase de los miembros de la Orden que todos eran «Hermanos», y que se entregaban libres de pecado a las reglas y a la gran autoridad; que tomaban de sus propios bienes y administraban lo de otros con justicia y orden. «Ni mujeres ni niños», esa era la regla inamovible. Eran honrados por méritos valientes, no por linaje de nobleza. No contaban con dados ni ajedrez alguno, no hacían cacerías ni permitían la risa vana. Aquello que llegaba de parte del mecenas era repartido con humildad y en permanente oración. La vida allí era la lucha eterna entre la carne y la sangre; un Caballero de Cristo debía raparse el cabello de impurezas, llevar la barba ungida como el Hijo de Dios y cumplir sin queja con las reglas de la Orden.

La campana de Prima nos despertó; el sol estaba llegando. El descanso había pasado rápido. Me hallaba en una nueva celda en un corredor mucho más cálido, iluminado y con paja sobre suelo plano. El recorrido era el mismo cada mañana: pasaba por la sexta galería contigua a la séptima —aquella que recibe al aspirante en sus primeros días de prueba—. Después venía el misterioso cruce de caminos al final de la gruta con su sagrado altar, seguido del desvío hacia la derecha: las catacumbas del castillo, el corredor del foso y, por último, la sala principal. Desde allí, todos los que nos hallábamos en periodo de servidumbre debíamos seguir a nuestros maestros de oficio en una lenta marcha que concluía en el oratorio. A medida que nos acercábamos, las largas filas de las diferentes jerarquías se juntaban. Era el momento en el que veía cada mañana a Guillermo de Beaujeu, el Gran Maestre, Príncipe de la Cristiandad, portador del bastón y el látigo para apuntalar y castigar las debilidades de los hermanos. Era un hombre tosco, grueso, de apariencia ruda y aire de intriga. Disponía de tres caballos árabes y otro turcomano especial para la batalla. El Gran Maestre tenía la última palabra del Capítulo General, asistido por los Maestres Provinciales del convento de Jerusalén.

Por detrás de Guillermo caminaba el Senescal, y algo más retrasado el Mariscal, quien se hallaba un paso por delante de Tibaldo Gaudin, tesorero de los Pobres Caballeros de Cristo, asistido por los Comendadores que veía yo venir y marchar hacia Trípoli. Todos esperaban a que el anterior terminara los trece padrenuestros para tomar su turno.

Entre semejante colapso, que nos llevaba horas, a veces tenía la oportunidad de hallar a otros miembros destacados: los Fratres Servientes Armigeri (Hermanos Sirvientes de Armas), que siempre actuaban con rectitud, o el Gonfanolero, encargado de portar el estandarte *Beausent* y de vigilar las indisciplinas. Yo fijaba mi atención en ellos, en sus expresiones inertes y sus rostros marcados por múltiples cicatrices y deformidades adquiridas en el campo de batalla. Se presentaban altivos, acostumbrados a acaparar todas las miradas de los iniciados.

SEXTA

Salimos por el establo y marchamos hacia el puente levadizo cargando con palas, azadones y guadañas al hombro. En el llano había calma, pero también cotidianidad. La centinela hacía el reemplazo, llegando al otro lado del torreón completamente empapada de sudor por el tórrido calor del sol. El comandante ordenó inmediatamente que bajaran el puente para que mi maestro no se viera obligado a interrumpir el paso.

En el cielo, las nubes blancas se desplazaban según el ánimo del viento. El gentío de los mercados y sus voces surcaban los cielos de una Ultramar completamente desbordada.

Yo iba el último, curioseando sin llegar a coger el paso de mis hermanos iniciados, al tiempo que sembraba inquietud en los ojos de los centinelas que, apostados en las almenas, no podían moverse. Allí se sufría más que en ningún otro lugar; la guardia era terrible, severa, «te abría los ojos». En poco tiempo se te quedaba la vista de halcón por cumplir la estricta norma a rajatabla.
Estábamos dejando atrás la Puerta de Oro. Habíamos cruzado el foso y salíamos de la fortaleza. En ese momento me volví y contemplé el Castillo de los Peregrinos, el cual me acogía en su seno en mi sagrado aprendizaje. He allí dos grandes torres de piedra labrada alzándose desde el foso, unidas por una muralla vigilada por jinetes de lanza, por delante de otras tres torres defensivas. Aquellas maravillas también las poseían los Hospitalarios, mas contemplar las obras de los Pobres Caballeros de Cristo, bajo el sol, causábame profunda admiración.Vi el burgo amurallado de los distantes genoveses, quienes hablaban a guisa de cosa necia de sus vecinos venecianos y pisanos. De repente, nos inundaron las gentes. Avanzamos en lucha contra la multitud hasta que se oyó un silbido. Fue entonces cuando nuestro Maestro de Oficio agitó los brazos sobre su cabeza para que nos apartáramos. Todo movimiento cesó. Pisanos, venecianos, genoveses, fenicios y comerciantes de Damasco despejaron el camino en aparente calma. Entonces, vi aproximarse al Gran Maestre del Temple a buen galope, seguido de todo su séquito, haciendo flamear el Beausent en los barrios latinos. Los niños salieron para ver a Guillermo de Beaujeu, a sus consejeros y al capellán; al sargento y al secretario sarraceno. —«¡Guillermo solo se somete ante Bonifacio!»— le gritaban algunos, aludiendo al Papa. Al herrero, al cocinero y a mi buen maestro ni siquiera los miraban; eran sombras necesarias pero invisibles. Pasaron de largo atravesando el viento.
Cuando la calle volvió a llenarse de gentío, me acerqué a mi maestro y le pregunté:
—¿Queda mucho para llegar a los huertos? Y mi maestro, afligido por mi impaciencia, diéreme garrote en la frente.

NONA

Entramos en los dominios de la Iglesia de San Andrés, cuyos huertos estaban siendo asperjados por la bruma de las olas del Mare Nostrum, que caían rotas por encima del acantilado. El salitre se mezclaba con el olor de la tierra removida, creando una atmósfera densa, casi sagrada. Una vez allí, el Maestro nos distribuyó y nos enseñó cómo debíamos abrir las entrañas del suelo para el santo cultivo. Cuanto más le observaba, menos le escuchaba, pues mi atención se desviaba hacia el cementerio situado a pocos pasos. Deseaba alejar ese pensamiento de mi mente, pero no dejaba de preguntarme si bajo todas esas cruces de piedra se encontrarían las fosas sin nombre de los Commilitones Christi. Mientras la figura pequeña y ancha del Maestro hacía continuos aspavientos bajo el sol, me vinieron a la mente todos aquellos códices ocultos en la cripta del castillo. Seguramente habrían sobrevivido a las purgas de Diocleciano, entre otros paganos, pensé, custodiados por el silencio de los siglos.

—Mira, pues, ¿es que quizás tienes alguna queja? —interrumpió el Maestro, detectando mi distracción.
—No... Resisto con la gloria de Deus y de su hijo Iesu Christus —respondí mecánicamente, apretando el mango del azadón.

Y mi Maestro, fiel a su pedagogía de hierro, volvió a darme con el garrote en la frente.

COMPLETAS

—Yo, Víctor de Champagne, renuncio a mi pasado, al mundo y a mi nombre. De ahora en adelante, me encomiendo a la Orden. Hermanos, llamadme: Guillermo de Champagne. ¡Non nobis!

Veíalos yo a mi alrededor examinándome. Después, me despojaron de la túnica y me dejaron solo en la santa capilla del aspirante tal y como había venido yo al mundo. Al poco, llegaron dos capellanes y me vistieron con una túnica blanca resplandeciente. « Ni capa ni espada». La dejaron caer despacio sobre mi cuerpo magullado repleto de cicatrices. «Sin hablar, sin mirarse». Entonces entraron otros dos hermanos portando los gruesos libros del Aspirante. Leían para mí, en voz alta y clara, las Reglas de San Bernardo. En ese momento pensé en mi tío, quien odiaba profundamente a los templarios. Supuse que estaría lejos y sonreí. Pero más allá de esto, sentí al fin que me encontraba en el camino del perdón. Sobre todo cuando visualicé el resplandor, y sentí de nuevo, la paz. Mis manos volvían a estar dispuestas para el combate. No sentía frío, ni dolor. El miedo se había quedado dormido, por primera vez podía llegar a dominarlo; creía yo, aunque aún era pronto para afirmarlo. Encontraba la noche hermosa, en aquel momento ya no me parecía que estuviera casada con la muerte. Hicieron su entrada dos caballeros y se plantaron rígidos ante mí:

—¿Cuál es vuestro nombre? —me preguntaron.
—Guillermo de Champagne.
—¿Es cierto que queréis entrar en nuestra Orden?
—Sí, hermanos.
—¿Cuáles son vuestros propósitos?
—No hay propósitos. Deseo entrar por causa de mis tormentos. Pues en verdad, he dudado de Dios y no encontraré paz en otro lugar que no sea este. Concededme el placer de servir a Dios porque servir a Dios y a su hijo es bueno.

Ambos caballeros asintieron convencidos con la cabeza. Luego se marcharon y, al poco, regresaron, me pusieron en pie y me llevaron a la Sala del Capítulo. Esta sala secreta, oculta en las catacumbas de la iglesia de San Andrés, era de ocho puntas. El altar se situaba sobre el gravado de la Cruz Paté. Cuando accedí, vi a los ocho miembros del Capítulo, colocados sobre las ocho puntas de la cruz. El Gran Maestre, Guillermo de Beaujeu, salió de la oscuridad y avanzó hasta el centro. Los caballeros que me habían traído me cogieron por los brazos y me dejaron caer a sus pies. Ahora debía hablar, era mi turno:

—Señor, soy ante Dios, ante vos y ante los hermanos y querría yo pediros, en el nombre de Dios y de Nuestra Señora María que me admitierais en vuestra compañía y en beneficio de la Orden, para ser desde ahora siervo y esclavo.
—Hermano de Champagne, mucho esperáis mas no es cierto lo que dicen, puesto que lo que aquí veis verdaderamente es el profundo hueco del árbol. Vos habéis visto nuestras bellas vestiduras y nuestros arneses y caballos. Pensáis que aquí viviréis plácidamente, con gozo y vasallos, con buena comida y buen beber, mas no sabéis de las durezas de esta Orden. Si en verdad supierais, pues sabed que ciertamente el sacrificio será duro. Vos, que os gobernáis mismamente, deberéis haceros esclavo de otro. Y esto significa que debéis entregar vuestra voluntad. Hermano de Champagne, vuestros deseos no se

cumplirán. Cuando queráis contemplar el mar, se os mandará dormitar y cuando queráis dormitar, se os hará velar. Cuando queráis comer, seréis enviado a donde se atenga el bien y no se os dirá dónde. Deberéis aguantar de buen grado humillaciones y durezas. Haced consciencia, gentil hermano, y preguntaos si verdaderamente estáis dispuestos a padecer todas nuestras durezas.
—Todas sufriré si Dios quiere.
—Hermano, no debéis confundir la Orden. No hallaréis aquí el deseo de las riquezas, ni el de los honores, ni el del señorío y bálsamo del cuerpo. Os encontráis aquí para eludir los pecados, para servir a Nuestra Señora, y, para ser pobre, piadoso y hacer penitencia. Todo, por la salvación del alma. Mas en vuestra intención habéis de desearla. ¿Queréis ser esclavo y siervo de esta Orden? ¿Queréis hacer voto y renunciar a vuestra voluntad para los restos de los restos de vuestros días y para ir en pos de lo que vuestro comandante ordene?
—Sí, si Dios quiere. Señor, soy ante Dios, ante vos y ante los hermanos Y querría yo pediros, en el nombre de Dios y de Nuestra Señora que me admitierais en vuestra compañía y en beneficio de la Orden para ser desde ahora siervo y esclavo.
—Hermano, ¿tenéis esposa?
—No señor.
—¿Sois prometido o tenéis oculta alguna amante?
—No señor.
—¿Sois clérigo?
—No señor.
—¿Acaso venís o habéis estado en otra Orden?
—No señor.
—¿Tenéis familia?
—Sí, señor, un tío.
—¿Y dónde debemos preguntar para saber de ti?
—París, señor.
—¿Tiene descendencia?
—No, señor.
—¿Por qué? ¿Qué le priva?
—Es confesor del Gran Inquisidor General, Guillermo de París.
—Cargo importante. Hermano, ¿no tendréis deudas con él que no podéis pagar?
—No, señor.
—¿Os remueve no tener esposa?
—No, señor.
—¿Añoráis al gran amor?
—Lo hallé en el campo de batalla.
—¿Guerreasteis? ¿Dónde?
—Hace cinco años bajo órdenes del rey Felipe en Aragón.
—Entiendo. ¿Es la derrota la que os llevó a esta Orden?
—No, señor.
—Es insuficiente, hermano. ¿Qué podéis contarme al respecto?
—Fui un hombre maldito. Derramé sangre inocente hasta saciarme de ira y venganza.
—¿Mujeres y niños?
—Por encima de todo—confesé arrepentido.

El Gran Maestre levantó los ojos.

—¡Fratres! ¡Éste hermano ha confesado. Si alguno quiere negar su derecho o tiene algo en su contra, que la declare ahora en su presencia o, por el contrario, calle para los restos!

Confieso que por un instante, tuve miedo.

—Abrid vuestros oídos ante lo que os preguntaremos.

Entonces los otros siete miembros de la Orden del Temple, dieron un paso al frente y seguido, se situaron todos a mi alrededor. Alzando la cabeza y con las venas marcadas en el cuello, fueron preguntando, a coro:

—Hermano, ¿cumpliréis la promesa de que de ahora en adelante y en todos los días de vuestra vida obedeceréis al Maestre del Temple y a vuestros comandantes por Dios y por nuestra señora Santa María? ¿Cumpliréis la promesa de que de ahora en adelante y en todos los días de vuestra vida viviréis castamente por Dios y por nuestra señora Santa María?¿Cumpliréis la promesa de que de ahora en adelante y en todos los días de vuestra vida viviréis sin posesiones por Dios y por nuestra señora Santa María? ¿Cumpliréis la promesa de que de ahora en adelante y en todos los días de vuestra vida seréis respetuoso con los buenos usos y las costumbres de esta Orden por Dios y por nuestra señora Santa María? ¿Qué vuestra espada será al servicio de Dios por la Tierra Santa de Jerusalén? ¿Qué jamás abandonaréis esta Orden, ni por la fuerza ni por la debilidad?
—Prometo, si Dios quiere.

Y dicho esto, cayó entonces sobre mí el manto sangrado de la Orden, y yo lo sentí como las alas de un ángel. También la cruz y la espada. El suelo ya no ardía, no castigaba mis rodillas, en verdad, no sentía nada. Alivio, tal vez.

—Por el pan y el agua, por la pobre vestidura de esta casa y todas las tareas y penurias. Mira cuán de bueno es y cuán es de delicioso habitar con los hermanos como uno solo—dice Guillermo. Luego me sujeta por los hombros y me pone en pie.

Entonces, regresan las voces de los hermanos, a coro:

—Un caballero templario no puede tener mujeres, ni ungir el cuerpo en agua porque el cuerpo es de Cristo. Un caballero templario nada tendrá para él mismo, todo será para la Orden; ni propiedades, ni casa, ni podrá amasar riquezas. Un caballero templario no puede partir sin el consentimiento de un superior, ni tampoco puede dormitar en ningún otro sitio, sólo en la casa de la Orden. Un caballero templario no puede comer jamás, con el vulgo, y no dirá: No quiero ir, pues debe encomiarse a su ministerio con fe hasta el día de su muerte. Un caballero templario no puede ser temido por niño ni mujer.

Al término, el capellán se acercó portando el Ósculo de la Fraternidad, y se lo entregó a Guillermo. Este, a su vez, lo dejó en mis manos. Por último, me abrazó como a un hijo.

MAITINES

Había algo allí, unas presencias que hacían de la oscuridad un campo inaccesible; un misterio en ese tramo final del que nunca se hablaba. Cuando mis hermanos me dejaron frente al altar más sagrado de la Orden, vi unas sombras aterciopeladas que, sin lugar a dudas, estaban interesadas en lo que iba yo a hacer. Las descubrí observándome en la boca del corredor que tenía delante, a unos cien pasos. No me asustaron; encontré el momento para rezar sin que me molestaran. Me coloqué de rodillas frente a la piedra situada justo en medio del cruce de caminos, anexo de todas las grutas. Decían los hermanos que aquel bloque había estado en el Sepulcro de Cristo, el verdadero, y comencé a musitar todas las oraciones que conocía, una tras otra, de manera que terminé por tropezar con las palabras. Aquellos que moran en lo profundo no se iban; esperaron a que me levantara a la mañana siguiente. Mi reacción fue armarme de indiferencia, pero no me dejaron solo hasta que la luz irrumpió a través del tragaluz e iluminó la piedra desangelada, a la hora en que los iniciados regresaban de la rúbrica.

Convencido de que no debía contar aquello a nadie, me puse en pie y regresé a mi hogar, a mi pobre y amenazante morada: aquella celda que debía limpiar cada día a conciencia.

«En la esquina, a mi siniestra, se encuentra una pelliza forrada con piel de cordero junto a dos calzones de tejido áspero sobre dos camisas; un sayo largo junto a dos mantos de verano y dos más para el invierno. También una sábana de cuero de adarga, un bonete de algodón, otro hecho de fieltro y dos toallas: una blanca y la otra negra. Al descubrir esta última, se evidencia una navaja de afeitar, la cual suelo ubicar entre el jergón y el louche de madera. En la otra esquina, a la diestra, dejo siempre apoyado el escudo sobre su sobrevesta blanca con la forma de la Cruz de Cristo. Como es de prever, la espada y la lanza de gallardete blanco, cual nubes del cielo, las mantengo lejos del alcance de cualquier mano que pudiera traspasar los barrotes. El puñal descansaba oculto bajo el yelmo o la loriga, cerca de mi cabeza cuando me toca dormitar. Aunque a veces lo escondo bajo los calzones de hierro, a la altura del puño».

TERCIA

Vinieron los hermanos capellanes a buscarnos para orar los treinta Padrenuestros por los vivos y los difuntos. Respiré hondo, dejando que el aire de la capilla llenara mis pulmones, y evoqué antiguas imágenes de mi tierra en una nueva forma llena de vida. Era, pues, cierto. Lo había conseguido. Aquella era mi manera de enfrentarme a mi tío sin necesidad de mirarlo a los ojos. De eso se trataba todo este suplicio: de enterrar al sobrino sumiso bajo el manto blanco del guerrero. Soñé con el momento de nuestro encuentro; imaginé su rabia al ver que el joven que despreciaba ahora servía a una autoridad superior a la suya. Durante los años siguientes, ese deseo de redención y venganza silenciosa inspiró mi dedicación absoluta a la Orden del Temple. Fui el más disciplinado, el más silencioso, el más letal. Hasta que la encontré a ella. Entonces, todo el edificio de mi fe se vino abajo como las murallas de una ciudad asediada.

Militia Christi
(La Milicia de Cristo)
Parte II

Liber de Itinere

(Libro del Camino/Campaña)

LEGADO DEL TEMPLE: EL ARCHIVO DE ACRE
DOCUMENTO I: EPHEMERIDES MILITUM (DIARIO DE CAMPAÑA)

Fecha: 28 de abril de 1289. Lugar: Castillo de los Peregrinos – Salida hacia el Norte.
Estado del manuscrito: *Pergamino de piel de cabra, con salpicaduras de salitre y marcas de presión de una mano enguantada.*

"Exurge, Domine, et iudica causam tuam."

En mi cuarto año bajo la Regla, yo, Guillermo de Champagne, salgo del Castillo de los Peregrinos hacia el norte con treinta y tres caballeros, hermanos míos, para socorrer a los que huyen del acero sarraceno. Dejamos atrás Montjoie, en el barrio veneciano junto al Arsenal, y las murallas de Montmusart, que separan Acre del arrabal del norte. Seguimos sin abandonar la diestra del Hospicio del Hospital, avanzando hacia nuestras defensas con semblante pétreo. Se respira el temor en los gentiles; la caída de Trípoli no es ya un rumor, sino una certeza que envenena el aire. Salimos por la Puerta de Maupas. Al día siguiente, sale a nuestro encuentro un solo caballero de la Orden del Hospital, trayendo las nuevas amargas sobre la muerte de nuestro hermano, el mariscal Pedro de Moncada. La vanguardia del Temple ha sido descabezada.

DOCUMENTO II: NOTA MILITAR (REPORTE DE VANGUARDIA)

Fecha: 30 de abril de 1289. Lugar: Paso de Damasco, sector sur. Remitente: Hermano Mariscal Pedro de Sevrey.

Al Capitulo General de Acre:

Nuestro hermano y mariscal, Pedro de Sevrey, toma la decisión de hacer regresar al hermano André a Acre. Debe llevar las nuevas de la carnicería e informar de la caída del hermano Pedro de Moncada. Nosotros continuamos hacia Damasco. No sabemos hasta dónde podremos llegar.

DOCUMENTO III: FRAGMENTO DEL DIARIO DE GUILLERMO

Fecha: 2 de mayo de 1289. Hora canónica: Nona (La hora de la muerte). Lugar: Vistas sobre la ciudad escarpada de Trípoli.

“Vae victis. Memento mori.”

Vemos ya las columnas de humo que ascienden a los cielos, portando las cenizas de aquellos que han sido mancillados en su vientre. La testera de los caballos resuena como la llamada de un campanario fúnebre. De esta tierra tosca despierta el hedor de los muertos pudriéndose bajo la viña del sol.
Ya llegamos. Nuestros caballos hacen temblar el suelo; el Beausent flamea con la ciudad en llamas al norte. El ejército mameluco está apostado tras lo que queda de las murallas, levantando una polvareda que ciega el juicio. Divisamos los restos de la ciudad escarpada desde el sudoeste, en tierra firme. Trípoli ha muerto. Está sitiada y el puerto es una carnicería. No tratamos de salvarlos; semejante empresa sería una majadería suicida que la Orden no puede permitirse. Ultramar ha padecido un golpe mortal. Todavía se escucha, como un eco de ultratumba, el griterío de los que intentan huir por mar. Nada podemos hacer más que observar y reportar la agonía. Malaventurados aquellos que pasan a filo de hoja mameluca. Dios los tenga en su gloria, pues el Reino de los Cielos es lo único que les queda.

DOCUMENTO VII: EPHEMERIDES MILITUM (DIARIO DE CAMPAÑA)

Fecha: 5 de mayo de 1289. Hora canónica: Sexta (El sol en el cenit). Lugar: Costa de Beirut, camino de regreso a Acre.

“Dominus illuminatio mea, et salus mea; quem timebo?”

De regreso a Acre bordeamos la costa de Beirut, polvorientos, atiborrados de viento y resistentes sobre el caballo, empero agotados. Los ojos se entrecierran a riesgo de caer si quedaran fijos en el mar. Vislumbramos algo a lo lejos. Desconcertados por lo que va asomando, caemos sobre el flanco diestro, apiñándonos sin advertirlo. Estamos tan absortos que nuestros caballos quedan como trabados en el combate. Nuestro Mariscal no logra salir del asombro. Fuera de su hábitat, la visión impresiona. Se ven pocas naves de tal porte en estos mares, pues reaccionan tarde al mal temporal y los marinos las evitan. Esta que hallamos parece haber embestido contra la arena. Tiene el mástil quebrado y la enorme vela ha vencido a los latigazos de una tormenta. Reformamos la formación en pos de nuestro Mariscal. Le seguimos a trote medio por la orilla. A medida que nos acercamos, nos empequeñecemos. Confirmamos por el calado que se trata de una Carraca. Su presencia aquí, varada en suspenso, me produce escalofríos.
Al llegar, el estado de la nave nos sobrecoge. Entre el casco y nosotros apenas hay cuatro zancadas. El botalón se enfila directamente hacia la cabeza del Mariscal. Arriba, en la cubierta de proa, se percibe un gran revuelo; quizá un intento de escapar de un asalto o un acto unánime ante la tempestad. El ancla sigue amarrada a la sombra del mástil; no hubo tiempo de echarla.

—¡¿Hay alguien aquí?! ¡¿Alguien responde?! —clama el Mariscal. Solo el mar batiendo las olas responde. —Hermano Guillermo de Champagne.
—¿Qué mandáis, Señor? —respondo, abriéndome paso.
—Subid a cubierta —ordena, secándose el sudor.

Los hermanos retroceden. Yo no sé nadar, mas la Orden es incontestable. Dejo las riendas al hermano Gilberto y pongo los pies en la arena, bajo el fuego que cae del cielo. El metal del peto quema mi piel. Siento el desmayo, empero sigo. La espuma

cubre los escarpes. A mi diestra, la popa de la Carraca se revela totalmente destrozada, hundida en las aguas.
Sube el sonido de la marea. El mar cubre mis pies. Atravieso el oleaje. Hago servir mi escudo con carácter a medida que avanzo muy lentamente. Libero la espada para dar respuesta al viento. Progreso hasta que se me inundan las rodillas. El peso de mi armadura juega un papel importante. Opto por no continuar y observar desde esta posición, pensando en mi seguridad y en mi regreso para poderles contar. El casco está partido por la mitad. Todo el tablazón de la cubierta de proa se encuentra flotando, hecho añicos. La corriente arrastra sus restos y pronto mis hermanos verán aparecer por los extremos del barco los primeros signos del naufragio. Todo es muy extraño. No hay indicios de que la embarcación haya sido atacada. Ni de que las velas hayan cedido al fuego. Desde aquí, tampoco se puede advertir que la nave haya sido embestida por otra. Llanamente, pienso que Dios ha dejado caer su mano aquí. Ni siquiera la tormenta puede provocar tal violencia. Algo cayó del cielo, arrancó la popa por el peso y después arrastró el barco hasta la orilla. Es la explicación lógica a la horripilante vista que, tras escudriñar, derrumba. En suma, es la deducción de un loco. El agua comienza ya a filtrarse. Levanto los brazos y cae de mi codal como en un manantial. Mis nudillos rozan el casco de la nave. La madera cruje partiéndose a escondidas, con toda la fuerza instintiva en el balanceo del barco. Tengo que ir apartando los restos del naufragio. De milagro, encuentro una brecha para entrar. Accedo, a través de la misma. Dentro, el ambiente está asfixiado por un olor avinagrado; barriles volcados flotan en la bodega; algunos permanecen aún en pie; otros, con el agua al cuello. Aquí la marea no mengua y trepa hasta mi cintura. Lo que voy dejando tras de mí, mientras me abro camino hacia la escalerilla, es la terrorífica estampa con parte del puente de popa queriendo arrastrar a su otra mitad mar adentro hacia la profundidad. Asciendo hasta la escotilla. Guardo la espada y pongo el escudo a la espalda. Al asomar la cabeza, compruebo el desastre. Mi faz se nubla porque cubierta asemeja un osario. Comienzan a brotar cadáveres por doquier; mujeres, todas con la misma herida mortal en el vientre materno. «¿Qué ha pasado aquí?». «¿Y los hombres?».

—¡Hermano! ¡¿Habéis encontrado algo?! —pidió el Mariscal desde la playa.

No puedo contestar. Bajo nuevamente con la intención de huir, pero en el compartimento sobre la bodega escucho un suspiro. Me quedo paralizado. El suelo cruje; temo hundirme. Tropiezo con restos de muebles y un espejo roto; la otra mitad yace en el abismo. Desenvaino. Tengo cerca el mamparo. De repente, «alguna cosa despierta mi instinto». El aviso me llega de inmediato, a un paso del final. Echo una veloz mirada a mi alrededor y entonces lo veo: Un hombre muy alto, muy seco, concentrado en unas cajas cubiertas por redes de pesca. Olfatea. Busca. Hay algo extraño en él. Su largo cuello se inclina como un girasol siniestro. Llena de miedo el ambiente para hacer salir lo que se oculta tras las cajas. «Pero…». Veo una mano diminuta tras una; unos dedos blancos como el pan asoman tímidos. Es una niña.

—¡¿En el nombre de Dios, qué pasa aquí?! —le grito.

Me mira como si me hubiera odiado en todas las épocas desde el principio de mis días. «Ladea el cuello semejante a… No sé». Su aspecto es más que el de cualquier hombre, mantiene porte de Santo. «Sí…». Un santo albino, de ojos verdes rencorosos, con gestos fríos de Parca. Me responde en latín, con voz melosa; acento italiano pues parece cantarlo:

— Neque id imagineris.
(Ni te lo imaginas)
—¡¿Quién sois?! —exijo, esperando oír el nombre de Abel.
—YO SOY GADREEL.

Se esfuma ante mis ojos. Desaparece en el aire viciado. Contengo el aliento. Cuando logro respirar, me acerco a las cajas. Allí, agazapada, contemplo su rostro por primera vez. Es una niña norteña, de unos siete años, con ojos apagados. Está débil, mal alimentada. Al verme, intenta huir, pero cae como un lienzo frágil y comienza a llorar. Me arrodillo con todo el peso de mi armadura. Huele a oscuridad.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto en latín.
—Emma.

«El nombre es teutón, pero su acento es francés. Gorgotea»

—¿Conocías a ese hombre?

«Niega con la cabeza»

—¿Qué le ha pasado a este barco?

De repente, me abraza. Ese gesto me atraviesa el corazón con una voracidad humana que me aterra. Es un milagro que me enternece y me destruye a la vez. Pienso: «Esto será mi perdición, pues comienzo a adorarla».

—Emma, yo soy Víctor y voy a llevarte con mis hermanos. Es la voluntad de Dios.

Tomo a la niña rubia en mis brazos y salgo del vientre del barco, atravesando el oleaje para presentarla ante el Beausent y mis hermanos. Mi fe, sin saberlo, ha sido envenenada para siempre.

DOCUMENTO XIII: EPHEMERIDES MILITUM (DIARIO DE CAMPAÑA)

Fecha: 11 de mayo de 1289. Hora canónica: Completas (Tras el oficio de difuntos) Lugar: Encomienda de Accon, Iglesia de San Andrés.

“Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.”

Se decretan cuarenta días de misa por el descanso del hermano Pedro de Moncada. Durante este tiempo de luto, impera la orden de alimentar a cuarenta pobres, uno por cada jornada. En la celda del fallecido Mariscal se deja un cirio y su espada, que cubrirán su ausencia durante tres días. Al caer la noche, nos dirigimos en procesión al cementerio de la iglesia de San Andrés; allí aguardan las fosas sin nombre donde reposan los templarios de Acre; iguales bajo la tierra de Ultramar. Observo cómo los hermanos capellanes toman el cuerpo del Mariscal, envuelto en su manto blanco, y lo disponen boca abajo sobre una tabla. Acto seguido, lo hacen descender con gruesas cuerdas hacia la profundidad de la fosa, donde queda abandonado para ser entregado a la tierra.

DOCUMENTO XIV: FRAGMENTUM EX DIARIO (GUILLERMO DE CHAMPAGNE)

Fecha: 18 de mayo de 1289. Hora canónica: Maitines (El primer oficio de la noche)
Lugar: Ciudadela de Acre / Encomienda del Temple.

"A custodia matutina usque ad noctem, speret Israel in Domino."

Me despierta el grito de una mujer. Apenas sé cómo afrontar esto: no hay mujeres en la fortaleza, ni siquiera en la Ciudadela. El eco del alarido estalla aún en mis oídos. Empiezo a respirar con dificultad; por nada del mundo puedo apartar de mi vista la imagen de aquel «Hombre Santo». Desde que hallé a la norteña, no he hecho más que soñar con ángeles y temerlo todo. Padezco un insomnio insoportable que me deja pálido y ojeroso, pendiente de cada ruido insignificante. No deseo ese abismo donde los ángeles se enfrentan en una batalla cruenta, batiéndose cuando debían permanecer unidos. En un principio lo tomé por una visión, pero con los desgarradores gritos y las alas troceadas saltando por los aires, me digo: «Esto es una maldición». Con este pensamiento llega el repique de los Maitines. No hay tiempo. Tomo mi espada, salgo de la celda y me uno a la fila. La campana no cesará hasta que alcancemos la capilla. Los Hermanos Capellanes repasan las celdas una a una, examinando cada rincón con el dedo; si la estancia no está impecable, informarán al Capítulo. Ahora, nos movemos. La cola se desplaza lenta, entregada a la solemnidad. Al llegar mi turno, me inclino ante Cristo y rezo apresurado los Trece Padrenuestros. Siento ojos recelosos buscando acrecentar la sospecha sobre mi fe.
Salgo de manera espectral y cruzo el patio, cuidando de que nadie me siga. Dejo atrás el pozo, adelantándome hacia la caballeriza. Cambio la vaina de mano y saludo a los hermanos asintiendo con la cabeza. «¡Fuérzate a llegar raudo!», me animo. En este momento, los capellanes escudriñan nuestros humildes aposentos buscando plata, oro o comida; rebuscan en nuestros arcones con ahínco. Mientras esperan hallar falta para la reprimenda, entro corriendo en la cuadra de Lázaro, mi corcel negro de siete pies, liviano como un suspiro y envidia de los Turcópolos. Escarbo en la paja ante su mirada y recupero la túnica.
Llego a la Ciudadela, donde se hace el pan y se almacena el grano. Localizo el carro del limosnero, cargado de vino y hogazas bajo la vigilancia de la guardia nocturna. Me pongo a la vista de los centinelas; no sospechan, pues soy el encargado de las encomiendas que, al alba, debe esparcir la benevolencia del Temple. Cuando se alejan el uno del otro, escondo la túnica entre los barriles. En ella oculto queso, pan y dátiles del huerto de San Andrés. «Con el grano tendrán para el mes», pienso. Es el acuerdo pactado con la Viuda Hispana.
Esta semana, el hermano Pedro de Sevrey finalizó la investigación sobre la Carraca. Se achacó el ataque a las galeras del Sultán, sin prueba alguna. Dios le perdone. Pretendían trasladar a Emma a un hospicio de Chipre o abandonarla en la Torre del Rey Hugo para que los Teutones se hicieran cargo. Están ciegos. Se han entregado a las conspiraciones de Guillermo de Beaujeu, quien ha convertido a los «Pobres Caballeros de Cristo» en una sociedad de bienes que suscita celos en Francia. El Maestre recluta siervos-sombra; incluso tiene en nómina al emir Badr ad-Din Bektash al-Fakhri en la corte del Sultán. Así Beaujeu va siempre un paso por delante del sultán, Qalawun.
Estoy enojado. Solo yo he reconocido la vida en esa niña; yo, que he sido un saco de pecados. No la abandonaré. Tengo que protegerla con mi propia vida. Yo, Víctor, soy ya su fiel devoto. Suena la campana. Los hermanos regresan de la caballeriza en estricto

orden. Me pego a ellos con disimulo, pensando en la niña norteña por quien siento una pasión similar a la de Cristo por Magdalena. Dios me perdone la comparación. Desde las Completas, tras el cántico a Nuestra Señora, la oscuridad la acosa. La Viuda Hispana dice que debemos cambiarla de habitación; cree que es obra del Maligno. Si mi tío oyera esto, la quemaría como hace con todos sus temores. Es demasiada carga.

DOCUMENTO XVI: FRAGMENTUM EX DIARIO (GUILLERMO DE CHAMPAGNE)

Fecha: 25 de mayo de 1289. Hora canónica: Prima (El despertar del mundo). Lugar: Encomienda de Acre / Barrio Veneciano.

"Vidi angelum descendentem de caelo, habentem clavem abyssi."

Me despiertan unas imágenes atenazadoras que paralizan el corazón: una masiva caída de estrellas. Son los ángeles, de nuevo en esa pesadilla, confrontados con una trepidante fuerza que hace temblar al mundo. En el inicio, la Tierra está plagada de muertos que yacen en horripilantes formas. Llueve y solo se oye al viento corriendo hacia el mar. Entonces, de la orilla surge una imagen borrosa: la Semilla de la Malicia. Sus pies, deformes y bulbosos, arrastran un chirrido que eriza la piel. Su piel, traslúcida y húmeda, exhala un odio que parte el alma. Prepara una rebelión de muertos.
Lo último en esta noche ha sido la imagen del Arcángel que le aguarda, con todo su ejército detrás, envuelto en una gran luz que lo lleva de regreso al cielo. No es como dictan las Sagradas Escrituras; su hermosura tiene la mirada del relámpago y sus alas parecen metálicas, menos emplumadas que en las representaciones conocidas. Transmite la energía de un soldado. Erguido, impresiona; se ve más poderoso que ningún otro. Su faz no es la de un hombre maduro; está a mitad de camino. «¿Lucifer? »
No tardarán en llegar. Toca la Prima. Me levanto con dolor de espalda mientras la Autoridad —el «Hombre Odiado»— examina mi celda con mirada torva. Salgo casi avergonzado hacia el oratorio, sin producir un solo sonido.

DOCUMENTO XVII: REPORTE DE OFICIO (EL LIMOSNERO Y EL ESPÍA)

Fecha: 25 de mayo de 1289. Lugar: Ciudadela de Acre, sector del Arsenal.

Despunta el sol y hallo al iniciado Tesifonte junto al carro. Es una criatura encorvada y flaca, de facciones voluminosas; me lo han asignado como aprendiz, mas sé que es el espía de los Capellanes y del Gran Maestre. Mi fama de hermano distante y silencioso entre los Peregrinos me hace el custodio ideal para él.

—¿Qué te ronda la cabeza? —le pregunto con tono cordial. —Nada, Maestro de Oficio. Resisto con la gloria de Dios —responde el vil con la lección aprendida.

Me despojo del manto blanco y visto el sayal maloliente del Limosnero. Le entrego las riendas a Tesifonte; prefiero ver su espalda que tenerlo merodeando por detrás. El centinela baja el puente levadizo y nos presentamos ante los desahuciados de la guerra que bajan de las murallas de Montmusart. Sus rostros tienen la palidez mortuoria y sus ojos están entumecidos por la indignación.

DOCUMENTO XVIII: FRAGMENTUM EX DIARIO (EL ENCUENTRO EN EL BARRIO VENECIANO)

Fecha: 25 de mayo de 1289. Hora canónica: Tercia. Lugar: Casa de Sibilia, la Viuda Hispana.

Una hora después penetramos en el Barrio Veneciano, lugar frío y desasosegado, cerrado al extranjero. Es tierra melancólica, perfecta para la penitencia. Los pobres de Montjoie se agolpan atraídos por la Encomienda. Lanzo el pan al viento, corto las cuerdas de los barriles y reparto grano entre manos heridas.
Es el momento. Oculto bajo mi túnica el queso y el pan afanados, salto del carro sin que Tesifonte me perciba y me pierdo por una callejuela que hiede a pescado. Llego ante la puerta de Sibilia. Al entrar, el aire huele a chamuscado, como el *Crocimus*. Las sillas han volado, los cirios se han consumido y los jarrones yacen dispersos. Envuelvo las manos de Sibilia con las mías. En su semblante cansado vislumbro por un instante a la joven que corría descalza cerca de la Torre de las Moscas. Voy a ver a Emma. Retiro la cortina y la hallo mirando al techo, confusa.

—Emma, soy yo, Víctor —llamo, mas no escucha.

Sibilia ha llenado la estancia de crucifijos; cree que la niña es un ángel al que intentan arrebatar. De súbito, me fijo en sus muñecas. Caigo de rodillas. Le sujeto la mano y la volteo hacia el cielo.

«¡Tiene los estigmas!»

La sangre chorrea despacio. El deseo de contarlo al Capítulo me atenaza, pero me detiene el recuerdo de mi tío, el Inquisidor de Langres. Recuerdo cómo desolló a una muchacha en nuestro granero porque no podía levantarse y andar. Aquel acto inhumano lo confundí entonces con el poder de Dios. Mi madre, Juana, echó a mi tío de casa antes de perder la cordura por completo.

DOCUMENTO XIX: ACTA DE INTENCIONES (EL ABANDONO DE LA ORDEN)

Fecha: 25 de mayo de 1289. Lugar: Barrio Veneciano.

Emma me abraza. Es una criatura perfecta. Temo envenenarla con mis batallas internas.

—Tengo intención de abandonar a mis hermanos —le digo a Sibilia—. Voy a dejar la Orden. Si los míos vieran esto, la acusarían de herejía y la quemarían. Me he criado en su infierno. Le cuento a Sibilia cómo mi tío mató a un hombre a golpes de vara incandescente solo por cuestionar una paradoja de la Cruz. —Prometedme que, si muero, la llevaréis al convento de Limassol, con las Damas Templarias. Ellas sabrán qué hacer. Me marcho rápido, sin despedirme. Estos serán mis últimos días como caballero de la Milicia de Cristo.

LEGADO DEL TEMPLE: EL ARCHIVO DE ACRE. DOCUMENTO XX: FRAGMENTUM EX DIARIO (LOS QUE MORAN EN LO PROFUNDO)

Fecha: 30 de mayo de 1289. Hora canónica: La hora del Lobo (Entre Completas y Maitines). Lugar**:** Subsuelo del *Templum Domini* / Grutas marinas de Acre.

"Post Partum et in partu, Virgo inviolata permansisti."

Habían venido a mí durante la segunda cuaresma y ahora regresan, coincidiendo con la llegada del rey Enrique. Son «esos que moran en lo profundo». En esta noche, el Capítulo se reúne en el *Templum Domini* con los francos y las otras órdenes. Yo, entretanto, hablo en sueños; palabras que han sido escuchadas por aquel a quien descubro nada más despertar. Lo ha escuchado todo. Ha entrado en mi celda, me ha visto dormir y se ha sentado a mi lado, esperando. Lo tengo delante. La sensación es la de hallarse en un lugar cercano a la muerte. Se trata de una figura enorme, elegante y elevada, de un corazón tremendamente misterioso. Porta un hábito de vistosa tela rojiza que cubre su actitud de penitencia. Es la primera vez que los tengo tan cerca y, ciertamente, hechizan. Se dice que son enfermos impuros de lepra; que estos hermanos que habitan en lo profundo, cuyo rango se sitúa por encima de los Hermanos Capellanes, están en cierto modo excomulgados. Solo el Gran Maestre puede descender a la montaña donde viven. Salen de la oscuridad en plena noche para buscarte y obligarte a obrar por ellos.

DOCUMENTO XXI: EL CAMINO DEL CALVARIO SUBTERRÁNEO

Fecha: 30 de mayo de 1289. Lugar: Corredores inferiores y el Altar Sagrado.

Es un monje lleno de vitalidad; debe de ser joven y su postura es sana. Cada vez que intento verle el rostro, me oculta la cara con la capucha. Al levantarse, compruebo que es tan alto como un corcel. Me saca de la celda por la gruta norte, descendiendo hacia la escarpada. Pasamos por el cruce donde se halla el altar más sagrado de la Orden: la piedra que, según dicen, estuvo en contacto con el cuerpo de Cristo en su verdadero sepulcro.
Lo sigo velozmente por esa bajada en picado hacia un corredor inferior. Da grandes zancadas, cabizbajo, ocultando sus manos y su rostro de cualquier rastro de luz. Entramos en otro corredor donde un viento poderoso echa mi cabello hacia atrás. Se oye al mar golpear la roca. Tuerce el rumbo hacia una gruta de piedra lisa donde, a lo lejos, se distingue una luz en movimiento. Me asalta un escalofrío. Bajo los codos de aquella enorme figura que casi me dobla en estatura, el espacio se estrecha. Se aparta y lo que veo me deslumbra. No oso dar un paso al frente. Los hermanos llevan rato cargando con los secretos de la Orden, pero hacen falta más manos; las idas y venidas se hacen eternas entre tanta caja. Mi estómago ruge de hambre. Esa cosa a la que me cuesta llamar «hermano» parece advertirlo; tiene la pose de quien lo sabe todo.

DOCUMENTO XXII: EL PESO DE LA CRUZ

Fecha: 30 de mayo de 1289. Lugar: Muelle oculto y Galera.

Escucho algo que se eleva detrás de mí. Hiende el viento e influye en el ambiente al instante; todos se detienen. Algo baja en picado sobre mis hombros. Exhalo un grito silencioso cuando el madero castiga mi carne. Los músculos de mis brazos quedan agarrotados, pero logro sujetar la carga. Le entrego toda mi fuerza. La madera está en un sorprendente estado, mas la astilla penetra mi piel como un cuchillo afilado. Cargo con

ella como un condenado; llevo la cruz sobre mis hombros, a cuestas, intentando no pensar en la dureza y la tristeza de arrastrarla. Los oídos me pitan; sudores fríos y una palidez lóbrega mudan el color de mi cara.
Sigo el camino que marcan los que moran en lo profundo entre calambres insoportables. A cuarenta pasos de la salida, soporto el último trecho atronador por culpa del ruido de las olas. Hinco la rodilla varias veces, temiendo resbalar. Finalmente, llego. A pie de gruta espera una galera bajo el reflejo de la luna llena. Entonces, uno de ellos salta sobre mí y me quita la cruz. Siento un alivio desgarrador. Se aleja con la cruz a la espalda con una facilidad asombrosa. En la cubierta de la galera le espera otro, diferente a los demás: mucho más pequeño, casi de mi altura. Viste una túnica azul.

—*Post Partum et in partu* —dice el hermano de las profundidades que me buscó en la noche.

Pone una mano sobre mi hombro. Siento sus dedos controlando una fuerza que podría hacerme crujir; son humanos, excesivamente lisos y arrugados bajo el guante. Al tacto parecen de arcilla, marchitos por la lepra. Su labor ha concluido. Me lleva de regreso. Supongo que nunca sabré por qué me escogió a mí.

DOCUMENTO XXIII: FRAGMENTUM EX DIARIO (EL ÚLTIMO COMBATE)

Fecha: 1 de junio de 1289. Hora canónica: Tercia (Media mañana). Lugar: Puerto de Acre / Barrio del Arsenal. Estado del manuscrito: *El pergamino presenta manchas de sangre fresca y huellas dactilares que han corrido la tinta. La escritura termina de forma abrupta.*

"Vae victis. In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum."

Hoy se ha producido un altercado. Con la Tercia, han llegado a la Ciudadela mercaderes de Damasco quejándose del comportamiento de los cruzados italianos. Al regresar, nuestro Sargento nos ha congregado a diez de nosotros para que le acompañemos al puerto sin más explicaciones. El ritmo en la caballeriza es frenético. Paso entre los hermanos que embridan sus monturas. El final está cerca; no hallo otra manera de huir que picando como el escorpión en la noche, para que nunca puedan encontrarnos.
Salimos en tromba, rugiendo tras el Sargento. Al entrar en la calle del Arsenal, las gentes se guarnecen. Comprendo que vamos hacia una llamada de socorro por culpa de los italianos. Bajando por el arrabal, rescato un sueño: una muchacha alegre sobre la hierba mojada. Por fin, los ángeles han dejado de atormentar mis noches. Deseo confesarle a Emma que la maldad que habita en mí se está yendo. Deseo protegerla, aceptarla con todos los demonios que surjan en su vida. Tiene que ser esta noche.

DOCUMENTO XXIV: EL ENCUENTRO EN EL MUELLE

Fecha: 1 de junio de 1289. Lugar: Puerto de Acre, frente a la galera maltesa.

Localizamos al grupo: seis cruzados italianos y un sargento de unos treinta años, flaco y amargado, que les permite actuar como una manada de lobos. Acosan a las mujeres de los mercaderes y se burlan de los hombres por llevar la barba al modo sarraceno. Al vernos, desenvainan. Han olvidado su embriaguez; se ven enteros.

Acaricio el cuello de Lázaro; voy a llevármelo conmigo y con Emma a Chipre. El encuentro se prevé conflictivo. Los estrechamos en un cerco, acorralándolos hacia el mar.

—¡En nombre de Dios y de la Virgen! —clama nuestro Sargento—. ¿Qué os trae a hacer escarnio de estas gentes devotas?
—¡¿Quién sois vos para buscar contienda con un cristiano?! —reprocha el cruzado—. ¡Hemos visto sarracenos por doquier en vuestra ciudad y hemos venido a combatirlos!
—¡Vuestro nombre! —exige mi sargento con voz de trueno—. ¡VUESTRO NOMBRE, AHORA!

Sacamos las espadas bajo la luz del día. Los caballos relinchan. Llevamos el acero a la faz, apuntando a Dios.

—No os lo quiero yo dar —contesta el italiano, apretando los dientes.

Es mi última misión. Mi último muerto. Me sobreviene una frialdad antigua. Tres de ellos corren para herir a los caballos. Tiro de las riendas y Lázaro obedece, colocándome en posición lateral. Le siego la garganta al italiano: desde el óvalo hasta la punta del mentón. El trazo es limpio, perfecto; como pintar un cuadro. El coraje de los otros dos se desmorona ante el miedo. Mis hermanos los pasan a lanza desde las monturas.

DOCUMENTO XXV: LA ÚLTIMA LÍNEA

Fecha: 1 de junio de 1289. Estado del manuscrito: *Letra deformada por el dolor físico.*

El jefe de los cruzados arroja su espada. Otro se entrega. Pero queda uno que quiere morir luchando. Siempre llovía en la campiña cuando era niño. Debería haber muerto entonces, para no convertirme en lo que fui, para sobrevivir a mi tío. Urge que mate a este último. Es joven y raudo; se ve ágil bajo el viento pesado. Mi caballo le pierde de vista. Me bajo de la silla. Él recoge una espada del suelo; es un asesino auténtico, como lo fui yo. No lo veo venir. El filo se hunde en mi carne.

Tenía que ser aquí... Este es mi final... Yo...

Emma.

VISPERAS

La galera luchaba contra la tormenta, pero no sospechaban nada. No se preocupaban; creían que nada estaba pasando allí, en la parte nororiental del Mediterráneo, muy cerca de la costa chipriota. Los Templarios Rojos, aquellos que moran en lo profundo, seguían orando en aquella medianoche con aparente normalidad, sin ver que estaban a punto de ser atacados. No hicieron caso a los ruidos ni a los violentos choques contra las olas. No podían pensar en el extremo peligro en el que se hallaban. El mar estaba embravecido, apareciendo a un extremo y otro del barco con intención de hundirlo. En ese momento, el Gran Maestre de los templarios rojos, uno de estatura mediana cuya túnica era de color azul, cerró la puerta del compartimento y, en condiciones sumamente complicadas, se dirigió a la bodega tambaleándose por el vaivén del navío. Con el traje bien ceñido y el rostro apagado por la máscara que le protegía de los rostros que se exasperaban ante la lepra, corrió a comprobar el estado de las cajas y de la Cruz de Cristo, que viajaba con todos ellos en ese navío.

Tocó la campana. Los que moran en lo profundo subieron a cubierta y hallaron una profunda oscuridad, lo único que brillaba por encima de los rayos. Miraron y, a través de sus máscaras, vieron que algo caía con todo el peso de una estrella. Era rápido. No tuvieron tiempo ni de estremecerse. Aquello vino sobre la popa y la arrancó de cuajo. Entonces, al torrencial se le intercalaron los gritos desgarradores de los Templarios Rojos. Algo lo siguió: un sonido chirriante que se adelantó al pánico. La proa comenzó a levantarse; el mar estaba cerca de llevarse el barco. Sus aguas lo cubrían todo; parte de la cubierta era ya una balsa **y** no se podía ver nada. Todo eran sombras en movimiento hundiéndose tras la lluvia. Los gritos se los llevaba el viento de la tempestad. De pronto, la galera dio una sacudida. Trataba de empujarla. Sobre la cubierta se oían las voces que pedían auxilio, pero nada iba a salvarlos de «Él». Se lanzó al mar y arrastró el barco hacia la costa antes de que llegara a ser demasiado tarde y se hundiera con lo que había venido a buscar.

La tormenta seguía siendo horrible. El casco había quedado entre tierra y mar. Inmediatamente, cayó sobre la cubierta. La tripulación iba despertando; se veían en el desastre, la mayoría atascados. Entonces la buscó. «¡Oh, Dios mío!», se dijeron al cruzar las miradas y ver pasar al encapuchado traslúcido bastante cerca. Voló; le vieron saltar y le siguieron aterrorizados hasta la escotilla. Se quedaron en silencio. Intentaron parecerse a los fantasmas; deseaban, a ser posible, que esta forma monstruosa que aceleraba los latidos del corazón se fuera pronto. Pero uno osó levantarse y desafiarla. Y después otro. Y otro más. Así hasta que fueron quince los Templarios Rojos que le esperaban en el castillo de proa.

«Él» dejó que le vieran las manos, blancas como la nieve; aparecieron de lleno en el resplandor y eran las manos de un demonio. Asustaban, helaban la sangre. Vieron que tenía los dedos muy largos y estirados, con las uñas afiladas y los bordes gualdos. El encapuchado asomó la faz cuando levantó la cabeza. Su piel era como de grasa, cartilaginosa, suave, escamada; recordaba a la de un pez. Tenía la frente ancha y arrugada y sus ojos eran grandes, de forma rasgada, un poco vítreos. Su fisionomía era claramente violenta; sus pómulos, protuberantes, dejaban sin aliento. No tenía nariz ni labios; la boca consistía en un trazo único, recto. Aquella era la forma que había escogido para manifestarse; una criatura perversa del tamaño de un hombre que, al respirar, emitía un espantoso sonido como de gorgoteo. Abrió la túnica con los dedos; lo hizo despacio, relamiéndose del terror que suscitaba y manteniendo la incógnita en un ambiente nebuloso por el torrencial. Tenía una espada pegada a la piel. Una del tipo que

hacía subir la adrenalina. Un Beráq Jarbí, la espada de los arcángeles, forjada en Zion a partir de los fragmentos del sol de Egón. Un arma exclusivamente para la guerra que tenía ochenta centímetros de hoja y pesaba cerca de dos toneladas. Debía de tener unos catorce mil millones de años. La sujetó. Sin apartar la mirada, la pasó por encima de su cabeza volteándola como un látigo y la llevó contra los Templarios Rojos. Para alguien como él, aquella distancia era mínima. Accedió al castillo de proa y apareció flotando delante con toda la túnica abierta. Observaron que nada había debajo excepto ese cuerpo viscoso, adherente a la piel traslúcida, en el que no asomaba rasgo de hueso alguno. Estaba delante; solo tenían las manos para defenderse de aquel demonio. Enderezó la espada y punzó el vientre de un templario. Este expiró al momento y cayó con todo el peso sobre la escalerilla, destrozándola. Los otros trataron de atacarle. Dejó ir la espada, la cogió en el aire, retiró el codo apoyando la punta en el costado y, a la velocidad del rayo, punzó a catorce de un solo movimiento. En la misma zona del vientre. Lo había hecho seco, limpio; un orificio de entrada y salida del que no se derramó una sola gota de sangre.

COMPLETAS

Se encontraba reclinado sobre la Cruz de Cristo, con la mirada puesta en el techo. De repente, oyó los pasos del demonio; unas pisadas fuertes que retumbaban en todo el casco. La puerta de la bodega se abrió. Todo se llenó de agua salada; el mar corría entre las cajas. El Gran Maestre levantó la vista; quería gritar, pero la voz le salía apagada. Estaba empapado; su túnica azul casi había perdido su color. Se dio cuenta de que iba a morir allí. Se quitó la máscara y le mostró al demonio su rostro arcilloso, desfigurado por la lepra.

—Llévate los clavos, el sudario y la corona que hay en estas cajas. Pero no la cruz. No te será de utilidad —le rogó el Gran Maestre de los templarios rojos.
—No soy un demonio. Soy un ángel —le dijo una voz suave que parecía estar en un lugar y en muchos a la vez.
—Entonces, ¿por qué quieres llevártela? —le preguntó el Gran Maestre.
—Necesito hablar con mi padre —dijo Lucifer.

Apócrifo VII El Proceso

París, 13 de Octubre de 1307

À L'HEURE DE PRIME

Quería continuar, pero no podía más. Se tumbó sobre la hierba y cerró los ojos un instante mientras sonaba la campana. Era una mañana inquieta: el viento corría libre, el sol no acababa de despuntar y las nubes avanzaban tristemente.

De repente, se filtró una luz que no había encontrado lugar en el cielo e iluminó la campiña. Aquello fue un soplo de paz. Geneviève se lamentó en voz alta: —Ojalá se hubiera quedado un poco más.

Tenía catorce años; había sido una muchacha inquieta, poco afectuosa y reservada. Amaba el campo, los animales y las flores; el diente de león era su favorita. También era una mujer devota: oía con atención al clérigo en la misa y rezaba siempre. Sin embargo, la pérdida repentina de su esposo la hizo parar a manos del Inquisidor. Cuando aquel murió, ella fue a verlo, pues le conocía bien y confiaba en él. El Inquisidor la acogió en secreto por unos años. Geneviève esperaba que la respetara y comprendiera que su corazón iría adonde el Señor la esperase, pero, al final, él la forzó. Ella nunca se atrevió a dejarle y ahora iba a ser madre. Geneviève trató de ocultarlo porque conocía su poder, hasta que esta mañana, día trece de octubre, la muchacha se despertó con las piernas cubiertas de sangre. «Perdóname, mi Dios; perdóname si realmente Tú puedes», se fustigaba.

Más tarde, viendo que no podía dar a luz y que lo que llevaba dentro la desgarraba, huyó hacia el camino du Roule para morir ante las murallas de la Ville, donde las mujeres solían ir a parir; algunas hasta diez veces. Las escenas que allí se daban eran terriblemente desagradables. En aquellos días, Francia era el país más poblado del mundo y París la ciudad con mayor pestilencia; la posibilidad de morir por infección era muy grande. Podían hallarse muchas mujeres a lo largo del día recostadas en el óbito, con la expresión hundida en el dolor. Cualquiera que intentara ayudarla llegaba tarde. Geneviève estaba enferma y sudorosa; había perdido todo el color. La fiebre la había tumbado a mitad de camino y ahora era poco más que un trozo de carne moviéndose sin escapatoria. Lanzaba gritos a todo el que pasaba. Las gentes la contemplaban sin reprimir la angustia; se tapaban la boca y sacudían la cabeza mientras se alejaban, pues nadie quería hacerse cargo. La apartaban con empujones para sacársela de encima. Mientras, Geneviève les rogaba entre lágrimas: —¡Decid que lo crié, que su nombre fue aclamado por un día!

Notre-Dame dio los cuartos. Casi de manera instintiva, las gentes se volvieron hacia el camino de Saint-Marcel. No sabían qué hacía allí ni a qué había venido, pero todos los que rodeaban a Geneviève experimentaron de pronto una extraña sensación de euforia. El repentino encuentro los deslumbró. Aquella figura de mujer delgada, con pinta de aldeana y que no representaba amenaza alguna, parecía haber sacudido el polvo adherido a esa región. Todos la vieron acercarse. Al principio pensaron que era uno de los suyos por su fisionomía norteña pero, según se aproximaba, la sentían más «de otro lugar». Se trataba de una mujer que rondaba los veinte años. El cabello rubio y liso le caía un dedo por encima de los hombros, con algunos mechones blanquecinos que le cubrían los bordes de la cara. Su frente era ancha y desarrollada; sus ojos, grandes y algo rasgados, eran claros sin ser del todo azules ni verdes. Las cejas parecían pintadas; la punta de la nariz subía algo espigada. La boca, sobre todo, desconcertaba: sus labios estaban permanentemente secos y, al abrirla con lentitud, persistía en voz baja para mejorar la pronunciación, daba la impresión de que podía ser artificial.

Vestía una túnica de aspirante sobre saya blanca con la cruz paté del Temple. Llevaba zuecos de madera para invierno y un zurrón. Se detuvo ante Geneviève y clavó una rodilla mirándola a los ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la hermana.
—¿Que no ves que está maldita? ¿Cómo pretendes ayudarla? —le decían las voces que la observaban.

Geneviève salió de su ensimismamiento. Se fijó en la túnica de la norteña, áspera y salpicada de barro. También en sus manos, alejadas de las de una mujer de campo, pues eran finas y carecían de callos o cortes. Llamaba la atención que tuviera las muñecas vendadas.

—Me llamo Geneviève.
—¿Dejarás que mire dentro de ti? Una puerta del infierno se ha abierto y lo que ya es malo puede ser peor si no me dejas entrar. Te has desangrado porque hay impureza en tu vientre y no te deja parir. Debes saber que, con la suciedad, la flor se marchita.

Geneviève asintió. La norteña abrió las piernas de la joven despacio. Los que llegaban se agolpaban en derredor, contemplativos. Al poco, la norteña extrajo el feto. El proceso, ante la expectación de todos, fue incómodo. La imagen monstruosa del fruto interrumpido en las primeras horas del día les horrorizó. Fue una situación dolorosa; las mujeres se apartaron llorando agriamente por el hedor. Los hombres se santiguaron mientras susurraban el paternóster al final de la misa. Había ganas de irse. Extrañamente, el espectáculo pasó a ser un acto de absoluta solemnidad. La norteña se puso en pie e buscó entre los presentes a un hombre de melena blanca y mirada bondadosa. Era difícil hallarlo entre tanta gente, pero él la encontró antes. Estaba de pie, alejado del corrillo y de la morbosidad. Geneviève le preocupaba; sus ojos estaban entumecidos porque había perdido a todas sus hijas de la misma manera. Su vida era un jarrón roto. «Nunca le haría daño», le reveló su alma.

—Todavía tiene que luchar. Montad y cabalgad raudo. No os detengáis, pues su vida depende de lo que tardéis en llegar a vuestra casa, en la vieja calle de Champs —le dijo ella ante el asombro de todos.
—¿Cómo sabéis que vivo allí? —preguntó el hombre, desconcertado.
—No hay tiempo. ¡Debéis daros prisa! —gritó la norteña.

El hombre no vaciló. Se abrió paso y recogió a Geneviève del suelo. La puso sobre el cuello de su caballo negro e inmediatamente subió.

—Preparad un barreño con agua. Tomad el hielo de la escarcha que queda de la madrugada y echadlo hasta que el agua esté helada —le pidió la hermana norteña.
—¿Cómo sabéis...?
—¡No hay tiempo! En cuanto pueda iré a visitaros.
—Está bien, pero cuál es vuestro nombre.
—Llamadme Emma.

El hombre salió a toda velocidad hacia París levantando el polvo. No estaba lejos.

—¿Pero esto lo permite Dios? —preguntó uno, sucio y con aire de verdugo.

Emma le miró fijamente. El tipo no se atrevió a decir palabra; la mirada de la joven había empalado su alma. Unos treinta hombres y mujeres se disgregaron, llevando en la retina el recuerdo de lo ocurrido.
Entre la gente que se marchaba, uno permanecía parado. No la miraba a ella; contemplaba el cielo como buscando algo. Parecía un hombre santo. Era muy alto, moreno, de cabello corto, bigote y barba rojiza. Mostraba una actitud diplomática, sin alardes de superioridad. La miró conteniendo la emoción; Emma reconoció esa expresión pálida y terriblemente en calma: era la de un ángel. «Otro más». Creía haberlos dejado atrás.
Sin inmutarse, ella recogió la deformidad extraída del vientre de la muchacha y salió del camino para hundirse en la campiña. Apenas le dio la espalda, el arcángel Rafael desapareció. No se oía un alma más. Emma extendió los brazos y dejó caer el feto con cuidado. Abrió el zurrón, sacó un louche de madera y con el mango cavó una zanja. Al hijo de Geneviève lo enterró allí.

À L'HEURE DE TIERCE

Después de recorrer media Europa, al fin pudo ver el glacis del Louvre con todas las casas apiñadas asomando más allá de su muralla. Era inmenso, como toda la ciudad. Ya desde lejos podía apreciarse; se entendía por qué los templarios habían escogido sede en aquella gigantesca montaña urbana. Venía tanta gente hacia ella que por un momento se asustó. El ruido se volvió terrible y taponó el ambiente; pasó por encima suyo con la intención de interrumpir los sonidos de la campiña. Conforme se acercaba, sentía que era parte de ese enjambre humano: un alma más entre la dureza tropezando con el gentío, un paso más hacia la normalidad; todo cuanto había deseado.
Rememoró las largas conversaciones que mantuvo con la hermana Sigrid, a través de los muros de la cilla. Fueron muchas las veces que se imaginaron en una fecha concreta y en un lugar determinado, lejos del convento. Discutían sobre con quién tendrían que casarse: Sigrid prefería al hombre grueso, inesperado, con libertad y sin mucha inteligencia. Emma se lo callaba. Miraba a cuantos se topaba, y todas las almas le gritaban sus nombres. No hacía caso y seguía hacia el muro exterior del Louvre con el rostro apagado, caminando contra la multitud que afluía lenta, acogida a la corriente del Sena, preguntándose qué hacer y cómo salir de allí. Era un millar de personas de todas las edades: hombres de cejas pobladas y mal humor que se habían visto obligados a ejercer de tutores y padres al mismo tiempo; arrogantes caballeros que inspiraban entusiasmo a los pobres hijos del campesinado que pretendían saludarles en señal de respeto; miembros del clero que paraban a los nobles aprovechando un descuido para recibir su plata; aldeanos aturdidos que arrastraban las sandalias dejando tras de sí cortas estelas de polvo; hermanos de asombroso parecido eludiendo la próxima rebelión; enanos polvorientos vestidos de bufones y ebrios de champaña; soldados altos, de cabello rubio y ojos azules, discutiendo bajo el arco de la muralla occidental, donde las aguas comenzaban a romper París. Había asnos, mulas y corceles; carros conducidos por viejos amargados de ojos saltones que lo miraban todo de reojo; forasteros que entraban en la ciudad portando amplias capas negras que eran envidia de los mercaderes de Notre-Dame a un lado y otro del Sena; mujeres de gran timidez y sonrojo fácil que

hacían gemir al párroco; enamoradizos que suspiraban temiendo que todo les fuera fatal; ancianas en la decrepitud lanzando falsos murmullos; hombres siniestros de cuyas almas se desprendían terribles secretos. Y al fin, la ciudad: al pasar el arco, el mundo dentro de otro mundo. Caminaba sin pensar sobre el empedrado atestado de gentes en dirección al castillo de la Bastilla, con las tripas y la sangre de los animales ocupando las calles humedecidas, cual sombra y desgracia que atrae el apetito insaciable de la muerte.

El viento gélido se colaba por todos los rincones y la basura se amontonaba, impidiendo que el viajero se alejara de la calzada. Tenía que invadir el camino y colarse entre carretas y caballos arriesgando el físico. Los mendigos agonizaban en cada esquina; a diario sufrían atropellos por salir a pedir en horas que parecían congregar a media ciudad. Sus esfuerzos eran inútiles: nadie les daba nada y la moneda solo caía en manos del clérigo. A Emma esto le pareció terrible; había oído hablar en el convento acerca de los pobres de París. Su miseria, envuelta en la épica exagerada, hacía palpitar corazones extranjeros y empujaba a inventar historias para trovadores y juglares. Se sujetó la vestimenta para saltar sobre un charco de sangre. Anduvo recta, intentando no perderse en el embrollo. Los obstáculos surgían a cada segundo. La vía se perdía a lo lejos en un efecto de caída final que parecía juntar París con el cielo, pero había que seguir caminando.

Le preocupaba cómo la recibirían los templarios. Apenas tenían referencias de ella: tan solo una vieja historia sobre un barco cuando era niña y una carta escrita por la hermana Ellen antes de morir, en la que mencionaba su nombre y el país adonde se dirigía: Francia. Aquello era una última prueba, la oportunidad de obtener libertad. Había pasado quince años en el convento de Limasol batallando contra la curiosidad de los ángeles y la insistencia de los demonios. Pensó en Sigrid y su mirada se ensombreció; la muerte le había llegado demasiado pronto. Sentía que era su culpa. Aquel demonio de nariz aguileña y ojos negros había entrado nebuloso, falsamente sollozando, asegurando conocer al Elegido. El demonio saltó sobre Sigrid e invadió su cuerpo; ella no pasó de aquella noche.

Le entró un escalofrío. El cielo se había puesto blanco y el viento era helado. Cayeron los primeros copos a lo largo de la vía. «Pertenecen al invierno», decían las almas de los mendigos que, atormentados, se deslizaban como niebla elevando la vista al cielo. El invierno era su peor enemigo. Por un momento, Emma no parecía estar allí; veía cómo todo el mundo se apresuraba. Entonces su corazón se agitó. Observó a un hombre que tenía el rostro cortado y le leyó el alma desde aquel trance. El hombre notó un frío atravesándole, tiró del manto para cubrirse el pecho y echó a correr sin poder quitarse de encima los ojos de Emma.

Entró en una callejuela y multitud de pobres se le vinieron encima, pero él anduvo deprisa. No pudo esquivar los charcos gélidos que crujían bajo sus pies, poniéndole cada vez más nervioso. Dobló la esquina hacia otra calle de carácter mercantil. De repente, el rostro de Emma se le cruzó. No alcanzó su cabello rubio con las manos; ella pasó de largo y desapareció. Él, miró a un lado y a otro con ansiedad. Nada. Se encontraba solo en el barrio y respiró al sentir que aquella sensación agónica se esfumaba. Esbozó una media sonrisa, pensando que lo había imaginado todo, hasta que sintió un pinchazo en la nuca. De pronto, algo estaba rechinando: eran sus propios huesos. Se arrojó al suelo mientras miraba hacia el final del camino. Sintió el metal de su alma; era el número de serie que hablaba al Elegido. Sufría pinchazos por todo el cuerpo y le costaba moverse. Realmente estaba pasando: Emma podía leer las almas. En ese instante se relajó; el sonido chirriante se detuvo. Si quería que terminara pronto, debía dejar que ella obtuviera la información.

El alma situó el cómputo en el año 1307 d. C. El pasado reveló que su nombre era Toussaint de Brienne y que había sido padre más de diez veces. Robaba para una mujer que amaba. No sentía orgullo de su padre porque le atizaba; la marca del rostro se la había hecho este con un cuchillo por desafiarlo en la adolescencia. Tenía cuarenta años. El presente manifestó que sabía exactamente dónde se hallaba la Casa del Temple. Eso era lo que buscaba. Tenía el plano: de Les Halles por el camino de Saint-Laurent hasta la abadía de Saint-Martin, y de allí hacia la Ciudadela del Temple a través del único puente que no permitía la construcción de casas. Él vivía en una choza, en Ménilmontant, cerca de la vía de Montmartre. Moriría el 1 de noviembre de ese mismo año; lo asesinarían por la espalda en La Grange por una vieja deuda. Con esta información, Emma lo dejó ir, recuperó la visión y prosiguió su camino.

À L'HEURE DE NONE

Anduvo durante horas bajo la nieve. Un ser humano cualquiera hubiera sufrido las consecuencias del viaje: pies llagados, uñas rotas, brechas en los tobillos y en las piernas, sed, angustia, mareos, náuseas… y después, frío, congelación, hambre… Pero no este ser. Hundió la mano en el zurrón y sacó un poco de arroz; contó veinte granos y el resto lo dejó dentro; lo otro se lo llevó a la boca.

Solo podía comer determinados alimentos. El alma de Emma arrastraba un profundo odio por los ángeles y la humanidad. Por eso los ángeles la habían enviado de regreso al mundo para que se purgara. Todo alimento que no fuera destinado a mantener el «recipiente» lo rechazaba y, al cabo de unas horas, lo devolvería de manera espantosa.

Sibilia fue la primera en darse cuenta de esto. Nunca se lo dijo a Víctor, como tantas otras cosas. Ella puso al corriente a las hermanas del Limasol nada más llegar. Sabía que el pan, el agua, el aceite y el pescado lo aceptaba. Podría haberle dado arroz por tratarse del maná de Dios; su alma contaminada, enfermedad que los ángeles llaman «el mal del nigromante», claudicaba ante todo alimento que hubiera sido utilizado por «la Raza». Era la única manera de mantener vivo el «recipiente». Al contrario que los ángeles, los demonios llaman a esta enfermedad: «limbo».

Recorrió la Ville hacia el Temple. Tenía el mapa en la cabeza gracias a Toussaint de Brienne. En Les Halles volvió a ver el terrible golpe del monarca Philippe, que había puesto en marcha sucesivas carestías para poder pagar todas las deudas que asolaban al reino, sobre todo la que le mantenía súbdito de los caballeros templarios, muy a su pesar. A poco de poner sus pies allí, vio cómo las casas se apiñaban deformes sobre el puente, por encima de los pobres que se resguardaban de la nieve ocupando los arcos casi desnudos, entre tanta miseria desparramada. Ella tenía la intención de continuar, pero al ver las diminutas luces se detuvo un momento. El panorama era hermoso. En cada rincón donde se acumulaba la inmundicia asomaban las llamas de los cirios que los pobres sostenían con las manos. Muchos iban a morir después de la nevada. Comprendían que la muerte era la única emoción que les quedaba.

Emma desplegó un velo árabe y se lo envolvió en el cabello para protegerlo de la nieve. Después, continuó yendo hacia la Ciudadela del Temple. Se encontraba sola caminando por el puente. Estaba muy cerca de los muros que daban al exterior. Al fondo se veía el castillo tras la fina cortina blanca que había comenzado a perder densidad al tornarse la

nieve agua. Fue hasta allí y llamó a su puerta. Se asomó un capellán desde lo alto. Le gritó:

—¡Mujer, vuelve mañana, no hay lugar para ti ahora en esta casa! ¡Estamos llenos!
—¡Hermano! ¡Bendita sea vuestra clemencia si me dejarais explicaros! ¡Mi nombre es Emma, vengo de parte de las buenas hermanas del Limasol! —Temblaba de frío.
—¿Las damas templarias? —preguntó el capellán, sorprendido.

Emma retiró la túnica y le mostró la cruz paté que ocultaba debajo. —¡La hermana Ellen escribió a vuestro Gran Maestre avisándole de mi llegada!

—¡Esperad ahí!

La puerta se entreabrió. El hermano Bertrán de Vado sacó la cabeza. Miró por si había alguno que le acompañara y, tras comprobar que la hermana había venido sola, terminó de retirarla hacia el interior. Estando dentro, el hermano Bertrán le arrebató el velo. —Esto aquí no —le advirtió Bertrán con voz severa. Después, se lo devolvió.

El hermano Bertrán era un hombre recto, supersticioso, de apariencia modesta. Se acariciaba constantemente la mandíbula, un gesto que repetía cuando algo lo desconcertaba. Le apodaban «el Rojo» porque su pelo y su barba eran de ese color.

—El Gran Maestre no puede veros ahora, hermana. Asuntos de peso le requieren todo el día. —Quizás mañana. —Ya conocéis las reglas de la Orden. Ningún hermano debe veros. Del lugar a donde os lleve no os moveréis.
—Sí, hermano.
—Acompañadme.

Aquello era más un palacio que un castillo. Salieron de la sala principal y entraron en un misterioso corredor con aire acogedor. Bertrán se daba prisa. La llevaba a través de las puertas, las cuales parecían evocar todo tipo de secretos ocultos. De vez en cuando, miraba por el rabillo del ojo para examinarla mientras continuaban. Opinaba que escondía algo; era bueno en la suspicacia, y tenía razón: estaba claro que Emma no llegaba a ser una hermana común. «Pero entonces, ¿qué? ¿Y si es una espía del rey franco?».
No podía llegar más lejos. Bertrán de Vado tomó el primer desvío y la llevó por unas escaleras de piedra que bajaban. No tardaron en llegar a una funesta cámara con algo de paja en el suelo que, mucho tiempo atrás, había servido de despensa. Emma se situó debajo de la única rendija que había allí. Se quitó la túnica, completamente blanca, la sacudió y la dejó sobre la paja. Después pasó la cuerda del zurrón por encima de su cabeza. Lo dejó a un lado.

—Os traeré algo de pan, legumbres y agua —dijo Bertrán.
—Buen hermano, yo os ruego: legumbres no. ¿Tenéis arroz?

Bertrán permaneció unos segundos en silencio, observándola. En su interior seguía sin estar muy convencido de su presencia allí. Decidió marcharse reflexionando, acariciándose la barba mientras se daba la vuelta. Cuatro pasos más y ella sintió el aguijonazo en la nuca:

«El sol le quemó; sintió cómo le hendía en la carne y le comía las entrañas. Se levantó. Toda la arena que le cubría cayó a sus pies. Había permanecido por mucho tiempo enterrada. Anduvo, cada vez más deprisa, sintiéndose atraída por algo que se estaba haciendo muy fuerte allí. Corrió por el desierto abriendo los brazos, levantando la cabeza, buscando aquel punto de energía. Continuó; se acercaba al límite; el aire no le entraba en los pulmones. Era demasiado violento; tropezó. Vinieron gritos desgarradores del fondo, rugidos impulsados desde el sufrimiento. Caían rotos, manifestando una agonía que estremecía. Se quitó la túnica, se deshizo de la cruz paté, se lo quitó todo. Se dirigió desnuda hacia la mordida del cañón y en su filo permaneció, asomando la mitad de los pies. Todo el cielo, que era azul y estaba en todas partes, se encontraba como lino extendido sobre una gran pirámide reina; una que estaba hecha de granito y que cuadruplicaba el tamaño de cualquiera que se encontrara en la Tierra. Lo vio todo desde allí. El rostro del hombre de Neandertal, sangrando por los latigazos de los dioses. Había millones trabajando delante de los que parecían ser los capataces. No apartaban nunca sus ojos del suelo. Aquellas divinidades demacradas, embalsamadas, de espectacular cráneo ovalado alargado hacia atrás, esparcidas por todo el perímetro y que tenían la altura de dos y hasta tres hombres, supervisaban a cada momento las construcciones. El mundo parecía ser suyo. Luego, vio algo más. De la pirámide reina descendieron cuatro seres colosos sosteniendo un sarcófago de oro macizo. Había una cosa terrible en su interior».

Los golpes sacaron a Emma del sueño. Alguien estaba aporreando la puerta del Temple. Vio que el hermano Bertrán le había dejado una jarra romana de vidrio con agua, dos tortas de pan ácimo y arroz en una faltriquera hecha a mano, bordada en hilo con el escudo de la Orden. Esperó. Se incorporó. Se puso de puntillas. A través de los barrotes de la rendija, observó que la tarde había entrado con lluvia. La puerta volvió a ser aporreada desde fuera. Inmediatamente después, se oyó la voz de un hombre que sentía asco por los templarios. Emma volvió a sentarse sobre la paja. Estiró el brazo, cogió el zurrón y lo abrió. Metió la mano, sacó un puñado de arroz, separó los granos y contó veinte. De nuevo, aquel sonido la asustó; le asaltó inesperadamente e hizo que se le cayeran algunos granos de la mano. Entonces consideró ir a averiguar qué estaba pasando. No esperó mucho; al poco tomó una decisión. Iba a transgredir una norma de la Orden. La sensación de que debía hacerlo era clara. Inició el camino hacia la escalera. Se iba acercando sin hacer un solo ruido. El fuego de la antorcha iluminaba en la penumbra. Tocó la pared. Tenía la sala principal muy cerca. Apenas necesitaba dos pasos para llegar. Su sombra ya se encontraba allí, esperándola. De pronto un rostro se cruzó: el de un hombre seco, fatigado a causa de su excitación. Odiaba profundamente a los templarios.

Emma pasó al primer peldaño. El hombre que estaba en la sala principal volvió a cruzarse. Ella le miró. No podía darle la luz. El fuego no alcanzaba lo suficiente como para descubrirle su rostro. De repente, el hombre sacudió un grito. Lo armó, llenándose los pulmones, y lo lanzó a propósito para que llegara a todos los rincones del castillo.

—¡Los enterraré a todos en una fosa tan profunda que sus almas no verán jamás la luz! —clamó enfervorecido, haciendo rechinar los dientes.

Su voz sonaba falsa, hueca, como enmascarada. Se detuvo. La columna le tapaba ahora casi todo el rostro, pero parte de él permitía adivinarlo. Su peinado, rubio, ondulado, acabado en un tocado ensortijado; su vestimenta, brillante, especialmente fabricada con lana y seda, en la que predominaban el rojo y el azul. Había escogido un manto púrpura con aire mágico. Aun con los hombros echados hacia adelante, cargados de

preocupaciones, seguía teniendo porte de rey. Emma se hallaba allí mismo, en el primer escalón, de puntillas, ante el rey de Francia.
La cólera que sentía el rey se vio interrumpida por ese joven rostro femenino norteño que se resguardaba de los hombres en la oscuridad, el cual sentía que desarrollaba una atención como si no existiera otro ser igual en el mundo.

—¿Qué sucede? —preguntó el ministro, Guillermo de Nogaret, al comprobar que su rey se había quedado «congelado».

El **rey Philippe** dio un paso atrás y se encaró a la escalera. Pudo distinguir una silueta en la oscuridad. En un principio pensó que se trataba de un niño. Pero había algo más.

—¡Majestad! —interrumpió afortunadamente Bertrán de Vado.

El rey de Francia no tuvo más opción que atender a la voz del caballero templario. Cuando volvió a mirar, aquella sombra bajaba rápidamente las escaleras.

À L'HEURE DE VÊPRES

La noche estaba llegando. La humedad y el frío empezaban a respirar. Emma bajaba la escalera a solas, contando los escalones que quedaban para llegar a la cámara. Cuando levantó la cabeza, vio delante al hermano Bertrán de Vado. No sabía cómo había llegado hasta allí. La sujetó por el brazo y la arrastró hacia las profundidades del castillo.
«Todo esto la llevó a recordar a la hermana Ellen; la vez que trató de huir del convento por el refectorio. Se había pasado todo el día llorando. Se sentía triste y disgustada. No hacía más que pensar en Sibilia y Víctor. Le daba muchas vueltas a aquello. Las lágrimas le salían solas cuando miraba y veía a su alrededor todos aquellos crucifijos amontonados, capaces de erizar todo el cabello desde la punta hasta la raíz».
«Las damas templarias la habían dejado al atardecer, momentáneamente, en la cilla —lugar donde se ubicaba la vieja bodega— mientras no se les ocurriera otro sitio. Así lo había mandado la hermana Ellen. Al cabo de unas horas, vio llegar a ocho **o** nueve hermanas con gesto frío y en la más absoluta calma. Emma permaneció sentada en el sollozo. Estas hermanas colocaron cirios a su alrededor y después los encendieron. Más tarde, trajeron todo tipo de crucifijos y rosarios y los fueron dejando uno encima de otro en derredor, un paso por delante de los cirios. Eso les llevó horas. Los había de todas las épocas hasta 1300; parecía que no iban a resistir mucho más. De vez en cuando, alguna hermana le sonreía; otras le inclinaban la cabeza respetuosamente. Eso le incitaba a moverse, pero, desde el primer día, la hermana Ellen le había dejado claro que no podía salir de allí».
«Recordó la silueta de la gárgola. Las hermanas le dieron de cenar pan ácimo y arroz y la dejaron sola. Eran las ocho y media de la noche. Mientras lloraba, una dulce voz que parecía conocer sus habilidades se expresó: —Niña, ¿por qué sigues aquí? ¿Qué te retiene? —le preguntó una voz con timbre alegre. Sonaba italiana. Emma permaneció callada. La buscó con la mirada, pero no se encontraba en la luz».

Ahora, el brazo le dolía. El empujón del hermano Bertrán la sacó del ensimismamiento. Al verle ahogándose en el sofoco, Emma decidió sentarse sobre la paja para no estar a su altura. Resultaba imprudente hallarse tan cerca de sus ojos.

—¡El Gran Maestre no puede recibiros! ¡Así me lo ha dicho! —dijo Bertrán dirigiéndose hacia Emma exaltado.
—¡Pero él solicitó parteras que supieran comprender la situación! —¡Pidió ayuda! —respondió Emma elevando el tono, al tiempo que gesticulaba cada movimiento con indignación.
—No, no —negó Bertrán con la cabeza. Y repuso más calmado—: El año pasado, el hermano de Molay escribió a vuestra superiora, la hermana Ellen, por si conocía a alguien que pudiera averiguar lo que estaba sucediendo aquí con las monjas cistercienses. ¿Lo entendéis ahora?
—No —replicó abatida. Comenzaba a pensar que había realizado un largo viaje para nada.

El hermano Bertrán respiró pausadamente. Después, continuó aclarándole: —Tenía que ser una mujer. Un hombre entre las monjas hubiera atraído suspicacias.
—No entiendo por qué la hermana Ellen me escogió a mí.
—Viéndoos, yo tampoco —Emma torció el gesto—. Quiero decir que estáis demasiado delgada para sostener hijos —matizó—. Sea lo que fuera lo que llevara a esas pobres desventuradas devotas a quedarse preñadas, ya no importa.
—Hermano, yo os ruego: permitidme hablar con vuestro Gran Maestre —volvió a solicitar Emma.
—Solo podréis quedaros esta noche en calidad de peregrina. Al alba, debéis partir y no retornar jamás. ¿Queda claro?

Emma agachó la cabeza y asintió sin mirarle.

—Bien. No quisiera tener que escribir a vuestra superiora, la hermana Agnes.

Bertrán le dio la espalda. Se había apresurado a subir las escaleras cuando Emma habló:
—Hermano Bertrán, os agradezco la ayuda y los consejos.

Bertrán se quedó quieto. Ladeó el cuello hacia Emma sin volverse. Puso un ojo avizor por encima del hombro. La miró de reojo, figurándose que debajo de ese rostro impoluto de hermosa virgen inmaculada acontecía una gran lucha interna. —No recuerdo haberos dicho mi nombre —dijo confuso. Se marchó soltando un suspiro ronco.
Emma cogió la jarra romana por el cuello y bebió a morro. Se limpió la cara con la manga. Volvió a beber sentada. Después se comió el pan ácimo. Lo devoró; arrancó la mitad con los dientes. Le costaba tragar. Quería acabar con todo.

À L'HEURE DE COMPLIES

Cayó la tarde y entró la noche tristemente. Llovía mucho. Tronaba. El granizo se coló por la rendija. Emma trataba de dormir. Se rascó el brazo; le dolía. Aún tenía las marcas del hermano Bertrán. El rojo había cambiado por el morado. Pensó en la hermana Ellen. La hizo regresar mientras intentaba conciliar el sueño. Se quedó en trance:

«Aquello que se encontraba de espaldas en la oscuridad y que parecía una especie de gárgola alada, cornuda, habló con la intención de tentarla: —Niña. ¿Es que el mundo no quiere que veas cuán hermosa eres? Está ahí fuera, esperándote —le avisaba finalizando la tonalidad de manera interrogativa».

«La tenía donde quería. El demonio había logrado cortarle el llanto y la pequeña y dulce Emma se debatía en el vaivén de la duda, con la curiosidad golpeándole fuertemente las puertas. —¿Quién eres? —preguntó la pequeña Emma intentando contener el hálito que se escapaba de sus labios. —Ea, yo soy quien hace la verdad igual para todos —respondió la voz de manera exagerada, minuciosamente interpretada para hacerse con la confianza de la niña. —Quiero verte —pidió la niña».

«De pronto, todo el obstáculo de Dios se abrió sometido a la voluntad de Emma. Sin pretenderlo, le había dado al demonio la potestad para entrar. Pero la intención de este era hacerla llegar hasta él, estrechándole el camino. Con gran sorpresa, la pequeña Emma encontró una brecha justo delante porque el demonio le había apartado las cruces del camino. Solo tuvo que poner la intención y las ganas que tenía de regresar con Sibilia y Víctor. Pasó un pie por encima de un cirio, luego el otro. La llama parpadeó tres veces antes de apagarse. Entonces anduvo dejándose llevar por aquella mística forma trágicamente astuta que la guiaba con voz melosa».

«Emma descubrió el refectorio. Había salido corriendo de la cilla y ahora se hallaba en el ala del capítulo; todo expuesto al modo cisterciense. La voz del demonio vibraba en la bóveda. Su enorme figura alada se sentaba en un banco, uno que estaba cerca del púlpito. Emma la seguía. Vio cómo el demonio le hacía una señal para que se acercara. De repente, cayó sobre ella una mujer anciana de expresión encendida. Era la hermana Ellen. Inmediatamente cogió a Emma por el brazo y la sacó del refectorio. El eco del demonio quedó en las hechuras mientras la hermana se llevaba a Emma».

À L'HEURE DE PRIME

Lloviznaba. El cielo se había quedado descolorido; parecía pintado. Emma se había despedido del Temple en silencio. Había hecho caso al hermano Bertrán. A las cinco despertó con la campana; le había costado dormir. Estaba inquieta, todavía con la turbación en su corazón por culpa de las pesadillas. Salió de allí. A las siete en punto, Emma bajaba por el camino de Saint-Martin con la túnica y el zurrón bajo el brazo, en un ambiente de empobrecimiento que brotaba febril de los contornos, pensando entrar en su habitual rutina: el campo.

Sin levantar la cabeza, continuó a través de la muchedumbre en una atmósfera grisácea de escasa claridad. El hedor ahogaba; los caminos parecían colmenas descompuestas, latiendo de desconocidos. Emma entró en la calle Saint-Denis. Halló la misma aglomeración. Siguió sin mirar al frente, mostrándose indiferente, esperando el próximo paso en el mapa. Lo tenía en la cabeza gracias a aquel hombre de melena blanca, ojos hundidos y expresión tierna. Aún después de muchas horas, podía seguir leyéndole. Tenía una casa en la vieja calle de Champs, cerca de la plaza Víctor. «Ahora pasaba la

mano por los cabellos de Geneviève». «Una mujer le llamaba para comer». Podía sentirlo todo de él. Mientras durara este efecto, gobernaría su alma.
En la amplia vía de Cléry, el viento surcaba la lluvia. Se acercaba al viandante en ondulaciones y le golpeaba el rostro. No se arrugaba. Se clavaba ruidoso en el oído hasta la plaza Víctor. Emma iba dejando sus huellas a lo largo del camino embarrado. Se veía a lo lejos el centro. Siguió caminando ágil, liviana, como si fuera descalza. El agua de lluvia corría por la tierra. Pasaba por delante de los mendigos cautivos de la enfermedad, al amparo de la muerte. Trataba de no mirar a los lados. Se aferraba a pensamientos tras darle vueltas en el silencio. Guardaba para momentos así recuerdos que sumaban vida. De nuevo, la hermana Ellen la agitó. Evocó su imagen en Chipre, sacando flores y hierbas secas del zurrón de pastor que ahora balanceaba sobre su cadera. «Pobre», musitó mientras acariciaba el pellejo. «Que Dios la tenga en su reino», se dijo reprimiéndose las lágrimas.
La infantería del rey comenzaba a verse ocupando las calles desde Montorgueil, con la firme intención de amedrentar al campesinado con su pronta presencia. Se limitaban a observar manteniéndose visibles tras la cortina de lluvia, en medio del mosaico de las casas apiñadas que circundaban en derredor. Su actitud, siempre altiva, molestaba. A veces rompían la línea y se mezclaban con la gente para que les sintieran cerca. Había que pasar rápido. Por poco que hiciera uno, caía sobre este la sombra de la sospecha.
Al pasar junto al caballo blanco del soldado, miró el cielo y se entregó a los sentimientos del convento. Ahora era una mujer que se evidenciaba hermosa y que se incorporaba a la dureza del mundo. La urbe que se levantaba delante empujaba bajo la lluvia corrientes de personas que cargaban con lo puesto. Todos —vencedores y vencidos, amigos y enemigos, pobres y ricos, soldados y reyes, clérigos reprimidos aferrados a una sola idea de existencia— convivían en el núcleo. Luego de atravesar el monte de los Mártires (Montmartre)**,** le pareció que el sol quería salir por algún lado. No conocía nada de allí. Apareció por el paso abrupto con el cabello recogido, protegiéndolo de las miradas de los soldados. Bajó y continuó rápido. Pensó en las damas templarias. No iba a emprender el camino de regreso. Soñaba con quedarse y establecer un nuevo comienzo.
Respiró los años de convento mientras avanzaba. Se trasladó por un momento a aquella época. Tenía diez años. Su aspecto seguía siendo dulce, aunque su comportamiento era hostil porque estaba viviendo tristemente. Las damas templarias del Limasol no la dejaban salir. Se sentaban en la puerta de la cilla con la cruz en la mano. El temor que sentían construía en su mente el paraíso perfecto. Así pasaban las horas; pálidas, en cualquier espacio, preocupadas y condenadas a proteger «el tesoro de Dios». Todo se había presentado de golpe. Los primeros años allí habían sido una guerra permanente para la Orden. Sin embargo, y luego de que descubrieran las debilidades de la oscuridad —que eran muchas—, mantuvieron el equilibrio y Emma pudo salir del círculo cuando había luz.

À L'HEURE DE SEXTE

Tardó mucho en llegar a la vieja calle de Champs y lo hizo empapada, con todos los pliegues de la túnica cubiertos de barro. Llegó a una de las puertas y llamó.

Durante ese breve espacio de tiempo, pudo ver a los niños desnudos corriendo por la calle humedecida a la caza de los hombres y las mujeres que no querían separarse de su dinero. Ellos gritaban antes de que aparecieran; ellas estaban esperando en la esquina siguiente para asaltarlos, sonrientes y pobremente desdentadas. La lluvia, allí, se iba perdiendo inclinada hasta cesar inmediatamente. Los cerrojos comenzaron a saltar uno tras otro. Emma se enderezó a distancia, observando de pie, completamente empapada. La caballería pasaba cuando la puerta se abrió. Le llegó el calor desde dentro. Asomó el rostro de una gruesa mujer de colores vivos. Tenía el cabello negro, los ojos extrañamente separados y la nariz chata. Debía rondar los cuarenta años. —¿Qué queréis? —preguntó la mujer, ajustando la cara al espacio que quedaba entre la puerta **y** el marco.
Emma se había plantado delante, sonriendo. La miraba. Le enviaba constantemente mensajes a su alma. —¡Ah! ¡Vaya! —murmuró la mujer, palpando con la yema de los dedos el aguijonazo que había sentido en la nuca.
«Se llamaba Aimée. Había engañado a su madre; estaba demasiado avergonzada para revelarle que se había casado con un borracho vagabundo. En vez de contarle la verdad, dejó que se marchara con la mentira de que su esposo era un respetable mercader de Notre-Dame». Emma leyó su presente: « Aimée se sentía sola. En los días de más pura melancolía fornicaba con el hombre de melena blanca y ojos profundos que se había llevado a Geneviève. En el salón y en la cocina. Sobre un torrente de acusaciones que abría espacio para la dulcificada cólera que en verdad sentían contra todo lo divino. Ambos lo deseaban. Lo hacían y lo ocultaban como mejor sabían. Cuando terminaban, se negaban a mirarse. A las afueras de París se topará con alguien corpulento que le aspirará la vida. Su amante se sentará en una habitación sombría, en el mismo lugar donde ahora tienen a Geneviève experimentando algún tipo de injusticia».

—¿Qué es lo que queréis? —volvió a preguntarle Aimée, desconcertada.
—¿Está el señor de la casa? —preguntó Emma.
—¿Quién pregunta? —dijo Aimée, haciendo agradable la interrogación.

A continuación, Emma se despojó de la túnica que le cubría y lució el mandil blanco con el beauséant del Temple a la altura del corazón. Aimée se quedó petrificada. Contrajo los músculos de la cara. Encogió los labios.

—Mi nombre es Emma y soy dama templaria. Pertenezco al convento del Limasol de las buenas hermanas cistercienses. He venido hasta aquí desde Chipre. Ayer, Dios me puso en el camino de un hombre que es generoso. Uno que querríais que os cuidara mientras esperáis a vuestro padre. Perdió a tres hijas: Églantine, Françoise y la pequeña Élisabeth —continuó Emma, sin que Aimée pudiera evitar emocionarse—. Habláis de Vincent, sin duda.
En lo que tardó en romperse el breve silencio, Aimée cayó en la cuenta de que aquella mujer fascinante, que parecía conocerlo todo y que era capaz de inspirar y sacar lo mejor y lo peor de cada ser humano, era la misma mujer enigmática e impaciente de la que había oído hablar. —Vos... —pausa—. Será mejor que entréis —se apresuró a responder Aimée.
Emma entró en la casa. Aimée cerró la puerta. Echó los seis cerrojos. Pasó delante. Ya dentro, Emma examinó la casa con ojos curiosos. Se trataba de una pequeña residencia de dos plantas, muy apacible, con dos habitaciones —una por cada planta—, un pequeño espacio para la cocina y una chimenea al fondo, en el salón. Era lo primero que

se veía nada más entrar. La chimenea estaba encendida. —Por favor, venid —le decía Aimée.
Siguió caminando con paso lento por el suelo baldosado. Vio que la decoración era humilde, sin un solo mueble; nada atractivo. Había mucho cortinaje celeste tapando las paredes de mampostería. Aimée procuraba ocultar las aberturas que se producían por la agitación de la humedad. —Vincent trabaja en la Magdelaine —dijo Aimée, refiriéndose al hombre de cabello suave y pomposo—. Se llevará una grata sorpresa cuando vuelva. No esperaba volver a veros —aseguró con una sonrisa forzada.

—¿Cómo está Geneviève? —preguntó Emma, manifestando su preocupación.
—Mal —dijo Aimée con un nudo en la garganta—. Hicimos lo que dijisteis. Pensábamos que moriría en el hielo pero, tras el delirio, se recuperó —hizo una pausa—. Pero, por la mañana, su cuerpo entró de nuevo en las «llamas del infierno». Ya no sangra. Creo que deberíamos llevarla a la iglesia —concluyó.

Aimée alargó el brazo y, respetuosamente, cogió la túnica de Emma. —Yo os la limpiaré. Podéis subir. Está arriba. Os prepararé algo de comer.
—Gracias.

Emma se quedó sola. Miró a su alrededor. La escalera de piedra que llevaba a la planta superior estaba situada al otro extremo de la habitación de trabajo. Dio un paso hacia la escalera. Puso la punta del zueco en el primer escalón y lo deslizó suavemente para iniciar el ascenso. Comenzó a subir. A mitad de la escalera se detuvo. Por un momento se había quedado completamente a oscuras. Había que salir de allí, rápido. Corrió. Resbaló. Logró subir y encontrarse con la planta superior. Respiró entonces. Entró despacio, mirando el techo abovedado; paso a paso, asegurando hasta el alcance de sus ojos. De inmediato los bajó. Tenía el don de ver en la oscuridad. Se acercó a una esquina con paso firme. Su manera de caminar en la noche era sobrenatural.
Accediendo al lugar de puntillas, entre una tenue luz azulada, la vio. Ningún humano hubiera podido distinguirla; Geneviève se encontraba acurrucada, acostada de lado, con la cabeza resbalándole de la almohada. Le daba la espalda. Dormía en la incomodidad, sobre unas gruesas mantas de invierno, con una sola luz cerca de los pies. Olía a incienso por todas partes. Vincent y Aimée habían estado muchas horas allí, rezando para que Dios la salvara. Ahora los escuchaba, orando muy juntos por la desconocida. Eso a los ángeles les encantaba. Emma se arrodilló con expresión dolorosa. Alargó la mano y tocó el hombro de Geneviève. Después llevó el rostro hasta sus ojos. Vio a su alma esforzándose por vivir. Arañaba la vida desde el umbral de la muerte. Estaba pálida, fría, abstraída en el tiempo. Sus ojos querían hablar, contar toda su vida.
Emma buscó la infección de Geneviève. Le palpó la entrepierna con las manos. Le separó las piernas. Había seguido perdiendo sangre. Desvariaba en una pesadilla porque la infección gobernaba su interior y tan solo esperaba la llegada de la muerte. No le quedaba mucho. Geneviève estaba en el óbito; solo le quedaba un último hálito, el que no soltaba su alma. Emma la sintió como suya. La abrazó. Los sentimientos se entrecruzaron. No lo pudo evitar. Pensó en Sigrid. Esta infinita tristeza le llevó a rememorar su rostro recubierto de la enfermedad que el demonio le había pegado al poseerla. La miró. Se sentó con Geneviève entre sus brazos, sin pronunciar palabra, sumida en un profundo pensamiento. «Entonces llegaron los otros».
Los vio saliendo de la oscuridad, a todos, donde se mantenían poderosos. A continuación, se detuvieron y esperaron. Habían venido a llevarse el alma de la muchacha. Emma escuchaba pasos detrás. Estaban siendo rodeadas. Las criaturas no las

miraron. Se mantuvieron firmes, en pie, solemnes, con las manos colocadas encima del pecho en la forma de un «murciélago». Eran los cuervos del diablo, seres de ultratumba que vaticinaban grandes catástrofes. Humanoides alados, muy altos, de tez oscura, que no conocían el miedo porque estaban vacíos. Su pensamiento estaba unido a la oscuridad. Servían a la otra raza.

—¡Marchaos! —les gritó Emma.

Ellos sentían cómo se apagaba la luz. No iban a abandonar un alma tan fácilmente. Emma se arremangó. Descubrió sus vendas. Comenzó a quitárselas.

REMEMBRANCE

El verano de mil doscientos noventa y tres resultó ser terriblemente caluroso; de los peores que se recordaban. La hermana Ellen permitió a las otras hermanas llevar el camisón de seda en horas de descanso. El hábito puesto encima, camino del mediodía, resultaba insoportable. En uno de esos días de julio, la hermana Ellen se llevó a Emma para atender un asunto de urgencia. La sorprendió. Los días habían sido siempre iguales: Emma se encontraba de pie en mitad de aquel círculo de cirios, esperando a que las monjas le trajeran el desayuno tras otra noche dura. Había vencido el miedo a la soledad. Se entretenía contando cruces y rosarios, recreando historias de aquel hombre que siempre estaba crucificado. Con el tiempo, llegó a mantener conversaciones con algunos ángeles. Hubiera podido hablar también con espíritus errantes, pero estos no se atrevían a entrar en la cilla. Al término del primer año allí, cuando Emma contaba con la edad de ocho años, ocurrieron los estigmas. Comenzaron en vísperas. Los ángeles le habían manipulado el alma; habían hecho grandes esfuerzos para que, una vez purgada, pudieran recuperarla. La hermana Ellen había sido testigo de grandes cosas. Sacó a Emma muy temprano del convento, mientras las otras rezaban. La cogió de la mano y la hizo salir del círculo con la mirada puesta en otro lugar. La niña escuchaba de todo por el camino: insultos de los demonios, alabanzas de los ángeles, algún que otro espíritu manifestándose a ráfagas. La hermana Ellen sabía muy bien lo que estaba haciendo. Conteniendo las lágrimas, se dirigió a la carreta pensando vivamente en la menor de sus hermanas, Brunhilde. Lo había visto con sus propios ojos: antes de que Emma la golpeara sin querer en el labio, su corazón cobró una fuerza demoledora en el pálpito e hizo fulminar a la enfermedad que le estaba comiendo el estómago. La sangre era el secreto. Lo había debatido con la almohada desde entonces. Bombeaba diferente en esa niña. Sus propiedades eran extraordinarias porque sus genes eran diferentes a los de cualquier ser humano; las agujas de su tiempo estaban en hora con Orión y los ángeles, no con la Tierra y sus semejantes. La llevó a Curio, a las afueras del Limasol, en la costa de Chipre. Se pasó todo el viaje callada. Emma lo contemplaba todo con total devoción. Se encontraba inmersa en la fascinación. Sentía nuevamente el sol en la cara, el viento jugueteando entre sus cabellos y pasando entre sus dedos; el olor que se adelantaba y penetraba hasta el punto de saturarle los otros sentidos. La hermana Ellen tenía los pensamientos ocupados por su hermana. Acudía siempre que Brunhilde la necesitaba, aunque esta vez la conciencia la estaba destruyendo.

Llegaron cerca de las tres, cuando el sol estaba en lo más alto y los caminos bullían de gentes. Era difícil continuar. Por aquellos días, Chipre había multiplicado la población por causa de la caída de Acre dos años antes. De entre sus muchas funciones, la hermana Ellen ejercía una que la ponía en riesgo ante la Santa Sede: la de partera.

En las primeras horas de la tarde llegaron. Las recibió un hombre serio, muy tieso, con acento germano. El hermano mayor de la hermana Ellen se llamaba Christoph. Físicamente eran muy parecidos; ambos tenían los ojos como caídos de haber padecido tantos insomnios. Christoph hablaba en voz baja, movía los ojos de un lado a otro e iba dirigiendo miradas lastimosas de vez en cuando hacia la hermana Ellen. Las llevó a su casa. Abrió la puerta y las invitó a entrar. Emma se quedó parada. En aquella casa con pinta de refugio, en donde olía a plegaria por todas partes, la oscuridad había caído implacable. Se había solidificado en un manto áspero que lo cubría casi todo y no permitía moverse con libertad. Siguieron a Christoph de cerca. Emma se sentía inquieta. Veía ojos rojos abrirse y cerrarse a su paso. Eran ojos ovalados, muy grandes, aciagos. Los ojos de la polilla. Se aferró a la mano de la hermana Ellen. Le apretujó los dedos. Su mano pequeña, delgada, con el palmar sonrosado, apenas podía hacer fuerza. Pero, aun así, no la soltó. Continuaron sin perder de vista la espalda de Christoph hasta que este se detuvo. La hermana Ellen rompió a llorar. Pasó delante y se dejó caer sobre una cama. Emma se quedó sin poder ver nada por culpa de las largas piernas del hermano mayor de Ellen. Tenía mucho miedo.

Ellen pronunció su nombre y la hizo venir. Cuando se quedó a la altura de Christoph, vio a una mujer recostada en el lecho bajo un rayo de luz tibio. Se trataba de Brunhilde. En ese momento, la hermana pequeña de la hermana Ellen se encontraba en el óbito. Un parto prolongado había sido la causa. Tenía una sombra al lado. Contemplaba silenciosa, esperando, con el largo brazo extendido y la mano tendida sobre la cama, a un dedo del cadavérico rostro de Brunhilde. Solo Emma podía verla. De pronto, la hermana Ellen se volvió hacia Emma con los ojos ungidos en lágrimas. —¡Sálvala, ángel del Señor! ¡Sálvala! —le suplicó. Emma se quedó paralizada. La hermana Ellen no vaciló. De súbito, salió disparada a por Emma. La cogió por el brazo, que se le quedó adormecido, y la puso mirando hacia Brunhilde. Enseguida, el humanoide polilla que había venido a llevarse su alma viró su cabeza. Ellen se colocó de rodillas. Le lanzaba a Brunhilde mensajes de aliento y, después, una melodía, cuando esta aún reñía con la otra raza. En ese instante, el humanoide retrocedió: la estaba perdiendo. Entonces Emma recordó la voz grave, casi de varón, de la hermana Ellen recomendando a su hermano que esperara fuera. Ahora la veía. Veía a Brunhilde despidiéndose del mundo, yendo de camino por el gusano que atraviesa el espacio y tiempo. Emma no dejaba de mirarla. No sentía miedo. Podía controlar los nervios. El aire entraba y salía triunfante de sus pulmones. Abrió las piernas despacio. Puso los ojos en blanco. De repente, Brunhilde dio una sacudida. No paraba de moverse. La hermana Ellen trataba de tranquilizarla. Viendo que no podía hacer nada allí, se echó al suelo y comenzó a rezar. Emma llevó sus ojos al techo. Un gran ojo de oro recubierto de rubíes y esmeraldas se estaba abriendo. La luz entraba amenazadora. El viento que desplegó el ojo se lo llevó todo. La sangre fue derramada de las muñecas, de los pies, del costado y de la frente de Emma. Chilló con todas sus fuerzas. Sintió la voz de Cristo en su interior gritando por cada latigazo que recibía de la humanidad. En un instante, todo regresó a la normalidad como si nunca hubiera pasado nada.

Emma miró a la hermana Ellen. En aquel momento, toda la imagen que tenía de ella se vino abajo. Desde que llegó, la había sentido distante, la mayor parte del día fría, haciendo uso de expresiones implacables. Nada que ver con esa adorable anciana de ojos pardos que se encontraba a su lado y que infundía ternura en las demás personas. Enseguida le pidió a Emma que la acompañara.

La oscuridad que Brunhilde tenía junto a la cama había desaparecido porque su cuerpo estaba revestido con la sangre de los estigmas. El cielo volvía a estar libre; las nubes circulaban con total tranquilidad. El sol brillaba nuevamente irrumpiendo por algún lado. Eran las seis de la tarde. Brunhilde se había quedado profundamente dormida. Estaba, por el momento, a salvo.

Emma vio que algo se movía raudo bajo la cama. Había alguien más allí. En verdad, había estado siempre. El Adversario retiró su sombra. Veía a Emma ya inalcanzable porque la bondad de la hermana Ellen la había inspirado.

LE PARFIN

Sintió unos dedos sobre el cuello. Despertó. Le molestó la llama; estaba demasiado cerca. De repente, el rostro de Vincent asomó con suavidad por detrás del candelabro. Ahora lo tenía delante, con esa expresión innata de bondad, a veces poética. —Es un milagro que hayáis vuelto —le dijo.
Emma bostezó. Estaba a oscuras. Miró a su alrededor; ella podía verlo. Se encontraba en el salón. Había dejado a Geneviève a salvo, arriba, sometida al gen que cambió a la bestia por el humano. Mientras la sangre de los números la sanaba, ella había salido cuanto antes de allí para que Aimée no la viera manchada de sangre. Se había vuelto a colocar las vendas alrededor de las muñecas. Ocultaba las cicatrices de la frente con el cabello; deshacía el enredo con los dedos y lo colocaba de lado, sujetándolo por detrás de la oreja.

—Necesito vuestra ayuda —le pidió Vincent con gran pesar.

À L'HEURE DE MATINES

Era de noche. El cielo cargaba los truenos y los lanzaba contra la tierra. Llovía a cántaros. Vincent y Emma salieron de la casa. Se movieron con rapidez. La calle parecía hinchada por la lluvia. Emma, con la túnica de aspirante, el zurrón y el cabello suelto empapado de agua, seguía a Vincent, que caminaba por el extremo de la calle con paso corto. No se encontraban a nadie. Eran las tres de la madrugada. El resplandor estallaba en la cara. Oyeron un relincho. Luego otro.
El caballo de Vincent estaba cerca. Anduvieron hasta alcanzarlo. El animal se encontraba atado a un poste. Vincent había sido imprudente al dejarlo allí; cualquiera hubiera podido robárselo. Emma no le dijo nada. No preguntó. Esperó a que subiera. Aguantó bajo el aguacero echando una mirada arriba de vez en cuando. Había muchos allí, observando de pie desde las cumbreras. Puede que millones repartidos por todos los tejados de París. La lluvia los disimulaba. Parecían hombres calvos abrigados hasta el cuello, pero, en realidad, resultaban ser los vigilantes. Estaban ahí arriba, pegados al precipicio, en la noche tenebrosa, esperando los acontecimientos que estaban a punto de producirse para la seguridad de Dios.
Vincent montó en su caballo manso. Llamó a Emma, silbándole con voz trémula. Emma no sabía por dónde subir. Se quedó parada con semblante abstraído, analizando al animal y desvaneciéndose en su sonido:
«Había sido un caballo árabe prodigioso de color negro. Uno victorioso que había deseado la libertad. Su mirada lacrimosa delataba que era viejo. Tenía muchos recuerdos y muchos habían sido sus nombres. Se lo habían quedado unas monjas de la Magdelaine, hermanas cistercienses».

—¡Emma! —le gritó Vincent.

«Hermanas cistercienses», pensó Emma. Ellas se lo habían regalado a Vincent.
Emma subió de un solo brinco. Se colocó detrás. Vincent clavó los talones en el vientre del animal. Salieron de allí. Desaparecieron entre la cortina de lluvia, calle abajo. Todos los vigilantes que habían venido a caer a París la vieron perderse. Volvieron sus cabezas al mismo tiempo, con un movimiento único, y se ocultaron de la faz del mundo.

À L'HEURE DE LAUDES

Cada vez llovía menos. Llegaron hasta el muro norte de Saint Honoré y se desviaron sin detenerse hacia la izquierda, intentando situarse a un lado de la densa niebla que iba llegando de la Magdelaine, lugar pantanoso donde los haya. Vincent detuvo al animal allí. Se bajó con mucha serenidad y miró a Emma.
Emma le acompañó. Bajó del animal, procurando no apretarle y de manera peculiar, poco acostumbrada. Puso los zuecos en el cenagal. Llevó la vista a su alrededor. La extendió más allá. Sentía algo. El animal comenzó a relinchar asustado. Se levantó un par de veces, inquieto por la energía viva que, como corriente, llegaba pasando entre los árboles del bosque. Había un bosque. Con mucha extensión. Seducía por su tenebrosidad. Desempeñaba un rol siniestro, pues muchos habían sido los crímenes que se habían cometido allí.
Vincent extendió la mano. Sujetó la rienda con fuerza. Tiró hacia él con expresión fatigada, pero el caballo no quería entrar en el bosque. Se había enclavado delante de aquellos robles torcidos que se echaban pesados sobre los campesinos de manera poco natural. Era la primera vez que desobedecía. Miraba de reojo, inquieto, como el lunático, y resoplaba. El bosque comenzaba a verse demasiado profundo. Visiblemente lóbrego, con árboles entrecruzados frente a caminos inaccesibles donde brillaban los ojos rojos de la polilla. «Todos lo estaban esperando».
Emma fue hacia al animal. Le miró con el rostro convertido en piedra. El corazón de la bestia desechó el miedo. Solo oía su voz. Sintió que lo rescataban de los forasteros de cabeza rapada y descubierta; de esos humanoides que aguardaban al otro lado, por detrás de los árboles. Vincent le clavó los ojos. Estaba asombrado. Aprovechó para guiar al caballo hacia lo profundo. Siguieron adelante a pesar de las presencias que buscaban llevar el destino de Emma a su terreno. Ensuciándose, sin hablarse, sin querer entrar en el porqué estaban allí o lo que nuevamente Vincent había presenciado. Continuaron un poco más. Entonces asomó una vieja casa de piedra tras la línea de los árboles.

—Es aquí —dijo Vincent.

Abandonaron el tortuoso camino. Salieron y penetraron en la claridad blanca del bosque. La noche allí era fría y estaba llena de secretos. Todo ello encogía el alma. De pronto Emma se paró mientras Vincent seguía buscando la puerta de la casa. En pleno ataque de agitación, volvió el rostro. Su mirada se clavó. Abandonó la espalda de Vincent. Dio unos pasos hacia su diestra, alejándose de la casa de piedra. Cerca había algo. Podía distinguirse desde allí. A través del encharcado, bajando por el barranco,

sobre una superficie embarrada, no muy lejos de la casa, había un campo de dominio eclesiástico en un ambiente sórdido cuya tierra había sido removida muchas veces. Emma respiró hondo. Tenía que volver, tratar de sacar esa fosa de su pensamiento, pues podría atraer a todos los espíritus errantes de las hermanas cistercienses que, avergonzadas de lo que cargaban en su vientre, habían ido a abortar a ese campo. Regresó apresuradamente; estaba a punto de llorar. No quería ver a todos esos niños que nunca nacieron saliendo por detrás de los árboles haciendo la noche más tenebrosa. Cerró los ojos y anduvo. Hacía mucho frío. Congelaba el aliento. Emma se frotaba los brazos. Sentía que debía huir de ese lugar. De pronto apareció Vincent por un lado, lo que le provocó un pequeño susto. —No sigáis la oscuridad —le advirtió Vincent.

Emma estaba asustada. Le había asaltado el inesperado espíritu mortuorio de la infancia. Anduvieron un poco más con la idea de alejarse de aquel campo. Tuvieron que ir arrollando espinos del zarzal. Algunas veces tenían que detenerse para quitárselos. Lo hacían con mucho cuidado, sujetando la rama con dos dedos para después despegarla de la vestimenta. Distinguieron el camino que atravesaba el bosque tras la línea de los árboles e, inmediatamente después, a un lado, vieron la casa. Aquella era una casa abandonada de una sola planta. Se encontraba en un pésimo estado. Parte del tejado estaba hundido; cubierto de ramas muertas que parecían moverse. Nada había a su alrededor excepto maleza. Emma apartó unas cuantas ramas. Apareció una mujer enfrente. Se veía que tenía la faz descompuesta y la mirada en el duelo. Presentaba un aspecto de penitente. Era una monja de la Chartreuse. Se sabía por la vestimenta. Llevaba una túnica gilbertina sobre el hábito. Su orden estaba reglada bajo estatutos cistercienses. Se llamaba Ingrid. Emma la observó detenidamente. Se había quedado en la puerta esperando a que Vincent regresara. Transmitía candidez y una expresión muy honrada. Parecía más mayor, pero en verdad tenía catorce años. Su tez tendía a ser sonrosada. Sus ojos eran grandes y azules, asustadizos, sensibles a la luz; algo desconfiados desde el primer momento, pues habían derramado muchas lágrimas. Se quedó mirando a Emma con atención. Dio un paso atrás al verse demasiado pequeña. Vincent se interpuso en medio de las dos. Hubo un silencio.

Ingrid miró fijamente a Emma. La examinó un segundo. Le rebuscó bajo la túnica de aspirante, intuyendo que pertenecía a otra orden. Arrugó su frente cuadrada ceñida a la toca al distinguir la falda blanca del mandil sobresaliendo de la túnica. Lo sabía: Emma era también una hermana.

—Non nobis —se apresuró a saludarle.

—Non nobis, hermana —dijo Emma.

—Soy Ingrid —estaba emocionada.

—Yo soy Emma.

—Os doy las gracias por atender nuestras súplicas. Sois buena. Dios lo sabe —le agradeció Ingrid.

La hermana Ingrid se echó a un lado permitiendo así la entrada de Emma. Tras una pausa, Emma entró. Ingrid lo hizo después. Vincent se quedó fuera, esperando. No podía pasar.

Docenas de velas blancas las sorprendieron en aquel espacio en ruinas que antaño había recibido en su suelo de tierra apisonada a honradas familias campesinas que habían vivido allí. Hasta que un día algo ocurrió, pues en toda la planta se extendía la sombra de la llama, como una plaga. Emma entró despacio. Abrió los brazos. Avanzó hacia esa imagen que le cambió por completo la expresión de la cara. Remataba la lobreguez de un cuadro calcinado que hasta tres veces hacía retroceder por su extraño aire maligno. Lo que debió pasar en esa casa se encontraba en poder de los muertos. De pronto se hizo

la luz. El resplandor descubrió el cuadro. Mostró detalles de la casa que hasta entonces habían permanecido ocultos, como el espejo roto a pies de la escalerilla o la mesa redonda empotrada contra la ventana. También los pilares talados, los cuales se desvanecieron nuevamente cuando volvió la oscuridad. En el instante, tronó.
La hermana Ingrid la invitó a continuar. Cerca, justo en el centro de la casa, delante del amasijo de viga que había caído cortada como lámina durante el incendio, se encontraban otras dos hermanas gilbertinas. La que estaba de pie, en posición relajada, esperándolas, era la hermana Marie-Ève. Tras ella se encontraba otra hermana, tumbada sobre una manta, postrada por los fuertes dolores, sin el hábito, solo con el sayal rajado, asomando el embarazo en su deformidad. A Emma se le cayó el alma. Era demasiado joven para estar en aquella situación. No alcanzaba edad para el acontecimiento y por eso se le hacía desagradable. La leyó. Tenía que hacerlo. Fue solo un segundo:
«Se llamaba Elora. Había obrado en contra de su voluntad para dejar libre a su consciencia, ya que el padre era un hombre de Dios. Pero todo se le había ido de las manos. «Hubiera sido mejor callarme y morir de dolor», ardía el alma. Su cuerpo se escurría en el hábito cuando lo veía y eso él, que era astuto, lo olía y le excitaba, como el cerdo a la sangre».
Elora era una novicia. Físicamente hermosa, como toda juventud. Tenía los ojos grandes, un poco rasgados, ahora con ojeras permanentes bajo cejas oscuras muy pobladas, algo que la hacía exótica para los hombres. Sentía que estaba siendo arrastrada por su propia maldad. No podía dejar de pensar en él. Incluso en este momento, sabía lo que estaría tramando. Truenos y el resplandor.

—Ella es la hermana Marie-Ève —la presentó Ingrid—. La hermana Emma —dijo Ingrid a Marie-Ève. —Non nobis —saludó Marie-Ève cortésmente a Emma con una tímida mueca. —Non nobis —correspondió Emma.
—Haremos lo que nos digáis —le dijo a Emma Marie-Ève, acabando la frase con un largo suspiro. —Os ayudaremos en todo lo que podamos —dijo Ingrid. —Hemos traído cosas que os pueden servir —habló Marie-Ève.

Ingrid dejó a Marie-Ève a un lado. Le mostró a Emma a la hermana Elora. —Ella es Elora —la presentó.

Elora intentó levantarse, pero enseguida se puso a gritar. Los dolores la impulsaban violentamente hacia arriba arqueándole la espalda. —Ruego la atendáis lo mejor que podáis. Dios no os culpará de su muerte si así sucediera —le dijo Ingrid a Emma.

«Ingrid había enterrado el nombre desde el momento en que lo supo. Todas lo sabían, pero callaban. Iban a llevarse aquel secreto a la tumba. Estaban dispuestas a permanecer en silencio porque, si no, la ira del inquisidor se las llevaría por delante. A bien seguro confinadas a las llamas, al infierno de ese hombre de aspecto carroñero que se quedaba por las noches en los conventos contemplando en la lejanía a su siguiente presa; observando cada uno de sus movimientos, olfateándola. ¿Quién podría pensar que se trataba de él? Siendo quien era, tenía potestad para continuar haciéndolo. Nadie se atrevería a denunciarle».

EN CE MÊME TEMPS...

De pronto lo presintió. Los demonios comenzaban a movilizarse con la sombra de ese hombre. Estaba en la casa de Vincent. Había subido las escaleras lentamente, peldaño a

peldaño, uno a uno, dilatando el momento, trabajándolo para el trastorno de su víctima. La encontró de pie, dentro del barreño, cubierta de sangre. La sorprendió lavándose. Le habló, le preguntó con extrañeza:—¿Qué haces aquí, Geneviève, que no estás muerta?

À L'HEURE DE LAUDES...

Ingrid corrió a atender a Elora. Se sentó a su lado. Le cogió la mano. La apretó entre las suyas mientras la novicia guerreaba para no desmayarse. Al mirarlas, Emma supo enseguida que aquella imagen era la de su muerte. No iba a salir de allí. Ni ella, ni tampoco la criatura. Ni siquiera su sangre podría salvarla. Los hombres polilla se habían citado en el campo y venían hacia la casa en gran número.
Al otro lado, la hermana Marie-Ève estaba recogiendo maderos a fin de hacer un fuego. Emma vio cómo clavaba una sola rodilla y comenzaba a dejar la madera amontonada en el suelo. Después, sacó la brea y la roció. El tiempo pasaba y Emma no reaccionaba. Las piernas le temblaban. Estaba en otro lugar. Sentía que crecía un sonido. El pánico se aproximaba. «Caballos». «Oía relinchar a muchos caballos a la vez».
Ingrid y Marie-Ève se miraban de vez en cuando mientras se preparaban. Emma respiró hondo. Tenía que serenarse. Acto seguido, volteó el zurrón por encima de su cabeza y lo dejó a un lado. Se quitó la túnica de aspirante. Luego se despojó del mandil blanco de la orden, lo plegó y lo depositó junto a un viejo mueble. Se quedó solo con el sayal puesto, igual que Elora.

—¡Me duele! ¡Me duele mucho! —gritaba Elora, resoplando.

Ingrid se colocó tras Elora y la abarcó con sus brazos. Rezó, todo lo deprisa que pudo:

—Nostre Pere qui es es cieulx, saintefiiez soit li tuens noms. Adviegne li tuens regnes. Soit faite la tue volentez, si comme elle est faite ou ciel, soit elle faite en terre...
—¡¿Quién es?! ¡¿A quién habéis traído?! —desvariaba Elora.

Marie-Ève obtuvo la chispa que necesitaba golpeando el acero contra el carbono. Solo entonces apareció el fuego de súbito e hizo que le brillaran los ojos a Elora, que al ver la llama se quedó en silencio. El recuerdo la atormentó. Su infidelidad la llenó de vergüenza. Marie-Ève también era joven y hermosa bajo el hábito. De larga cabellera negra rizada, facciones delicadas, brazos cortos y gruesas piernas, consideradas de buen ver. Además, andaba de manera graciosa. Tenía finos gestos, era recatada. Y eso gustaba. Inspiraba la confianza del que sabía guardar un secreto. Por eso el inquisidor la estaba rondando.
«Caballos. Caballos en mitad de la noche». Se oyó claramente en su pensamiento. Emma ignoró esto y bajó la cabeza. Regresó. Se sentó. Estiró el brazo. Cogió el zurrón. Lo abrió impetuosamente. Empezó a sacar paños limpios y vendas de tela para fajar. Estaba buscando algo. Ingrid no podía dejar de mirarla. Metió nuevamente la mano. Rebuscó. Dejó de moverla. Sacó un utensilio extraño: una tenaza hecha con láminas de metal, extraídas de la armadura de algún caballero. Aquel aparato que utilizaban para sacar a la criatura por la cabeza captó inmediatamente la atención de Ingrid, que no daba crédito a lo que estaba presenciando. Quería preguntarle, pero prefirió contenerse sin perder la compostura.
Emma sopló. Se estaba impacientando. Puso los ojos en el zurrón. Volvió a rebuscar con ahínco. Sacó espárragos, hierbas secas, rosas, ungüento, un cuenco de barro, una aguja, pelo de cerdo para las suturas y, al fin, lo que estaba buscando: aquel pequeño

cuchillo afilado de pelar patatas. Con el hallazgo, llegó el resplandor. Esta vez, el trueno se oyó demasiado cerca. Emma deslizó los dedos. Utilizó solo dos para acercar el cuenco. Puso en él cuatro pétalos de rosa y un puñado de hierbajos mezclados con hojarasca. Lo colocó todo cuidadosamente. Después miró a su alrededor. Le vino el aire frío de lluvia. Halló una piedra cerca. Arrastró las piernas, quedándole holgado el sayal por encima de las rodillas. Comprobó que la piedra tuviera punta. En efecto. La cogió. Ingrid se asomaba para controlarlas a ambas. Vio cómo Emma le entregaba el cuenco a Marie-Ève una vez triturado el pétalo y la hojarasca.

—Falta agua —dijo Emma a Marie-Ève.

Marie-Ève no lo dudó. Salió corriendo de la casa sosteniendo el cuenco en una mano. Fuera, los truenos las seguían acompañando. La niebla asomaba a través de la ventana rota. Comenzó a alzarse en diminutas nubes que a su paso iban ajustándose. Marie-Ève regresó con el cuenco lleno de agua, procedente de la lluvia. En ese momento Emma tenía el cuchillo en la mano. Volvió el trueno, el cual, parecía despertar augurios.
La llamarada no le dejaba cerrar los ojos. Pensaba en Dios y sus ángeles. Murmuraba el rezo. Lo sentía intenso, casi que le rompía el corazón. Entendía que de algún modo estaba unida a ellos. Respiró hondo. No soltó el cuchillo. Después, buscó la aguja y el pelo de cerdo. Clavó los dedos. Los recogió, arrancando la tierra húmeda. Guardó silencio.

—Poned el cuenco en el fuego, removedlo y esperad a que se haga la mezcla. No tardará —dijo Emma, sin perder de vista las caderas de Elora. Eran estrechas.

Marie-Ève dudó un instante y miró a Ingrid para buscar su aprobación a todo aquello. Pero Ingrid no podía sacar los ojos del cuchillo. «Lo mejor era obedecer sus indicaciones», pensó Marie-Ève. Emma percibió sus almas. Miró a través del trance. La tenue luz que parpadeaba. Notó cómo ardía el corazón de los jinetes. Los respiró. Los sintió atrapados en este mundo. Ya vienen. Saben que está allí. «Traedla ante mí que yo le enseñaré la verdadera naturaleza de la fe», les había dicho.
Emma se plantó delante de las hermanas con el semblante del relámpago. Ingrid dejó caer a Elora despacio. Le apoyó la cabeza en su propia túnica gilbertina que en ese momento hizo de almohada. Marie-Ève abrió el frasco. Vació el ungüento en su palma. Lo esparció por toda la barriga de Elora. Fue subiendo hasta los pechos, hinchados, y la garganta. Elora sintió cómo le abrasaba el cuerpo.

LA POURSUITE...

Emma levantó la cabeza. Visualizó otro recuerdo: han encontrado el camino que les ha mostrado el inquisidor, el cual seduce como serpiente envuelve la manzana. «Ya vienen». Hay que darse prisa. Emma resopló. Ingrid incorporó la cabeza de Elora y le dio de beber aquel brebaje que olía a huevos podridos. Elora tosió, tras ingerir el último sorbo. Vomitó sobre su propio sayal. A pesar de esto había bebido algo, un poco, lo suficiente como para que el brebaje comenzara a hacer el efecto que necesitaba Emma para llevar a cabo la incisión. En cuanto halló la sangre y controló el organismo, Elora se relajó y comenzó a despedazar palabras por el efecto del brebaje. Calmó los nervios y se acomodó. Entonces Emma se acercó con la empuñadura entre sus dedos. Pero Ingrid se asustó: —¡¿En el nombre de Dios, qué vais a hacerle?! —clamó escandalizada.

—¡Debemos sacarlo! —exclamó Emma.
—¡El niño morirá! —dijo Ingrid.
—La criatura está con Dios. Ahora luchamos para salvarla a ella —contestó Emma.

Ingrid no le discutió más. Emma suspiró. Levantó la mano que tenía el cuchillo. Ingrid y Marie-Ève corrieron a prepararse. Tomaron los paños limpios y se colocaron cada una a ambos lados del cuerpo de Elora. Ocurrió un destello blanco. Una fina sonrisa en el aire con brillo. Las hermanas gilbertinas ni lo notaron. Seguían viendo a Emma en la misma posición, con el puño en alto. De repente, el vientre se abrió lento y la sangre brotó rauda, resbalando ante los ojos. Elora emitió un breve sonido que no alcanzaba el grito. Lo que confirmó los efectos del brebaje.

—¡Oíd! —llamó Emma a Ingrid—. ¡Aprisa! ¡Colocad vuestras manos en la matriz y cuando yo os diga, empujad! ¡Una sola vez! ¡Tiene que ser muy rápido!

Ingrid puso sus manos tímidamente en el útero. —¡Más arriba! —le dijo Emma a Ingrid con una voz que retumbó en toda la casa.

Ingrid subió inmediatamente las manos hasta la parte superior del útero. Parecía torpe. Lo provocaban su timidez y su inexorable fe. Sudaba en abundancia. Las gotas le pendían de la toca empapándole la cara, surcándole como en mitad de agosto. —¿Dónde habéis aprendido a hacer todo esto? —preguntó Ingrid.

—La hermana Ellen —dijo Emma sin mirarla.

Entre tanto Marie-Ève, que las escuchaba, iba acumulando paños ensangrentados. El tiempo volvió a detenerse. Los latidos del corazón conectaron a Emma de inmediato con la hermana Ellen: «No hagas caso de ellos y ten fe en ti, porque eres algo bueno. Lo que haces es bueno. Por eso yo voy a enseñarte». Le había dicho la hermana tras salvar la vida de Brunhilde.

L'ASSEMBLÉE...

Emma había retornado su recuerdo. Vio a la hermana Ellen entre tiempos. Distinguió a la maestra. Sintió sus manos blancas, arrugadas, marchitas, deslizándose sobre sus dedos largos y flacos, rebosantes de juventud. A medida que iba revistiéndole, sentía la carne del abdomen. Procuraba deslizar los dedos sin abrir demasiado la herida. Palpar antes lo que henchía el vientre. Ingrid la miraba. Sentía repulsión por lo que estaba haciendo. Emma tenía ahora en sus manos la cabeza de la criatura. Levantó la mirada.
—¡No! —gritó al humanoide que, de pie junto a Marie-Ève, dejaba caer su mano sobre la frente de Elora—. ¡Empujad! ¡Ahora! —le gritó seguidamente a Ingrid.

Ingrid hizo presión en la matriz de la novicia. Emma tiró de la cabeza despacio. Elora lanzó un grito desgarrador y se desvaneció. Marie-Ève tiró el paño empapado de sangre, se dejó caer de rodillas, se santiguó tres veces y se cubrió el rostro con las manos. El humanoide no se había ido.

—¡Anda y despiértala! ¡No dejes que duerma! —le gritó Emma a Marie-Ève. —¡Marie-Ève! —le gritó Ingrid con rabia al ver que no reaccionaba.

Emma extrajo el feto. Arrastraba un terrible olor a muerte. Lo observó con ojos velados. Aquella deformidad hueca, con el cráneo ovalado, que parecía artificial, era ya parte de la "numerosa descendencia" del inquisidor. Marie-Ève trató de despertar a Elora dándole cachetes en la cara. Pero Elora no despertaba. Su alma estaba adhiriéndose a la faz del humanoide.

—¡Despiértala! —gritó Emma. Ingrid no reaccionaba. Estaba temblando.

Emma corrió a coser la herida. Dejó el cuchillo. Cogió un cabello de cerdo. Enhebró la aguja. Lo tensó. Miró al suelo antes de atravesarle la carne. La manta por entera estaba cubierta de sangre.

—¡Despierta, por favor! —la lloraba Marie-Ève.

Irrumpió Vincent. El hombre no había podido soportarlo más. Se santiguó dos veces antes de entrar. —¡Incorporadla! —le pidió Emma nada más verlo entrar.

Vincent cogió a Elora por los hincapié y la incorporó a media altura para que la sangre afluyera. Después dio un par de sacudidas. Marie-Ève no aguantó. La arcada provocó que se tapara la boca. Salió corriendo de allí. Ingrid la miró, pero no dijo nada. Ella también pensaba en hacer lo mismo. Emma comenzó a coserle. El sudor la cegaba. Metía la aguja y volvía a sacarla limpia.
La lluvia había crecido fuera. Se oía llegar. De pronto, las goteras ensordecieron la casa. Emma se daba toda la prisa que podía. Ingrid paró, se apartó de Elora, con el paño en la mano chorreando de sangre. Vincent miró a Emma conmovido. Había mucha pena en sus ojos: —No podemos hacer nada. Está muerta —dijo.
La casa retumbó por el trueno. Algunas piedras del tejado se vinieron abajo. Ingrid se llevó la mano a la boca. Volvió el rostro y rompió a llorar. El sollozo le iba oprimiendo el pecho. Emma corrió hacia la ventana. Miró a través de la misma. Vio a cientos de hombres polilla alejándose de la casa. Regresó a Elora. Se arrodilló. Pegó la oreja en su corazón. No había latido. En ese cuerpo ya no quedaba vida. El recipiente estaba completamente vacío.

—Hicisteis lo que pudisteis —dijo Vincent, sin poder sacar los ojos de la víctima.

Ingrid estaba profundamente afectada por lo sucedido. Era incapaz de mirar a Elora. No pudo soportarlo más. Arrojó el paño y abandonó la casa.

À L'HEURE DE PRIME

Faltaba menos de una hora para que acabara la madrugada. Habían pasado más de dos horas allí, intentando salvar la vida de Elora. Mientras tanto, en algún lugar, Emma seguía oyendo los caballos.

—Podéis marcharos. Yo los enterraré —dijo Vincent, apesadumbrado.

Emma sentía que no había sido capaz de salvarla. Lo demás no importaba. Pero, ¿qué podía hacer?**.** Se sentó, dejó caer los brazos. Pensó en el convento. Su rostro se enterneció. Quizá había sido demasiado cruel con las otras hermanas. Ahora, las añoraba. Se dio cuenta del esfuerzo que habían hecho todas ellas por y para protegerla. En estas, tuvo un pálpito. Levantó la cabeza maquinalmente. El viento se acercaba enrabietado arrastrando voces humanas. Miró a un lado. Vio a Vincent arrojar la túnica que había pertenecido a Elora sobre el mortinato del inquisidor. Al instante, una corriente helada apagó todas las velas. Vincent se detuvo. Se encontraba en la más absoluta oscuridad. Buscó a Emma, pero no podía verla.
Emma captó que algo se movía tras el humo sinuoso que se desprendía de las mechas. Un nuevo resplandor los descubrió. Vincent miró a su alrededor, pero no podía verlos. En ese momento su caballo relinchaba. Le llegaba su inquietud de fuera. Fue a mirar por la ventana ensombrecido por la sospecha.
Emma los tenía cerca. La luz los encendía, la oscuridad los apagaba en su modo más terrible. Los ángeles de Dios se encontraban a su alrededor, y eran muchos. Tantos que ocupaban toda la casa. Incluso en el tejado podían verse, de pie, con la cabeza en alza, esperando. Ellos traían el rostro del enemigo, pues iban a dejar que ocurriera. Entraba en los planes de Dios.
Todos se parecían. Aquellas imágenes elegidas para representarse las habían obtenido de los hombres que habían de hacer cumplir el mensaje de las estrellas. No había atisbo de frustración. De repente, todos los ángeles le dieron la espalda. Emma anduvo a través de ellos. Veía el relieve que formaban las alas bajo las túnicas. Le despertó admiración. De pronto uno se volvió. Era el mismo que había visto en el camino du Roule; el que había puesto su atención en ella; aquel hombre santo de barba rojiza con el semblante igual que una piedra. Aunque su luz podía reencarnarse en otras formas, aquella era la imagen que había elegido el arcángel Rafael para manifestarse a Emma. Su voz sonó como todos los truenos a la vez. Le dijo:— ¡REHUT! —(¡Corre!)
Emma no se movió. Acto seguido, se inclinó, arqueando toda la espalda hacia adelante al mismo tiempo que arrastraba los pies. Recogió el zurrón, despacio, sin dejar de mirar a Rafael a los ojos. Alargó el brazo disimuladamente. Metió el cuenco, luego, el cuchillo.

—¡QUÉ HACES AÚN AQUÍ! ¡CORRE APOLIÓN, CORRE! —le gritó Rafael con los ojos hinchados.

Emma soltó el zurrón y echó a correr. Salió disparada de la casa. Entró en el bosque, aún con toda la amargura de Elora en el corazón. Siguió hacia adelante y no se detuvo. Oía cómo las ramas le iban azotando brazos y piernas. De repente, chocó contra una piedra. Cayó, precipitándose en la garganta de una zanja, donde el aire era repulsivo. Se levantó inmediatamente, apoyando las manos en el suelo e impulsándose desde la tierra. Estaba agotada. Sentía dolor por todas partes. Miró a su entorno. Se hallaba en lo profundo del bosque, bajo la fina lluvia, con la frustración de la “derrota” pesando sobre su cuello. Cuando de pronto, oyó los caballos. Se sobresaltó.
Emma se quitó los zuecos y corrió descalza. Corrió, como en la guerra, igual que en el fragor de la batalla; cuando el enemigo se muestra cansado y no puede soportar una segunda carga. No bajó la velocidad. Los árboles la veían pasar como el rayo. Dio un salto. Luego otro. Arrancó el zarzal. La sangre le corría por los tobillos. Saltó al campo desde la zanja. Puso los pies en el lugar maldito donde las monjas iban a abortar. La estaban esperando allí con muchos soldados. Permanecían ocultos tras los árboles.

Emma ya estaba llegando a la primera línea. Asomó un guantelete por detrás de un tronco. Iba contra su pómulo cargado de ferocidad. Sintió el impacto del hierro clavándose. Hizo que desviara la mirada. La luz estalló ante sus ojos. Los soldados veían su dolor. Ella, en cambio, sentía en cada golpe el terrible padecimiento de ángeles y demonios en la gran guerra que los enfrentó en Orión. Y cayó de espaldas y no volvió a levantarse. El terrible puñetazo la dejó tumbada sobre la hierba húmeda. Notó muchas sombras humanas revoloteando a su alrededor. Apenas podía abrir los ojos. Veía rostros de hombres apareciendo por los lados. Solo había lugar para una palabra; para un nombre:

—¡Masca! —(Bruja)—.

Entonces vio muchos pies que se levantaban al mismo tiempo y, prefirió cerrar los ojos. Ellos le escupían y la pateaban. Emma comenzó a gritar por cada ángel y demonio que estaba siendo empalado.

LA CONFLUENCE...

Aquellas botas negras que protegían los pies del inquisidor iniciaron el camino en dirección a la puerta e irrumpieron en la casa con paso firme y solemne, con manos cruzadas sobre espalda curvada y un semblante vacío de infinita y rencorosa miseria. Se detuvo, imponiéndose el silencio. Mantuvo las puntas a un dedo del cuerpo de Elora. El ritmo de su respiración aumentó. Antes de inclinarse repasó los puntos de su vientre. El instinto del asesino le hizo estar alerta. Su infalible olfato distinguió un hedor entre otros. Dio media vuelta. Levantó las cejas arqueadas, finas, bajo frente rígida. Rebuscó oliéndolo. Golpeó sin querer con el pie la tenaza laminar. Se agachó. Recogió ese aparato extraño que jamás habían visto aquellos ojos de iris ámbar. Entonces giró velozmente la cabeza. Tenía al alcance de su mano un hábito gilbertino cubierto de polvo. Lo levantó. Vio a su hijo maldecido. La mirada del demonio le ensombreció los ojos. Golpeó a la criatura con el pie.

— Je suis Jehan de Dieu et de Champagne, et feray que la sentence soit acomplie—

Así era él.

Le Procès

Al fin, el sol. La noche allí hacía enfermar de tristeza. La vida en esa celda era horrible. El soldado entraba sin hacer ruido con el pan y el agua, y la repasaba de arriba abajo, violándola con la mirada. Emma estaba débil. La habían encadenado a la roca, en la mazmorra; le habían arrancado el sayal y lo habían echado al fuego junto con el mandil blanco de las damas. Ahora vestía con un sucio camisón descolorido de penitente. Llevaba dos días en el castillo de París custodiada por once soldados que no perdían oportunidad de manosearla.
Permanecía quieta, oyendo las voces de los interrogatorios que le llegaban desde arriba, cayendo en gran tumulto. Giró la cabeza hacia los barrotes de la celda. Tenía el pómulo roto y el labio partido. Las lágrimas aún le corrían por las mejillas. Cuando el sol le tocó el rostro, gritó el nombre de Dios desde el estómago. Entonces lo lanzó furiosa contra

las sombras. Allí había un hombre sentado. No lo había oído entrar porque su corazón no latía. Su largo cabello grisáceo le caía nostálgico cubriéndole las orejas. El rostro fúnebre, serio, de gran dureza, capaz de soportar cualquier carga, aterrorizaba, pues expresaba que no había duda en él. Era liviano, chupado, muy alto, peinado con la raya en medio. Su mirada era irresistible. En sus ojos color ámbar se reflejaba un brillo que resultaba agradable.
Se levantó con horrible silencio. A Emma le sobrevino la conmoción de que aquel hombre de cuello carroñero era un muerto viviente. Sus labios mostraban el rigor de la estaca bajo fina nariz aguileña y pómulos amplios sobre férrea mandíbula. Había notado el miedo de Emma. Le dijo mientras se acercaba:

— Je sui Jehan de Dieu et de Champagne, Inquisiteur de la sainte Foy es dyoceses de Langres et de Chartres, et confesseur du grant Inquisiteur general, son illustrissime Guillaume de Paris.

Cuando lo tuvo delante, de inmediato sintió que su alma era completamente distinta. Al contrario que las otras, esta ansiaba entregarse a ella para que la leyera. Hasta ese momento, solo el alma de Víctor le había rogado que la envolviera. De algún modo seguían estando extrañamente unidas. Jehan de Dieu se quedó mirando la luz que entraba a través de los barrotes. Su hábito negro, al tacto áspero, estaba impecable. No se veía en él ni una sola mancha.

—Muchacha, he visto tu escena en la casa del bosque. Toda tu obra del demonio. Dime, ¿hay otras como tú? —le preguntó el inquisidor, en estricta calma.
—Os ruego. Ha habido una tremenda confusión. Quisiera me dejarais ver al gran maestre de los templarios. Le temblaba la voz.
—Habla.
—He venido sola.
—¡Guardia!

No dijo nada más. Se oyó saltar el cerrojo. Jehan de Dieu se levantó y se fue.

—¡Soy una dama templaria! —repitió Emma, rogándole. La puerta se cerró.
Al cabo de una hora volvieron para llevarse a Emma al interrogatorio. El cerrojo fue abierto de manera que no produjo ningún ruido. Entraron tres soldados; dos se abrieron, el otro se quedó mirando con la mano diestra apoyada en el cinto. Emma hizo un esfuerzo por ver su rostro, pero la luz era demasiado fuerte y resultaba incómoda. Uno de los soldados la sujetó por los pechos y la levantó, mientras el otro le quitaba las cadenas. Emma cayó hacia adelante, pero ninguno la cogió. Después, levantándose, vio que le habían tirado las mismas cadenas en el suelo, a un palmo de su cara. Se puso a llorar. Eso enfadó a los soldados, los cuales volvieron a demostrarle la verdadera cara del abuso. Tuvo una visión, mientras ocurría:

«Rabiaba de dolor, embotada, porque sentía la luz desgarrándose. El arcángel necesitaba de toda su fuerza para abatir al muerto. Extendió sus alas metálicas en la fría noche del universo y, abriendo los pliegues uno por uno, movió la espada cruciforme y señaló el blanco. Pero en ese instante la tenebrosa imagen del muerto bruñido cuya piel era aceitunada abrió la mano izquierda y le lanzó un puñal que ardía entre los ojos».

El dolor era indescriptible. Le pusieron las cadenas; la cogieron por los hombros; la levantaron con desprecio. Había mucha cólera.

L'Enqueste

El prolongado ascenso se hizo eterno. Iba dejando el rastro de sangre a cada paso. Finalmente, llegaron a una puerta cerrada que contenía a las enormes voces de los inquisidores. De pronto alguien corrió el cerrojo desde dentro. La puerta se abrió pesada en presencia de Emma. Así se hizo la oscuridad del Saint-Office, en el exasperante tiempo infinito.
La hicieron pasar. Emma se encontró en medio de un gran salón bajo un techo sostenido por columnas. A un extremo y a otro centelleaba el resplandor que daba el fuego en su crepitar más siniestro, pues no se veía luz diurna en aquella penumbra de piedras que los inquisidores habían adquirido para llevar a cabo los interrogatorios.
Atravesó todo el salón sin levantar la cabeza, con el chirriar de las cadenas, hasta que quedó de pie frente a la mesa donde se sentaban los tres inquisidores que iban a interrogarla: Sean de Diez, Inquisiteur de Sangres, de Chartreuses y de la Champaña, en el centro; y sus brazos seculares: el arzobispo de Sens, Felipe de Marigny, a la izquierda de Sean de Diez; y el Inquisiteur de la sainte Foy es dyoceses de Langres et de Chartres, Jehan de Dieu et de Champagne, a la diestra de Sean de Diez. Los tres permanecían sentados tras una mesa coronada por la cruz de Cristo.
El primero en hablar fue Sean de Diez; hombre de avanzada edad con porte de aristócrata:

—En el Reino de Francia del rey de estratagema Philippe IV le Bel, a 20 de octubre del año 1307 a París yo, Sean de Diez, doy comienzo este interrogatorio en nombre de Dios —pausa— este proceso es formado por los rectores señores ilustrísimas: Philippe de Marigny, arzobispo de Sens, y por el inquisiteur de Langres y Chartres, confesor del gran inquisiteur general, Jehan de Dieu.

Los soldados que habían traído a Emma dieron tres pasos hacia atrás a fin de exponerla a ojos de la Inquisición.
—Decidnos vuestro nombre y vuestros años —solicitó Sean de Diez.
—Me llamo Emma y creo tener veinte o veintitrés años —les contó, sin apartar la mirada del suelo.
—Habéis sido arrestada en el Campo de Saint-Martin y traída ante este tribunal so pena de herejía bajo estas acusaciones que aquí leeré en voz alta: este tribunal, en acuerdo con la bula *Ad exstirpanda*, decretada por nuestro santo padre Inocencio desde el día 15 de mayo del año 1252 y todavía vigente en nuestros días, mantiene el derecho a la tortura como medio de extirpación para arrancar una confesión si el lapso no se declara en culpabilidad y pide la absolución por los siguientes pecados: A vos, señora Emma, se os acusa de los siguientes cargos: este tribunal declara que habéis escupido sobre la cruz de Cristo y mantenido relaciones carnales con la misma.
Este tribunal declara mismamente que habéis cometido hechos pecaminosos compartiendo besos obscenos con otras mujeres; que habéis adorado a ídolos contrarios a la cristiandad, y rezado a los sodomitas; que mismamente vuestros pecados fueron perdonados por el gran maestre templario y que vos, junto con otros, os habéis entregado a los aquelarres; que a vos se os fuere dado un cíngulo en adoración al que las

brujas dicen: «Machote», el demonio por excelencia de la herejía —tomó aire, y continuó—. ¿Señora, sois consciente de las faltas que se os atribuyen? ¿Sois consciente de que este tribunal, que en el nombre de Dios y de su hijo Jesucristo actúa, tiene cargos serios contra vos?

Los nervios entrecortaban su respiración. Las piernas le comenzaron a flaquear. Se frotaba el camisón con las argollas porque le picaba mucho. No habló.

—¡Hablad! —intervino furioso Jehan de Dieu. —Sí —contestó Emma con un sobresalto causado por la ira del inquisidor.
—Entonces confesad vuestras faltas y condenaos. Os pondremos bajo reconciliación.

Emma alzó los ojos. Los miró a todos con un solo ojo vidrioso. El otro no podía abrirlo.

—¡Buen Señor! ¡No puedo hacer lo que me pedís! ¡No puedo hacer esta confesión porque yo no soy culpable! —clamó, y seguido escupió sangre.
—Señora —dijo Sean de Diez ahogando la voz— sea por Dios y por vuestra dignidad. Confesad ahora o seréis entregada al tormento de la herejía. Mi mano no temblará. Mi corazón no mostrará piedad porque seáis una mujer. Al verdugo diré que os arranque la confesión hasta que vuestra carne suplique clemencia por vos.
—¿Qué es lo que tengo que confesar? —preguntó Emma, sollozando.
—Ilustrísimas, vosotros sois mis testigos. El reo quiere confesar —anunció Sean de Diez con una sonrisa. Seguido, miró a Jehan de Dieu, pasándole así el turno.—¿Juraréis ante este tribunal que habéis estado asesinando a pobres hermanas gilbertinas porque queríais robarles el corazón para después comeroslo?
—¡No! —rechazó Emma.
—¿Podéis dar testimonio de que el mandil que os ha sido arrebatado para su purificación no os fuere entregado por algún templario a cambio de placeres carnales como una vulgar ramera? —continuó Jehan de Dieu haciéndose oír en todo el salón.
—¡Señor, soy doncella de hospicio!
—¿Fue Satanás quien os enseñó este oficio?
—No, Señor. Fueron las monjas cistercienses del convento de Limasol quienes me acogieron y me enseñaron. Podéis preguntar allí.
—¡Entonces hay más! ¡Ramera! ¡No puedo miraros de la vergüenza que me inspiráis! ¡Me habéis mentido! ¡A mí! ¡A un servidor de Dios! ¡No creo ni que seáis virgen! ¡A buen seguro ya os han desflorado! ¡Vendida a muchos hombres! ¡Préstate a decirme la verdad! —acusó Jehan de Dieu inflamado, en pie, con todo el odio corriéndole por las venas.
—¡Esta es la verdad yo os lo juro! —clamó Emma.
Jehan de Dieu se sentó y no volvió a moverse; «como los muertos».

—Por la santa autoridad que me concede el gran inquisidor general, Guillaume de Paris, y por esta misión que me ha sido encomendada, la de combatir la herejía, doy rienda al proceso bajo pena de excomunión. Que este hereje sea devuelto a la celda —habló Sean de Diez. Y concluyó diciéndole a Jehan de Dieu—: es toda vuestra, ilustrísima.

Jehan de Dieu asintió complacido. —¡Traed aquí al siguiente! —ordenó inmediatamente Sean de Diez, a la guardia.

L'Admonition

Era de noche, la luna se veía muerta entre los barrotes. El viento no soplaba firme, avanzaba en una corriente nocturna que merodeaba por todas las grietas de la celda. Ahora la claridad grisácea tocó a Emma, que permanecía encadenada, temblando de frío. El silencio no le traía esperanzas, todo lo contrario, se devanaba, intentando comprender el porqué de todo esto. De pronto, le llegó un ruido desde la puerta. Miró hacia dónde más gobernaban las sombras. Jehan se encontraba allí, en el escondrijo, con faz decrépita. Siempre un paso por delante de la oscuridad. Tenía las llaves en la mano. Había dejado la puerta de la celda abierta. Sonrió. Entonces se cruzó un hombre corpulento. Pasó por delante de Jehan de Dieu con el consentimiento de este. Era alguien repulsivo, muy velludo, deforme, de sudor fuerte, mugriento. Iba desnudo. Entró en la celda. Se detuvo. La contempló un segundo con ojos de buitre. Era como una enorme figura alada en la noche. Su silueta ya había comenzado a abalanzarse sobre Emma nada más poner los pies allí. Tragó saliva, echó el aliento. Ahora había otro hombre, esperando, fuera de la celda, dispuesto a entrar en cualquier momento. Era todavía peor que el otro. Tenía los dientes podridos y el cuerpo lleno de cicatrices de guerra; también velludo, melenudo, sin ropa, un trozo de carne repugnante con los ojos instaurados en el fulgor. Tras él llegó otro más. Al final del corredor se veían a dos más que estaban dejando atrás las antorchas pavoneándose, exponiéndose sin saberlo a la vista de Jehan de Dieu, acudiendo a la "suculenta cena" que les había preparado el vil.
Aquellos soldados que no tenían en mente más que la violación iban directamente a la celda de Emma sin desnudarse. Eran los siguientes de una larga lista que había preparado el inquisidor.
Emma rogó que pararan, pero el mugriento no atendió. Sentía que podía hacerlo todo. Fue hacia Emma, la cogió por las caderas y la levantó atreviéndose a mirarla a los ojos. Emma echó el cuello hacia atrás. Llenó los ojos y la boca de dolor:

«Millones de espadas se cruzaban en el cielo de Orión. Los ángeles esgrimían flexibles, rápidos se mostraban con las alas abiertas relucientes gritando contra los que habían desobedecido las órdenes de Dios. Los que no querían separarse del Altísimo se encontraban atrapados en el fragor de un enjambre de sombras, muertos, demonios y ángeles caídos. Toda la rebelión encabezada por Lucifer que se disponía a seguir abriendo brecha en dirección al Reino de los Cielos, allá, en Orión.
Las embestidas eran poderosas, las hojas forjadas en el sol de Egon ardían en el chirriar cuando encontraban las espadas negras de Daemon. Emma se retorcía al sentir todo aquel dolor que sobrevino en otro tiempo, mucho antes de la Edad del Hombre. Atraída por ese torrente de espadas fulgurantes que despedían chispas, se levantó nuevamente abriendo los ojos ardientes delante de un sol que parecía negro porque los muertos lo copaban. La multitud encontraba la verdadera muerte. Todas las leyes de Dios estaban siendo violadas. El ejército de Dios se situó en el umbral de Zion y, bajo el mando de San Miguel, esperó a que llegaran.
Lo vio. Vio a San Miguel Arcángel. En lo más alto del cielo negro, acaudillando a los Custodios en el día de la rebelión, resplandeciendo desde un rostro andrógino, ceñido a un cuerpo de metal erguido, envanecido ante la adversidad. Echó el cuello hacia atrás de repente. Sus largos y ondulados cabellos de oro puro quedaron suspendidos un dedo por encima de las árulas de sus largas alas que se contemplaban en plata. Llenó sus ojos y después su boca de dolor. Un ejército de caídos se vertía sobre todos ellos como un torrente desde arriba. Lo encabezaba un caído de faz dorada y ojos rojos. Escuchó a San Miguel llamándole en una voz que tronaba. Le dijo:—¡¿At Gadreel?! (¡Eres tú, Gadreel!)».

Y después se apagó con el último hombre que abandonaba la celda antes de que llegara el amanecer. Jehan de Dieu la miró a los ojos. Vio en ellos todas y cada una de las lágrimas bullendo en su contra, clamando porque su virginidad había sucumbido una y otra vez.

—¿Lo ves ahora? Yo tenía razón. Eres una sucia ramera —le susurró.

L'Oÿr

JOURNAL DE L'ARCHEVÊQUE PHILIPPE DE MARIGNY:

Nota marginal del Archivero: El siguiente folio presenta manchas de humedad y restos de cera de vela sobre el margen izquierdo. La caligrafía, identificada como la de Philippe de Marigny, se vuelve errática y apresurada hacia el final del texto. El pergamino está amarillento y quebradizo.

—En París. 21 de octubre del año 1307 —dijo Sean de Diez, Biblia en mano—. Que alguno tome su mano y la haga poner sobre la Sainte Écriture.

Sean de Diez me miró para que me levantara. Me correspondía hacerlo. Me puse en pie. Tomé después la Biblia de su mano y, con los ojos todavía puestos en la “tormenta”, sujeté la muñeca de Emma y le puse la mano sobre la Biblia.

—Señora Emma, estáis bajo juramento. Decidle a este tribunal otra vez vuestro nombre en voz alta.

Emma miró a Jehan de Dieu. En ese instante parpadeó. Sintió un pequeño alivio. Podía abrir el otro ojo.

—Emma —respondió, quebrada por el dolor.
—Decid también los años que tenéis.
—Veinte o veintitrés.
—Veinte o veintitrés, ilustrísima —corrigió Jehan de Dieu, marcándola.
—Ilustrísima.
—¿Os duelen las cadenas? —preguntó Jehan de Dieu, disfrutándolo.

Sean de Diez y yo volvimos al mismo tiempo la cabeza hacia Jehan. Aquella pregunta personal acentuada no había sido de nuestro agrado.

—Decidnos, pues, lo que sentís llevándolas —insistió el tirano, al que siguió un profundo silencio.

Sean de Diez habló con voz tonante:—¡Este tribunal, autorizado por su santidad, os acusa de herejía y corrupción! ¡A estos cargos se han unido recientemente la confesión de los que os han visto hablar en contra de Dios mientras ejercíais de comadrona! ¡Su santidad ha sellado vuestra excomunión y, si en vos no se encuentra confesión alguna,

este tribunal dará por perdida la posibilidad de salvaros y seréis entregada a la autoridad civil con la pena que eso conlleva!

—La carne se hincha y se desgarra —se le oyó decir a la condenada en un tono febril.
—¡Confesad! ¡A este tribunal se le está agotando la paciencia! —dijo Sean de Diez.

Jehan de Dieu se levantó. Clavó los nudillos en la mesa coronada por Cristo. Al mismo tiempo, yo tomaba asiento a la siniestra de Sean de Diez.

—Señores ilustrísimas —dijo Jehan de Dieu—, como confesor de nuestro *Grand Inquisiteur* general, solicito que este reo, que no reconoce la autoridad del que habla por la boca de Dios, me sea entregado.

—¿Qué opináis, ilustrísima? —me preguntó Sean de Diez.

Hice un gesto de aprobación con la cabeza.

—¡Guardias! —llamó Sean de Diez—. ¡Reciba esta mujer el sambenito con la cruz del hereje y que todos al verla se aparten, pues lleva en su corazón la marca del Diablo!

Unos cuantos guardias entraron con la cabeza en alza. El sambenito colgaba del brazo de uno que lucía la armadura real. Se unieron a los tres que estaban alrededor de Emma; mientras, Sean de Diez iba diciendo:
—Séale quitado el manto. Désele la vestimenta infesta del hereje con su estrella dorada como el fuego de Satanás. Póngasele la coraza. Hágasele caer de rodillas, ved cómo sangra ahora. No llora. Porque está siendo consolada por el Diablo.

El hombre que portaba la armadura real dejó momentáneamente el sambenito en manos de otro, fue hacia Emma, que estaba de espaldas a él, bajó sus gruesas manos, las puso sobre los pequeños hombros y tiró del camisón hacia abajo con toda la violencia, arrancándolo de una vez y dejándola completamente desnuda a ojos de la *Inquisition.* Entonces todos contemplamos su cuerpo amoratado, sus pechos pequeños, desfallecidos, y su sexo herido. Los *inquisiteurs* comenzamos a murmurar. A los tres nos brillaban los ojos. La acumulación de vergüenza la hizo vomitar.

—¿Qué haces, muchacha? —le pregunté, sin poder ocultar mi faz de repugnancia.

Los soldados se apresuraron a quitarle las cadenas y ponerle el sambenito. Luego, le pusieron un saco en la cabeza. Se hizo la oscuridad:

«San Miguel Arcángel se apartó de golpe llevando la espada a su pecho. Gadreel estaba encima con su ejército mientras las tropas de los muertos subían con todo tipo de armas afiladas. De pronto escuchó la voz de Rafael. Emma lo vio. Ensartaba sombras elevándose con unas poderosas alas de bronce semejantes a las del Fénix. Contemplaba una faz más humana incrustada en una luz que desembocaba en una garganta ceñida de hierro ensamblada al espaldar. Siguiendo la voz de Rafael, vio la cadena de los muertos que se acercaban, remontándose eslabón a eslabón, encogiendo los hombros y hundiendo la cabeza con rapidez entre las huesudas piernas. Preparaban de esta forma el camino de la Bestia.

Marchaban rumbo a Zion vomitando alaridos, por encima de todos los ejércitos, a través de una oscura senda que iba a llevar a Satanás directamente contra Dios. Todo lo que había allí era la oscuridad del universo. No tardó en verlo correr por la escalera de los muertos. Al más grande y temido, como una gigantesca forma alada con cornamenta de macho cabrío. Veía todo su amargor transformado en algo nuevo que le proporcionaba toda la voracidad que necesitaba. Para él, la palabra de Dios había sido una jaula.
De entre el fragor del metal y el estrépito de las alas de bronce, Rafael gritó hacia el cielo:—¡Refa-El! ¡Shamaim min edom! (¡Dios sana! ¡Los cielos están rojos!)».

La Reddition

La sacaron del calabozo. Estaba en muy mal estado. Su estancia allí le había dejado marcas por todo el cuerpo; algunas no iban a sanar jamás. Salió por su propio pie, cojeando, alejándose de aquel pequeño infierno para meterse en uno mucho más grande: "el infierno según Jehan de Dieu".
La estaban esperando fuera. Los rayos del sol la cegaron. El silencio allí aterrorizaba, en la misma puerta del castillo. Una carreta prisión de dos ruedas tirada por un corcel negro se encontraba a la vista, a dos pasos del puente levadizo, mirando hacia la barbacana.
Subieron el rastrillo. Emma se quedó en el umbral. Nada más poner un pie sobre el puente iban a detenerla. Se quedó pensando, hundida, sin poder hacer nada. Las heridas le ardían. Esta vez aguantó las lágrimas. Apretó los puños. Levantó la cabeza y los miró sin esconderse. Aquellos horrores que le estaban infringiendo podrían quebrarla o, por el contrario, volverla indestructible. Gritó desde el estómago. Dio un paso al frente. Inmediatamente fue detenida por dos hombres al servicio del Inquisidor.
Vinieron corriendo y la sujetaron por los brazos. Uno era bastante alto, calvo, de aspecto cenobita. El otro era el hermano de Jehan de Monferrato, quien había sido administrador de los chapelains d'office en Acre. Víctor lo llamaba por su nombre: Tesifonte.
Le abrieron la jaula. Casi daba la sensación de que la habían construido especialmente para ella. De un solo cierre, muy estrecha, con el espacio justo para levantar los codos y aferrarse a los barrotes. Ninguno la ayudó a subir. Tuvo que hacerlo sola. Apoyó el cuerpo contra la carreta. Así empezó a subir, arrastrando los pies, con las rodillas flexionándole mientras no paraban de temblarle las manos. Cuando estuvo dentro, cerraron la puerta. Al acercar el rostro al hierro olió la sangre de los condenados. Partieron del castillo. Se pusieron en camino temprano. Extrañamente, hacía buen tiempo.
Emma veía a mucha gente agolpándose a ambos lados de la carreta. Llegaban corriendo de los extremos para ver al condenado. A su izquierda, la catedral de Notre-Dame se alzaba lejana en el horizonte por encima de las casas picudas que estaban frente al Seine, al otro lado de la gente, que se movilizaba por el empedrado como corderos en dirección al Pont du Roy. A la derecha, más casas bajo cielo azul delante de los caminos, a través de los cuales venía el campesinado corriendo para terminar hacinándose en la rue de la Mesgneiscerie, la misma por donde iba la carreta prisión que llevaba a Emma.
Tesifonte bostezó. El camino se le estaba haciendo interminable. Tenía que ir a pie, la jaula ocupaba toda la caja. El otro que también servía al Inquisidor, caminaba cabizbajo, sumergido en unos pensamientos impuros. A ambos los separaba la cabeza del caballo. Había muchos rostros que no la abandonaban. La mayoría eran pálidos, sucios,

chupados, de ojos inquietos. «Pero había uno, entre toda esa gente, con aire de sufrimiento. El único; una cara andrógina en una capucha benedictina; de piel muy blanca, casi albina, sin cejas, con los ojos de un azul estrella».
Emma agarró los barrotes con fuerza en cuanto separó aquel rostro de la multitud. Exhaló un suspiro contemplándolo. Aquella imagen perdida en medio de la gente también la miró. Emma lo reconoció enseguida; no había entusiasmo en él, sólo tristeza.

— San Miguel —pronunció, reconociéndolo.

«Lo vio haciendo surcos con la espada. Se quitó de encima a Gadreel con un relampagueo. Alzó después la mirada y vio a Satanás volando, trayendo todo el pánico de la oscuridad al reino. Se inclinó. Extendió las alas. Le señaló con la punta del Beráq Jarbí, «La Espada de los Principados», y arrojó un cúmulo de violentos golpes producidos por un poderoso viento que al tocar despedazaba. Vio galopar a las nubes negras hacia Orión. Alcanzó la Escalera de los Muertos. Partió sus huesos, los hizo estallar a todos dentro de una potente llamarada. Satanás cayó, tan fuerte que iba quebrando estrellas. En esa visión era tan grande como cualquiera de ellas. Su forma oscura llegaba sobre todos los ejércitos de Dios. Todos los ángeles se apartaron temiéndole. Todos menos uno.
Lo contemplaron con asombro. Firme dejó que se acercara la Bestia. Volteó la espada. Voló hacia él. San Miguel y Satanás se encontraron allí, se miraron tres veces y entrechocaron batiéndose a la velocidad del rayo. Uno y otro hacían desprender fuego. Los ecos retumbaban en todo el universo».

Le Chemin de la Croix

El viaje resultaba terriblemente agotador. La torre de Jehan de Dieu se encontraba lejos, allá en Val Gérard, al final del Champ des Légumes, al sur de Grenelle.
Entraron en el Petit Pont, que llevaba al corazón de Notre-Dame. Se oía el crujido de su tablado suelto, mal estructurado, por momentos desigual, bruscamente ocupado por dos hileras de casas antiguas que habían comenzado a perder su color por la humedad. Emma vio una nebulosa con forma de estanque. «La dibujó en el cielo»:

«Ahora la niebla envolvía el arroyo. Se percibía una gran tensión entre dos fuerzas, «Luz contra Oscuridad». Satanás era astuto, había empujado a San Miguel hacia el azufre con violentos golpes de espada. El choque de sus voluntades hacía que las nebulosas se arremolinaran en espirales de ceniza».

La Confrontation des Témoins

Ya habían pasado Petit Pont. La mitad de París se había perdido de vista. El otro lado del Seine quedaba a sus espaldas. Se encontraban en la cuna, donde los niños llegaban corriendo y sin aliento.

—¡Bruja! —le gritaban.

En l'Île de la Cité, seguían llegando oleadas humanas cargadas de coles podridas y piedras que iban a hacer llover en cualquier momento sobre la condenada. Se hacía palpable el espantoso destino que le aguardaba a Emma. Cada minuto hacia la muerte contaba. Nadie quería perdérselo. Algunos incluso la siguieron increpando calle abajo, hasta la arteria de Orléans; la repleta y sombría calle de Saint-Jacques.

«Llovía azufre. De pronto el Demonio atravesó la humareda. Lo vio jadeante, preparado para reanudar la pelea. Su figura era enorme. Llevaba una máscara de guerra. La faz colosal representaba un carnero con cornamenta enroscada de gola muy baja, tanto que llegaba a cubrirle todo el pecho. No había más armadura que el yelmo, que terminaba en los hombros y la cintura, sobre una piel bermeja, untada en hiel, que parecía haber sido levantada entre jirones. Como única prenda llevaba unos bombachos negros como el granito, pesados y polvorientos; recogidos, por encima de unas piernas largas arqueadas hacia atrás, como las de una cabra. Subía, siendo alzado por dos alas negras que aparecían batiendo por encima de su espalda. Volaba de un lado a otro, cambiando de mano aquella gigantesca espada de cuatro hojas, unidas en un solo filo, que le habían proporcionado aquellos que lo habían levantado de las sombras para encabezar la rebelión».

Le Gief

Cayeron coles y piedras sobre la jaula. Los varones corrían y escupían. Todo el trayecto desde Saint-Jacques hasta la abadía de Saint-Germain se vivió en territorio hostil enemigo. Docenas de manos se metían entre los barrotes tratando de arrancarle el sambenito. Al llegar a la calle Saint-André, esto se convirtió en una corriente que duró hasta el atardecer. Mientras Emma se encontraba encerrada en aquella jaula, veía el pasado entre la luz y las tinieblas. Se sentía flotando sin prestar atención a todos aquellos gritos de repulsa que clamaban en su contra…

«Vio a Satanás hincar una sola rodilla ante San Miguel Arcángel. Detrás de la Bestia, cayeron todos los ejércitos de la oscuridad. Entonces vieron que venía una luz de Orión y que era muy potente. Al verla llegar de manera siniestra, como un sol encrespado, hirviendo, San Miguel batió el metal y sus alas le hicieron ascender inmediatamente de regreso. Dios la había lanzado contra el Demonio y sus ejércitos. Los hizo añicos, rodaron por los aires, infinitamente a lo lejos, rompiendo huesos y quebrantando espíritus. Empujándolos a todos de nuevo hacia la Tierra».

Cuando terminó la visión, Emma miró su vestimenta. Todo lo que quedaba del sambenito era un andrajo colgándole del cuello. Después de dejar atrás Sèvres, tomaron el camino de Issy que llevaba al Champ des Légumes.

Le Tourment

La torre del Inquisidor se elevaba en una explanada de tierra perteneciente a Val Gérard, que en esa hora se encontraba bajo un cielo rojo que infundía puro siniestro.
Tesifonte llevó el caballo a la torre. Mientras se acercaba miró el cielo. Vio a Jehan de Dieu en lo alto, observándoles desde las almenas. Estaba esperándola a contraluz, con

viento de poniente. En la puerta, lo detuvo. A su lado estaba el otro con los dientes apretados. Se veía que andaba cojo. Los pies le ardían de tanto caminar. Rabiaba de dolor. Le era imposible ocultarlo. Tesifonte dio media vuelta. Llegó frente a los barrotes. Se detuvo un instante. Contempló a Emma con expresión tierna, como si por un instante se arrepintiera de haberla traído hasta él.
En cuanto abrió la jaula Emma cayó en sus brazos. Aquella criatura jorobada y maléfica, que había vendido a muchos de los Templarios a la Inquisición, sintió la paz. Notó el calor sobre su pecho frío. Tembló. Su corazón, que todavía dormitaba en un profundo letargo, llegó a gemir. El punto rojo de excitación emergió en sus pupilas. Entonces apareció la alargada sombra de su amo, y rápidamente corrió a entregársela. La empujó, apartándola, le cogió la mano bruscamente y se la llevó a la torre.
En el interior, nada más entrar, había una escalera de caracol. Tesifonte la obligó a bajar. A medida que llegaban al final el hedor se hacía insoportable y la oscuridad más intensa. En ese tramo final de la escalera el suelo empezaba a ceder. Su piedra se sentía deforme bajo los pies. Hendía en la carne. No se oía un alma empero la muerte estaba en todas partes, sobre todo, tras la puerta del fondo que Tesifonte desesperadamente se disponía a abrir.
Emma no podía pensar en nada. Le dolía la cabeza, el cuerpo; corazón y alma. A lo largo del camino se había dejado llevar como un muerto. Apenas abría ya los ojos; mucho menos seguir el trazo de una línea recta. Se tambaleaba. Pero de pronto descubrió el aire fétido. Lo respiró hasta despertarse. Tesifonte había abierto la puerta. El repentino zumbido de las moscas la asaltó. Miró a Tesifonte: «Vio su imagen boca abajo clavada en un árbol». Ése iba a ser su destino. Lo había leído en secreto en el instante en que sintió cómo tiraba de su mano y la metía de golpe.
Estaba dentro, completamente a oscuras, pero con la sensación de que enfrente tenía una carnicería. Cerró los ojos. No quería ver aquello. Se quedó de pie mientras Tesifonte la encadenaba a la pared. Temía ver cosas terribles allí. Finalmente, se dejó caer despacio con las piernas juntas. Luego las recogió, manteniendo en todo momento la mirada del horror; en un estado sensible, totalmente derrotada físicamente, adormecida por el impacto de la violencia. Tesifonte se agachó instantes antes de abandonarla, en ese infierno oscuro gobernado por las moscas. La miró, examinándola minuciosamente, y después le acarició el rostro con mucho cuidado.

—Id de su mano. No os crucéis con él —fue la advertencia de Tesifonte.
Tesifonte hundió el rostro y desapareció. Acto seguido oyó la puerta cerrándose. Emma notó la viscosidad en los muslos, la hiel de las víctimas impregnándole la carne sobre una piedra agrietada y helada que cortaba como cuchillo. Se volvió de repente. Alcanzó a escuchar un sonido entre el zumbido. El viento zarandeaba la herrumbre y esta golpeaba los rincones, elevándose en un terrorífico chirriar que llegaba hasta el confín de los oídos. Comprendió lo que había allí. Eran los Morts-Vivants; hombres y mujeres mutilados, troceados, que formaban parte del macabro espectáculo del “Infierno según Jehan de Dieu”.
Entonces se lanzó al suelo tapándose los oídos con las manos, tratando de ignorar a todas aquellas voces desgarradoras que se filtraban en el llanto. Y de pronto, apareció una sombra. Un extraño vacío que quería coparlo todo. Emma la vio avanzar con lentitud. Se apoderó de todo el lugar menos del espacio que ella ocupaba. Se plantó delante. Pareció sonreír. Le habló con voz seductora. Le dijo:

—Niña. ¿Qué tienes aquí? ¿Qué te retiene?

Reconoció la voz al instante y observó la sombra con el mismo temor de siempre. Pudo sentir al Demonio, mientras este le hablaba de manera educada.

—Entiendo que me tengas miedo, pero si te vuelves y me miras yo te mostraré a tu verdadero enemigo mortal. ¿Acaso crees realmente que todo ha terminado aquí? Tú no lo entiendes. A los hombres has sido arrojada, a los violadores. Muchacha, ea pues, vuélvete y permite que yo te contemple.

La voz del demonio, persistió. Emma se esforzaba en no escucharle. Pensaba en la noche que salió del dormitorio porque había sentido una presencia merodeando en los pasillos del convento...

REMEMBRANCE

La hermana Ellen acaba de escribirle al Gran Maestre del Temple. Vio a la hermana Agnes saliendo del dormitorio de la hermana Ellen con la carta en la mano. Poco después oyó los golpes. Vio a todas las hermanas corriendo hacia allí. Al abrir la puerta, encontraron a la «hermana Ellen» en el suelo.

—¿Qué tienes? —dijo el Demonio—. ¿Es que por ventura no pensaste en mis palabras? El peso de no saber quién eres golpea tu alma. ¡Vuélvete a mí con gran alegría, deja que vea cuánta belleza ha sido capaz de hacer mi padre, que está en los cielos! Di, habla en el nombre del Reino. Pues yo sé quién eres, Emma.

Recordaba el instante en que vio el rostro desfigurado de la Hermana Ellen; aquellos ojos hundidos, amoratados, con la nariz aplastada y la mandíbula desencajada. Los profundos cortes en sus mejillas. La sangre desparramándose sobre una expresión de amargura. El Demonio había leído la carta. No podía perdonarle que alejara a Emma de allí. Eso fue lo que condenó a la hermana Ellen.
De nuevo la vio. Tirada como un trapo viejo, en una horrible postura antinatural con forma de cruz; con todos los huesos rotos. Las hermanas se santiguaron. El miedo las tenía a todas paralizadas. La cama estaba volcada. La cruz de la cabecera se encontraba boca abajo. Había restos de sangre de la hermana en las cuatro paredes. El Demonio la había lanzado de un lado a otro hasta matarla.

L'Angoisse

Aterrorizada oró, acordándose de aquello. Pálida, en la extrema delgadez, derramando lágrimas sobre su piel enfermiza, juntó las manos y apretó los dedos hasta que crujieron. Entonces movió los labios, esperando a que todos los ángeles se levantaran contra él.

—«Nostre Perre qui es es ciaus, sanctifiez soit li tuens noms. Avienge li tuens regnes. Soit faite la tue volentez, si comme elle est faite en ciel, soit elle faite en terre. Nostre pain de chascun jour nous donne hui. Et nous pardonne nos dettes, si comme nous pardonnons a nos detteurs. Et ne nous moine en tentation, mais nous delivre de mal».

Y ya no dijo nada más. Llenó su mente de imágenes. Seleccionó adormilada aquellas largas distancias del mundo que se perdían bajo las nubes. De esta manera logró que se marchara.
Al cabo de unas horas, Emma despertó porque se hizo una luz. Dormía sensiblemente cuando la llama de un cirio le osciló los ojos. Siguió la tenue luz hasta el fondo del oscuro rostro de Jehan de Dieu. Entonces, se apartó de golpe. Jehan de Dieu se puso en pie. Giró sobre sus pies. Acercó la luz a una mesa de madera que tenía cerca. La volcó un poco. La cera caliente desprendió unas cuantas gotas sobre el plato de comida que le había traído. Uno hondo, bastante sucio, con pan y algo de arroz. De inmediato, su mano volvió a mecer; esta vez hacia atrás para descubrirle una vestimenta: un peyote de calle usado, de tela verde, forrado con piel de conejo.—«Esto te gusta. ¿No es así?» —le preguntó Jehan de Dieu, suave.

Emma temió contestarle. El corazón le latía tan fuerte que le llegaba a producir dolor.

—«Me recuerdas a una persona que perdí hace algún tiempo. Un pariente. Él también me odiaba» —respiró dolorosamente al evocar el recuerdo de su sobrino Víctor. Retiró después el codo. Finalmente le mostró un cuenco con agua. Sonrió orgulloso porque se sentía invencible.—«He oído hablar mucho de ti. De esos milagros tuyos. Hay testigos que afirman que esas marcas que tienes en las manos y en los pies son los «Estigmas de Cristo»».
De pronto, volvió a sentirlo cerca. Jehan de Dieu se acercó cada vez más lento, hasta que su faz rugosa se quedó a muy poca distancia del rostro.—«¿Tú qué crees?» —le preguntó el «Inquisidor». Repentinamente, echó el cuello hacia atrás con efecto de carácter malévolo. Le dio la espalda, y a continuación se sumergió en la oscuridad. Emma le oyó bajar. Se estaba alejando haciendo gala de un paso corto sobre suelo resbaladizo.—«Hace mucho que espero a alguien como tú» —le iba contando de manera que parecía apagarse. Jehan de Dieu dejó de moverse. Había llegado al final de aquella fría, húmeda, maloliente y mohosa mazmorra. Entonces Emma le oyó decir:

—«Te quebrarás a mi voluntad o arderás en la hoguera».

El terror se fue intensificando. Jehan de Dieu agarró un manto y tiró de él hacia abajo, como en un espectáculo. La luz de la mañana se filtró por la rendija y amplió el espacio. Emma comprendió dónde estaba: el lugar era elevado, de suelo irregular, manchado por la sangre y las vísceras de las víctimas. Enfrente tenía ahora la mesa; podía verla, con todas las cosas que Jehan de Dieu le había mostrado anteriormente con todo detalle. Trató de incorporarse; sus labios pálidos se movían solos. Su boca se abría convulsivamente. Por encima de la mesa asomaba un techo, por momentos abovedado, convertido en un mar de arañazos porque su piedra había sido dañada, ya que de la misma colgaban cientos de cadenas herrumbrosas acabadas en garfios los cuales se hundían en la carne de los condenados; todos allí colgados, como en el infierno.
Había cuerpos enteros que, en vida, habían experimentado un siniestro destrozo. Más allá de la mesa, prorrumpían los sonidos del hierro y de las moscas revoloteando por la sangre asperjada, que corría por todos los rincones del lugar escogido por Jehan de Dieu para representar su «Pasión de Cristo».
Emma apoyó los codos en la mesa. Las cadenas no le daban para avanzar más. Vio al «Inquisidor», abajo, mucho más alto, enseñándole la obra con entusiasmo. Se derrumbó, sin poder apartar los ojos de los muchos templarios crucificados a los que antes les había arrancado la columna vertebral. Horrorizada, se dejó caer, no sin antes ver que al

hermano Vertrán de Vado le había dejado colgando los huesos de las manos y los pies tras haberle despegado la carne con una varilla de hierro pasada al fuego.
En total eran ciento treinta y ocho interrogados, torturados salvajemente, escogidos para aquel «Belén» de la penitencia. A Vincent lo había empalado con una lanza romana. Le había arrancado los brazos y las piernas. Su cuerpo desfilaba en una curva junto a muchos otros en torno a la mazmorra. El núcleo de todo aquel horror lo formaban las mujeres por las que ningún familiar iba nunca a preguntar. Tenía por costumbre colgarlas por los senos.
Oía sus pasos. El monstruo se acercaba sigiloso y sonriendo, como un «Rey del Infierno». No resultaba difícil de comprender que, entre todo el siniestro, se encontraban también las víctimas que debían ser silenciadas.
Emma estaba petrificada. Mientras, el «Inquisidor» subía con pasos afeminados. Sus ojos nublados por las lágrimas recorrieron el suelo subterráneo en busca de las mujeres que había conocido. Se negaba a mirar las otras víctimas. Sumergió la visión abatida, para dar con sus presencias, procurando no mirar demasiado a Vincent. Quería encontrarlas. No podía despegarse de la visión del ángel que le obedecía inminentemente. La detuvo delante de las mujeres asesinadas que conformaban el núcleo. Notó que había otro lugar más apartado. Algo así como las sobras de la obra. Le despertó una ardiente curiosidad. Pero apenas distinguió el rostro bañado en sangre de Geneviève, la sombra del «Inquisidor» la asaltó y la sujetó por los hombros sacudiéndola violentamente.

—¡Mientes! ¡Yo sé cuál es la verdad! ¡La ocultas! ¡Ocultas que no tuviste padre ni madre porque los dos son Satanás!

Jehan de Dieu siguió gritándole. Pero ya era demasiado para su alma. Lo empujó contra la mesa sin tocarlo. No pretendía hacerlo. Estaba aterrorizada. Su alma había escogido la decisión por ella. Lo había sacudido con el viento, tirado de espaldas; ahora, el «Inquisidor», resbalaba por la tabla con todo el arroz por encima. Estaba atónito. Sus ojos permanecían completamente abiertos, como dos soles encrespados. Había hecho una mala postura al caer y se le había dislocado un dedo. El índice, el acusador. Alzó la otra mano. Le costó mucho esfuerzo incorporarse. Los cabellos se le venían contra el rostro. Se produjo un momento de tensión capaz de cortar la respiración en seco. De pronto, el «Inquisidor» se levantó. Proyectó sobre Emma su alargada sombra.

—«Me procurarás una descendencia» —dijo. Y después, se marchó.

Salió de la mazmorra con aspecto de funeral, y cerró la puerta con llave. Emma se lanzó al suelo. Estaba hambrienta. Borró el miedo. Por un momento no había ni rastro de él. Reunió las últimas fuerzas que le quedaban y entre temblores logró recoger algo de arroz.

—«Yo no soy Satanás, ni el diablo ni el demonio como dicen. Nazco y crezco en los corazones de todos, ea, que por cualquier retorcido lloro, mordido por quien dijo que estorbo. Mas yo no existo, sólo en boca del pecador hablo y río. No me arrimo en apariencia y mis dientes no rechinan. Entonces, ¿cómo puedes pensar que vivo? Tú defines que maligno soy y mismamente malvado, ea, que no me has visto. Yo te veo, «Ángel del Señor». Soy el único que te ve. Puedes golpearme y escupirme, aplastarme si quieres. Yo soy tu esclavo. ¿Quién eres tú, que lloras? ¿Qué podrías guiar tú? Yo los vi, delante de ti, perdiendo la dignidad y la honradez chillando como cerdos en su

matanza. Los blasfemos de almas impías que han hecho que nazca con seis cabezas sobre la tuya. Aquella cárcel perversa, ea, retorcidos todos juntos encima de ti, jadeando, humeando, a algunos caíaseles el pellejo, ancianos que pronto verán la muerte; encogido tu corazón, encogido de miedo, pariendo en gran dolor mi nacimiento. Madre a ti yo te llamo, sin sentidos ni sentimientos, todos removidos sobre sangre mugrienta. Porque son crueles, desdeñosos y violentos; y ninguno recogerá el fruto sin habérselo antes robado al otro. Perdidos en las tinieblas, ahogados en su penumbra, ciegos de codicia. Ea, pues, a los que heredarán «La Tierra». ¿Por qué no me hablas? No soy al que llaman Satanás, el diablo, ni tampoco la muerte. No existe esto. Bastaría que hubieras visto lo que yo para creerlo. Mas si crees en mí, yo te liberaré del sentimiento y nublaré tu juicio, ea, que al verdugo le cantarás y reirás sin sentir más dolor. No tendrás que contestarles por la boca y las llamas se levantarán trepando por tus pies como siervos. A ti obedecerán como perros y no devorarán tu carne sino que la harán brillar».

—Déjame en paz, te lo ruego —le suplicó Emma llorando amargamente—. Ya basta. Llevas toda mi vida tentándome para la muerte. Te reconfortará saber que anda tras de mí. La siento en el corazón.
—No, niña. Estos no son mis planes. Pregúntale a «ÉL»» —respondió Satanás.
—Mientes.
—Yo no puedo mentirte. Estoy obligado a decirte la verdad.
—¿Quién soy, pues? —le preguntó Emma al Diablo.
—Más importante que el quién es qué. Sólo uno puede tenerte. Y el que lo consiga, habrá vencido al otro para siempre.

JOURNAL DE JEHAN DE DIEU, 25 d'octobre de l'an de Nostre Seigneur 1307. En la Tor de Val Gérard:

—«Santo Oficio. A 25 de octubre del año 1307 en la Torre de Val Gérard. Yo, Jehan de Dieu y de Champagne, escribo estas palabras sentado en este mísero lugar que yo mismo mandé construir para ti, Señor, a fin de que me escuches y dejes de enviarme a mis hijos muertos. No daré por sentencia el engaño de ese monstruo tuyo, ni aun cuando sus huesos se derrumben en una hoguera y sean recogidos y pasados nuevamente a brasa.
Esta mañana me han llegado las nuevas de parte de su ilustrísima, Sean de Diez, acerca de las cabezas de la «Orden del Temple». Están siendo interrogadas en Chinon. Dios quiere que su mal fuere arrancado. Yo, Jehan de Dieu y de Champagne, confieso a tus pies, oh Señor, que esta Orden maloliente que corrompe granos y manzaneras está mejor en la hoguera. Por todo esto ruego me daré yo penitencia. Pondré mi cuerpo inclinado ante ti, chorreando de dolor, implorándote que no haya clemencia con ninguno. Ellos son los culpables de la muerte del hijo de mi hermana Juana, Víctor, quien, como bien sabes, huyó de mí hace tiempo para caer en las garras de esta impía «Orden»».

La Flagellacion

Entonces soltó la pluma. Retiró la silla con la espalda. Se puso en pie, con la mirada perdida en una de las cuatro paredes del dormitorio. Fue hacia el centro. Permaneció un

rato, mirando desconcertado, con un aspecto muy deteriorado. Estaba quemándose por dentro. Volvió la faz como un rayo hacia la mesa. Más allá de la pluma se encontraba un látigo de cuero negro. Pálido, con el semblante en cera, lo agarró. Dejó que se desarrollara ante sus ojos. El odio le corría por las venas. Le arrancó unas diminutas lágrimas, las cuales se secaron enseguida. Buscó la cruz. En cuanto la vio, cayó de rodillas.—«¡PUTA DEL DIABLO! ¡RAMERA DE SATANÁS!».
Frente al lecho se dio un latigazo. Encogió los labios. La sangre le corría bajo la camisa. Se propinó otro mucho más fuerte. Tenía el nombre de Emma entre los dientes. Uno más. Espumó.

—¡Puta! ¡Ramera! ¡Concubina del Demonio!

La violencia con la que se flagelaba sin parar hizo que se le saltaran los botones de la camisa. Él la destripó haciendo uso de sus manos. Entonces se levantó la «bestia» y corrió. Fue a buscarla. No podía soportarlo más. Lanzó al viento un grito desgarrador y bajó por la escalera de caracol tratando de no apoyar la mano que tenía el dedo dislocado.
El sonido del cerrojo saltando por los aires enmudeció a Emma, que se preparó para lo peor. Se levantó. Tenía el vestido por encima, mal puesto, como una manta. Pegó la espalda a la pared sin soltarlo. Al lado se encontraba la puerta. Respiraba agonía. El miedo había regresado. De pronto, la puerta se abrió. Golpeó tan fuerte contra la pared que hizo saltar las bisagras. Esta vez Emma se quedó mirando a su alrededor con ojos firmes. A la mesa volcada hacia adelante le seguía una escalera de piedra que bajaba hacia todo el horror de Jehan de Dieu.
«Había un garfio enmohecido incrustado en la pared, por encima del primer escalón. A la altura del vientre. Estaba allí solo, aislado, en la herrumbre**».**

La Desconfiture

Cayó la luz a pies de la oscuridad. La noche llegó con el Inquisidor y la mazmorra se quedó a oscuras. Jehan de Dieu entró como un rayo. Azotado por mil demonios a la vez. Cogió a Emma por el cuello. Le arrebató el vestido y la puso de espaldas, de cara a la pared. Claramente se disponía a violarla. Se subió la camisa nervioso. Le separó las piernas con violencia. La sangre le goteaba de la espalda.
El «Inquisidor» se llevó la mano al cuello. Había notado un fuerte pinchazo en la nuca. Comenzó a sentirse muy mareado. Se apartó tambaleándose. Sentía que las fuerzas lo estaban abandonando. Emma dio media vuelta. Lo que había visto era espantoso. Ahora, al mirarlo, lo sentía cercano:—«Tú eres el tío de Víctor» —sintió mucho dolor.

—¿Qué? ¿Quién eres tú?—dijo Jehan de Dieu, al borde del desmayo.

Retrocedía hacia la mesa. Dio un último paso atrás. Un frío hizo que se detuviera. Tenía el garfio entre las piernas. Estaba tan nervioso que no controló la fuerza. Dio una sacudida para sacárselo, pero no midió las fuerzas. El hierro le desgarró los testículos.
El grito retumbó en «La Pasión». Era una única voz equivalente a todas aquellas que habían copado el lugar de torturas. Cayó de rodillas, esta vez, sobre su propio charco de sangre. Emma no le sacó la mirada de encima. Satanás tenía razón. Este era, pues, el plan de Dios. «Jehan de Dieu no iba a morir en la mazmorra desangrado. Lo haría el día quinto del mes de noviembre de 1314 en Popincourt».

Emma se cubrió el rostro con las manos. Lloró. Pensó en todas aquellas lágrimas que había derramado a lo largo de los años en el convento esperando a que Víctor regresara. Entonces el pecho le oprimió. Aquella vieja alma retorcida de Jehan de Dieu había sido la única respuesta a por qué jamás lo hizo. Al leerla, supo que Víctor estaba muerto. «Un joven cruzado italiano sin apenas experiencia en el combate, pero con una enorme sed de sangre, le había atravesado el costado. Al joven italiano lo habían colgado la misma noche de cometer el crimen». Recordó la noche:

«Se estaba peinando su cabello rubio con las manos. Se colocaba la raya de lado. Sibilia entró en la casa con el rostro desencajado. Las dudas la comían. Emma comprendió ahora cuál era el motivo. Víctor había muerto, y Sibilia no la había abandonado porque no la amara, sino que cumplía la voluntad de su «Salvador».

Entró Tesifonte. Le quitó las cadenas. Recogió el vestido, aquel llamativo peyote, y se lo entregó en mano.

—«Quemadla» —sentenció Jehan de Dieu, retorciéndose de dolor.

Tesifonte llevó a Emma de vuelta a la carreta y a medianoche la dejó en la escalinata de la Universidad de París, la Sorbonne; llamó a su puerta y se la devolvió al «Santo Oficio».

La Sentence

Santo Oficio. A 26 de octubre de 1307.—«Este tribunal de París, por obra y gracia de nuestra ilustrísima Felipe de Marigny, arzobispo de Sens, y en el nombre de Dios, del Santo Padre y de su majestad el rey Felipe IV, os declara a vos, Emma, hereje. Afirmamos que habéis sido expulsada de nuestra Santa Iglesia por haber mantenido relaciones impuras con los miembros del «Temple», por haber practicado vuestro oficio invocando al maligno y por blasfemia, ritos de sangre y brujería. Habéis transgredido, pues, toda la palabra de Dios y de las «Santas Escrituras», así como también todas las leyes. Por esto, os ponemos a disposición de la autoridad secular, que será quien os imparta la sentencia».—«Yo, Sean de Diez, declaro que, tras haber leído detenidamente las confesiones selladas de vuestros acusadores y tras haberos sido denegada una defensa por mandato explícito del «Santo Oficio», este tribunal de París os condena a vos, Emma, a la ejecución pública en la que seréis quemada en la hoguera por los cargos de herejía e indecencia. Si tenéis algo que añadir a vuestra condena, decidlo ahora».
Emma se encontraba de pie ante el tribunal. Llevaba el peyote puesto. Sus manos llenas de heridas caían como muertas sobresaliendo del grueso nudo de una soga mordida. No bajó la cabeza. Les miró a los ojos. Repasó las caras por última vez. Jehan de Dieu había sido substituido por otro rostro grisáceo, arrugado; y mismamente envenenado de odio.

—«¡Mira Israel!» —clamó—. «¡Mira cómo queman a tus santos!».

El murmullo del tribunal hirvió.

—«¡Retornaré al mundo, surcando el cielo, con el mar expandiéndose y los peces rindiendo a Cristo! ¡Renazca mi cuerpo cuando desprenda el olor negro con el desgarro y las piernas en ceniza!».
—«¡BLASFEMIA! ¡BLASFEMIA!» —estalló encolerizado Sean de Diez.
—«¡Yo no soy culpable de nada, mas no soy creída! ¡Señor! ¿Por qué soy yo quemada? ¿Por qué te muestras en tan despiadada forma contra mí?».
—«¡GUARDIAS! ¡GUARDIAS!» —bramó Sean de Diez, totalmente fuera de sí.

Los soldados corrieron y se llevaron a Emma en volandas. Mientras la sacaban de allí, ella seguía clamando:

—«¡Señor! ¿Eres tú quién hace todo esto? ¡Me has abandonado en manos de los criadores de la perversidad que con saña ataca los miedos! ¡Vosotros! ¡Sí, vosotros, que nunca desfallecisteis a la falsedad y cuyo corazón permanece envuelto por gusanos, camináis por donde no sale el sol porque vuestra alma ya no os necesita!».

L'Espiacion

En el amanecer del día vigésimoséptimo del mes de noviembre de 1307, irrumpieron los heraldos proclamando el «Auto de Fe». Fueron por todas las calles de París congregando gente para la ejecución pública, leyendo las acusaciones que había contra los condenados. Decían en gran voz sus nombres y sus cargos al tiempo que prohibían a la muchedumbre el uso de armas, de caballos y de carrozas durante el día de la ejecución.
Había muchos gritando en contra de los nombres. Las calles hervían llenas, ennegrecidas por mantos y mugre. Hasta la prisión llegaban los clamores. El griterío hacía estallar los oídos de los condenados que aguardaban pavorosos en la tenue luz solar.
Emma tenía el rostro blanco, puro, alargado, en una imagen como de estatua angelical. Desde allí, oía a la muchedumbre insultando su nombre. Entonces la sacaron de la celda y la pusieron con otros que iban en pos de los penitentes que flagelaban sus espaldas y que seguían cabizbajos al dominico, que vehemente alzaba la cruz al grito de: «¡Abrid paso a los herejes que van a morir en la hoguera!». Salió toda esta cola de la Universidad y marchó hacia Bouviern. Los fiscales cuidaban enfermizos de que hubiera una distancia exacta de doce pasos entre los condenados. Emma caminaba entre el sonido del colapso. Al final de la calle iban asomando las treinta y tres piras con su poste preparado para convertirse al tizón. Hizo el paso más lento, pues distinguió un rostro entre la muchedumbre. El de un hombre hermoso de ojos tristes que no iba a abandonarla en este suplicio. Casi que le estaba suplicando su perdón con la mirada.
«Lucía sereno, envuelto en un manto humilde. En sus pupilas rojas, cargadas de transparencia, pudo apreciar el reflejo de las puertas entre el cielo y la «Tierra». No se movía un ápice. Parecía desplazarse firmemente clavado, pasando por detrás de las gentes, siguiendo a Emma hasta la muerte. Tenía el cabello largo y rubio, la frente ancha y las cejas pobladas, tirando más a un color ceniza. Su faz parecía impregnada de aceite. Su nariz caía recta y respingada sobre dos labios carnosos. Se trataba indudablemente de un «Hombre Santo». (San) Gabriel era su nombre. Así se lo manifestó a su alma».

Emma volvió el rostro de repente al lado contrario. Había otro a lo lejos que anhelaba manifestarse, pero al que no podía distinguir con claridad. Un ser encapuchado, traslúcido. «Satanás».
Llegaron al final de la calle, en el canto de la Mesgneiscerie, todavía en la l'Île de la Cité; una plaza abierta de Bouviern que en esa mañana se encontraba a rebosar de gente. Los capellanes mandaron prender las piras y los verdugos así lo hicieron. Entonces el dominico que llevaba la cruz se puso frente a los treinta y tres condenados clamando:

—«¡Aliqua creatura virtute Daemonis! ¡Ave gratia sancta, porque llegado este tiempo Dios sigue actuando contra las obras oscuras! ¡Cualquiera que haga blasfemia contra el Señor, robe o fornique con Satán u ofenda al «Señor», con labores pecaminosas, arderá! ¡Vosotros ladrones, vosotros blasfemos, tristes despojos fornicadores que recibisteis el santo evangelio y sobre el que habéis vomitado la lengua del «Maligno», en toda nuestra benignidad, os digo, Requiescat in pace!».
Acto seguido, subieron a los condenados a las piras y los ataron a los postes. Y después, en voz alta, volvieron a pronunciar las sentencias. Emma sentía cómo le quemaban las cuerdas. Se encontraba atada a uno de los postes junto a una mujer morocha de rasgos gitanos a la que acusaban de haber dado cobijo a los gatos negros. A esta mujer de ojos muy grandes, de color esmeralda, la iban a estrangular antes de quemarla.
Cuando terminaron de leer las sentencias, vino el arzobispo y les dio la absolución. Los penitentes arrojaron los flagelos y se pusieron a cantar alabando a Dios. En cuanto vieron a muchos siendo estrangulados, acontecieron las súplicas. Los ejecutados emitían un último sonido doloroso un segundo antes de expirar.
Emma clavó sus ojos en San Gabriel. Estaba allí. No se iba a mover. Había venido a buscarla. Se desvaneció en su dulce mirada angelical. No prestó atención al fuego de la antorcha ni al día que se estaba haciendo oscuro. Las llamas se levantaron de pronto a su alrededor. Eran inmensas. Se sumió en aquel humo negro. Notó el dolor pero no podía apartar los ojos de (San) Gabriel. El arcángel no iba a permitir que sufriera. Cuando la carne empezó a quemarse, fue hacia Emma pasando entre la gente. Ella cerró los ojos y se encomendó.

1808: Apócrifo VIII
El Reencuentro

París, 22 de Septiembre de 1808

Vaugirard
1 de Vendimiario

Abrí los ojos y me vi desnuda en un agujero con la espalda descarnada, encogida en cual vientre materno, abrazada al dolor; estremeciéndome por los gritos que desgarraron mi corazón aún en el día de ayer.

Había llegado hasta aquí a base de golpes, a los cuales ya me había acostumbrado. Por eso, no había razón para más lágrimas. En la penumbra, aguardaba a que terminara mi castigo para volver a empezar. Al mundo no le importaban mis horrores; pasara lo que pasara, siempre salía el sol. Lejos de venirme abajo, contemplé mis manos. Estaban como centellando. Me parecieron hermosas. Tenía los dedos largos, gélidos, llenos de cortes; con las uñas mordidas, sobre unas fuertes manos secas llenas de marcas que se deslizaban por mis palmas como raíces. «Las líneas del Destino», creí. Pero me encontraba en un agujero. En un foso mordido, mugriento, dentro de un granero. Era probable que hubiera pertenecido a una buena familia antes de la Revolución. Se había levantado sobre las ruinas de una torre. Ahora, ocupaba su lugar en Vaugirard, quizá esperando recuperar sus días de gloria, cuando había sido útil para la humanidad. Estaba abandonado, en el desamparo; en una oscuridad maligna y viciada que se arrastraba por el suelo rectangular muy parecido al de una cuadra. Había restos de paja por todas partes; en los rincones podía apreciarse todavía la sombra de las balas. Olía a heno. En la desnudez me parecía más asqueroso. Lo sentía en mi piel, sobre las heridas, entremezclándose con la tierra del hoyo que había levantado el vil jorobado Tesifonte para enterrarme viva. Una miserable criatura frenética y cobarde que servía a mi captor, «El General».

Sucedió en los días del «Terror Blanco». Las primeras persecuciones salieron de la «Convención Termidoriana», durante los días del mes de Termidor en 1795; lo llamaron «Terror Blanco», porque blanco era el color de los monarcas borbones y porque ésa era la respuesta al «Terror Rojo» de «Los Jacobinos», que habían hecho de nuestra gran nación un matadero. Lo recuerdo. Yo era muy pequeña. En el ocaso llegó una majestuosa carroza de los sueños al cementerio de los Errancis. Se detuvo a las puertas, con sus grandes caballos pardos que respondían a todo aquel terror con una siniestra calma. Miré al que tomaba las riendas y vi a un siervo semejante a un giboso, ciertamente espantoso; era Tesifonte. Vestía con una casaca sencilla de color azul y miraba inquieto, constantemente acechado por un peligro que nunca se manifestaba. Solo en mis sueños había visto algo así, tan de cerca, casi tocándolo. Los burgueses moderados pasaban veloces con sus cocheros tirando con fuerza de las riendas, haciendo sangrar a los caballos a golpe del demonio, dejando un rastro ennegrecido que ardía sobre la calzada, como el paso del fuego. Ignoraban a los niños cuyos familiares habían caído bajo el «Terror Rojo», y que se refugiaban en cementerios como el de los Errancis o el de La Magdalena. Yo era uno de esos niños, una huérfana de la Revolución. No recordaba cómo había ido a parar allí. Sólo sabía que tenía que seguir huyendo.

De repente me detuve. Este recuerdo jamás desaparecerá. Aquella presencia que se había detenido al otro lado de las rejas estaba de pie, mirándonos, con unos ojos a veces temibles. Los demás niños huyeron, pero yo me quedé esperando algo, cuando de pronto la verja se abrió y él se dirigió hasta mí con una siniestra disciplina la cual mataba. Es un rostro que nunca se olvidará; pero por entonces, y no sé por qué, lo vi oscurecido bajo el bicornio por encima de las lápidas. En aquel momento de mi niñez, me produjo un sentimiento lleno de terror y tristeza al mismo tiempo. Casi compadecí a aquel monstruo. Pero la verdad fue que, hasta que no vino a mí, no sabía que vivía en un cementerio cuyo hedor resultaba

insoportable. Lo cierto era que iba a morir allí muy pronto. La mayoría de los huérfanos no llegaban vivos a cumplir el año.
Tiempo después comprendí que el rencor lo había debilitado durante largos años en la vieja silla de su cruel madre, y que como un alma en pena se arrastraba por las calles sombrías del París de entonces, buscando hasta en los extremos a pobres débiles indefensos sobre los que volcar el profundo amor y odio que sentía por ella. Y aquello que, como a mí, no le mató, lo trajo con los golpes de su ira. Conmigo, mi hallazgo terminó la búsqueda. Yo iba a convertirme en su paz. Cada vez que sentía el brote de violencia atravesándole, venía y me golpeaba. Y mientras lo hacía, sudaba y lloraba. «El General», así lo llamaban en toda Francia. Pero yo sabía su nombre. Se llamaba Jehan de Dieu.
Esclarece. La campiña está siendo agitada por el viento. La tenue luz pronto entrará en esta mañana de septiembre, y hará la luz en todo el granero. Es entonces cuando las heridas de mi cuerpo comienzan a cerrarse. Como de costumbre, tras la paliza. Es un nuevo día. No hay tiempo para lamentarse. Quiero creer que un día todo esto terminará. Por fin llegó. El sol comenzó a filtrarse entre el bahareque. Hizo su presencia en el tejado. Lo vi descender por las vigas entrecruzadas, llenando todo el lugar con su luz. Bajó lento y prolongado; a veces tardaba. Encontró el paredón, que era la única ruina de la torre que quedaba en pie. Allí detrás me encontraba yo. Tocó el suelo y después el trozo de pared que los últimos dueños del granero habían dejado como ornamento. Así formó un arco de luz que se iba aproximando como un espectro de rostro nítido. Envolvió la ruina y llenó el foso negro devolviéndome a la vida.
De pronto, la puerta del granero se abrió. Había pasado más de un día entero allí, sin comida y sin agua, completamente desnuda, castigada por hacerle sentir incómodo. La culpa la tenía el efecto que causaba mi corazón en los hombres, ese que por poco que enrede se levanta en mi contra. No puedo evitarlo, nace en mí, insulta a su talante y hace que su angustia sea mi culpa. Me arrastré. Alcé mi mano para alcanzar la superficie. Sentía cómo me ardían los senos. Mis pies empujaban a mis rodillas. Subsistían en el empeño de hacerme salir de un agujero que fingía quererme. Llegué al círculo mordido. Lo hice con tanto odio que despedazaba la tierra al sujetarme. Logré salir, venciendo a la peor de todas las fatigas, que es la del corazón. Me cubrí el sexo con las manos ante la ruina de la torre. Su piedra mancillada me observaba. Juro por la gracia de Dios que en el instante en que le vi supe que iba a perecer en una lenta agonía. Pero después comparé todo aquello con la calle, y en esa casa la leña estaba en el fuego y la comida en el plato. Jamás nadie me denunciaría. Cuando miro ahora mis muñecas veo las marcas de las correas de cuero sobre mi piel recordándome que nunca seré libre. Si le abandonara ahora, me perseguiría; sé esto muy bien. Y yo ansío tanto perderme en la ciudad… Recorrer sus calles. Visitar ese nuevo mundo «napoleónico». ¿Qué puedo decir de él?
En aquellos días de terror, la burguesía local que había guiado al pueblo hacia la Revolución perdió todos sus negocios, puesto que la mayor parte de Europa seguía dándoles la espalda por sus crímenes. A un burgués, la arrogancia le salía por la garganta. Eran partidarios del lujo y los buenos modales de la corona, mantenían el brazo flácido, a media altura, menguando doloroso y avergonzado cuando lo levantaban en pos de cualquier revolución liberada de sus intereses y pretensiones. Es preciso decir que vivían como langostas, en ese orden tosco y repugnante, el cual agonizaba entre gordos avariciosos que poseían mujeres arrugadas e hijas derechas y encarnadas, de cuya piel se desprendía un olor que les alejaba de los viejos barrios de donde decían ser, contando esto siempre con voz baja. Eran seres despreciables, vendidos a un solo poder, viniera de dondequiera que viniera. En estos días de gran prosperidad, seguían temiendo

a aquellas columnas de hombres, mujeres, ancianos y niños, que se amontonaban en todos los rincones sombríos humedecidos por las frecuentes lluvias de antaño, mientras esperaban la llegada de su más cruel enemigo: el invierno. Habían visto esta enfermedad atestando las calles, la habían continuado desde la lejanía mirándola en cómplice silencio con los ojos entrecerrados, ensombrecidos por sus grandes sombreros de copa y sus cejas fruncidas, reñidas entre la abundancia, advirtiendo de este contagio silencioso que es la pobreza. Temían tanto que esto regresara por alguna causa que ayudaban fervientemente al «Emperador», contribuyendo con donaciones y permisos para artistas, arquitectos, retratistas, que evocaban desde gloriosas construcciones hasta obras pintorescas e imaginativas de «La Francia del Emperador». Un imperio levantado desde el corazón de la «Revolución», intolerante con el adulterio, y que era implacable a la corrupción de los gremios y el pillaje.

Con este pensamiento salí del granero. Inmediatamente el sol me estalló en la cara. Me pareció ver en su destello la faz del «Emperador Bonaparte». Estaba en todas partes, en cada reforma; también en los corazones patrios de todos. «El Emperador» sentía apego por la monarquía. La evocaba erguida, en los pilares de la antigüedad, temiendo siempre por la familia. Esta nación ha hecho un gran esfuerzo y se ha vuelto a levantar sobre los ríos de sangre en sus épocas más duras. Y además ha tenido que reconstruirse sobre todas las dudas y pensamientos que regresaron al mal camino trayendo de nuevo la división. Pero lo cierto era que, ahora, ya no se veían mendigos apostados en la calle de Casette. La ciudad permanecía rebosante de esplendor. Los hombres de fuera se arrojaban a los largos paseos por las calles, algunas aún sombrías, y se entregaban a los buenos modales y designios de Bonaparte. En cierto modo, nos educaba y nos hacía hijos suyos, entregados a su voluntad, a su visión espléndida y renacentista de las cosas. Muchos de los que siguieron su visión abandonaron los campos para ir a vivir a las urbes. Todo a modo de hallarse en ese mundo urbano, acristalado, progresivamente iluminado, que abandonaba los barrios y las barricadas de guerra por una edad moderna donde teatros, comercios, salones, cafés y placeres se encontraban en permanente ebullición. «Paris jouit du privilège».

Hubo una Revolución, cuentan todos aquellos que en estos días la observan desde la lejanía. Mas ya no hablaba. Nos habían dicho que este era el camino, que esta convicción de guerrear contra Europa nos traería en poco tiempo una nación como un hombre solo. Lo cierto es que este «Monde des Rêves» te cautivaba, te atrapaba, te conquistaba. Y yo no podía vivir ni sentir todo esto porque era la prisionera de un hombre que se sentía rey. «El Rey de los Muertos».

—«¡Emma!» —oí gritar mi nombre, detrás de mí, y me paré.

VISIONS DE L'AVENIR. Al volverme, me vi en mitad de la noche, bajo una lluvia de ceniza, entre los escombros que había causado una siniestra guerra. En el lugar del granero había una calle que cruzaba totalmente destrozada, hundida en la oscuridad más espesa. Los edificios eran más modernos y más vastos. Se encontraban apagados, en la ruina total, incendiados por algún tipo de armamento nuevo. Había muchos a ambos lados, frente a una extraña calzada, en muchos tramos levantada y separada por una línea blanca. No se veían cadáveres, sí muchos carros, también pasados a brasa, empotrados en lo alto de manera desordenada. Entonces di media vuelta en dirección a la casa. En vez de campo había una gran ciudad que dormitaba

en la humareda. Me encontraba sola. Sentía que debía cargar con todos los pecados de la humanidad; tratar de cerrar sus heridas para siempre. Se levantó un viento muy fuerte. Di media vuelta más hasta quedarme completamente mirando hacia el «Campo de las Hortalizas», que se hallaba a lo lejos. Allá, al fondo, se encontraba una torre con forma de tijeras vencida hacia delante bajo un cielo blanco. Las tinieblas estaban ensanchando el horizonte.

De pronto sentí algo. Un pinchazo en la nuca. Mi alma se abrió; sentía toda la presión aplastándola, como si alguien me estuviera obligando a contarle todos mis más ocultos y profundos secretos. Incluso aquellos que ni yo misma conocía. Su fuerza demoníaca hizo que cayera hacia adelante. Apoyé las manos en la ceniza. Dejé mis huellas en ese futuro lejano. Resonaron sus gritos. Su corazón roto. Me levanté. Giré el cuerpo completamente, muy despacio, temiendo lo que iba a encontrarme a mi espalda. Allí, delante de mí, a tan solo un paso, había un gran ejército de muertos levantado luego de una tercera guerra entre naciones. Eran «los muertos del Apocalipsis». Así lo sentí. Y eran numerosos. Puede que fueran un millón los que se mantenían firmes bordeando todo el campo, por detrás de las veinticuatro cabezas que capitaneaban a ese ejército hacia la batalla final. Había muchas razas y muchos países unidos detrás de los veinticuatro jinetes enarbolando las banderas. La mayoría de los muertos vestían con uniforme de camuflaje. Se encontraban juntos, apretados en largas filas circundantes que acababan perdiéndose de vista. Era algo horrendo. Una visión terriblemente macabra.

No hice ningún movimiento. Eché una mirada rápida, moviendo los ojos hacia arriba sin levantar la cabeza. Tenía delante un jinete inmenso con porte de rey. Todo su cuerpo era por entero una armadura bruñida en bronce resplandeciente. Era de aspecto cadavérico. Su faz era como de anciano decrépito, aceitunada. Llevaba una especie de tiara hecha de hierro, ornamentada por cinco puntas del tamaño de una daga española. Todas ceñidas alrededor de la cabeza, desde la frente hasta el occipital. Algo siniestro. Observaba el horizonte. Pude apreciar una barba recortada sobre una mandíbula protuberante a la sombra de una nariz aguileña como la de «El General». Ciertamente se parecía mucho a él. Mi presencia podría suscitarle, pensé inmediatamente.

De inmediato clavó sus ojos en mí. Vi sus facciones adheridas a los huesos; retrocedí resoplando. Aquellos ojos diminutos hundidos como el crisol crispado me aterrorizaron. Enseguida vi que su enorme corcel negro me estaba observando con el ojo inquieto pegado a su lagrimal. Era rojo como la sangre. Esperé a que pasara, pero no era una visión. La verdad era que de alguna forma me había trasladado allí

porque ése iba a ser mi futuro. Entonces me devolvieron a 1808. O lo hice yo misma, no puedo saberlo.

Parpadeé varias veces. Se oía el canto de los pájaros. Y seguidamente pudo escucharse la bendita campana de Notre-Dame. No lo dudé, mi instinto me llevó inmediatamente a los árboles. Corrí hacia el pequeño bosque que se encontraba cerca del granero. Esperé detrás de un tronco, a bastante distancia de la casa colonial, donde sabía que no podían verme. El viento caía a intervalos. Mientras se acercaba el instante, vinieron a mi pensamiento los rostros ennegrecidos de todos aquellos niños, compañeros, que me acompañaron en todos los días del terror.
Ahí está. Con la séptima campanada salió «El General» de la casa colonial espoleando el paso, dispuesto a encontrarse con otro asesino en el Café Le Lemblin, como todos los jueves. Llevaba la vestimenta de calle: casaca azul estrecha, chaleco del mismo color, calzón blanco y pañuelo cubriéndole el cuello carroñero. Todo a su gusto. Sin una gota de polvo, impoluto. Así tenía que dejárselo cada día, sobre la cama. Entonces llegó Tesifonte torciendo el cuello de un lado a otro, haciéndolo crujir de manera exasperante. Traía el caballo de su «General»; lo había ensillado en la misma caballeriza contigua a la casa colonial. Inmediatamente le ayudó a montar y a enderezarse en aquella reliquia de animal de color gris que había sido importado desde Egipto y que contaba con una edad superior a los veinte años. Le llamaba Lázaro.
Suspiré. «Al fin», me dije aliviada. Pude ver con entusiasmo cómo el monstruo trotaba sobre la tierra abrupta y agujereada que llevaba directamente hacia Champ de Mars. Esperé allí, tras el árbol, y no me moví hasta que su siniestra figura cruzó el trazo que sesgaba el horizonte. «Por fin se ha ido. Al fin. Y no volverá hasta que la luz mengue. Es tiempo de seguir con el Gran Plan».
Me dirigí hacia la casa; la odiaba profundamente. Se levantó en los años que «El General» estuvo en campaña. La quería exactamente como la había visto en Nueva Inglaterra. Con el estilo de allí. Vivíamos en una casa blanca de dos plantas, cuadrada, con una puerta central y cuatro ventanas alineadas por cada cara. Hacía poco que estaban; se buscaban casas así, que rompieran con lo viejo. Estaba hecha de ladrillo, ornamentada de madera. Tenía aspecto de casa nueva. Olía a nuevo por fuera. Dentro, sólo había muerte. De repente me acordé de lo que había soñado ese día. Vomitaba como lava. Era joven y sin experiencia. Unos cuantos años menor que entonces. Físicamente era casi igual de alta. Delgada, siempre pálida. Terminada en un hermoso rostro, puro, con la piel muy suave. No tenía nada. No poseía bienes. En ese sueño todo lo que habitaba a mi alrededor sufría. Todo lo que yo respiraba era pestilencia. Vivía abajo. El fuego salía de mí, pero no me quemaba.
Entré en la casa. Puse mis pies descalzos en el pasillo. Era muy estrecho. No se atisbaba luz por ningún lado; tampoco sonido. El sol venía tras de mí. Se coló antes de que pudiera cerrar la puerta. Iluminó el pasillo entero hasta el final. Me descubrió la escalera que llevaba hasta la habitación de Jehan de Dieu. Había estado cerca de golpearme con el voladizo del primer escalón. Cerré la puerta despacio. Continué recorriendo el pasillo. Pasé junto a la escalera. Lo hice en puntillas. Después, doblé a la derecha. Me metí en la boca de la oscuridad, en el «Gran Salón», donde «El General» se pasaba largas noches en vela contemplando el crepitar del fuego que yo misma le preparaba. Allí abundaba el mimbre. Las cortinas estaban cerradas, no permitían el paso de la luz. Las sombras llevaban toda la noche abalanzándose sobre todos los objetos que el monstruo de ojos color ámbar trajo en su día de Egipto. En esa estancia olía siempre a rancio, a una mezcla entre resino y pescado podrido. Crucé el Salón; volví a hacerlo en puntillas. Me dirigí hacia la chimenea, estaba apagada. Delante tenía su sillón; ese que le acompañaba

en sus largas horas de melancolía. Se trataba de una vieja añoranza de su primera casa; un asiento cojo color peyote. En el respaldo estaba mi vestido. Lo saqué con rabia. Lo levanté y lo miré en presencia de aquella repugnante escultura del demonio Pazuzu que el monstruo trajo de Egipto. Una figura esculpida de piedra caliza que hacía ocho pies y cuatro pulgadas de altura. No me atreva a mirarla porque sentía que me estaba ofendiendo en todo momento.

Sujetaba el vestido y examinaba los daños que le había causado el desgraciado. Aquella tela color beige de muselina laboriosamente hecha de algodón con aspecto clásico era lo único que tenía para ponerme. Hacía seis años que la tenía. Me la regaló «El General» tras una brutal paliza que me dejó en la cama un mes. Ése fue el día que tomé la firme decisión de abandonarle. Debo decir que al menos no me tocaba de cuello para arriba; pero lo hacía sólo de cara a la sociedad. Eran pocas las visitas que teníamos, porque «el criminal» dejaba los excesos aquí, dentro, y llevaba al caballero galán y exquisito fuera. Todos los que se acercaban eran hombres viejos, gruesos y malolientes. Militares retirados de la **«**Grande Armée», acostumbrados a sentir la presencia de esclavos y respirar el hedor de las carnicerías.—«¡Demonios!» —exclamé enfurecida. La falda se había descosido. Además estaba húmeda y llena de barro por los bordes. La noche anterior llegó a casa como de costumbre; sereno, calmado, sin estar bebido. Yo simplemente bajaba de mi ratonera. Pero por la manera de bajar, precipitadamente, supo que me rondaba la idea de abandonarle. Entonces vino y me cogió por el cabello violentamente. Abrió la puerta de un golpe y me sacó fuera de la casa. «¡Puta!», me gritó. Me amenazó con llevarme otra vez a las «Bibinas de Charonne». En aquel apestoso muelle conocí realmente al que los sacerdotes dicen ser imagen y semejanza de Dios. Me tuvo cuarenta días vagando entre vientos salvajes y prostitutas enfermas de sífilis. Dios sabe de qué me alimenté y cómo logré salir adelante. Si lo logré fue en parte gracias a aquel hombre que llevaba un abrigo oscuro y un jubón largo ajustado de color ocre. Su voz me dio fuerzas cuando no tenía esperanza donde agarrarme. «Abel se llamaba».

Había que arreglar el vestido. No podía salir así. Hubiera llamado mucho la atención. El tirano me obligaba a quitármelo siempre antes de golpearme para que sintiera el dolor directamente en la carne. Salí de allí, no sin antes echar un vistazo obligado a aquella siniestra figura del demonio. Con la prisa de salir cuanto antes, subí por la escalera dirigiéndome hacia los remordimientos de la casa. Nada más poner los pies en la planta superior, exhalé todos aquellos perfumes de Oriente que salían de la habitación del «General». A la derecha, junto a la escalera. La puerta estaba entreabierta. Era mejor no tocarla. Anduve. Delante tenía un solo pasillo estrecho que llevaba a una sola ventana por la que irradiaba la luz solar. A la izquierda estaba la pared. A la derecha, las dos habitaciones y, al fondo, pegada a la ventana, mi ratonera. La habitación del «General» se hallaba al fondo, junto a la escalera. Después, seguía como unos veinte pasos hasta el segundo cuarto, el de la «invitada», pues se había levantado especialmente para el descanso de la única hermana del tirano, Aimée, de la que hacía años no sabíamos nada. Las últimas noticias que nos llegaron fueron a través de su médico: «Mademoiselle Aimée está pasando por una grave crisis mental. Estamos haciendo todo lo que podemos». De esta frase hacía ya tres años.

Seguí hasta el final. Dirigí mis pies descalzos, llenos de moratones, en dirección a ese agujero con la esperanza de que algún día no lo volvería a ver más. Toqué la puerta despacio. Hacía un ruido espantoso. Perfectamente ideado para que me fuera imposible escapar en mitad de la noche. Entré en aquella ratonera de tres paredes, donde había tenido que rehacer forzosamente mi mundo. La luz me acompañó. Lo tenía limpio de polvo, mugre y telarañas. Contaba con un grueso de mantas que hacían de cama, un

cepillo de púas y un espejo roto, pero que todavía me era de gran utilidad. Había por allí unas guedejas. También calzado. Unas gruesas botas negras que había afanado de casa de monsieur Bertrán de Pérignon.
«El General» y su "perro" no me proporcionaban ningún tipo de calzado. Era el siguiente método que tenían para evitar que escapara: mantenerme siempre en la debilidad física, mental, de agónico sufrimiento con la boca rebosante de cansancio, sin la posibilidad de hacer un amigo o hallar de nuevo alguna voz confortable como la de Abel. Por supuesto ellos no sabían que las tenía. No sabían nada del «Gran Plan».
Me senté. Cogí el espejo y contemplé mi cara. Enseguida me avergoncé. Vi el reflejo roto de una muchacha joven recubierta de dolor con la mirada de una vieja encolerizada. Miraba como él. A cada golpe, sentía como él. Me estaba convirtiendo en la misma bestia. Dejé el espejo apoyado en la pared. Me puse las guedejas en la boca. Sujeté las dos con los dientes. Eché todo el cabello hacia atrás con las manos. Lo tenía largo y liso, todo de un color rubio apagado. Mi frente era ancha y recta, sin una sola protuberancia. Tenía las cejas un poco elevadas, separadas, como el fino bigote de un joven varón, sobre ojos tierra. Mi nariz era pequeña, respingona, algo chata. Casi no se veía si le daba mucho el sol. Pero era graciosa. Aparecía en mi faz de una manera que creo me hacía atractiva a los hombres. Por último, la boca. Por encima del fino mentón que amarraba una faz dulce y fina, había dos labios juntos, de tonalidad muy roja, en perfecta simetría. Se distinguía claramente cuando sonreía. Aunque ya no sonriera.
Acto seguido tomé el vestido por las mangas. Ahora los brazos debían permanecer tapados. En mi país no estaba bien visto que una mujer tuviera los brazos al aire libre. El libertinaje encendía los ojos del régimen. Veía en su forma de expresarse una traición a los valores familiares. Cualquiera que se expusiera exageradamente al ansia de los hombres, se exponía también a la ira de Bonaparte. Como la pobre Madame Regnault de Saint Jean d'Angély. En este preciso instante me acordé de ella. Había pasado de ser la importante y respetada mujer de un ministro a convertirse en «El Escándalo de París». Levanté la manta; la tercera desde abajo. Saqué hilo, casi del mismo color, más tirando a amarillo; aguja y tijeras. Me puse a coser el roto. Me daba prisa en pasar la aguja por el descosido y recogerla; Tesifonte podría aparecer en cualquier momento. No quería que me encontrara allí.
Eran las ocho de la mañana cuando salí corriendo de la casa con las botas puestas y el vestido roto. Tuve la prudencia de esperar a que el "perro" no estuviera merodeando cerca, y después me fui. Lo hice sin mirar atrás, sabiendo que tenía que volver a eso de las tres de la tarde. Anduve con las fuerzas justas. La cocina se había convertido en un obstáculo insuperable. Tesifonte no le quitaba ojo a nada. Lo tenía todo controlado. En la casa comía lo que me daban y era más bien poco.
Al cuarto de hora llegué al «Campo de las Hortalizas» con una vestimenta pobre. Para la gente, tenía pinta de aldeana. Mientras bajaba por la calle de Varenne pude comprobar cómo los hombres y las mujeres hacían notar sus miradas sobre los demás. Yo era alguien hambrienta, perdida entre la multitud, debilitada por la desgracia; es decir, la viva imagen de la Revolución. Salí de Varenne y entré en la calle des Sèvres tímidamente. De pronto me asaltó un gran número de gente que se preparaba desde la más absoluta felicidad para recorrer cafés, jardines y boulevards. Lo hacían todos juntos y sonrientes, como en una gran fiesta.
Anduve entre ellos, sin mirarles, reservándome a la intimidad, desviando mi rostro para ocultar de dónde venía y hacia dónde me dirigía. Solía alejarme siempre de todos estos lugares públicos en los que se escuchaba de todo. Francia no sabía que existía. Yo merecía la lástima. Había otros conmigo que tampoco conocían esa sensación de libre albedrío. Se encontraban tan abochornados como yo. Vinieron sin querer a parar al

bullicio en mitad de la calle. Eran trabajadores de clase obrera que terminaron pegándose a mi paso, alejándose aterrorizados de todo aquel fervor naciente que como a mí les arrebataba el corazón. Debíamos hacer una sutil reverencia a todo el que encontráramos. Como si le conociéramos. Era extraño ver a pobres y a ricos saludándose con los buenos modales de la aristocracia. El régimen era así. El país se encontraba entre el cielo y el infierno. Bonaparte nos hacía ir a galope tendido entre la Revolución y la Monarquía, inducidos a esa extraña torre de modernidad en la que se había convertido París; una sociedad adiestrada para los buenos usos de su Emperador. «Los bonapartistas», aquellos que estaban al lado de «L'inamusable» (Bonaparte), frecuentaban el Café du Lemblin. Lo ocupaban en su mayoría partidarios y miembros retirados de la Grande Armée, como «El General». Aquellos que querían aprovecharse del crecimiento de la ciudad y abrir nuevos negocios se reunían en el Café du Caveau. Los literatos lo hacían en el Café du Lycée des Arts; mientras que los amantes de la música se daban cita en el Café des Étrangers, atraídos por esa mística melodía de añoranza glamurosa del pasado, que había empujado también a muchas mujeres a retomar las clases de baile con el que fuera profesor de «Madame Déficit» (Marie-Antoinette), Monsieur Despréaux. Todos ellos volvían la espalda a la Revolución y miraban hacia los panoramas de la nueva época, donde el sol se ponía por encima de una ciudad desbordada por jardines y teatros.

Debo confesar que alguna vez he pensado si todo esto no era en verdad un gran teatro ajustado a cada momento que estábamos viviendo fuera. Por ejemplo, algunas veces había visto salir del Café de Foy a señoras de mejillas polvorientas y labios encendidos con sus hijos radiantes, degustando ambos el fresco sabor del helado y la *limonade*, al mismo tiempo que escuchaba al «General» hablar de las guerras. No parecía que estuviéramos en tiempos de guerra. Aquí sólo se veía larga vida y prosperidad.

Se levantó un viento que olía al Sena. Continué hacia la vieja abadía de Saint Germain. Me hallaba en Rue du Four. Desde aquí pude comprobar cómo las calles iban siendo ocupadas por nuevas víctimas del modernismo. Parecía increíble. Incluso los viejos bonapartistas se quedaban estupefactos observando a todas aquellas olas de gentío lanzándose hacia el entretenimiento, llenando salones literarios como el de la célebre Madame de Genlis, en el Arsenal. Era sorprendente. Se vivía en un sueño todos los días. Aquellos que durante largos años se habían refugiado en las canteras subterráneas temiendo a «L'Incorruptible» Robespierre, paseaban ahora tranquilamente como hombres y mujeres libres. Se les veía sonrientes por los jardines de la iglesia; también los había en los Jardines de los Príncipes en la calle del Temple. Seguí hacia la calle del Sena. Me topé con largas marchas que seguían el «Paraíso de los Bienes», dispuestas a dejarse los pies con tal de contribuir a la visión de «La bonne table»; el placer de que todo patriota debe pasarlo bien. Miraras a donde miraras, la guerra del hambre era ya un viejo recuerdo que no se sostenía ni en los vestigios del pasado. Los restaurantes estaban llenos, y los hombres y las mujeres con buen color se sentaban a las once para devorar aquella carne jugosa. A las seis volvían para cenar. Llenaban los cafés del Palacio Real, y después se dejaban todos los francos en el Beauvilliers de la calle Richelieu, el Camus de la calle de las Filles Saint-Thomas, y el recién abierto Véry. Pero donde hay luz también hay oscuridad. Y París no se salvaba de esto. Había algunos pobres, pocos, a lo largo de Saint-André-des-Arts, sobre el suelo, con la mirada perdida. Eran los desechos de la maquinaria del régimen: el consumidor consumido; aquellos que habían perdido todo apostando o en la lotería, iban engrosando las colas de la pobreza. Salían a mendigar por los campos, nunca por el centro. No daban problemas a las autoridades, pero no los querían allí. Daban mala imagen. El olor a tierra húmeda, el viento helado de la mañana haciendo presagiar la llegada de un día soleado les

reconfortaba. Era difícil ignorarles. Resultaba duro observar a hombres que habían sido respetables cabizbajos, entre lágrimas, esperando a ser devorados por la inminente llegada de la modernidad. Intuí que les quedaba poco tiempo en Saint-André-des-Arts en cuanto la noticia llegara a oídos del ministro Fouché.
Así, continué. Fui con la cabeza alta, mirando bondadosamente a todo el que pasaba, saludando con expresión natural, inclinando el cuello de manera suave, sin huir de la mirada ajena. Conocía la calle. Estaba muy animada. Contemplaba todas aquellas casas de pisos acristalados por todos lados. Había estado preguntando de puerta en puerta por la casa de monsieur de Pérignon. El sol iba y venía. Así, hasta el arrabal de Blomet. Yo era una imagen del pasado caminando entre la muchedumbre. Me fijaba en aquellos largos cuellos aristocráticos que salían pavoneados de las casacas. En el lento vaivén de las camisas Spencer que en tan siniestro orgullo lucían las mujeres que llegaban sonrientes sujetándose del brazo del marido, y que rozaban al pasar mi viejo vestido de la Revolución. Veía todos esos rostros que jamás conoceré. Asentía, mezclándome en la sociedad, haciéndome pasar por una mujer libre. Echaba de vez en cuando una mirada rápida a mercaderes y comerciantes; a la muchedumbre esquiva y encorvada; a señores vacilantes y orgullosos que hacían notar sus anillos moviendo los dedos como si tocaran las teclas de un piano.

Vaugirard
15 de Vendimiario

Al ruido de mi estómago apresuré el paso. Era la vigilancia del «General». Me mantenía en extrema delgadez para que estuviera siempre débil y pesada. Sentía el vértigo. Los sonidos se elevaron. Anduve un buen rato con los ojos vidriosos. Ya no recordaba en qué calle estaba. Notaba el grueso de la acera bajo mis botas. Por un momento me vi envuelta en una extraña niebla. Miré asustada. No estaba segura de si aquellos eran los pisos lúgubres que estaba buscando. Me choqué con alguien. Entré corriendo en uno de esos edificios marcados por números negros y rojos. Concretamente el número siete. Fui subiendo las escaleras.
Llegué a la primera planta, donde vivían los ricos. Daba a un pasillo limpio e iluminado con muchas puertas numeradas. El suelo centellaba. Estaba encerado. Habían contratado otra criada. Los ricos aún mantenían aquello de la «Société» y seguían necesitando de pobres que les sacaran la mierda de sus casas, la cual se acumulaba como en la caballeriza. Me hirió. Otra mujer para la subsistencia allí. Las conspiraciones iban a desatarse pronto. Me apresuré no fuera que mi tez sucia, mis manos ásperas y mi vestido de la Revolución enervaran a cualquiera que osara salir. Salgo a otro pasillo contiguo en el que se encontraba una escalera que llevaba a las estancias superiores, donde habitaban por este orden: asalariados, trabajadores y pobres. Pero yo no subí. Me quedé donde abundaban las puertas pintadas de amarillo. Entonces me dirigí hacia la última puerta de la derecha. Continué con el «Gran Plan»; debía huir del tirano. Bonaparte había otorgado títulos a sus generales, a sus mariscales y a los que habían estado a su diestra desde el principio. Ahora eran barones, duques, condes en todos sus dominios. Se habían echado a la buena vida, a los teatros. Frecuentaban los espectáculos, salían a jugar al ajedrez y a las damas en el Café Conti, y después se reunían en Le Lemblin, donde había otros muchos como ellos también de la Grande Armée. Era una buena oportunidad para encontrar trabajo en los pisos de estos nuevos ricos. Salía siempre que el tirano acudía a la llamada del modernismo y no se fijaba en

mí. Limpiaba estas casas y me ganaba un jornal. Busqué el nombre de monsieur de Pérignon y le encontré. Estaba frente a la puerta de su casa. El número seis. La abrí. En efecto, se encontraba abierta. Tal y como habíamos acordado. Entré. Cerré la puerta tratando de hacer el menor ruido posible. Inmediatamente después busqué las cortinas. Abrí una por una. Los rayos entraron cálidos acogiendo la casa en esa mañana.

La casa estaba poco cuidada. Se exhalaba inevitablemente el polvo. El salón estaba saturado de muebles caros, todos de color blanco. Algunos estaban salpicados de cerveza. Los más bajos tenían la sombra de los platos. El ajuar era más bien de tipo español. Había visto poco, pero iba entendiendo. Era de aspecto cortesano, con un escritorio de ébano decorado con arquillos y huesos. Muy pesado. El comedor consistía en una sola mesa que podía trasladarse de un sitio a otro. Oí decir al «General» que no entendía por qué ingleses y españoles odiaban a Napoleón y luego le imitaban las costumbres. Los españoles llamaban al *buffet*, «bufetes para comer». Monsieur de Pérignon tenía contra la pared, justo debajo de la ventana, una *chaise longue* de color ocre para invitados; de estas que salían en los cuadros con la mujer desnuda echada sobre los cojines. Imaginé que yo era una de ellas. Una musa de arte de muchos hombres. Había venido de un país lejano, en barco, pero un temporal de mil demonios lo había hecho zozobrar. Entonces alguien me salvaba. Un joven artista. Yo le contaba mi trágica historia mientras él me hacía inmortal.

Recoger, barrer, limpiar el ajuar, fregar el suelo y la vajilla. Nada de colada. Entrar en la casa y salir con el dinero para no volver hasta el mes siguiente. Como un fantasma. Este tipo de trabajos ofrece esta ventaja. El beneficio es mutuo: ellos pagan a precio tirado un servicio por una propiedad a la que sólo le dan utilidad una vez al año, y yo voy obteniendo algún dinero. Llevaba así unos años. Empecé a volar. Salí del salón y entré en la cocina de los azulejos con la mente puesta en la larga ristra de músicos que hacían sonar sus violines. Pasé el trapo por el horno. La porcelana desfilaba ante mí. La seguí hasta imaginarme en un banquete nupcial. Los invitados bailaban *Le Grand-Père*; la élite del «Imperio» observaba altiva, sin embargo, en mi imaginación, yo daba saltos de alegría y esto no los escandalizaba. Dejé el trapo en la mesa y cogí la escoba. Era feliz. Pero enseguida vino a mi mente ese rostro viejo, arrugado, de mirada penetrante y melancólica con los ojos rebosantes de ira y las pupilas cargadas de maldad. La luz de mi imaginación se apagaba. Se estaba consumiendo en él. Jamás permitiría que le abandonase. Tenía ahorrados veinte francos, pero necesitaba treinta y cinco para el viaje, quince para una pensión y otros cuarenta para salir de Francia. Podría escapar con los grupos de jóvenes desertores que no querían ir a Rusia, pero temía que su infalible olfato me descubriera antes de poner un pie fuera del país. Necesitaba el dinero para escapar.

Cuando terminé de limpiar fui a la habitación de monsieur de Pérignon. Abrí el cajón de la mesa azul que se encontraba bajo el retrato de su joven y saludable esposa Juana, y pude comprobar que, efectivamente, el grueso hombre de cabello rubio y rizado que tenía la manía de pasarse gran parte de una conversación acariciándose la barbilla, había cumplido su palabra. Mi pago estaba ahí. Ni una moneda de más, ni una nota de gratitud por el servicio. Daba igual, tampoco importaba. Yo soy un fantasma. Antes de que caiga el sol regresará y verá su estancia reluciente, al gusto de la burguesía local. Y después saldrá en la noche e irá a las Bibinas de Charonne a emborracharse con otros bonapartistas. Será hallado en algún muelle, tirado, entre las carcajadas de las fulanas que asomarán la cabeza por alguna ventana de las casas rojas. Sus ojos permanecerán cerrados y sus bolsillos, al igual que su corazón, quedarán vacíos. Pero su casa estará limpia.

Suenan las campanas de Notre-Dame. Salí poco antes de la una. En ese momento las gentes subían de los Jardines de Luxemburgo, por lo que pronto volverían a llenarse las calles. Yo apenas podía moverme por el agotamiento. Temblaba. El hambre apretaba. Miré mi mano. Clavé los ojos en los francos. Cerré el puño. Lo llené de fuerza. No podía gastarlo. No podía. No si quería escapar de Jehan de Dieu. Avancé un paso.

VISIONS DE L'AVENIR. Entonces regresó aquella niebla que me sacaba del mundo. Algo estaba pasando. Observé todo aquello horrorizada. Nuevamente me encontraba en un futuro muy lejano: divisaba una calle convertida a las tinieblas en cuyo final parpadeaba una luz amarilla. El viento allí arrastraba voces. Gritos que se levantaban de la tierra. Había gente abajo. Buscaban la luz. Llegó la noche. Luego vino la nieve. Todo muy deprisa. Entonces pude ver con claridad dónde me hallaba. En la misma calle de Saint-Michel. Nuevamente me quedé estupefacta. No sabía por qué me estaban ocurriendo todas estas cosas. Vi el puente. Lo que quedaba de él. Los muertos lo gobernaban.

Retrocedí inmediatamente, cuando de pronto cayó un cuerpo a mis pies. Había recibido un disparo. Me quedé helada. Pude oír a muchos a la vez. Escuché voces que amenazaban con seguir disparando. Miré a mi alrededor. La niebla se había ido. Había regresado a 1808. Se había formado un caos repentinamente. Y yo estaba en medio. Los agentes del ministro Fouché venían del Puente de Saint-Michel a caballo persiguiendo a unos jóvenes bandidos. El que yacía delante de mí tenía el rostro manchado de sangre. Vestía con casaca azul sobre chupa gris y unos calzones blancos rotos por las rodillas.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —me ordenó una voz.

No me moví. Me encontraba en mitad de la calle desenmascarada. Sentía que me quería morir. Esto era el fin. El agente que me había dado el alto me adelantó por mi derecha con la mano levantada. Apenas pude entrever una cara pálida hundida entre el cuello picudo de la casaca, la corbata de lino y el tricornio. No me estaba permitido moverme. Tenía que esperarle. En ese momento estaba acabada. Todo mi plan sucumbía. El agente iba a volver y me iba a llevar a comisaría para tomarme declaración. Tenía tanto miedo que temblaba. Pensé en todas las cosas horribles que me iba a hacer el «General». Había rogado muchas veces que me matara. No lo soportaba más. Era mi huida o la muerte. Dieron caza a los otros cinco al final de la calle, en la salida hacia el convento des Cordeliers. Cayeron diez agentes con tricornio sobre ellos y los detuvieron. Vagamente pude oír cómo los delincuentes cantaban «La Marsellesa» a pleno pulmón mientras les ponían las esposas.—¡Pssss! ¡Pssh! ¡Aquí! —oí que llamaba una voz infantil.
Volviéndome hacia la voz, vi a una pareja de niños ocultándose del gentío en una de las arterias que no tenía salida. Los tenía ahí, asomando la cabeza desde el callejón, haciéndome indicaciones para que los siguiera. Deposité mi confianza en ellos. Salí de allí. Doblé la esquina. Nada más ver que llegaba, la pareja echó a correr. Ellos me guiaban. Resultaron ser mis ojos entre los muros altos. París era un enjambre, un suelo sin barrer, una enmarañada verja de hierro. Perdí de vista la calle Saint-Michel. Las profundidades me descubrieron a dos perros peleándose por un hueso de caldo.—¡Ven!

¡Por aquí! ¡Aprisa! —escuché de boca del niño. Observé que se encontraban junto a una alcantarilla.—¡Ven, corre, no querrás que te descubran! —me dijo la niña sofocada.
«Eran los niños de las catacumbas». Los agentes de Fouché los buscaban. «Donde el sol se apagaba siempre podía verse la imagen de un niño del alcantarillado», solía decirse. Estos tendrían unos ocho años. Él pintaba triste. Era de mediana estatura, pelirrojo, muy blanco. Llevaba una casaca azul sin mangas. Iba con los pies descalzos. Ella parecía su sombra. Cuando me acerqué se interpuso protegiéndole la espalda. Su mirada se clavaba en mí. Tenía las mejillas encendidas; era rubia, al igual que yo. Llevaba un vestido de muselina amarillo, sucio, casi en harapos. Tenía las puntas del cabello abiertas, ennegrecidas, tapándole los diminutos hombros.

—¡*Mademoiselle*! —me gritó el niño—. ¡Aquí no os encontrarán!
—¿Por qué debo confiar en vosotros? Ni siquiera sé vuestros nombres —dije.
—Yo soy Vincent, y ella es mi hermana Geneviève —respondió el mocoso.

Geneviève movió la cabeza de arriba abajo con actitud infantil. Sonrió al tiempo que inflaba las mejillas.

—Emma es mi nombre —les revelé.

Acto seguido Vincent abrió la tapa. Inmediatamente la cloaca despertó el hedor hacia arriba. Entró ligeramente raudo. Geneviève le siguió. Todo aquello me parecía inquietante, misterioso. Tras ese pensamiento me decidí a acompañarles. Bajé con ellos. Me adentré en el otro país subterráneo, donde el ánimo decaía por culpa del hedor que se levantaba del agua putrefacta que, nada más verla, ya engendrabas sentimientos de cólera. Me tapé la nariz. El olor era repugnante. Las suelas de mis botas se llenaron pronto de mugre. Las ratas nos acompañaron desde el principio. Vincent subió para cerrar la tapa de alcantarilla. Asomó la cabeza desde la banqueta. Arrastró la tapa con los dedos. Volvió con nosotras a aquella garganta estrecha en cuyo final se atisbaba una luz pálida. Había que avanzar encorvándose a través de las galerías. A ellos no les costaba tanto como a mí.
Anduvimos en la oscuridad. No sabía la hora y esto empezaba a preocuparme. Comenzaban a dolerme los pies. Palpaba la pared mientras seguía aquellas pequeñas sombras que se movían raudas, casi de manera fantasmal, por la elevación contigua a la rivera grisácea que arrastraba todas las pestes. Aquel camino de piedra pavimentada bajaba en una curva desesperada. Delante no se percibía nada. Entonces, y de pronto, la oscuridad pareció alzar el telón y una tenue luz se despertó como una llama. Noté el cambio en mi mano. La piedra, antes lisa y mugrienta, ahora se encontraba enyesada. Habíamos bajado hasta las entrañas de París. Vi un cartel colgado en lo alto de un arco. Decía: *Rue St. Jacques*.

—Aquí nos escondemos, buen Dios que cuidas de mamá y papá —dijo Vincent. —Nadie nos reclama, nadie nos echa de menos. Por el día escapamos de la oscuridad, robamos, decimos a los que nos buscan furiosos —dijo Geneviève con tono alegre.

Pasamos el arco. Pude entrever un largo pasillo con cientos de huesos comprimidos a ambos lados. Me encontraba en *Les Carrières*. «Las Catacumbas». Vincent se puso a silbar algo. Me sonaba esa melodía, la conocía. Era la canción de la «Revolución de los

Mendigos». Cantaban porque no podían moverse; no podían hacer otra cosa que entonarla al paso de los *sans-culottes*. Se la oí cantar a un joven revolucionario en el cementerio de La Magdalena, mientras le arrancaba la cara a otro hombre sobre la fosa del rey Luis y María Antonieta. Lo recuerdo, yo era una niña. El hombre era rico. Igor llamó su agresor. Gritó su nombre incluso después de matarlo. Decía así:

«Ahogan las campanas desventuradas que no suenan para los muertos, los tambores yacen bajo el agua, el corazón hace tiempo que no late, los reinos se adueñan de las almas, pero si te quedas a mi lado te descubriré el sol y las montañas, y el cielo volverá a ser azul de nuevo. Si te quedas a mi lado el rocío no abandonará a la mañana y donde nos separaremos volveremos a encontrarnos. Cuando el puño aprieta los difuntos se levantan, y juntos recogen la bandera de los muertos. Dejarán de llover lágrimas y nos abrazaremos, caminaremos juntos con el sol en alza por la melodía de los que están muertos».

Había montones de calaveras entre el fango. Parecía que se iban a levantar en cualquier momento para presentarse. Pasamos por debajo de otro arco de piedra. El cartel decía: *Hôtel-Dieu*. Seguimos por una gruta. Oía el caudal de la rivera por encima de mi cabeza. Nos encontrábamos bajo el alcantarillado. Empecé a ver algo: el destello de una luz blanca que rompía la oscuridad. Con esto llegó el sonido del agua cayendo sobre una vertiente. Vincent y Geneviève se habían separado un poco. Me estaban esperando al otro lado del arco. Continué. Llegué hasta otra gruta por la que se colaba una luz blanca con la potencia del farol, que caía arrojada de la superficie sobre una cascada gris putrefacta cuya vertiente dividía el suelo. El ruido del caudal lo ensordecía todo. Yo me detuve allí. En el principio de ese pavimento rasgado grisáceo de piedra que se veía como un inmenso rellano. Muy cerca de Vincent y Geneviève, que ahora me miraban con un punto de temor. De pronto fueron apareciendo más niños. Los estaba viendo. Era testigo de la presencia de aquellos que moraban en las catacumbas; pequeños «ángeles» recubiertos de tierra y ceniza golpeados por la crueldad humana; eran transparentes, se podía profundizar en sus corazones a través de sus ojos cristalinos. En ellos brillaba siempre la tenue luz de la esperanza pese a estar en la más absoluta miseria. Me conmovió. Se acercaron diez. Dieron vueltas a mi alrededor. Querían sentirme como una madre. Miré a Vincent y Geneviève. Ambos me observaban con el orgullo patrio entre los dientes. Creían estar viendo a una reina. La «Reina de los huérfanos». Tenían la idea de que eran una especie de peregrinos resignados desprotegidos de Dios, abandonados por las iras de los adultos a quienes ciertamente odiaban. Todo lo que quedaba tirado en las calles lo recogían y lo guardaban. Algunos no se separaban de estos objetos. Vi una *marotte* en brazos de una niña de unos cinco años que llevaba todo el vestido agujereado. Había otro niño, con cuerpo de enano, que se aferraba a una baraja de cartas Binette. El que pasaba raudo por delante llevaba en sus manos lo que había quedado de una réplica del cañón de Luis XIV. Se notaba que veneraban y protegían esos objetos. También pude apreciar los destartalados muebles colocados por detrás de la catarata. Yo conocía su verdad. Eran tan solo unos niños que esperaban fervientemente el milagro de un padre y una madre. Lo sé porque yo me vi en su misma situación. Esperaba que algún día llegara aquella carroza de oro con San Miguel dentro. Lo pensé. No me avergüenza decirlo. Tendría que haber muerto en el cementerio de los Errancis. Hubiera sido lo mejor. Fui una niña libre hasta que el diablo dio conmigo. Repentinamente se puso en pie uno que estaba tapado por la cascada. Era el más alto de todos. Se notaba que tenía más años que los demás. Habló desde allí. Lo hizo de manera burda y chillona. Preguntó: —¿Por qué la habéis traído? ¿Quién os lo ha dicho? ¡Conocéis bien las reglas!

Vi cómo todos agachaban la cabeza a cada palabra que subía de tono. Le temían sobremanera. —Corría peligro —respondió Vincent. La voz le temblaba.

El que parecía ser el jefe de los niños de las alcantarillas rompió a reír. Sus carcajadas retumbaron en mis oídos. De un salto se plantó ante mí. Era más bajo que yo por mucho que buscara las puntillas. Su faz asemejaba a la de un gorrión. Cada vez que abría la boca mostraba sus dientes podridos bajo encías hinchadas y ensangrentadas. Su maldad era profunda. Su cabello era negro, largo y rizado, tan seco y lleno de mugre que parecía que tenía un andrajo sobre la cabeza. Vestía como un militar. Llevaba una casaca azul de botones amarillos llena de polvo con escarapela tricolor sobre una chupa ajustada, calzones blancos y zapatos de tacón con hebilla dorada. Era el único que mantenía los pies en caliente. Todos los demás iban descalzos.—¡Imbéciles! ¡Imbéciles todos vosotros que la miráis con cara de idiotas! —les gritó a todos.
De súbito, cambió la actitud. Se volvió amable conmigo. Me miró con ojos bondadosos. Hizo una reverencia aristocrática. Quería parecer un caballero. —Yo soy Sean de Diez —se presentó. Me seguía pareciendo repugnante—. Señor de las Alcantarillas. Rey del cementerio, de los muertos. Yo los saco de la calle, buen Dios, de la larga cola del demonio, he dicho.

—¿Tú eres el causante de todo esto? —le pregunté con resentimiento. El estado de los otros niños me producía lástima.
—¿Me decís vuestro nombre? Y tal vez no os mate —dijo con aire triunfalista.
—Emma —le respondí.
—Los Furiosos no bajan nunca porque temen que los muertos se levanten —contaba, alternando tonos suaves con siniestros—. ¡Aquí yo soy Bonaparte! —reivindicó en un repentino ataque de euforia.

Podía ver en los rostros de los niños el pavor que les infringía Sean de Diez. Ninguno se atrevía a intervenir. Nadie iba a defenderme. Ni siquiera los dos niños que me habían traído hasta aquí. Se limitaban a observar la escena desde la oscuridad, en silencio, con expresión de susto.—Si queréis pasar, pagad el tributo —habló Sean de Diez endulzando la voz.
Entonces caí. Había cometido un terrible error. En cuanto sentí el palpitar de su corazón apreté los dedos. La efigie de Bonaparte me ardía en la palma. —¿Qué guardáis ahí? —me preguntó el descarado.

—Nada —me apresuré a decir.

Evidentemente mentía. No había reparado en esconder los francos en alguna de las botas. Todo había transcurrido demasiado deprisa. Tampoco podía llegar a imaginar que los niños me llevarían con un ladrón.

—¿Nada? Abrid la mano. Quiero verlo —insistió.

Los acontecimientos se estaban precipitando. Ya no estaba rodeada de niños indefensos, sino más bien de ladrones. La bondad en los corazones se había esfumado. A un lado y otro las miradas furtivas caían. Ninguno era capaz de controlar la curiosidad.

—¡Mirad! ¡Tiene marcas en el cuello! —gritó una voz masculina.

Sean de Diez aprovechó mi descuido. Recogió algo del suelo, creo que fue una piedra, y me la lanzó contra la mano con tanta violencia que los francos me salieron disparados. De esta manera abrió el fuego de la avaricia en los corazones de todos los niños, los cuales vieron caer las monedas lentamente como la bestia contempla a su presa antes de saltar sobre ella. Les vi mirarse unos a otros. No hacían más que esto para ver quién saltaba primero. Sean de Diez comprendía mi necesidad. Permanecí en discreto silencio. Las monedas que habían caído al suelo se encontraban a una distancia muy corta. En parte, había tenido suerte de que no cayeran a la vertiente.

—¡Buen Dios, mirad lo que escondía! ¡Las ha robado! ¡Es una ladrona! —me acusó el vil.
—¡No! —me adelanté llena de indignación.

Me lancé a por los francos. Iba a proteger esas monedas con mi vida. Mi pronta reacción los dejó a todos petrificados. Sean de Diez no hizo nada para impedirme que las recogiera. Tenía otros planes.

—¡No es una señora! ¡Es una hereje! —gritó.

Tuve la sensación de que ya había oído esa acusación en alguna parte. No se trataba de unas simples palabras. Yo había estado en esta situación anteriormente. O en una parecida. Quizá en los Errancis. «No llegaré a tiempo. El General me descubrirá», pensé. Se había tomado muchas molestias para ocultarme del mundo. Necesitaba escapar de Sean de Diez. Tenía que aprovechar que era una mujer adulta.

—Tengo más —le dije.

Sean de Diez subió los ojos. Por un momento se quedó mirándome con la boca llena y las mejillas infladas como un bollo.
—Mentira.
—No —repliqué.
—Mientes.
—No.
—¿Dónde?
—En casa de mi señor —respondí con una media sonrisa.
—Si la dejas ir no volverá —le aconsejó el que tenía cuerpo de enano.

Su pasión hacia mí empezó a apagarse en el instante en que imaginó una montaña de monedas. Mi alta estatura en comparación con los niños, mi esfuerzo por mantener una expresión dura que ocultara en todo momento que no había nadie esperándome, mi aspecto radiante de antigüedad que transmitía añoranza por el pasado, le había despertado un deseo incontrolable que ahora se esfumaba.

—Llévanos —ordenó el cruel.

El que cazaba perros y gatos enfermos y los lanzaba bajo las ruedas de las carrozas; ahora me acordaba de él. Se lo había visto hacer en el Puente Real. Los niños de las alcantarillas se pusieron en marcha. Ardían en deseos de experimentar la abundancia.

Cantaban la «Melodía de los Muertos» mientras se sacudían el polvo de las pobres vestimentas. Ellos se peinaban pasando la palma por la lengua. Jugueteaban con el flequillo erizándolo con los dedos, para terminar introduciendo la mano en el cabello al tiempo que la empujaban. Ellas se chupaban los dedos y después los frotaban en los vestidos mugrientos. Ninguno conseguía despojarse de la suciedad. El hecho era que se preocupaban. Querían ser aceptados por la sociedad.

Me sacaron de allí. Di unos pasos hacia adelante. Salté la vertiente y me coloqué al otro lado. Íbamos a continuar atravesando toda la galería que pasaba por debajo de la calle Saint-Michel. No tenían intención de dejarme marchar, pero al menos iban a llevarme hasta la superficie. El problema era que esto había hecho que me retrasara. Estaba oscuro. Vagamundeamos por el corredor, entre los muros de los huesos comprimidos. Volvía a distinguir las pequeñas sombras. Las oía silbar delante y detrás. Arrastraban los pies, se reían, respiraban murmurando. Los niños de las alcantarillas estaban enojados. Llegamos así a las cloacas. Las catacumbas quedaron abajo. El camino se hacía interminable; subíamos por unos corredores laberínticos malolientes semejantes a hoyos. La corriente del Sena se oía en todas partes. De pronto amaneció un claro. Pude distinguir al menos dos de las muchas columnas que sujetaban la ciudad. Percibí que el suelo también había cambiado. Ya no era empedrado, sino más liso y con algunas grietas. A partir de aquí noté cómo mi delgado cuerpo se movía como una bala, empujado por todas las manos sucias de los niños que tenía detrás. Ellos son los que ahora me llevaban. Me empujaban, entorpecían mi camino, me aplastaban sin querer, intentaban abrirme el puño que guardaba los francos, entrometiendo sus dedos entre los míos. La marca de Bonaparte quedará en mi mano por días.

La ribera nos sorprendió. «¡Quién lo hubiera dicho!», pensé. Me alegré tanto de volver a verla. También a las sucias ratas que llegaban corriendo para acompañarnos hasta la luz que asomaba al final. Su claridad me descubrió a Sean de Diez y a su pequeño ejército de huérfanos, los cuales seguían el paso de su caudillo en dirección a las cañerías. No dejamos de caminar hasta alcanzarlas. Entonces Vincent trepó por los tubos y empujó la tapa de la alcantarilla. La boca de luz arrojó inmediatamente las voces del mercado. Me llegó un olor agradable a castañas hervidas. Todos pensamos lo mismo. Repasé algunos de los rostros que tenía cerca. El aroma a comida estaba en el paladar, en la saliva, en la lengua que se relamía pasando la punta por las comisuras. Geneviève se llevó la mano a la boca. Le dolían mucho los dientes. Tenía la impresión de que la conocía. Sabía que la había visto en alguna parte. Era momento de que la astucia del adulto aplastara la picardía del niño. Esperé a que subiera Sean de Diez. Después me tocó a mí. Con solo poner las manos sobre la vieja cañería la claridad me estalló en la cara. Traté de no mirarla, pero era del todo imposible. Suspiré. Empezó a bajarme la angustia. Comencé a trepar por las cañerías con una agilidad que los dejó a todos boquiabiertos. Terminé por ascender a la superficie de un salto, humillando así al vil jefe de los niños del alcantarillado, pues con aquella demostración ya nadie manifestaba interés por su presencia. Sentí todo el cielo sobre mi cabeza. Tenía delante la Plaza Saint-Michel. La contemplaba desde una callejuela secreta, con todos aquellos niños infectados de modernismo. El bullicio les aterrorizaba. Su caudillo les había hecho salir en una hora que no acostumbraban y se sentían almas errantes. En ese momento muchos comprendieron que iban a morir allí abajo. Que el «Imperio de las Catacumbas» y el «País de las Alcantarillas» no eran más que dos criptas fétidas. Algunos comenzaron a retroceder asustados. Entonces me puse al frente. Por delante de Sean de Diez.

—Por aquí. Seguidme —les hablé con un tono de seguridad aplastante.

Sé que el vil se devanaba preguntándose si estaba tramando algo. Aquellos adultos que le arrancaron la infancia le habían regalado años de interminable suspicacia. Les hice salir con gran frenesí. Se sintieron obligados a seguirme el paso en dirección a la plaza. Los olores entremezclados de la superficie a las tres de la tarde alzándose por encima de sus cabezas, aquel sonido urbano que se elevaba por momentos, toda esa gente moderna cruzando, luciendo traje y modales, provocó que muchos se quedaran a mitad de camino. Vincent y Geneviève se pararon como los demás. No se atrevieron a salir. Había demasiada gente. Sólo me seguía Sean de Diez. Le oía refunfuñar. Maldecía avergonzado las muchas miradas que iban a caer sobre él acusándolo. Sé que empezaba a arrepentirse de su decisión. Pero la codicia podía con él.
Estábamos fuera de la callejuela. En plena urbe. Más allá de la plaza podía verse con claridad el puente atestado de casas blanquecinas y amarillentas. El vil estaba a mi lado. Los hombres lo miraban con desprecio. Las mujeres se llevaban la mano rápidamente a las joyas, tapándolas.

—¿Oyes eso? —le pregunté maliciosamente.
—¿El qué? —me preguntó el repugnante, encogido por la inseguridad como si tuviera frío.

Ya sonaban las botas de la Guardia. Pisaban con fuerza los charcos. Afinaban sus bigotes con los dedos. Ceñían las espadas al paso, clavándolo como uno solo. «Lo sabía», pensé, «¡Bonaparte, mi gran aliado!», me dije en un estallido de júbilo. Tesifonte me lo había advertido: «Sé que planeas algo, pero te aconsejo que no trates de escapar». Por estos días abundan. Van por todo París protegiendo las obras del Emperador y a sus constructores. Resultaba que Bonaparte, ese gran aliado que a principios de año se había vuelto a enamorar de sí mismo, había mandado levantar monumentos en su nombre por toda Francia. Y el más grande de todos ellos estaría aquí, en París, en la figura colosal de un Elefante de bronce que se alzaría veinticuatro metros por encima del resto y por el que el Emperador accedería a su cima por medio de una escalinata que, a su fin, le mostraría todos sus dominios. «¡Es lo que decían orgullosos todos los bonapartistas!». Grité. Lo hice con todas mis fuerzas. No hubo cabeza que pasara que no se volviera. Sean de Diez no sabía qué hacer. Estaba aterrorizado, mirando de un lado y otro. Toda la Guardia venía corriendo hacia nosotros. Entonces hice ver que me desmayaba. Cerré los ojos y esperé a que el vil saliera huyendo mientras me dejaba caer lentamente sobre el pavimento húmedo.
De repente se hizo un silencio. Abrí los ojos y vi una veintena de guantes blancos prestándose a levantarme como en un sueño majestuoso. Mis ojos se iluminaron. Contemplé todos esos rostros impolutos, jóvenes, rebosantes de orgullosa inocencia que se ofrecían a ser mis caballeros. — *Portez-vous bien, Mademoiselle?* —era la pregunta más repetida. No valía la pena responder tan pronto. Había soñado con un caballero cruzado que venía a salvarme. En ese sueño yo era una mujer bella, sin tanta suciedad. Mi faz podía verse clara y mis ojos podían brillar en la oscuridad. Entre tanta juventud recobré la mía, que ciertamente se estaba muriendo porque Jehan de Dieu la estaba matando. Mientras respondía con la ternura de una dama, percibí el humo que se desprendía de la boca del vil. Y al volver la cabeza un instante le vi a lo lejos, jurando en mi contra, pasando mi cabeza por el filo de sus ojos enrojecidos.

Vaugirard
11 de Brumario

De pronto se fue el sol y las nubes se pusieron negras en el cielo. El viento cayó a plomo y la hierba se movió como si estuviera flameando. Intenté levantarme, pero caí de nuevo en el agujero. Las heridas eran terribles. Sentía el dolor de cada latigazo devorándome la carne. Sangraba. Quería hacerme ver y creer que yo no sería jamás una persona libre. Esta vez no fueron los niños los que me retrasaron. Esa maldita criada, Elora, sufría sin levantar sospecha; hacía el doble de trabajo por el mismo precio y me obligaba a ir al Sena a lavar la ropa. Tesifonte me había descubierto las botas. Durante una hora había sentido cómo su lengua envenenada penetraba el oído del «General». Todas mis súplicas no impidieron que me arrastrara hasta el granero. La primera vez que padecí de su violencia le pregunté: «¡¿Qué tienes contra mí?!», pero pasadas muchas, me volvía sin esperar respuesta y rezaba sin abrir la boca, esperando a que su rencor terminara.

Eran las cuatro, más o menos, cuando el viento cambió de dirección y la puerta del granero se abrió. Me quedé inmóvil. No lo esperaba. Lo normal era que me dejaran salir al amanecer del día siguiente. Temí por un nuevo interrogatorio. Con cada latigazo me había preguntado por las botas, pero me mantuve firme en que las había encontrado en el bosque. Alguien entró en el granero. Una sombra que avanzaba arrastrando los pies. Me sorprendió que fuera Tesifonte. No oía otros pasos; sólo estaba él. Se acercaba. Pasó por detrás del antiguo muro y se quedó mirándome de pie. Traía un vestido de muselina blanca nuevo, envuelto bajo el brazo. Yo le tendí la mano esperando a que me sacara de aquel agujero. Él me la cogió sin ánimo; tiró de mí y me sacó tomando aire, como avergonzado.—El Señor ha preguntado por ti, pero no se ha atrevido a pronunciar tu nombre —me dijo sin mirarme, ofreciéndome el vestido.

Tesifonte se encontraba todavía en el ocaso de pedir perdón. Diríase que presentaba un comportamiento extrañamente afable. Todo lo que yo podía hacer era coger el vestido y ponérmelo. Me sacó del granero y me condujo hasta la casa. Frente a la puerta había un carromato blanco del que tiraban cuatro caballos fuertes del norte, los cuales destacaban por el grueso de su cola recogida. El cochero se mantenía firme, con las riendas en la mano y la fusta a un lado, sin perder el porte aristocrático. De pronto vimos salir a alguien de la casa. Era una mujer de unos sesenta años, de tez muy arrugada y mirada cansada, con las canas surcándole su voluminoso cabello «real». Llevaba un precioso vestido de seda de color violeta y muchas joyas. Parecía de la nobleza. El cochero bajó de un salto y le abrió la puerta a la señora antes de que llegara. —*Mademoiselle Sibilia* —la nombró, en un francés refinado.

No se dignaron a mirarnos. Se marcharon con el corazón seco, como si hubieran salido del cementerio. Después entramos en la casa. Pusimos los pies en el pasillo. Tesifonte abrió la mano y me indicó que me acercara. Despacio, me fui retirando hacia el «Gran Salón», donde el General tenía aquella horripilante figura de Pazuzu.

Entré cuando dieron las cuatro. Todo estaba en perfecto orden, limpio y reluciente; lleno de luz. Jehan de Dieu, el «General», permanecía de pie cerca de la ventana. Su rostro era oscuro, rígido, de convento; sin la menor expresión. Tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, con sus largos cabellos canosos saliendo apresuradamente a protegerle aquel rostro demacrado por la guerra que rondaba los cincuenta años. Las puntas se le metían en las comisuras; él las soplaba con esa boca de muñeca siniestra y

las hacía subir hasta la punta de su nariz aguileña. No estaba solo. Había alguien con él allí. Se encontraba de espaldas a los dos, apoyado en el sillón.

—Mi hermana ha muerto —me dijo el monstruo con voz apagada, apesadumbrado por el recuerdo de esa enferma mujer que se había pasado toda la vida sufriendo.

El otro se volvió hacia mí. Era un niño. Tendría ocho o nueve años, muy pálido, porque su corazón permanecía atrapado en un pozo, como el mío. No me era desconocido. Tenía una expresión febril. Lucía bien; su vestimenta se intuía cara y sus movimientos eran elegantes. Había traído un violín; la punta asomaba tras el respaldo. No era su culpa. Había nacido en el seno empedrado de una familia constantemente acechada por la muerte y sus enfermedades. Tan solo era un niño que no había tenido la oportunidad de volcar su cariño. Se encontraba solo. Ambos lo estábamos, hechos por la misma clase de soledad.
El estado de su alma salía reflejado de su cara, de corte ovalado y facciones delicadas. Tenía el cabello voluminoso, castaño, a media melena tapándole las orejas. El flequillo recortado le disimulaba la amplia frente familiar; le caía suave sobre dos cejas arqueadas, separadas, idénticas a las de Jehan de Dieu. Era de nariz ancha, como su madre, Aimée. Sus ojos eran marrones con un punto de verde. Los labios se sentían cómodos en la boca. Apenas sonreía, mas se intuía que era de mueca infantil, de aquellos que inflaban antes las mejillas.

—Este es su hijo, Víctor. Desde ahora vivirá con nosotros —dijo Jehan de Dieu.

Vaugirard
14 de Brumario

Los gritos de los cerdos me despertaron en la madrugada. Me encogí, me tapé los oídos. «Déjame en paz», supliqué. El General los estaba descuartizando vivos; abajo, en el sótano. Era espantoso. Una auténtica carnicería. No había manera de armarse de valor ante aquello. El sufrimiento de esos animales me producía una inmensa pena.
Me hallaba en mi ratonera. Pensaba en todos esos niños de las alcantarillas. En Vincent y en Geneviève. También en los míos, en las largas horas que pasábamos juntos. Hacía tanto frío en «Los Errancis» que teníamos que dormir en sus tumbas vacías. Convivíamos con el hedor que dejaban los muertos. Nos jugábamos la vida. Los enterradores llegaban con el clatro y, al que sorprendían, lo sacaban a golpes; a veces hasta matarlo. Sólo así dejaban de gritar los cerdos en mi cabeza.
Fui a gatas hacia el pasillo, saliendo de la ratonera. Me puse en pie. Anduve escuchando a las sombras del pasado murmurando acerca de esta casa. Cambiaban impresiones de pared a pared, en unas voces armadas cuyas palabras no se distinguían. Sí, el dolor estaba vivo, forjado en el seno de esta familia desde hacía tiempo; se manifestaba todas las noches, en las horas de los cirios, cuando los muertos se levantaban. Me asomé. La puerta estaba entreabierta. Le vi allí, en la cama de aquel cuarto —el de la invitada— donde siempre hacía frío, incluso en verano; echado boca arriba, tapado hasta la mitad por una sábana holandesa, con los brazos fuera y los puños apretados, y el cuerpo completamente rígido. Miraba el techo como buscándose. Víctor estaba viendo las

llamas de la ira inmerso en una terrible melancolía. Tenía la misma expresión que el General. Hurgaba con los ojos entre el fuego sin respirar, quejándose en silencio.

—Emma —dijo una voz pesada. «Su voz».

Entonces me volví. Jehan de Dieu estaba a mi lado. En ese momento todo me dio vueltas y más vueltas al tiempo que las paredes parecían agrietarse. Tragué saliva deprisa. Mi corazón gritó.—¿Qué mal os hice yo, Señor? —le pregunté, destrozada por la tristeza.

El General me cogió por los hombros y me lanzó contra la pared.

—¿Cuándo empezasteis a odiarme? —le dije entre lágrimas.
Señor, cuánto me dolía. Intentaba pensar en los niños, pero esta vez no podían acallar los golpes. Vi mi sangre corriendo por la pared.—¡Por favor! —supliqué e imploré. Podía oler su carne vieja y maloliente. Se enderezaba con la excitación del que había esperado por mucho tiempo. Aplastó su cuerpo contra el mío. Sus manos se movían de arriba abajo mientras sentía su aliento entumecido adormeciéndome media cara. Me sobó el cuerpo. Sentía sus manos en mis pechos como brasas, subiendo y bajando, moviéndose de forma obscena hasta arrugarme la piel. Las heridas de mi espalda se abrieron; mi sangre le excitó aún más. Se bajó un poco el pantalón de punto, lo justo para que asomara su flácido y decadente miembro. Lo volvió a intentar; esta vez con más rabia. Empujaba y sudaba, pero no podía. Pegó un puñetazo a la pared. Levanté los ojos. Vi ese puño impotente clavándose en el corazón de Dios. Insistía a medida que ardía su cólera. Me dio la vuelta violentamente; me puso mirando hacia él. Parecía un anciano derritiéndose. Volvió a golpear la pared a la altura de mi oreja, esta vez lo hizo con la palma. Era imposible. Apretaba los dientes. Rugía. Constreñía fuerte. Pero por mucho que hiciera, el miembro no se le levantaba. En este punto se detuvo. Y por primera vez, me golpeó la cara. Una y otra vez. Hasta que de repente paró.
Miré de reojo, sintiendo el hilo carmesí descendiendo sobre mi pómulo. Entonces le vi. Contemplé a Víctor de pie, en el pasillo, mirándonos. Llevaba un camisón blanco. Jehan de Dieu retiró su cuerpo sudoroso. Lo apartó de mí. Se fue yendo en la humillación, tratando de cubrir sus inútiles partes, incapaces de cometer un solo acto sexual. La mirada férrea de Víctor lo estaba despedazando. No podía. Se subió los pantalones ceñidos, vomitó a la «bestia» por la boca y salió de allí. «Estaba a salvo».

Vaugirard
10 de Frimario

Dieron las siete. Alcé mis ojos. Estaba fregando la loza. Algunos platos se encontraban descoloridos; habían perdido toda su brillantez, al igual que toda esta cocina que iba camino de convertirse en una ruina. No podía hacer más por ella. Nadie se preocupaba excepto yo. Tampoco tenía la culpa de que la viera como parte de la prisión.
Le preparé al tirano su infusión de flor de naranjo. Tesifonte me había dejado sobre la mesa *Le Journal de l'Empire* para que se lo llevara todo conjunto en una bandeja de plata. Como de costumbre. «¡Oh! ¡No!», pensé de pronto. Ya está aquí otra vez la

niebla. Mis manos empezaron a temblar. Se me cayó el cuchillo. Golpeó la bandeja; su sonido retumbó en mis oídos. Creía que me iban a estallar…

VISIONS DE L'AVENIR. Entonces vi cómo todo lo que estaba a mi alrededor se deshacía; porque en el futuro no existirá. Sentí cómo el tiempo comenzaba a contar hacia adelante. La luz irrumpía desde el futuro. La loza se volvió polvo. Las paredes se desparramaron. Oía marchar a millones de botas hacia una gran guerra que emergía de las profundidades. Los soldados hablaban en muchas lenguas diferentes; la mayoría no podía entenderlas. Escupían sentimientos de odio y venganza contra los países de «Oriente». Me encontraba allí, en mitad de la campiña que estaba a punto de arder. Al inclinarme, vi a millones de rostros humanos hundidos en la tierra. Agonizaban. Pedían auxilio. La semilla del odio había estado siempre. Decíanse «Justos», mas no lo eran.
Me arrojé al suelo. Lloré avergonzándome de la humanidad. Levanté la cabeza al volver a escuchar todo aquel desfile de soldados franceses saliendo para defender Madrid. Todos ellos morirán. Los veía pasar delante de mí como esqueletos uniformados. «No habrá paz sino la guerra», gritaban. Los enemigos, Francia y España, marcharán juntos a combatir «La Muerte Africana».

La campanilla del tirano me sacó. Mi espíritu regresó a 1808. Me limpié las lágrimas como pude. Me apresuré a salir de la cocina con la bandeja en la mano, cuidando de que no me temblara demasiado. Continué por el pasillo. Tenía la escalera que llevaba a la planta superior a unos ocho pasos. Doblé antes hacia mi izquierda. Entré en el «Gran Salón». No pude evitar mirar a Pazuzu. Jehan de Dieu y Víctor se encontraban uno frente al otro, separados por una larga mesa de color ocre, forrada de un antiguo hule de corte aristocrático que era muy fácil de limpiar. Hacía tres días que la había comprado en el mercado del barrio. Me incliné sin mirarle a los ojos. Nunca lo hacía. Le dejé la infusión y después el diario, junto a la taza. Él lo cogió inmediatamente y empezó a abofetear las páginas. Me volví para marcharme. Víctor estaba triste.

Vaugirard
13 de Frimario

Nevaba. A las seis de la mañana, Tesifonte vino a buscarme. Me sacó de «la ratonera». Se iba volviendo mientras andaba para comprobar si le seguía el paso. El General lo había conseguido: por encima de su brutalidad y de todos sus crímenes, formábamos una familia. Una que no parecía real. Desde aquel incidente con Víctor, el tirano no había vuelto a ponerme la mano encima. Pero no me dejaba estar con él; me mantenía todo lo lejos que podía. Era la manera que tenía de controlarnos: a través de la distancia del uno y del otro. Aunque había cosas que se le escapaban. La música, por ejemplo. Desde la ratonera le oía tocar el Stradivarius. Así me quedaba dormida.

Estaba cerca de Víctor; podía sentirlo. Entré en su cuarto y me quedé contemplándolo. Se encontraba en la cama, tapado hasta el cuello, mirando como el que se ha perdido en el bosque. Le costaba respirar. Me di cuenta entonces: Tenía de salud delicada.
El General se encontraba con él. Había llamado a un médico de la Grande Armée. Un tipo alto, fuerte, de espalda ancha, con el cabello blanco y los ojos profundos; de nariz puntiaguda y mandíbula cuadrada. Traía con él un espeluznante estuche de cirujano que había dejado, completamente abierto, a los pies de Víctor. Advertí el destello de una sierra. Aparté inmediatamente la mirada. No quería que Víctor notara mi preocupación.
Entonces miré al monstruo. Víctor había obrado el milagro en él. Jehan de Dieu estaba preocupado. Entendí entonces que, a su modo, lo quería. Quizá más como discípulo que como sobrino; pero lo cierto era que le oí respirar, por primera vez, como un ser humano. Tenía los ojos entrecerrados, sufriendo igual que «los cristos». Se tocaba la barbilla. Estaba muy nervioso.
Busqué el violín. Lo encontré en la silla, manso, con lustre de virgen. El médico de la Grande Armée examinaba a Víctor. Le alzaba los brazos. Le ordenaba que sacara la lengua. El muchacho obedecía. Respondía al doctor con la voz afónica del enfermo. Con poca intensidad, susurrando las palabras. «Era hermoso». Toda la vida se había reencarnado en él. Me contemplaba como a su ángel. Yo quería acercarme, alentarle. Decirle que no tenía nada de qué preocuparse. «Vivirás; no hay motivo para tener miedo. Dios no ha comparecido, pero sí tu ángel», le dije con el pensamiento.

Vaugirard
14 de Frimario

Me levanté a las cinco de la mañana. Nadie me vio salir. El General no había llegado aún y Tesifonte vigilaba fuera. Me asomé a través de la ventana. Desde la planta superior le vi de pie, justo delante de la puerta, mordiendo una cebolla y escupiendo la primera capa.
Fui al cuarto de Víctor de puntillas. Empujé la puerta despacio y entré en su habitación. «Le vi». Los gritos de los cerdos no callaban en su cabeza; no sabía cómo hacer que se fueran. Miraba su Stradivarius con la piel de la carne caliente y los ojos ungidos en una profunda melancolía. Parecía completamente derrotado. Alguien le había traído agua, pan y dos huevos; seguramente el mismo Jehan de Dieu. Lo había dejado todo a su alcance, sobre una consola negra de arrimo, española, con patas de garra.

Víctor desvió sus ojos hacia mí. —Gracias —me dijo.

Parecía un adulto. Buscó la ventana con la mirada; no le habían retirado las cortinas. —Desde aquí no puedo ver nada —habló tristemente—. Todavía no he podido contemplar la luna. ¿Qué aspecto tiene? —me preguntó, con esa voz casi de hombre.

—Es como la noche. Luce igual en todas partes —le respondí.
—Me han dicho que mi madre se ahogó. ¿Es verdad?
—No lo sé —respondí sincera.
—No la conocí; nunca la esperé como madre —continuó diciéndome—. Frecuentaba la locura y su lengua se trababa cuando me regañaba. Dijo ser mi padre, pero sé yo que no

lo era. El hombre con el que se casó no era justo; desenvainaba con facilidad. Él hace mucho que murió.
—Sí.
—Tenía un perro. Le llamaba: Sanson, porque era pequeño pero fuerte. Ha muerto.
—Lo siento.

Solo podía ir asintiendo con la cabeza. Había en sus palabras instrucciones de cómo debía colocarse frente a la adversidad. El flequillo le caía largo y ondulado hasta los ojos. No se lo apartaba ni se lo hacía a un lado, como solía hacer yo. Tendría que molestarle, pero no me atreví a tocárselo. Sus manos se encontraban sobrepuestas; las apretaba y se hacía crujir los huesos cuando sentía confianza. Me parecía una criatura de otro mundo. Decía, culpándose: —Yo no le he hecho nada a Dios. He rezado y he dado las gracias. Pero yo no le he hecho nada. Si he puesto una piedra en su pundonor, pido perdón.
«Lo conocía». «Lo había visto antes». Esos ojos marrones llenos de conocimiento podían verme por dentro. Y yo podía verlo también a él. Se hallaba sentenciado por el tiempo. Víctor sabía que yo nunca me enfadaría con él, ni le levantaría la mano, ni le gritaría por algo que estuviera haciendo mal. Sabía que mi corazón se desviviría sin dudar porque nuestra memoria estaba unida. «Éramos huérfanos». Siempre lo fuimos. Desconocíamos el amor; lo buscábamos incesantemente a través del cariño. ¿Quién podría dárnoslo sino nosotros mismos?

Vaugirard
4 de Nivoso

La Navidad llegó a primera hora de la mañana. El invierno estaba resultando muy frío. Con mucho cuidado, me levanté para los quehaceres. Le preparé la ropa y el desayuno al vil. Me fui a lavar las sábanas y las tendí detrás. Los olores allí cambiaban; el hedor era insoportable. Tenía la rendija del sótano justo detrás de los talones.
A las ocho y media vi al «General» saliendo de la casa para la víspera de la «Navidad Bonapartista». Hoy, el águila sobrevolará toda Francia. Las legiones se vestirán de gala, con sus escarapelas tricolor, y después mirarán al cielo, donde verán allí a nuestro Emperador, «Le Juste». Los teatros se llenarán al igual que los restaurantes. Los ilusionistas harán todo cuanto esté en su mano para vender París al mundo; los mercados y las plazas se verán abarrotados. No hay nada más importante en el mundo que la Navidad.
Tesifonte tenía prisa por volver a su casa. Su mujer, Marie–Ève, le esperaba. Iba para monja, pero su padre no lo veía claro; fiel seguidor bonapartista como era él, la casó con uno que supiera controlarla. Los celos se lo comían vivo; iba de un lado a otro esperando a que cayera la tarde. Hasta las cinco no terminaba su turno. Le quedaba todo el día. Tenía que cuidar que no me acercara a Víctor. Iba a fracasar. Creía que no me importaba por ser el sobrino de Jehan de Dieu. Le vi correr hacia la caballeriza. Al poco salió a caballo; iba a echar un vistazo. No se fiaba de Marie–Ève. Me habían dejado sola con Víctor. Terminé de tender la ropa y, antes de barrer la casa, fui a verle.
Allí estaba, de nuevo en la cama. Tenía un poco de fiebre. Me puse de rodillas a su lado.

—Siempre he sido débil. Los niños se ríen de mí —me contaba desmoralizado.

Le cogí la mano. Él trató de incorporarse.

—Me dijeron: «Siempre que haya lluvia te debilitarás. Cuando haga frío te convertirás en un trozo de carne. Cualesquiera que sean las circunstancias, el ángel Gabriel estará esperándote al otro lado del puente, muy pronto. No llores, no vaya a ser que despiertes a las tinieblas que moran abajo» —me contó, prosiguiendo con la misma expresión de abatimiento—. Me dijeron también: «En la hora de tu muerte, el ángel no te oirá ni podrá verte. Estuviste desnudo en esta familia de lobos porque este no es tu lugar; tu sitio no está aquí, entre nosotros. Pero haré algo por ti, como padre tuyo que debo ser: mira, te daré este instrumento si logras sobrevivir. Haré venir a uno que yo considere y que te enseñará a tocarlo. Y en las noches frías, ya no sentirás más dolor que el que te produzca tu debilidad».

Me hizo el gesto para que le acercara el violín. Yo se lo entregué. Lo vi sujetándolo por el cuello.

—Voy a hacer que hables —le dijo, cariñosamente.

Al fin sonrió. Tenía el violín entre los dedos; eso le hacía muy feliz.

—Ayúdame, por favor —me pidió.
—¿Qué quieres que haga? —le pregunté, dispuesta.

Me señaló la silla en cabriola. Tenía allí su ropa: el calzón y la chupa en el asiento, con el arco del violín encima, y la casaca colgando del respaldo.

—Busca en el bolsillo de la casaca —me dijo.

Me levanté. Me di la vuelta. Anduve unos cinco pasos. Me incliné un poco. Busqué en un bolsillo; no había nada. Después, en el otro, saqué un frasco. Lo abrí. Exhalé sin querer un olor fuerte, penetrante.

—Coge el arco y empapa la crin de resina, por favor —pidió.

Le obedecí sin dudarlo, ciegamente. Toqué aquella varita con dos dedos sin soltar el frasco. La rocé para advertir su tacto. Quería sentir lo mismo que Víctor. Luego, unté esos mismos dedos en resina y los pasé por la cerda despacio. Se lo entregué de nuevo, empapado, y me senté para oírle tocar.
Él lo tenía en sus manos. Afinaba las cuerdas por quintas e iba ascendiendo hacia las graves. Lo sé porque me lo iba explicando. Yo no lo entendía; no sabía de qué me estaba hablando exactamente. Pero me presté de rodillas a aquel ser único. Estábamos creando un vínculo gracias al tirano: la monstruosa acción de separarnos no había hecho sino empezar a forjar nuestra unión. Me quedé allí y escuché todo su dolor a través de la música. Antes de que terminara, lo levanté de la cama y lo llevé abajo. Muy despacio. Se sujetó a mi mano con fuerza y salimos al pasillo. Me lo fui llevando hacia las escaleras. Una vez allí, cada peldaño se convirtió en una prueba. Suspiraba. Juntaba las rodillas. Se estremecía. Pero al igual que yo, Víctor era una criatura hecha para sufrir. Él mismo enderezó el cuerpo pese a su fatiga. Continuó. Sin soltarme la mano.

—Cierra los ojos —le dije.

Víctor inmediatamente obedeció. Lo hizo como yo, con una confianza extrema. Así entramos en el «Gran Salón».—Ya puedes abrirlos. Víctor tenía ahora ante sus ojos a un simple abeto enano adornado con unas pocas manzanas y nueces. Se encontraba apoyado en el canto de la chimenea, enfrente de la silla del General. Yo se lo había preparado todo. No era más que un tronco resinoso sin encanto que había encontrado tirado en el bosque, pero para Víctor se había transformado en un majestuoso Árbol de Navidad. La felicidad tomó su corazón. Sentía que le habían sanado las heridas que le acompañaron desde su nacimiento. Radiante, lo contempló con los ojos bien abiertos, en una lastimosa alegría. Gozaba con el árbol; quería tocarlo. Yo no me separé de él. Sentí que me pertenecía. Tenía unos modales que me fascinaban: no perdía nunca la compostura ni el tono. Miraba siempre a su alrededor observándolo todo. Se preocupaba de las pequeñas cosas. Temía que la mosca terminara en la tela de araña, que no hubiera libros en la casa, o que desde su habitación no se escuchara el canto de los pájaros en la mañana. Le encantaba meter las manos en el agua y dejarlas allí un buen rato. Le gustaba mucho hablar. El orden en sus palabras era perfecto. Las pronunciaba peinándolas, acariciándolas, sin apresurarse. La verdad es que oírle hipnotizaba. No tenía miedo. Sabía cuál era su ubicación en el mundo; comprendía su situación. Por eso mismo, cuando sentía el sol en la cara, aunque fuera un instante, lo disfrutaba. Víctor era de ese tipo de personas capaces de unir a toda una familia desunida: el faro de los que se perdían en la penumbra. No se me olvidará jamás aquella noche: «la noche que hizo recular al monstruo». Me lo llevé arriba. Más tarde le preparé un caldo. Me quedé junto a él y lo contemplé hasta la aurora.

Vaugirard
5 de Nivoso

Me encontré con los brazos sobre la cama y las piernas en el suelo. Apreté los ojos con fuerza. Me surgió un bostezo. La cortina traslucía la claridad. Era tarde. Me había pasado toda la noche en la habitación de Víctor. Me dolían las piernas; sobre todo las rodillas, las tenía heladas. Inmediatamente pasé la mano repetidas veces por mis ojos para desprenderme de las legañas. Miré a Víctor. Dormía de modo que parecía estar atado; sin el dominio de la respiración, la cual cargaba un aire pesado, como contenido. Creí conveniente dejarlo dormir. Era sábado. No había un solo ruido en la casa. Después de terminar la fiesta, organizaban bailes de máscaras en privado. La Grande Armée se había convertido en la «nueva nobleza». El General acostumbraba a quedarse hasta el final. Era el único que no había podido contraer matrimonio; algo insólito, una desgracia para la alta sociedad. Pero esa debía ser la maldición que las viudas ricas de la guerra no dejaban pasar por alto. Por eso le huían.

La mañana iba a ser fría, tanto como la noche. Me dispuse a encender la chimenea. Cuando me recuperé del sueño, tras unos segundos de aturdimiento, me puse en pie y besé la frente de Víctor. Entonces salí corriendo, descalza, por el pasillo. Me detuve frente a la habitación del General. La puerta estaba abierta y el cuarto vacío. No pude reprimirme. Puse un pie dentro; en aquel espacio comprimido por los muebles, sin un solo Cristo en la pared porque el General era profundamente ateo. Agudicé los ojos en cada pieza del ajuar. Suspiré profundamente. Ya no pensaba en huir. Continuaba vagando en esta siniestra y macabra pesadilla; solo que ahora no estaba sola.

Bajé las escaleras deprisa, entré en el «Gran Salón» y enseguida me di cuenta de que no quedaba leña. Me puse a buscar por todos los rincones. Estuve así casi una hora. Seguí buscando, pero lo único que quedaban eran unas cuantas ramillas que hallé junto al estante. Tenía que salir al bosque. Ni lo pensé. Lo único que importaba era que Víctor encontrara la casa caliente cuando despertara. No me entretuve en el dolor que le iba a infligir a mis pies. Ciertamente me daba igual. Sin perder más tiempo, me dirigí de nuevo hacia el pasillo, anduve unos pasos, abrí la puerta y abandoné la casa.
Tal y como esperaba, nada más salir, me encontré la tierra escarchada. El vapor salía de mi boca. Tiritaba de frío bajo el vestido de muselina. Cerré la puerta. Anduve frotándome los brazos. Seguí avanzando sin levantar la cabeza. Me dolían los pies. Mis ojos se tornaron velados; al separar los labios los sentí duros, el rojo iba cambiando poco a poco hacia el morado. Pasé por delante del granero. Ahora lo veía lejos, oscuro y sombrío, como salido de la imaginación. Levanté los ojos, busqué los árboles. Los vi detrás, bañados en una luz fascinante. Los rayos surcaban los troncos exaltándolos en el amanecer. Entré en el bosque. Anduve por su senda. Recogí algunas ramas, pero estaban demasiado húmedas, así que las tuve que volver a dejar. Me quedé quieta, con un terrible dolor en las plantas y en los dedos de los pies. No lo había pensado. El suplicio hacía que se me cerraran los ojos. Llegué hasta la mitad del camino. Ya no podía más. Me había alejado demasiado. Oía el repicar de mis dientes mientras me tambaleaba de derecha a izquierda. El bosque estaba demasiado silencioso. En ese momento parecía haber adquirido el aspecto de un cementerio. Retrocedí. Comencé a volver sobre mis propios pasos. Me di la vuelta con la intención de regresar a la casa. Entonces vi que al fin me había encontrado. No podía creer lo que veían mis ojos por nada del mundo. Lo tenía delante, después de tantos años. No había cambiado un ápice. Seguía siendo alto y seco. No había perdido la luz aguda en aquellos ojos verdes. Tenía el mismo corte de pelo, corto y blanco. La faz seca, sin un solo pelo. Tampoco había perdido aquella solemne apariencia de «hombre santo». Lo recordaba exactamente igual; parecía no haber envejecido un ápice. Incluso llevaba la misma ropa sobre su piel albina: un hábito negro de botones dorados completamente ceñido al cuerpo. Quise abrazarle. Deseaba hacerlo fervientemente. Yo era un pájaro enjaulado y él había vuelto a abrir mi jaula. Pero al contrario que yo, él no manifestaba alegría por volver a verme. Se mostraba sereno, distante, con las emociones controladas. Respiré hondo.
—Abel —le dije, pronunciando su nombre con dolor.
—Niña, te has hecho fuerte. ¿Cómo estás?

No sabía qué y cómo responderle. La claridad desapareció de repente. Su rostro tenía unas facciones impropias de un ser humano. Parecía encerado. Aun así, quería llorar. Arrojarme a sus pies cuadrados. Él se quedó pensativo. Esperaba mi respuesta, pero esta no llegaba. Se decidió nuevamente a hablarme:

—¿Pensaste en lo que te propuse? —me preguntó.
—¿El qué? —No recordaba.

Habían pasado muchos años de aquel siniestro, durante los cuales pensé que eran los últimos de mi vida.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté, con una postura de incredulidad.
—Siempre he sabido dónde estabas —me soltó, hiriéndome profundamente.

Mi rostro proyectaba desesperación. Mis pies se estaban lastimando. Quería seguir la conversación en casa. La expresión de Abel continuaba siendo antinatural. Con algún que otro gesto parecía como embobado.

—Si dices que sabías dónde estaba, entonces, ¿a qué has venido? —le pregunté. Temblaba.
—He venido a buscarte —dijo con rotundidad.

Aquella respuesta me sentó como un dolor de estómago. Estaba ahí, quería arrancarme ese dolor, pero si lo hacía moría, porque dejaba a Víctor. Y en su estado no podía llevármelo conmigo, al menos por el momento.

—¿Has tomado una decisión? —me insistió ahora, acercándose más.
—Te ruego me dejes más tiempo —fue mi respuesta. Seguía sin saber a qué se refería.
—Llevo siete años esperándote —estaba dolido.
—¿Siete años?

No lo soportaba más. Mientras, él seguía acercándose con temple de estatua.

—Lo has olvidado. ¿Cómo has podido? —dijo, esta vez con aire de desprecio.
—No sé de qué me hablas —dije retrocediendo. Quería que se marchara.
—Allí en el muelle, cuando te ahogabas en un charco de sangre, te pregunté si ibas a ponerte de nuestro lado o, por el contrario, del suyo.
—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa todo esto?

Ciertamente no me acordaba de nada. Él me había proporcionado vida cuando el General me dejó tirada en las alcantarillas de la prostitución para que hicieran de mí una fulana. Abel me había rescatado sin hacer ninguna pregunta. Después del séptimo hombre, ni uno más volvió a acercarse. El octavo, el noveno, el décimo… Todos prefirieron otras mujeres cuando yo era la más joven. Tenía que preguntárselo:

—¿Abel? —Empezaba a dudar de quién era él realmente.
—Tengo muchos nombres. Este carga con la culpa y muerte de Abel, hermano de Caín—respiró fuego—. En verdad te digo que yo soy un ángel. Dios me llamó Gadreel.
—Eres un loco —le dije, apartándome de él.
—Si lo deseas, puedes dejar de temblar. En realidad, no tienes por qué sentir frío. No eres de este mundo. Eres «la elegida».
—¿Elegida para qué? —Empezaba a odiarlo.
—Para matar a Satanás —respondió con solemne rotundidad.
—¡Estás chiflado!

No le creí. De repente levantó la cabeza. Puso sus ojos verdes sobre la casa colonial. Acto seguido abrió los brazos. Un terror desconocido me sacudió todo el cuerpo. Inexplicablemente, le amanecieron dos alas a su espalda. Eran enormes, doradas, resplandecientes. Su cabeza quedó completamente bajo el brillo del metal. De repente se encendieron. Sobrevoló mi cabeza. Creo que pasó rozándome. Sentí toda su furia en un viento que me hizo inclinarme. Le vi atravesar medio bosque en un segundo. Había sentido la presencia de Víctor. Temí por él.
Saqué fuerzas de donde no las había y me puse a correr en dirección a la casa. Iba a por Víctor. No sabía yo con qué fin. Pero no iba a poder alcanzarle. La escarchada era dura,

dolorosa y cortaba. Sentía los latigazos en las plantas de mis pies. Me avasallaba toda la sensación de impotencia, pues no iba a lograrlo. Me caí. Me di la vuelta sin llegar a levantarme del suelo. Pegué ambos codos y rompí a llorar como una niña asustadiza, tapándome el rostro entre los dedos bien abiertos, tensionados por el desgarro. Pero de pronto, una extraña ira me poseyó. Apreté los dientes. Dejé de temblar al instante. Puse las manos en el suelo, me impulsé hacia adelante sin la necesidad de doblar las rodillas. Corrí; primero con los pies casi juntos, de manera torpe; después separados, con gran zancada. Seguí corriendo. Observé el granero. Corrí, corrí, corrí, y entonces me puse a volar. Todo mi cuerpo se difuminó en una sombra negra que se elevó hacia el cielo, la cual atravesó viento y pared. No sé cómo lo hice. Había pasado de estar echada en el bosque a interponerme delante de Gadreel en la habitación de Víctor. Con actitud apabullante. Todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Márchate, Gadreel —le amenacé.

Me asusté. Durante un segundo creí que iba a desmayarme. Estaba aterrorizada. Las manos me temblaban. Víctor se encontraba a mi espalda. Mi irrupción lo había despertado. Todo lo que estaba viendo al abrir los ojos era a mí, interponiéndome en su final.
Oí al General llegando a caballo. En realidad, todavía se encontraba lejos. Pero podía escuchar los relinchos a muchas leguas. También a Tesifonte. Venía por el otro extremo. Había dejado atrás toda la calle de la Bourgogne. Llevaba consigo un arma que acaba de utilizar. Olía la pólvora.

—Él es nuestro. Todos son nuestros —amenazó Gadreel.

Mientras, yo me mantuve firme. Con los pies molidos, di un paso al frente. Soporté el dolor que retornaba a fuego lento. No le aparté la mirada, esperando a que hiciera algún tipo de movimiento. En efecto, uno a uno se fue desabrochando los botones de aquel extraño hábito que le vestía.

—¡¿Qué ocurre?! —preguntó Víctor, muy asustado.
Yo me pegué a la cama. Víctor se aferró a mi brazo. Gadreel metió la mano en el hábito. Cuando lo abrió, dejó entrever un cuerpo que parecía haber sufrido un gran tormento. Iba mirando hacia arriba y veía láminas sueltas parcheadas, incrustadas en luz difusa. Parecía un herido de guerra. De repente, hizo un extraño gesto con los dedos. De la nada fue descubriéndonos lentamente una espada endemoniada de hoja larga presentada en una empuñadura de plata con la efigie de un dragón. Con gran terror, seguí todo el recorrido de la hoja hasta que la sostuvo presta en la mano. Luego, vino hacia nosotros con una nueva expresión oscura.
Sentía los dedos de Víctor clavándose en mi carne. No iba a apartarme. Acorralados, esperamos a que llegara. Lo hizo con la intención de partirme por la mitad. Apresuró el paso, levantó la mano que empuñaba la hoja y la dejó caer sobre mi frente. Pero no me moví. Me quedé de pie, esperando la muerte. Cerré los ojos y sentí todo el peso de la caída. Víctor gritó. Después, pasó un segundo. Abrí los ojos. Vi el filo de la hoja paralizada entre mis cejas. Gadreel no había podido hacerlo. Se había quedado a un soplo. Entonces se oyó la puerta. Jehan de Dieu había alcanzado la escalera y su paso marcado se estaba clavando en cada peldaño. Había regresado.
Gadreel fijó su mirada en mí. Hizo lo mismo con Víctor. Se separó de nosotros sin dejar de apuntarnos. El tirano venía hacia la habitación. Se encontraba en el pasillo superior.

Escuchaba la fuerza con la que caían sus botas. Gadreel se dio la vuelta. Fue hacia la puerta. Por un momento parecía que iban a encontrarse cara a cara. Llegó al umbral. Salió de la habitación al mismo tiempo que Jehan de Dieu entraba rápidamente. Ambos se ignoraron.
El General se detuvo ante nosotros. Nos había visto juntos. Los celos empezaron a ahogarlo. No pensé en ninguna excusa, no la había; le quería, lo necesitaba. Me había entregado a él y ya no tenía intención de escapar de aquel infierno. Víctor había hecho de mis tinieblas la luz más deslumbrante. Tampoco esperaba que lo entendiera. Jehan de Dieu estaba contaminado por la ira. Se quedó inmóvil. No nos quitaba ojo de encima. En ese instante le vi pálido, enfermo; la luz de sus ojos se estaba apagando. Veía en nuestra unión claramente su derrota. Esperé al monstruo. Los segundos me parecieron infinitos. Me preparaba para lo peor. Podía verlo en sus ojos. La llama se despertaba en aquel semblante constreñido por el que corrían las facciones marcadas del asesino. Sin embargo, no hizo nada. Ni siquiera un ademán de acercarse. Abandonó la habitación en silencio, frío como el hielo, como alma en pena. Aquel momento se hizo eterno. Víctor y yo nos habíamos quedado solos con la alegría congelada en el rostro. Entonces, pacientemente, me dispuse a salir de la habitación; cuando de repente sentí su mano cogiéndome los dedos.

—¡No te vayas! —me suplicó Víctor.

Me di la vuelta en lo que tarda un suspiro. Observé su alma. La vi desahuciada, enmarañada de raíces oscuras que le producían mucho dolor. Me acercé despacio. Él guardó silencio. Sentía que me tenía como su pedestal. Se produjo un momento de conexión. Fui hacia él. Abrí mis brazos y vino a mí. Me abrazó con todas sus fuerzas; podía escuchar los latidos de su corazón. Tras una pausa, me esforcé en salir de la habitación. Dejé a Víctor allí y, cojeando, me dirigí al pasillo. Puse un pie, después arrastré el otro. Doblé la esquina del marco. Avancé un paso más hacia la escalera. De pronto, sentí la mano de Jehan de Dieu cayendo sobre mi cabeza. Grité.

—¡Déjala! ¡Déjala!

Es lo último que oí antes del impacto. La voz de Víctor suplicándole que me dejara. Me agarró por el pelo, clavó sus dedos hasta la raíz y después me arrojó a los escalones. Todo daba vueltas. La espiral se hacía enorme. Sentía frío por todas partes. El cuerpo me ardía, el dolor era terrible. Los golpes retumbaban en toda la casa. Me dejaban sin aire. Rodaba. La luz se tornaba sangrienta. Su destello crecía en mi oscuridad. Hasta que me detuve; encogida en la sombra, desdibujada en una media luna, con la boca llena de sangre y el índice diestro dislocado. Pero no lloré. No derramé una sola lágrima. Tampoco me compadecí, porque era un nuevo comienzo. Me estaba acostumbrado a morir, una y otra vez. Había vivido toda la vida engañada creyendo que le temía. Pero ahora ya no. Mi odio había hecho desaparecer todos mis miedos. Acababan de morir por última vez, todos, en esa escalera.
Apoyé la única mano que podía, doblé las rodillas, me impulsé a un lado. Poco a poco fui cambiando de postura lanzando gritos, rabiando de dolor. Arrastrándome hacia adelante, logré asentar una parte del cuerpo para poder descargar mi fuerza. Desde el suelo, me incorporé con la rigidez de los muertos que pueblan mis visiones. En un ataque de furia clavé el codo resistiendo todo el dolor de mis huesos y, entre calambres, me puse completamente de pie. Le miré fijamente a los ojos, «sí, le miré». Su rostro se encontraba aún en lo alto. Aquel placer que rezumaba de sus ojos endemoniados había

desaparecido por completo. Ahora quedaba la mirada aterrorizada de un viejo decrépito que estaba mucho más cerca de la muerte que de la vida. Regresé al granero.

Vaugirard
16 de Nivoso de 1809

Austria nos declaró la guerra. Lo que hizo que Bonaparte tuviera que regresar a Francia dejando al mariscal Soult al mando del ejército en Elviña, al noroeste de España.
Los lazos de sangre que unían al General Jehan de Dieu con los austríacos le obligaron a tener que acudir muchas veces al Palacio de Fontainebleau por petición expresa del propio Napoleón. Desde allí, Jehan de Dieu escribía las cartas y nuestro Emperador se las hacía llegar al archiduque Carlos a través de los valientes exploradores de la columna del norte de los Alpes. Estaba muy ocupado y lejos de casa. Un regalo. Amanecía. La luz encendió el granero. Dormía de pie, ligeramente inclinada hacia adelante, con los ojos abiertos, petrificados en la miseria, como cualquier estatua de ángel que abunda en los cementerios. Estaba cambiando. Podía sentirlo. Algo en mi interior removía mi alma. Giré el cuello, ladeándolo hacia el cielo. Algo despertó de repente mi curiosidad. Eran los ruidos. Uno de ellos provenía de un hombre inocente al que habían empalado en este mismo lugar hacía como unos quinientos años. Rascaba la madera con las uñas rotas, vomitaba sangre. El único crimen que había cometido era el de negarse a declarar en contra de sus hermanos. Había muchos espíritus aquí. Al principio les tenía miedo. Luego ya, el miedo se destruyó. Todos hablaban de «El Inquisidor». Me lo gritaban al oído.
Sin ánimo, salí del granero. Dejé la puerta abierta. No había motivo para temer lo más mínimo. El General no estaba, y Tesifonte, al parecer, había sido despedido. No había vuelto a verle desde el día que se marchó a vigilar a su inquieta esposa. Por lo que subí a ver a Víctor. Se encontraba mejor, ya caminaba recto. Despacio, y con ganas de sentarse pronto. Philippe, el médico de la Grande Armée, lo había estado visitando tres veces por semana en ausencia del «tirano».
Llegué a la casa. Fui directamente hacia las escaleras. Entonces percibí algo al final del pasillo. Víctor estaba arriba, seguramente todavía durmiendo. No se trataba de él. Sentí que aquella presencia cercana también me había notado. Había llegado sigiloso, con pasos cortos, durante la luna creciente. No se había apartado de las sombras de la casa. Subió por las escaleras, puso sus pies en la estancia superior y avanzó hasta la habitación de Víctor. Pero no se atrevió a entrar. Lo contempló mientras dormía, y después, volvió a bajar deslizándose, sin tocar el suelo, dirigiéndose hacia la cocina.
Le seguí el rastro. Esperaba encontrarlo en actitud hostil. Empujé la puerta de la cocina y lo vi allí, mansamente sentado con los brazos caídos y la mirada perdida.

—El niño va a morir —dijo Gadreel.
—No te creo —repliqué inmediatamente, pero temiendo que dijera la verdad.
—Tampoco me creíste cuando te dije quién eras. Y mírate. Volaste como cualquiera de nosotros para protegerlo.
—¿Qué eres realmente? —le pregunté.
—Lo mismo que tú. Fui una lágrima que se levantó del suelo destinada a ejercer un cargo. Antes de caer, era un «Ángel de Dios» —me confesó.

Gadreel se sentía profundamente decepcionado.

—¿Dios existe? —repuse.
—¿Cuál de ellos?
—¿Acaso hay otros?
—En la Tierra no. Aquí solo existe su religión —hizo una pausa prolongada. Levantó aquellos ojos verdes, y continuó explicándome—. Es «La Raza».
—Dices que Víctor va a morir —le dije. En este punto era lo único que me preocupaba.
—Apresúrate. Tienes siete días.
—¡Pero se encuentra mejor! ¡Puede caminar, está más fuerte! ¡Vuelve a tocar con frenesí!
—Está maldito —replicó Gadreel—, y todo lo que está maldito no llega a la pubertad.
—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué no pudiste matarme?
—Tenía preguntas. —Si lo hubiera hecho, se hubiera cumplido el plan de lo que llamáis Dios —cambió de tono. Ahora "pasaba" por un ser humano—. ¡Debes venir con nosotros! ¡Ayúdanos, Apolión!, porque ese es tu verdadero nombre. Él te lo puso.
—Mientes —le acusé, alejándome nuevamente de él.

Me fui corriendo de la cocina, conmovida por el futuro de Víctor. Sentía que Gadreel decía la verdad, pero no confiaba en él. Aunque lo cierto era que Víctor no terminaba de recuperarse, pensé, en el tiempo en que retornaba aquella sensación de querer escapar del tirano lo antes posible y para siempre.

Vaugirard
17 de Nivoso de 1809

«Siete días». Éramos libres, el corazón nos abrasaba, la paz por fin se encontraba en esta casa. No había más reproches. Ninguno de los dos nos echábamos la culpa de nuestra desgracia. Parecíamos uno solo invocando a la vida. Corríamos hacia el amor con los ojos cerrados, como dos almas desbocadas esperando el estallido. Y, sin embargo, «siete días». Llamé a su puerta. Me quedé de pie, a un lado, esperando a que despertara. Levanté la mano, acaricié el marco con los dedos. En ese momento caí en la cuenta de que todas mis heridas estaban sanando. «¿Qué era yo?», no pude evitar preguntarme. «¿Acaso era un ángel u otro tipo de criatura caída como decía Gadreel?». Ciertamente no lo sabía. Tampoco es que me importara. Mi único deseo era quedarme en esta vida, junto a Víctor. Él era en verdad lo único que me había faltado siempre. Corrí las cortinas. Pero era invierno. El sol no se iba a levantar. —Buenos días.
Apenas había abierto los ojos supe que había vuelto a decaer. Me saludó adormilado, sin fuerzas. Me acerqué, le puse bien la almohada y le besé una mejilla. El doctor de la Grande Armée, Philippe de Marigny, le había dejado a Víctor una botella de *Pinot Noir* mezclada con aceite de ricino. También un poco de opio. Era lo que mejor sabía para combatir aquella enfermedad mortal que se estaba llevando a Víctor con cada ataque: el asma.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.
—Mal —me dijo. Tenía los ojos vidriosos.
Traté de no derrumbarme en su presencia. No podía contárselo.

—Esta vez no voy a mejorar.
—¿Eso te ha dicho el doctor? —le pregunté molesta.

Víctor encogió los hombros. Le faltaba el aire.

Cogí la botella de *Pinot Noir*. Esta era un Gevrey-Chambertin. El doctor Philippe había escogido la bebida favorita del «General» para curar a Víctor.

—¿Cómo es la ciudad? —me preguntó fascinado.
—Podrás verla con tus propios ojos —le contesté. Mentía. «Él no puede salir», me dije inmediatamente.
—Cuéntame —me dijo—, llévame a algún sitio.
—¿No quieres comer algo?
—No tengo hambre.
—Deberías comer algo —le insistí, desconociendo aquella enfermedad.
—No puedo.

Tosió. Era una tos hueca. Rápidamente le acerqué el trapo para que pudiera escupir. La saliva era amarilla. Tenía los ojos muy hinchados. Me senté en la cama. Víctor se hizo a un lado para dejarme hueco. Puse mis manos entre los muslos. Él se dio cuenta enseguida. Mis dedos estaban rectos, finos, orgullosamente erguidos, sin un solo corte.

—Cuéntame —me insistió. Sonaba como taponado.

Le miré fijamente. Me ahogaba. Su pronto destino me estaba matando. Desde que llegó, sentí que la otra mitad de mi alma habitaba en su cuerpo. Él no se daba cuenta; solo era un niño. Apenas sabía por qué tenía la sensación de que me conocía. Temía quedarme sin tiempo para descubrirle. Siete días significaban nuestra separación. No iba a poder soportarlo. Suspiré. Tragué saliva. Y comencé a transportarlo:

—¿Oyes eso?
—¿El qué?
—Es la flauta de la mañana. El sol descansa sobre la tierra. Tú y yo, como uno solo, caminamos por el declive del Champ-de-Mars. Llevas puesta la casaca azul y el violín en una mano. Sonríes. No hace frío. El invierno ya no existe. Se ha ido, y al igual que el dolor, ya no regresará jamás. Respiras tan profundamente el aire de ese cielo azul que, al cerrar los ojos, casi tropiezas con uno de esos hoyos que ocultan los restos de los sentenciados. Pero yo estoy a tu lado. Y no permitiré que caigas. Marchamos como un ejército. Abandonamos para siempre esta maldita casa.
—Hablas bien. ¿Sabes leer? —me preguntó con los ojos entrecerrados.
—No.
—¿A quién te confiesas?
—No me confieso.
—¿No tienes ningún amigo?
—No.
—¿Y tu padre y tu madre?
—No hubo.
—¿Murieron?
—No lo sé. No los recuerdo.
—Es triste. Continúa, por favor. ¿Dónde nos encontramos ahora?

—En Sèvres, entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, niños y soldados; entre fervientes bonapartistas. En el mercado, tan grande como una ciudad. ¿Hueles eso, Víctor? Es queso de Brie.
—Sí —respondió, siguiéndome el juego.
—Seguimos ascendiendo en dirección al sol. Estás contemplando el mundo. La gruesa mujer del comerciante hace volar la tela de lana por encima de las cabezas de sus clientes. Mientras tanto, el esposo cuenta las monedas y sonríe. Del puente de Saint-Michel bajan los niños huérfanos entregados al pillaje. Las miradas de los comerciantes van de un lado a otro, temiéndoles. A nuestra espalda, los insultos dan paso a los gritos, los cuales se oyen en todas partes. A los niños huérfanos no se les puede parar cuando el hambre les ataca. Escaparon de sus cuidadores y se echaron a las calles fascinados por el nuevo mundo. Sin embargo, al poco de esto, se tuvieron que resignar a las cloacas. Los agentes los buscan —hablaba y, mientras lo hacía, pensaba en Vincent y en Geneviève—, pero no pueden encontrarlos. No tienen más que andrajos. La claridad no les toca lo suficiente. Pese a todo, se hacen fuertes en su desgracia. Se les conoce como «los niños de las alcantarillas». Así los llaman.
—Pobres —suspiró Víctor.
—Sí. Ellos dicen: «Ahogan las campanas desventuradas que no suenan para los muertos, los tambores yacen bajo el agua, el corazón hace tiempo que no late, los reinos se adueñan de las almas; pero si te quedas a mi lado, te descubriré el sol y las montañas, y el cielo volverá a ser azul de nuevo. Pero si te quedas a mi lado, el rocío no abandonará la mañana, y donde nos separaremos volveremos a encontrarnos. Cuando el puño aprieta, los difuntos se levantan; juntos recogen la bandera de los muertos. Dejarán de llover lágrimas y nos abrazaremos. Caminaremos juntos con el sol en alza por la melodía de los que están muertos».
Víctor me cogió la mano. Me miró. Por un momento sentí que podíamos reconocernos. Tantos siglos separados, hemos estado perdidos como continentes entre la niebla, repudiados por océanos de tristeza. «¿Quién eres tú realmente?». «¿Quién soy yo?».

—¿Dónde estamos ahora? —me pregunta.
—En Notre-Dame —le contesto, conteniendo las lágrimas.
—¿Cómo es?
—Imponente; de camino hacia el cielo, hermosa y majestuosa, erigida desde el templo de Júpiter, orgullo nuestro, reconvertida en «Templo de la Razón» durante la Revolución. Situada al este, mirando hacia el oeste, por encima de la plaza en el punto donde todos los caminos llevan a París desde su catedral.
—Es hermosa —dijo, visualizándola.
—Lo es —afirmé.

Me tumbé a su lado. Dejé mis ojos bien abiertos. Estábamos solos. Ningún alma nos podía sorprender. «Alma». Me levanté de súbito. Salí, bajé las escaleras, entré en el «Gran Salón». Tenía la sensación de que Pazuzu me observaba. Llamé a Gadreel. Grité su nombre con todas mis fuerzas. Me volví hacia la mesa color ocre. Gadreel estaba ahora ante mí, de pie, sobrenatural, como siempre. Se acercó de manera espeluznante. Lo veía cada vez más alto.

—¡Dime cómo puedo salvarlo! —le imploré.
—No puedes.

Tenía que suceder. Aquellas habilidades que estaban amaneciendo súbitamente en mí no iban a aceptar una negativa. La expresión de mi rostro empezó a cambiar. De repente se sentía dominado por la angustia. Estaba fría, pálida. Necesitaba urgentemente una bocanada de aire. Luego levanté los ojos y miré a Gadreel. Vi cómo mi presencia hacía retroceder su enorme figura espigada. Su energía comenzaba a arrastrarse fuera de la casa. Estaba aterrorizado. Mi sombra pesaba sobre él; no había forma de que pudiera escapar de mí.

—DIME CÓMO PUEDO SALVAR A VÍCTOR —le ordené, con la voz del trueno y el semblante del relámpago.

Me incliné sobre él como un gigante alado. A sus ojos era enorme, fuerte, sobrenatural. Él caía hacia atrás. Se torcía resoplando. Partió la mesa por la mitad. Movió el cuello bruscamente hacia un lado tratando de lanzar algún objeto contra mí, pero sus intentos se quedaron en nada porque mi sombra lo estaba aplastando. Entonces gritó:

—¡Es la ley! ¡No podrá unirse el alma con el espíritu si en el alma abundan los prejuicios! ¡Solamente con que una establezca la unión con el espíritu y se presente en el reino corrompida por las «Siete Potestades», ya estará consumado el mal en todos los cielos libres del universo!

Oí algo. Me parecieron susurros guturales. Se trataba de chillidos agitados, muy cortos, semejantes a los de un escarabajo. Eran horrorosos. Gadreel también los estaba escuchando. Miraba a un lado y otro desde la profunda brecha que había causado la caída de su cuerpo. Fui cuidadosa al volverme. Lo hice muy despacio. Cada uno de esos sonidos era una amenaza.

—No puedes salvarle. Pero puedes reunirte con él. Solo tienes que venir con nosotros— me dijo, sin poder levantarse del suelo.

En el instante se encendieron cientos de ojos rojos, grandes y ovalados; exactamente igual a la polilla. Dudaba de la realidad en la que me encontraba. Estaban por todas partes, se pegaban a mí, apretujándome. Ahora podía verles, podía ver a todos esos «hombres polilla» de pie, escondidos en la oscuridad, esperando en silencio a que ocurriera «algo». Eran altos y sigilosos, un poco jorobados, vestían completamente de negro; parecían estar durmiendo. Pero no era eso. Hibernaban a la espera de terribles acontecimientos.—¡¿Qué es lo que queréis?! —les grité desesperada, intuyendo claramente que estaban aquí por Víctor.

—¿Tú qué crees? —dijo Gadreel, confirmando lo que pensaba.
—Segadores de almas —susurré.

Me puse en marcha con un sobresalto. Tuve que abrirme camino entre todas esas cosas muertas de las que afluían todo tipo de resentimientos contra el mundo. No lo soportaba. Jadeaba mientras trataba de alcanzar la horrenda figura de Pazuzu, que seguía quedando junto al sillón preferido del «tirano». Olían a muerte. La lentitud con la que avanzaba era exasperante. Pero no había tiempo que perder. Habían venido a llevarse a Víctor. Estaban esperando a que muriera. Me dolía la cabeza a causa del tremendo esfuerzo. Logré salir del «Gran Salón». Enseguida me topé con esas columnas negras en el pasillo. También los había en la escalera que llevaba a Víctor.

Aparentemente no hacían nada. Ni siquiera me miraban. Puse los ojos en uno de los rostros. Además de sus ojos rojos, resaltaba un pico curvado de color negro; era largo y vigoroso. Permanecían inmóviles por toda la casa. Tenía que ir apartándolos. A cada paso que daba extendía los brazos, buscando el hueco con los dedos juntos, en el tiempo en que trataba de no hundirme entre todas aquellas chaquetas oscuras que caían lisas hasta el suelo. Podía escuchar constantemente aquel sonido irritante del escarabajo que hacía estremecer sus picos. Sentía en todo momento su cerco. Me acosaban de una manera hipnótica. Despertaban una brisa gélida que producía algún tipo de efecto en mí, pues me dejaba completamente pálida. Se encargaban de que todo a mi alrededor estuviera oscuro.
Nada más entrever la barandilla me lancé a por ella. Dejé caer mi mano sobre la madera como una garra y me impulsé hacia delante dejando atrás a unas cuantas de esas alimañas. Cuando llegué a la escalera los vi de la misma manera. Se encontraban nuevamente comprimidos, ocupando todos los escalones a propósito, de modo que no me quedara espacio para subir. Pero se trataba de la vida de Víctor, una situación crítica. Y esas cosas no iban a llevárselo. Me lo juré. Así que fui ascendiendo encogiéndome, adelantándome a ellos; gritaba y me retorcía sobre el vientre de esas criaturas, me escurría, pasaba entre las espaldas. La angustia comenzó a manifestarse; estaba empapada en sudor a través del asfixiante camino que me iba labrando con mis propias manos. Al fin logré poner los pies en el pasillo superior. En el mismo escenario, con todos los «segadores» haciendo cola para entrar en la habitación de Víctor.
Deslicé la mano. Continué con los ojos llorosos y la boca muda de sufrimiento. El silencio lo copaba todo. Estaban gestando la muerte. Inhalaban el sufrimiento de Víctor a través de sus ojos. Solo se oía mi respiración. Finalmente pude infiltrarme. Me colé en la habitación y me quedé en la puerta, tras todos esos enormes humanoides que se encontraban de espaldas a mí. Estiré el cuello mas no podía verlo. Anduve, pues, como el errante. Temblaba, a la espera de encontrarme con algún nuevo peligro. Atravesé todo el cerco que habían preparado para dejarse caer sobre Víctor en cuanto expirara. Me planté delante de la cama, ahora con todo el ejército de humanoides detrás.
Lo contempló. Seguía medio dormido. No le habían atacado. Parecía a salvo, pero respiraba mal. Peor que cuando lo dejé. Entonces miré a mi entorno. Cuando me di la vuelta ya no estaban. Aquellas criaturas habían desaparecido de mi vista, pero seguían ocupando la casa. Corrí rápidamente. Me dirigí pasillo abajo, hacia la ratonera. Entré como un «huracán», me lancé de rodillas y fui apartando todo lo que tenía delante en estado frenético. Pronto salieron los veinticinco francos que buscaba. Regresé a toda velocidad. Iba a llevármelo de allí. Bien lejos. Adonde no pudieran encontrarnos. Corría tanto como alcanzaban mis pies. Entré nuevamente en el cuarto de Víctor, lo tomé por los hombros y lo agité.

—¡Despierta, Víctor!

Víctor abrió los ojos. Estaba derrotado, terriblemente cansado. Y, sin embargo, hizo un esfuerzo titánico para poner atención a mis palabras.

—¡Estamos en peligro! ¡Debemos irnos! —le grité.
—¿Cómo? ¿Ahora?

Lo saqué de la cama. Le puse la casaca azul sobre el camisón blanco. Intenté cogerlo en brazos pero me pesaba demasiado. Tuve que desistir.

—¿Puedes caminar? —le pregunté. Estaba muy nerviosa.
—Sí.

Se sentó en la cama. Me miraba con atención mientras le ponía las botas. El sudor brotaba de mi frente **y** corría directo hacia mis ojos. Lo tenía que ir sacudiendo con las mangas. Después, me incorporé. Vi que me observaba con la boca abierta, medio asustadizo.

—¡¿Estás conmigo?! —le pregunté.

Víctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Entonces lo cogí por la muñeca y lo llevé al pasillo. Sé que tenía miedo, pero no dijo nada. Cerró los ojos y permitió que le guiara. Sentía que podía desmayarse en cualquier momento, pero continuó. No hizo ninguna pregunta. Ni siquiera mencionó el violín. Bajamos hasta la puerta de la casa, apresurándonos a abandonarla para siempre, y salimos.
Eran cerca de las ocho de la mañana. Tuvimos suerte de que no hiciera tanto frío. Enseguida nos encaminamos hacia el campo bajo un cielo raso. El viento soplaba muy fuerte, pero parecía de otoño. Buscamos nuestra libertad en aquel campo; lo teníamos delante. Entramos en su tierra con desesperación. Anduvimos protegiéndonos los ojos. Yo me esforzaba en no soltar la mano de Víctor. El viento enviaba tierra contra nosotros. Empezaba a pensar que no lo conseguiríamos. Sentí que nuestros pies ya se arrastraban, defendiéndose de aquella fuerza sobrehumana que se oponía a nuestra marcha. Pero por nada del mundo iba a devolver a Víctor a la casa.
Por fin, el viento cambió de dirección. Bajó la guardia y se presentó suave, sin el golpe. El resplandor se intensificó en el lejano horizonte. Nuestra lucha había terminado. Miré a Víctor; la luz había vuelto a su rostro, al menos durante unos segundos. La alegría se desvaneció pronto. Al momento, «el General» pasó por delante de nosotros. Atravesó nuestros ojos a caballo, vacilante, con la mirada del depredador. Lo frenó allí mismo. Se fue acercando a trote *passage*, levantando la cabeza orgulloso. Traía un rostro enmudecido de mirada hostil, hundido entre el bicornio y el pañuelo *élégant* anudado al cuello. El mal era inminente. Me clavó la mirada como a cualquiera de sus enemigos. Sabía lo que tramaba. No necesitaba preguntarlo. Sus siniestros ojos profundos me repasaron de arriba abajo. Inmediatamente cerré el puño. Necesitábamos los francos. Busqué a Víctor. Nuestras manos se encontraron en su presencia. Eso le irritó sobremanera. El odio empezó a desbordarse por sus cejas. No lo soportó. «Nunca nos dejará marchar». Jamás permitirá que le abandonemos. Jean-Dieu desmontó mientras yo me preparaba para hacerle frente. Solté la mano de Víctor, separé las piernas, relajé los hombros y suspiré. Ya todo quedaba para el suspense.
Víctor me miró. Estaba paralizado. Veía al «General» aproximándose sin ninguna intención de detenerse. Pensaba que mis poderes ocultos me ayudarían estando en el límite. Le levanté la mano al «tirano» **y** la dejé caer con todas mis fuerzas. Él me sujetó la muñeca.

—¡No! —exclamé desesperada.

Me dio un puñetazo en la cara. Los francos saltaron de mi mano. Vi sus nudillos ensangrentados. Todo se ensordeció. El cielo se balanceaba. La presencia de Dios era grande. Los ojos me pesaban. Víctor lloraba, movía los labios con expresión de súplica. Estaba cayendo. Sentí mi faz hundiéndose en la tierra. El reguero rojo corría ante mis ojos; casi tocaba los pies de Víctor. Hacía mucho frío. Se inclinó, estiró la mano, me

agarró por el cabello **y** me arrastró, insensible a mis gritos. Mi cuerpo se levantó, caminando encorvado, a punto de desmayarse. Agitaba los brazos negándome a seguirle. Me soltó. Vio que me tambaleaba. Volvió a golpearme. Esta vez permanecí en el suelo soportando las patadas. Víctor lloraba desconsoladamente. Hasta donde podía alcanzar, vi su rostro encadenado a cada golpe que recibía. Por encima, el cielo amenazaba con nubarrones.
Entonces guardé mis ojos y los mantuve cerrados hasta que todos mis esfuerzos se desvanecieron. Cuando los volví a abrir, estaba dentro de la casa. Otra vez en esa casa. Veía la puerta abierta recortada, estallando en una luz que iba creciendo en aquel estrecho pasillo. Se detuvo al lado de la cocina. Oí la puerta del sótano sobre mi cabeza. Me levantó por el brazo. Avanzó un pie. Sentí la piedra de aquel escalón resbaladizo, humedecida por la viscosidad de las vísceras, clavándose en mis rodillas. Mis ojos entrecerrados pudieron distinguir una profunda oscuridad al final del último escalón. Aquello era una cripta. De pronto me vino un hedor que se pegó a mis pulmones. No lo pude contener. Vomité. Expulsé sangre mezclada con agua. Sentí sus manos sobre mí. Me arrojó desde lo alto y después le oí cerrar la puerta con llave. Allí me dejó; entumecida y sucia, sobre un charco de sangre; en un profundo agujero oscuro, como en todos los años antes de que llegara Víctor. Pensé en él. Recé. Deseaba que no se cumpliera la profecía de Gadreel. Yo, ahora, no podía hacer nada. Apenas podía respirar tras una nueva **y** brutal paliza. Me dolía todo el cuerpo, de los pies a la cabeza. Tenía que empezar a respirar con calma por la nariz, como lo hacía Víctor cuando el asma le atacaba. No me veía. Tenía las manos llenas de cortes. Traté de sacar los ojos de la oscuridad. Miré arriba. Apreció la claridad que se desparramaba de la rendija. Puse mis ojos en esa tenue luz. La fui siguiendo hasta una mesa devorada por la carcoma de la que sobresalía una horrible cabeza de cerdo. Vi algo junto a la mesa. Una sombra humana parecía estar precipitándose. Enseguida comprendí de quién se trataba. Lo había perdido de vista desde que desobedeció la orden del «General» por culpa de sus celos. Era peor que una pesadilla. Pero no era la cabeza lo que se proyectaba hacia adelante. Eran sus pies. Jean-Dieu había clavado a Tesifonte boca abajo sobre una tabla de álamo después de matarlo. Estaba completamente desnudo. Toda la piel de las rodillas le caía holgada sobre los muslos. Lo estaba desollando con una lentitud espantosa.

Vaugirard. 17 de Nivoso de 1809

El día fue cayendo. El cielo continuaba nublado. Podía escucharse la tormenta remontándose en unos truenos que sonaban cada vez más cerca. Yo sanaba mientras Víctor moría. Aquellas alimañas no iban a necesitar siete días. Desde la más absoluta impotencia, deslizaba mi visión por los escalones y la ponía sobre el techo del cuarto. Lo descubrí en el lecho, agonizando, con todos los «Hombres Polilla» a su alrededor, esperando a que su alma se desprendiera del cuerpo.
Tuve una visión. «Le vi bajo tierra, incrustado en un ataúd negro con los ojos cerrados, con una mano encima de la otra y con los pies tiesos».

—¡Sacadme de aquí! —grité.

Pedí auxilio durante un largo rato. La sangre que fluía por mis venas corría en busca de mis heridas. Cerró los cortes, puso los huesos en su lugar de origen e hizo que recuperara todo el color.

Arriba, Víctor ya no respiraba.

—¡VÍCTOR! ¡VÍCTOR! —grité.

Fui hacia el escalón utilizando los codos. Las piernas aún no me obedecían. Alargué el brazo **y** pude rozar con mi**s** dedos la piedra. Intenté doblar una rodilla, pero el dolor era insoportable.

—¡GADREEL, YO TE RUEGO! ¡LLEVADME A MÍ EN SU LUGAR!

Vino una nueva visión. Me tapé los oídos…

VISIONS DE L'AVENIR. Oí miles de gritos que parecían lejanos. Se escuchaban a pies de una «Gran Pirámide Reina» de color negro fijada en un desierto. De repente, los gritos se acallaron y todo se tornó en adoración. Había una escalinata. Por ella bajaban cuatro hombres musculosos semidesnudos portando un sarcófago que brillaba como el sol. Cada uno llevaba una máscara de oro alta, protuberante, con la imagen de un chacal. Dejaron el sarcófago a pies de la «Gran Reina». Abrieron la tapa y salieron corriendo de allí. Contenía algo monstruoso. Cuando asomó una mano, toda la Tierra se oscureció.

Vaugirard
18 de Nivoso de 1809

Era medianoche. En ese instante llovía a mares. «El General» se había pasado toda la noche frente al fuego, en el alumbre, atormentado por los remordimientos. A eso de las diez se fue a dormir sin cenar, sin decir una sola palabra, con el espanto de la soledad hundiéndole en su propio agujero.
Yo, de pronto, me levanté. Era un liviano peso sombrío descolgándose del mundo. Subí los escalones uno a uno sin llegar a poner los pies en el suelo. Me planté frente a la puerta cerrada con llave. Los relámpagos asomaban a cada momento. Solo tuve que empujarla con un dedo. Entonces el cerrojo saltó por los aires y la puerta del sótano se abrió. Dejé caer mis pies en el pasillo. Anduve entre el resplandor que se proyectaba en las paredes como una enorme luna creciente. Una y otra vez, la tormenta golpeaba la casa. Ascendí hasta la planta superior. Pasé por delante de la habitación de Jean de Dieu sin detenerme. El resplandor allí caía como fuego. Abatida, me detuve frente a la puerta de Víctor y contemplé su cama vacía. Él ya no estaba. Philippe, el médico de la Grande Armée, se había llevado a Víctor para enterrarlo. Busqué al menos su violín, pero tampoco se encontraba allí. Mi corazón estaba roto. Di media vuelta y me marché. Nada me quedaba en esa casa. El viento golpeaba las ventanas. Algunas no habían podido resistirse y se habían abierto.
Salí de la casa por última vez. Me escapé corriendo, siguiendo la corriente del viento, por el mismo campo que había probado mi sangre, bajo el caudal de una lluvia feroz que asfixiaba. Sin perder ni un instante el equilibrio, crucé medio campo empapada de agua. Entonces, una presencia entre la lluvia me obligó a detenerse. Su figura se

recortaba en la cortina de agua. Dio un paso al frente **y** la atravesó, con su «Espada del Dragón» en una mano. Era Gadreel. «Oí un ruido tras de mí». Me di la vuelta despacio durante unos segundos hasta que me quedé mirándolo fijamente. Jean de Dieu me apuntaba con un arma. Me había seguido hasta allí con el propósito de asesinarme. Volví mi rostro hacia Gadreel. Seguía ahí, de pie, esperando. Jean de Dieu no podía verle. Sus ojos enrojecidos, los cuales despedían fuego, caían sobre mí con todo el clamor de su odio. Ardía en deseos de apretar ese gatillo. Deslizó el dedo suavemente. De pronto, Gadreel me lanzó la «Espada del Dragón» de manera que la punta se clavó en la tierra y la empuñadura quedó a mi alcance.

—Date muerte y reúnete con Víctor o muere y no volverás más a verle —dijo Gadreel.

Entendí lo que quería decir Gadreel. Era «el cielo o el infierno». Tenía que elegir. Sujeté la empuñadura. Dudé un instante. Amaba a Víctor, pero pensé si no era mejor volver y rescatarlo antes de hundirme con él en las tinieblas. Para mí fue tan solo un segundo de duda; para la luz y las tinieblas, el infierno infinito.
Jean de Dieu apretó el gatillo. Sentí el plomo en mi espalda. Una sola lágrima salió de uno de mis ojos y resbaló por mi mejilla…

Este es mi final… Yo… Víctor.

Año I de la Discordia
Sector: El Valle de los Testigos
Magnitud: Singularidad del Alma (Y-O)

Al instante abrí los ojos. Caían cientos de gotas como lágrimas sobre mi rostro. Me habían limpiado toda la sangre. Sentí que podía mover las manos. Me levanté; quería volver a estar de pie. Todos los huesos de mi cuerpo crujieron al levantarme. Cedieron a mí, «el Alma», que en ese momento trataba de despegarme del cuerpo de carne y sangre: «Emma». La vi echada boca abajo sobre la tierra con un balazo en la espalda. Me dio lástima. Pero ya no podía sentir como ella. No era más ella. Era algo nuevo, letal, resplandeciente a la distancia. Ahora la noche se veía clara como el día. El cielo se percibía con su verdadero color, oscuro, y el viento se apilaba igual que la piedra. El panorama parecía extenderse. En ese momento me llegó un clamor por detrás. Al volverme los vi a todos, esperando a que los descubriera.

En la luz de la vida, había sido un campo. A la pálida noche cerrada de la muerte no era más que un valle creado a partir de la imaginación de alguien sabio para traer esperanza. Sin embargo, todos se habían emplazado para ser testigos de mi renacimiento: ángeles y demonios sorprendidos, que no asustadizos, tan cerca de mí que podía respirarlos. Habían hecho una tregua solo para contemplarme. Tenía miríadas de ángeles a mi diestra. Eran muy altos e iluminados. Asomaban sus cuellos largos, sujetos a una faz andrógina con cruce angelical, por encima de una enorme y gruesa armadura alada. No eran iguales, ni siquiera se parecían; más allá de estas características, los había con el cabello de plata y el rostro pálido con las facciones malignas y la mirada penetrante. Otros, en cambio, parecían más viejos y hoscos, bañados en sabiduría con un resplandor fulgurante. La última vez que ángeles y demonios se habían emplazado en un mismo lugar había sido para la resurrección de El Cristo. Ahora lo recordaba. «La Fractura». Busqué al ángel que había estado conmigo allí, entre todos aquellos rostros gélidos, encendidos, protegidos por el metal candente. Pasé los ojos de un lado a otro, de bando a bando, varias veces, hasta que hallé a Gabriel distanciado, revestido de oro puro, pegado a otro ángel cuyos ojos me llamaron tremendamente la atención porque eran de un azul estrella. A este le temían todos los demonios sobremanera. Le miraban desde el otro lado; estaban muy pendientes de él, de sus gestos, de hacia dónde dirigía su mirada, como si fueran a morir en cualquier momento. Ese era San Miguel Arcángel. Justo detrás de estos dos reconocí al tercero. Me había topado con él en Francia, en el año 1307. Tenía la misma faz, pero este, Rafael, se veía diferente, pues su luz se encontraba ceñida a una poderosa armadura de color verde esmeralda.

En el grueso de los demonios oía muchos murmullos. Gritaban y se retorcían sus miríadas observando la cara del enemigo. Se habían apartado de los ángeles. No querían estar allí. Muchos traían la espada en la mano. Todos eran enormes, alados, horribles, con rasgos de reptil.

Yo era un alma de aspecto ovalado que todavía recordaba mis vidas pasadas. Me acordé de mi madre, de la única madre; Mahirimah se llamaba. Pertenecía a la subespecie. Ninguna criatura fue capaz de darle un hijo vivo a la «Bestia», solo ella. Pero él quería fervientemente un rey para enfrentarlo contra Dios, no a mí. Por eso me mató.

Por un momento cayó un silencio solemne que se hizo expectante. Perdido detrás de todos ellos se hallaba Jean de Dieu, aún con la pistola en la mano y la boca llena de asombro. Tomé el camino que creí antes de partir. Fui hacia él arrastrando a los

demonios hasta mi venganza. Entonces Gabriel se adelantó. Salió a mi paso esperando que no me hubiera fijado en el «tirano».
La tormenta regresó. El campo volvió a aparecer borroso, coronado por la lluvia. Solamente estábamos Gabriel y yo en la oscuridad, en el umbral, como centinelas de la cresta sombría desde donde se observaba a los que decían ser «hijos de Dios». El agua no se atrevía a tocarnos. Más abajo aparecieron dos más como nosotros. Doblaban la estatura de cualquier ser humano. Se habían quedado allí para ser testigos de cómo hacía añicos a Jean de Dieu. Este, movió la cabeza a un lado de un solo tirón. Acostumbrado como estaba a llevar él solo todo el peso del terror, no sabía cómo hacer frente a lo que estaba viendo. Apuntó con el arma, nervioso, a aquellos dos que habían caído muy cerca de él. Pero no obtuvo respuesta. Rompió a llorar aterrado, dejándose caer lentamente. No se atrevía a mirarme.Yo caí desde lo alto. Me acerqué. Ahora tenía al «tirano» bajo el peso de mi alargada sombra. Moví un dedo. Una fuerza emergida por mí se levantó de la nada e impactó contra el hombro diestro de Jean de Dieu, destrozándolo. Cómo gritaba «el tirano»; qué dulce melodía para mis oídos. Los huesos se le hundían en la carne hasta el fondo. El antebrazo le quedaba colgando. Veía brotar sus lágrimas. Cuánto deseaba esto. Llevé otro dedo hacia adelante. De nuevo, aquella fuerza sobrenatural le aplastó medio rostro. Lo envió contra el suelo, quebrado, con la boca torcida y la nariz descarnada. Necesitaba verlo así. Jean de Dieu, al fin, derrotado.
Finalmente, chasqueé los dedos. Al instante, todos los huesos del «tirano» se rompieron. Le oí gritar acribillado. La sangre ya no me permitía contemplar su rostro. Por último, sonó el corazón, el cual explotó, dejando caer el cuerpo con estrépito.
Allá, en la densa oscuridad, se encontraban mis dos testigos. Uno era Gadreel. El otro, el de siempre: aquella sombra traslúcida que había estado desde el principio. Nada más verme, encogió el cuerpo, serpenteándolo. Acto seguido, se alejó un poco de Gadreel. La cabeza le dio la vuelta. Me miró fijamente. Abrió los ojos desprendiéndose del sueño, como una criatura que acababa de nacer. Pude apreciar ese inolvidable rostro blanco, levantado desde la matriz de las tinieblas con el corte del plenilunio: «Satanás».

Satanás tenía la intención de vender a Gadreel a los ángeles. De repente desapareció. El pecho de Gadreel se iluminó. Su verdadero cuerpo rasgó el traje de carne por la mitad y echó a volar raudamente. Entonces todos los arcángeles se le echaron encima con tanta fuerza que lo hundieron en la Tierra.

APÓCRIFO IX APOLIÓN

ORIÓN, 40M DE LA DISCORDIA

El sol parpadeó. Luego, cayó algo sobre la plataforma acrisolada. Los niños que oyeron el golpe corrieron para ver de quién se trataba. Una veintena de ellos se detuvo ante un cuerpo de luz. Estaban siempre a la hora, situados muy cerca de la puerta. Echaban a correr en cuanto oían el ruido; salían decididos a contemplar al nuevo, a ver al victorioso escogido por los ángeles.

Las criaturas eran de talla mediana. A los ojos parecían niños humanos completamente iluminados por un aura dorada. Tenían todos la cabeza ovalada; el cabello largo, rizado, voluminoso, como de plata. Corrían de manera que terminaban elevándose por encima de la grandiosa plataforma circundante. No llevaban alas. Al contrario de lo que se cree, los «Querubines», como todos los ángeles y arcángeles, necesitaban de trajes para poder surcar los cielos. De todas las jerarquías, esta era la más débil. Habían servido como consejeros y diplomáticos antes de la rebelión de Lucifer; ahora, con más de la mitad de su jerarquía arrasada por el «Demonio», ocupaban los puestos de la extinta jerarquía de los «Tronos». Unas veces escribían en los libros de la vida, otras salían de la estación a observar el gran agujero negro; en ocasiones, bajaban a recibir al alma que se había liberado de las siete potestades. En este caso, querían tocarla, preguntarle cosas al punto de atosigar al nuevo «huésped».

Aquel «cuerpo»**,** que parecía no oír pero que había estado escuchando todo el rato, dormitaba de lado, de espaldas a los querubines, con la mano caída sobre el dorso. Mantenía muchos rasgos físicos de los humanos porque había estado largo tiempo con ellos. Así se comportaba la luz de «La Raza» con todas las creaciones de Dios. Instintivamente adquiría su forma para poder caminar entre ellos a fin de ayudarles a guiar todas las generaciones. «El cuerpo» movió un dedo. La energía que desató produjo un zumbido. Lo volvió a dejar caer suavemente sobre la espalda, a la altura de la nuca. Los querubines comenzaron a corretear a su alrededor. Asociaban su intermitente luz transparente a otra jerarquía mucho más poderosa que la suya, unas cien veces más radioactiva. Tras un profundo silencio, «el cuerpo» recobró la silueta humana envuelta en el aura. A ojos de los querubines estiró, «humanamente dicho», las piernas. Su cuerpo desnudo dejó de tener los atributos de la mujer. Los hizo desaparecer de repente en una masa viscosa traslúcida que la dejó completamente plana. Eso sí, mantuvo el rostro intacto con la expresión de «Cristo». Se podía identificar con el de una joven de apariencia más femenina que masculina, con aire inocente y rasgos caucásicos: frente ancha, ojos grandes y un poco rasgados, nariz chata, finos labios y mentón afilado. Era hermosa. Se llamaba Apolión. Tenía el cabello recortado a media melena, liso, por encima de la mandíbula, brillante, resplandeciente, de oro puro. Apolión llegó del cielo, a una altura de más de diez mil metros terrestres. Se levantó. Su altura triplicaba la de los querubines. Contempló con los ojos del ángel donde se encontraba. De pie, sobre una plataforma flotante rodeada de un mar de nebulosas. La plataforma acrisolada estaba hecha de mármol; era completamente transparente. Podía verse bajo la forma de los pies toda la oscuridad de Orión. La superficie resultaba ser fría, dura, definitivamente sólida. Miró a su alrededor buscando una explicación. Sus grandes ojos azules, vidriosos y enigmáticos, se clavaron en la veintena de querubines que ahora la observaban atónitos. Trató de hablarles, pero no le salían las palabras. Necesitaba recuperarse. Todo el recorrido de vuelta a la «Casa de los Padres» dejaba el espíritu exhausto. Apolión cayó al suelo. Ninguno trató de ayudarla. Quería respirar. La verdadera forma del humano, el alma y no el ser, buscaba inútilmente el oxígeno que ya no necesitaba fuera del traje de carne. Pero era tremendamente difícil acostumbrarse, por lo que pugnaba por volver a sentir, pensar y comportarse igual que cuando estaba en el recipiente.

Este cuerpo de luz que tenía, su verdadero cuerpo, era liviano y rápido; no necesitaba alimentarlo. Vio que algunos dedos de la mano se extendían más que otros. Se palpó el torso. Este era joven, rígido, dividido en largas tiras musculosas de tejido gelatinoso. El dedo no se hundía; se mantenía firme, como si pinchara hueso. No sentía nada. La sensación que tenía era que nada había bajo la viscosidad de su cuerpo excepto luz. No necesitaba hacer nada porque obedecía órdenes concretas. Aquel bloque sobre el que se posaba su largo cuello era un reactor capaz de arrasar con todo un planeta. Dios le había quitado al alma original el espíritu y la había colocado después en un traje de carne para que su energía no dañara a lo que más le importaba en ese momento: el planeta Tierra. Del resto, ya se encargaría la reproducción.

Apolión se alejó de los querubines. Miraba constantemente hacia atrás mientras se encaminaba hacia un nuevo mundo desconocido. No iba a quedarse esperando. Le impactaron todas aquellas luces superpuestas en el vacío del espacio infinito entre gigantescas nebulosas que comenzaban a desplazarse hacia ninguna parte. Abajo, a su alrededor, solo veía nebulosas como nubes gualdas que se remontaban en direcciones opuestas. Carecía de sonido. Estaba viendo un vasto paraje sobre el que reinaba la paz. De vez en cuando volvía el rostro. No recordaba nada de lo que había vivido en la Tierra. Los querubines que la habían visto caer ya no estaban allí sobre la plataforma. Habían desaparecido de su vista porque ciertamente se encontraba lejos. Entonces dio un paso más y se detuvo. Había llegado hasta el final. Más allá continuaba el vacío oscuro. Movió la cabeza a un lado repentinamente. Un ruido la había encontrado. Ella también lo buscó. Era sólido, fuerte; machacaba el metal en alguna parte. Encajaba con un propósito. Transcurrió un pequeño espacio de tiempo hasta que lo halló.

Apolión llevó sus ojos al cielo. Miró con asombro lo que tenía encima. Aquello era imponente. Parecía como si los ángeles se hubieran embriagado de orgullo al comprobar de lo que eran capaces de hacer. Unos treinta metros terrestres por encima de la plataforma se hallaban los cimientos de una enorme ciudad enjaulada con la estructura de una pirámide. Presentaba cinco perímetros cuadrangulares escalonados, extraordinariamente unidos por gigantescas columnas de metal, destacando sobre todo cuatro enormes ruedas dentadas, hidráulicas, las cuales volteaban como el relámpago.

Estas ruedas, que parecían tener ojos en vez de palas, poseían cada una un cristal sobre su eje por el que se colaba la energía del sol rojo de Orión (Nephila), diecisiete mil veces más grande que el sol de la Tierra, cuyo verdadero nombre en la lengua de los ángeles es: Karmél.

A la vista de Apolión quedó el canal por el que los ángeles la habían arrojado: un enorme agujero negro con forma de túnel que empalaba la ciudad de Orión. En este vacío solo se veían aparecer máquinas arraigadas al amplio cilindro, subiendo y bajando a muy lenta velocidad. Nadie las pilotaba, tampoco se estorbaban. Se arrastraban fulgurando electricidad hasta una determinada distancia. Entonces reducían la velocidad y volvían a ascender al punto donde habían iniciado la marcha de descenso; eran grandes, equivalentes al tamaño de una montaña. Tenían la forma de una medusa y estaban completamente adaptadas a la estructura de la ciudad. Lo medían todo. Apolión tenía los ojos clavados allí. Instantes después irrumpió una «nave espacial» que muy probablemente poseía el control de todas aquellas máquinas. La vio pasar por encima del agujero negro, en el perímetro más elevado de la ciudad. Hacía mucho ruido. Lo ensombrecía todo. Emanaba gases y fuego. Se desplazaba hacia adelante con el aspecto de una columna. Centelleaba. Poseía cuatro alas adosadas a los lados, dos en cada extremo. El morro se parecía a la faz de un hombre. Siguió adelante. Segundos más tarde apareció la cola, extendiéndose hasta desaparecer con toda la nave.

Acaeció una especie de sonido silbante. Apolión no se había movido del borde. Una presencia se acercaba. Avanzaba en el más estricto silencio. Todavía se encontraba a distancia, pero en su lento caminar dejaba constancia de que se trataba de otra clase de jerarquía algo más elevada. Se dio la vuelta lentamente, perdida en aquel mundo. Vio lo que estaba a punto de llegar caminando con pies ligeros.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Apolión a aquella presencia que se advertía agradable.

La contempló a poco más de un metro de distancia. Parecía ser una mujer. Dentro de aquel aura se perfilaba un rostro albino, alzado en una increíble figura de apariencia humana que no se oía respirar. Apolión no se veía amenazada. Al contrario, sentía la necesidad de comunicarse con esa «mujer extraterrestre» de cráneo ovalado, el cual disimulaba bajo una melena platina peinada de lado. Le pareció hermosa. Lo era. Resultaba difícil resistirse a su magnetismo; medía casi cuatro metros de altura; el tronco se presentaba ancho, con dos delgados hombros y un largo cuello que sujetaba una cabeza sobre la que se posaba un delicado rostro sobrenatural de expresión escalofriante. Resultaba imposible no mirarla directamente a los ojos. Sus pupilas, cargadas de un rojo intenso, recordaban a la sangre humana. Notó algo importante: la mujer extraterrestre tenía algo pegajoso en el torso, unas gruesas tiras adheridas a la piel traslúcida. Sus movimientos sinuosos a modo de campos eléctricos le revelaron que aquel cuerpo era como el suyo. Sin embargo, ella había tomado la imagen de una «pléyade» en vez de la de una humana.

—¿Quién eres? —repitió Apolión con una voz que sonaba metálica.
—Mahirimah —dijo la mujer extraterrestre exactamente con la misma clase de voz.
—¿Quién soy? ¿Qué estoy haciendo aquí?
—Instrucción.

El aura de Mahirimah comenzó a menguar. Cuidadosamente se fue apagando. Al cabo de unos segundos se encontraba adherida al cuerpo. Ahora contemplaba a la mujer extraterrestre en una falsa imagen de la «pléyade». La vio lentamente volverse, con bastante retardo, jugando con su luz para que pudiera ver cómo vestía: con un peplo jónico dorado.
Apolión la vio alejarse. Se preguntó si debía seguirla. De pronto estaba ya a medio camino de ella, sin haberse dado cuenta de que también caminaba. Entonces Mahirimah automáticamente dejó de andar. Movió la cabeza muy despacio hacia Apolión. La miró con firmeza. Siguió sus pasos. Cuando la alcanzó parecía que había transcurrido la eternidad. Uno de los largos brazos de Mahirimah se dejó caer deslizándose armoniosamente sobre el pecho de Apolión. Continuó bajando hasta tocarlo. Solo entonces Apolión dejó de brillar, aspirando la energía luminosa y reproduciendo así la imagen de la mujer terrestre en la desnudez.

—Protege la luz. Siempre —le advirtió Mahirimah.
—¿Eso es lo que soy? ¿Luz? —preguntó Apolión.
—Lo eres —hizo una pausa—. Ven. Te lo explicaré.

Se desplazaron por la cavidad de la superficie, bajo la vasta noche del universo. Sentían que flotaban. Apolión no dejaba de mirar el rostro afilado de Mahirimah mientras se dirigían hacia la puerta por la que había visto salir a los querubines. La cruzaron. Apolión siguió a Mahirimah a través de un armazón adosado al muro interior. Entraron

livianamente. No cambiaron de trayectoria. Siguieron hacia adelante hasta que la barandilla las detuvo. Entonces se encontraron con todo aquello con lo que habían soñado siempre los seres humanos: un inmenso espacio interior donde se hallaban esperando las almas para reencarnarse.
Se trataba de otra ciudad enterrada por la colosal estructura de la ciudad de Orión. El suelo era una gruesa base cuadrangular en la que se clavaban cuidadosamente los ciento veintiún cimientos que venían cayendo del entablamento del primer perímetro. Era viejo, amplio, de un verde musgo, cicatrizado. Representaba un «invernadero». Apolión oteó eones de camillas sobre su superficie. Todas iguales, hechas de metal, a escala de un ser humano común. En cada una había una acumulación de energía azul gravitatoria que daba la sensación de flotar.

—Almas —dijo Mahirimah.
—¿Almas? —preguntó Apolión sin poder apartar la vista de allí.
—Almas que al morir el recipiente (cuerpo), vienen a parar directamente aquí, en busca de su espíritu.
—¿Yo he sido alguna vez un alma? —preguntó Apolión amargamente.
—Todos lo hemos sido —le contestó Mahirimah.
—¿Por qué razón? —Poalí (el Creador), no podía permitir que entraran más corruptos en el «Reino». Una nueva rebelión hubiera sido fatal para el «Concilio de los Dioses». Por eso decidió separar el alma del espíritu y reenviarla después a Karmél (la Tierra) tantas veces como fuera posible. Hasta que retornara liberada de las siete potestades que la atenazaban.
—¿Quién es Poalí?
—El Arquitecto. El nuestro es Yahvé, hijo de Yov.
—Hay otros —dijo Apolión.
—Millones. Es una de las razas más antiguas de los cielos.
—¿Qué pasará con esas almas? ¿Regresarán todas a Karmél?
—Así es. Todos son enviados a Karmél, y todos regresan —hizo un silencio— hasta que al fin podemos recogerlas.
—¿Por qué? ¿Qué es lo que hay allí?
—La vida. La superación.

Mahirimah miró a Apolión. Se palpaba la sensación de que iba a ocurrir algo. De pronto florecieron cuatro alas a la espalda de Mahirimah parecidas a las de la libélula. Acto seguido movió la cabeza hacia atrás. Abrió los brazos como si esperara a que cayera algo del cielo, y lentamente comenzó a elevarse batiendo las cuatro alas; dos aleteaban por encima de los hombros y la cabeza; las otras dos lo hacían saliendo de los costados.
A Apolión le invadió la sensación de querer hacer lo mismo. Sentía que le habían dado fuerzas para seguir a Mahirimah. De repente el suelo le rozaba los pies. En plena elevación se quedó petrificada. Tuvo un primer encuentro con aquel sonido sordo cual resonaba en una esfera de luz brillante. Mientras ascendía le llegó el martilleo incesante del metal a suaves ráfagas de sonido acompasado. Al ir más deprisa, la esfera se consumió y el ambiente de la ciudad de Orión cayó con todo el peso, aumentando constantemente a medida que se iban acercando al primer perímetro.
Lo primero que vio fue un anillo giratorio en derredor de una colosal espiral escarpada del tamaño de una montaña. El anillo consistía en una sola pieza circular dentada, labrada en piedra roja marciana, recubierta de latón. Por encima de este anillo giraba otro idéntico. Y después otro más. Así hasta completar el número de cinco; cinco anillos, cinco perímetros en derredor de la espiral.

Apolión siguió a Mahirimah. Atravesaron el resplandor cual se había manifestado a poco de alcanzar el anillo. Cerca se alzaba todo el grueso del entablamento orbitando. Al instante se hallaban en el perímetro con una visión clara de toda aquella rueda que giraba contorneando la espiral de granito. Ahora podía distinguirse su diseño hermético, ingrávido, ligeramente vibrante por la electricidad que atesoraba. Apolión pudo contemplar claramente todo lo que se movía en derredor. Era imposible imaginar una ciudad de ángeles, pero allí estaba, conectando con Orión, copando por completo aquel espacio circundante. Millones de humanos cambiantes caminando sin el traje de carne; resplandecientes, sin acordarse de lo que habían estado haciendo en la Tierra. Mahirimah se dejó caer en el tramo curvado. Apolión descendió con extraña rapidez. Se quedó desconcertada al lado de Mahirimah en los aledaños del núcleo, en mitad del bullicio de todos aquellos humanos liberados de las siete potestades. Pudo apreciar definitivamente que la gravedad en su estado verdadero no le afectaba. Cuando se acostumbró al aura captó algunos de los rostros de sus «nuevos hermanos», semejantes. Aunque tomaban la apariencia de las razas que habían conocido durante su fase final, seguían siendo «mardukianos».

—Hijos del Marduk —dijo Mahirimah, encaminándose hacia la corriente humana.
—Mardukianos —afirmó Apolión, volviéndose hacia Mahirimah.
—Sí. Eso es lo que somos. Todos —habló Mahirimah despacio, pronunciando con lentitud—. Poalí hizo al hombre y a la mujer de Karmél para trabajar su tierra. Mandó a sus «Vigilantes» (Ángeles) para que levantaran sus plantas (Pirámides) y les enseñaran a utilizarlas. Porque la luz es la vida de todos los seres vivientes.
—«Vigilantes» —dijo Apolión con una extraña sensación. —Sí. Pertenecen a las jerarquías más altas.

Mahirimah ocultó las alas bruscamente. Su cuerpo luminoso estaba dispuesto a continuar entre los seres humanos. Su encanto silencioso, liviano, tensando, se volvió despacio, alejándose en una imagen nostálgica que llenó de felicidad a Apolión.

40M de la Discordia

Sector:Deshret (Marte) / Desierto Rojo

Magnitud:Instrucción de los Arcángeles / El Mal del Nigromante

Apolión parpadeó los ojos. De pronto se vio nuevamente en la plataforma flotante. No se oía nada. Se volvió hacia un lado; vio la puerta. Se volvió hacia el lado contrario. Él estaba allí, de pie, observándola con aquellos cautivadores ojos azules. Frente a ella se alzaba Miguel Arcángel, una enorme figura de más de cuatro metros terrestres, colosal, terriblemente hermosa, de faz andrógina, enfundada en una armadura de oro. El cabello le flotaba; se sostenía liviano sobre su cabeza ovalada. Era de oro puro, como toda la armadura; liso, llanamente resplandeciente, sin un solo surco.

—Apolión —la llamó. Lo hizo dulcemente, para no asustarla.

No pudo reconocerle. Lo contemplaba estupefacta. Se esforzó en visualizar su faz. Petrificada, repasó cada detalle del blindaje. Fijó los ojos en aquella coraza laminada

ajustada al cuello que salvaguardaba la luz de «San Miguel» de los ataques demoníacos. Recordaba al dragón. Estaba compuesta cuidadosamente de diminutas piezas entrecruzadas reproducidas a través de una lágrima humana. Tuvo la sensación de que se adaptaba perfectamente a cualquier medida. Se completaba de unas protuberantes piernas armadas hundidas en la escarcela.

—Esto te dijo el «Señor de los Cielos»: Hete aquí, hija de Mahirimah, delante de mí. Yo, Yahvé, hijo de Yov, no destruiré por el momento tu espíritu, sino que lo nutriré. Cuando yo te mande, tú te levantarás con mis arcángeles «Principados» e irás a hacer «La Purga». Tu nombre será Abadón en mi lengua, pero todos te llamarán «Apolión», que es en la lengua del mar. Si las tinieblas volvieran a apoderarse del mundo por culpa de los hombres, tú serías su muerte.

Apolión clavó la vista en San Miguel. Era imposible no maravillarse al ver aquello. A la espalda del arcángel comenzaron a elevarse muy lentamente dos poderosas alas doradas, metálicas, con el relieve del águila imperial. Seguidamente, Miguel Arcángel le tendió la mano. Estaba enfundada en un guantelete de oro, a juego con la «Armadura de Dios»

—Ven —le dijo.

Apolión estiró el brazo. Agarró la mano de San Miguel. Ahora ya no se encontraban allí. Estaban en Marte. Apolión se vio en un desierto rojo, de vasto horizonte solitario, lejano, con toda la visibilidad desértica a su alcance y un grupo de montañas silenciosas en derredor. El resplandor de San Miguel era como un amanecer. Había aparecido súbitamente a un costado de Apolión, esperando a que emergiera el destello del sol

—¡Gloria al Omnipotente! —exclamó, y prosiguió—: En el principio todo era luz. Este cielo (universo) fue para Yahvé, Jehová, en la reencarnación. Él es «el guardián», «el protector», «el vigilante», «el arquitecto». Nosotros somos sus creaciones: «los hijos de la luz». Yo soy Miguel, semblante de Dios, principado de la asamblea divina, portador de la espada forjada en acero, hermano de Sariel. Y tú eres Apolión. El favorito del «Señor». «El Ángel de la Muerte».
—¿Dónde estamos? —preguntó Apolión.
—En el Deshret (Marte). El «Señor» creó al hombre y a la mujer del Karmél, como antes creó al hombre y a la mujer del Deshret. De entre todas las especies nativas escogió una. En Karmél (la Tierra), al simio. En Deshret (Marte) fue el gusano. Para darles su luz. «Todo el pueblo del Deshret (Marte) miró al cielo y lo vio en un furor de ira que se desencadenaba sobre sus cabezas. Sus nubes se habían enredado en torbellinos e iban creciendo hasta juntarse con otras. Formaban grandes agujeros negros que devoraban el viento. Estaban todos mirando esto cuando fueron arrojados «los Custodios». Salieron de uno de estos agujeros sacudidos como en un enjambre. Ochocientos mil en un día se lanzaron contra las pirámides. Y hasta la caída de la claridad estuvieron dentro, trabajándolas para albergar a los semejantes de Poalí —contó San Miguel—. Las tribus del Deshret venían de lejos para observarles. Hacían largos viajes tan solo para ver a sus dioses entrando y saliendo de las pirámides. «Los Custodios» murmuraban a sus pensamientos, les manifestaban los planes de Poalí en la mente. Las tribus podían notar el calor que desprendía el espíritu resplandeciente del Custodio. Incluso cuando trabajaban muy a lo lejos, en las cámaras subterráneas. Hasta allí lo percibían. Construyeron el interior de las pirámides y se fueron. Levantaron ocho cámaras, una entrada en lo alto, en el conducto norte, y otra abajo, a la altura de la base.

No dejaron rastro alguno de roca ni arena, ni montículos fuera de las construcciones. Al caer, la luz de mis hermanos había fundido la piedra. Habían abierto túneles y galerías hasta el subsuelo. Sus cámaras estaban distribuidas en el núcleo, en la forma en que mis amados hermanos querubines se humillan sobre las ocho arcas de la alianza. Fueron escogidos ochocientos. Semyaza, por entonces jefe de «los Egrḗgoroi», les mostró cómo debían hacer los canales para traer el agua a las construcciones del «Creador». Salieron de las aldeas con los «Vigilantes del Señor», y se echaron a los ríos, y abrieron zanjas, y después crearon canales de regadío con las «Tablas del Coro». A la tierra le decían: "Doblégate ante la voluntad de Poalí y en sus ojos hallarás tu gracia". Entonces entonaban la Séptima y la Quinta, de la Melodía del Sol, y el suelo se hundía bajo los pies de los que habían heredado la tierra del Deshret, y el agua de los ríos venía entrada en la sumisión hacia las pirámides, penetrando en el conducto que la llevaba hasta la cámara subterránea.

—¿Qué les pasó? —preguntó Apolión.
—El «mal del nigromante». Ocurrió que un día el hombre del Deshret se levantó y se perdió en la oscuridad del agujero negro. Cuando regresó a la civilización, ya no era el mismo. No podía llevar su mirada al cielo porque sentía vergüenza. Maldecía. Estaba siempre furioso. Su alma se estaba apagando al tiempo que las tinieblas se consolidaban en su sangre. Se hicieron poderosos. Al contrario que el hombre de Karmél, el del Deshret poseía un intelecto superior ya que disponía de menos tiempo: ochocientos años.
—¿Menos tiempo para qué?
—Para salvar el recipiente (planeta) —respondió Miguel Arcángel. Y añadió—: Estamos en guerra, Apolión. Nos encontramos en un gran agujero negro.

6OM de la Discordia

Sector: Estación de Zion / El Abismo

Magnitud: El Despertar del Ángel Exterminador

Apolión abrió los ojos y enmudeció. Se encontraba en la oscuridad. No veía más que piedra ensombrecida y trazo serpenteando. A su alrededor se movía el silencio. Sentía que estaba encerrada. Oyó algo, como un liviano movimiento. Clavó los ojos en el cielo. Inmediatamente distinguió la boca mordida del abismo y a las nubes que circundaban la plataforma pasando por encima de su cabeza. Estaba dentro del cráter. En el estómago del abismo. De repente, una silueta recortada sobre el suelo la sorprendió. Seguidamente, Apolión enderezó el cuello sin perder la postura recta.
Se movía lento. Torcía, emergiendo de la oscuridad. Su figura iba acrecentándose. Apolión alzó los ojos. Le vio llegar fulgurando. Era un ser de mucha altura. Tenía el cráneo ovalado, el cabello muy largo, echado hacia atrás. Le brillaba. Su frente era ancha y poderosa. Sus ojos se hundían en la intensidad de su luz. En ese momento pudo atisbar una gruesa nariz aguileña ocupando el arco labial. Parecía de carne, empero era de luz. Su boca se encontraba sumergida en una gruesa barba trenzada que le llegaba hasta el cuello. Era amplia, espesa, del color de la tierra.

—«Ángel Destructor» —la llamó con una voz clara. Le sonaba familiar—. Aquí, entre tú y yo, comienza el fin del mundo. He aquí que se dará a conocer tu nombre a nuestros

adversarios. Así mi padre, que está en lo más alto de los cielos, lo ha jurado sobre todas las naciones que verán arder la tierra que les fue concedida. Pues el sol y la luna no volverán a ponerse. Las campanas de quien obtuvo la semilla del agua (la Tierra) están anunciando vuestra llegada. Yo, Jesús, primogénito de Yahvé, he venido para mostrarte a tu objetivo. Esto oirá cuando te vea allá, en la Tierra: "Yahvé ha venido a reprenderte, hijo de la aurora, a ti y a tus opresores que desprecian toda palabra del «Señor». ¡*Gabahh*! (soberbia). A ti te hizo por delante de todas las generaciones para que fueras su luz eterna. Te mantuvo a su diestra y te crió como el «Hijo del Ángel», «el Primero», jefe de sus ejércitos y señor de todos sus ángeles de Zion. Y yo puse palabras en mi boca alabando tu nombre. Pero no hubo compasión en ti y te lanzaste a la traición, desleal, porque quisiste también reinar. Escúchame y recuerda las cosas pasadas que te han llamado «Asesino». Te sentaste en silencio, sin moverte de tu sitio, lejos del que vino, el hijo de Thot, Malka, el espíritu de la oscuridad, antaño señor soberano de las tinieblas, y no te consumieron sus palabras firmes en los designios de convertir a Dios en su hermano. Porque viste sus creaciones malditas y no sentiste lástima, sino remordimiento. Nadie te vio, ni en la sabiduría; no había brasa en tu espíritu para calentar tus deseos, pues ya los conocías antes que todos nosotros. Y ahora, he aquí pues que así habla mi padre, el «Yahvé de los ejércitos»: Prepárate, Lucifer, para lo que te está por venir, porque este es mi ángel exterminador y lo voy a hacer caer sobre ti".

Enseguida rompió la luz desde lo alto. Entró por la boca del abismo y sometió a Apolión inclinándola sobre la superficie abrupta.

—Haré de ti mi general para arrasar y exterminar, para hundir, para demoler de modo que nada quede sobre la faz. «Sea un solo puño tras la hoja, unido en golpe, tomado y hecho salir en una décima» —dijo Jesús.
—¡No puedo moverme! —se quejó Apolión.
—¡DESPERTAD, MIS DOMINADORES DE ZION! ¡ADHERÍOS TODOS AL ESPÍRITU DEL ÁNGEL EXTERMINADOR! ¡ABANDONAD LOS SEPULCROS PORQUE HA LLEGADO EL DÍA DEL JUICIO! —gritó Jesús, «el Cristo», en la Tierra.

De pronto se levantaron de las fosas. «Los Ángeles Dominadores de la Muerte» eran enormes; su sombra caía dilatada sobre columnas y paredes. Solo se troncó cuando alcanzó los grabados de los machos cabríos en el tabernáculo, en la estación de Zion, que era como una cripta en la noche. Apolión los veía acercándose, surcando el espacio como uno solo. Ahora eran más. La visión se complementaba con el horizonte sesgado por el brillo del sol. Se preparan para caer sobre ella. Zigzagueaban invadiendo el panorama. Unos cientos de miles. No tenían alas, tampoco eran seres de luz. Erraban de estrella a estrella, tan grandes, tan enormes como Marte. Se trataba de figuras espectrales que causaban pánico. Sentían odio, hambre de batalla. Dios los había utilizado en la primera guerra contra Malka, hacía ya eones de tiempo. También en las «Guerras Santas», cuando escogió a ocho de estos espíritus agonizantes de ultratumba y los puso bajo las órdenes de Lucifer.
Apolión quiso gritar, pero para entonces los ángeles ya le habían arrebatado la voz. Notó que llegaban. Sentía que ya estaban dentro. Oyó el estruendo. Discurría crujiendo por el cuello del cráter. Estaban fervientemente excitados. Dios los creó para la guerra. De camino ajustaron sus dimensiones de acorde con el espíritu de Apolión. Se hicieron infinitamente más pequeños; derrochando estallidos de cólera, sucediéndose alborotados por ver quién entraba primero.

Le llegó la intensidad. Entraron por la boca del abismo todos y cada uno, y se dejaron caer con toda la violencia de que disponían en ese momento; una gran concentración de espectros entonando alaridos de guerra se alzaba por encima de Apolión. Lo que llegó era tan antiguo que apenas conocía la lengua de Dios, «el marduk». Bajó el primero a toda velocidad. Tomó la forma del *Taninim* (leviatanes marinos extinguidos en la Edad de Hielo terrestre), en llamas azuladas. Entró en el cuerpo de Apolión vomitando aire. Lo hizo con tanta violencia que lo levantó del suelo para lanzarlo contra la piedra escarpada. No le dio tiempo a caer. Enseguida la atravesó otro que venía serpenteando. Era también fantasmagórico. Transparente. El siguiente provocó que saliera despedida rodando por los aires. La empaló otro adhiriéndose. Y después otro, y otro más; así iban llegando del cielo. Chocaban contra el cuerpo de Apolión poseyéndolo, uniéndose a su espíritu para formar parte de ella. Apolión temblaba de dolor. Cada vez que se le adhería uno de estos espíritus sentía cómo su cuerpo se despedazaba y se recomponía inmediatamente. Guerreaba, intentaba sacarlos de allí, pero ellos se entregaban a su espíritu viniendo para ser devorados y desaparecer hasta morir para engrandecerla. Todo a fin de que heredara toda la destreza de los «Espectros de Dios». Fue elevándose mientras entraban. El abismo se tornó luminoso. Las nubes de la plataforma se convirtieron en estrellas. Se movía hacia arriba lentamente, con los ojos bien abiertos. Veía lo que los «Espectros de la Muerte» habían visto desde su nacimiento. La vida de cada uno de esos espíritus de la muerte corrió secuenciada ante sus ojos…

100E de la Concordia

Sector: Memoria de los Espectros / El Tercer Sol de Zion
Magnitud: Visión del Origen y la Caída

Hace mucho tiempo la oscuridad engulló a la luz e hizo del universo un cielo completamente nocturno. Yahvé dio a luz a seis hijos y sus nombres fueron: Jesús, Abesalón, Assarhaddon, Sarshalom, Malakiel y Meskhelet. Este último**,** Meskhelet, encontró una lágrima de vacío que vagaba perdida en el universo de luz. Cuando se la mostró a su padre, este enseguida advirtió que se hallaba el mal dentro y le ordenó que se deshiciera de ella. Pero en vez de eso, Meskhelet la protegió y la nutrió de luz hasta que fue demasiado tarde.

La oscuridad emergió y se lo comió todo. Su espíritu, Malka, se volvió invencible. Poseyó el cuerpo de Meskhelet y le ofreció a Dios unirse a él. La negativa del «Señor de los Cielos» desencadenó una gran guerra en el universo: luz contra oscuridad. El arquitecto Yahvé, hijo de Yov, no tuvo más remedio que crear a sus generales y procurarles un ejército para la guerra. Tomó de la luz de Lucifer, al que había hecho porque se sentía solo, y la clonó. Y a sus generales llamó: Arcángeles. Al primer clon lo llamó Miguel; al segundo, Gabriel; al tercero, Rafael. Todos ellos acudieron a la batalla con un poderoso ejército: los Ángeles Dominadores de la Muerte.

Pese a que Lucifer y los arcángeles lograron contener a las tropas demoníacas de Malka en una cruenta batalla en el tercer sol de Zion, Epar, la guerra se perpetuó millones de

eones más tarde hasta caer definitivamente en la Tierra, en lo que se denominó: «Las Guerras Santas».
Apolión visionó todo esto. Vio a la criatura, Malka, saliendo de un sarcófago de oro. Cuatro colosos lo dejaron al pie de una «Gran Pirámide» con la tapa retirada y enseguida corrieron alejándose. Entonces la deidad sacó una mano y seguidamente se levantó. Todo lo que estaba a su alrededor ardió e inmediatamente se convirtió en ceniza. Era monstruoso. Aquel rostro traslúcido con una expresión a rebosar de maldad. Aquellos ojos de pupila rasgada, como una serpiente. Ese cráneo tuberoso y ovalado…
La visión cambió. Ahora, y a través de otro espectro, se vio a sí misma ocupando el cuerpo de una niña peluda recién nacida. Era un simio con apariencia humana que rompía en llanto desde algún lugar remoto. Visionó la muerte de Malka. Tenía delante a un simio de la subespecie *Homo neanderthalensis*, el cual caía precipitándose sobre una armadura bermeja en llamas. A este simio le habían atravesado el corazón con una espada arcangélica. El espíritu que lo gobernaba había sido quebrado por la Hoja del Dragón. Era el espíritu de Malka. En algún momento de la contienda, «el Señor de las Tinieblas» había abandonado el cuerpo del «hijo de Dios» y había ocupado este.
El «Hijo del Ángel», el favorito de Dios, el primero, Lucifer, retiró la espada del dragón del cuerpo del neandertal. Sacó la hoja empapada de sangre y miró al cielo rojo desafiando a su padre. Había vencido a la antítesis, al más temido enemigo. Se veía su igual. Nada ni nadie iba a detener su ascenso. Así ocurrió. Lucifer ascendió a los cielos y descuartizó a todos los ángeles de los coros de la «Divina Asamblea». Los hizo pedazos, los pasó a filo de espada, uno por uno, y esparció sus restos por todo el «Reino de los Cielos». Entonces Dios envió a los siete «Ángeles de la Muerte» dominadores, que habían guerreado con Lucifer y los gigantes en las «Guerras Santas». Los sacó de la Tierra y los puso en el reino para que lo ejecutaran. Apolión tuvo la visión de los siete que se dieron al combate contra el homicida. Los nombres de estos siete ángeles fueron: Magog, Og, Gedor, Seror, Obed, Eglón y Giblos. Y todos cayeron bajo el filo de la espada; aunque el último de ellos que quedó, Og, antes de retornar al polvo, partió al «Hijo del Ángel», a Lucifer, por la mitad, dejándolo en el óbito, con el espíritu a poco de entrar en la muerte verdadera.
Solo las sombras de Dæmon «el Pacto» pudieron devolverlo a una nueva batalla en Orión, empero ya como Satanás. Fueron los veinticuatro ancianos levitas los que derramaron el «Arca de todas las Alianzas» sobre Satanás y los cuatro ejércitos que habían acudido a luchar por su causa: la de sustituir al Arquitecto al frente de todas las jerarquías. Satanás fue derrotado. Su cuerpo quedó hecho añicos. Pero en el último suspiro de su caída, halló a la serpiente.

6OM de la Discordia

Sector: Estación de Zion / El Abismo
Magnitud: Investidura del Ángel Exterminador/Regreso

El último de los dominadores entró por la boca de Apolión. Entonces experimentó una sensación de paz. Flotaba en el vacío. No tenía nada que temer ya. Cerró los ojos.
Al abrirlos de repente, sintió cómo toda la raza divina de los dominadores formaba también parte de su cuerpo. Y esto significaba que ahora podría moverse y guerrear como miríadas de dominadores a la vez.

Desde lo alto, los ángeles dejaron caer la Armadura del Dragón y Apolión se alzó para recibirla.«Es ciertamente hermosa», pensó, mientras la oía fijarse. Estaba confeccionada con las mismas lágrimas del sol de Egón. Todo el cuerpo hasta la parte baja permanecía protegido por un blindaje de hierro entrecruzado, ceñido, el cual era sujetado por un correaje de cuero que caía serpenteando la armadura laminar del «Ángel de Dios». Sobre la misma tenía siete cuernos: dos en las hombreras, uno en cada codo, y el último en el dorso. Las piernas permanecían enfundadas en una gruesa armadura conjuntada con la parte superior y ensamblada al tronco mediante un espaldar de plata. Todos los ojos de los «Dominadores de la Muerte» pasaban por el laminar. Se desplazaban rápidamente y retornaban como la roca repele al mar. Por último, arrojaron las alas; grandes, abiertas, negras como la noche y la muerte. Cayeron desde lo alto y se fijaron en el espaldar en el momento de su caída.—Cuando los demonios vean esto, en el terror llorarán y suplicarán —así habla «el Ángel Exterminador». Abrió la mano y apareció una espada cuyo filo manteníase recto, señalando a los enemigos de Dios. Hacía tres codos y la hoja se abría y cerraba como siete ojos a la vez. Era, pues, un *Beráq jarbí*.

65M de la Discordia

Sector: Cúspide de Orión / Quinta Elíptica

Magnitud: El Juicio de los Vigilantes (Sentencia de Muerte)

Cuando por fin llegó su hora, las puertas se abrieron y le mostraron la cima de Orión.
Mantuvo la calma; no tenía prisa por mostrarse. Había escuchado su nombre antes. Lo examinó absolutamente todo con los ojos de arcángel. Observó entregada el vacío espacial desde una nueva e inmensa plataforma elíptica. Aparecieron por encima miles de naves espaciales que se preparaban para retornar a la Tierra. A izquierda y derecha, en el centro, con poderosa forma geométrica; de momento, flotando, posándose suavemente sobre el quinto perímetro de la ciudad de Orión, emitiendo un leve sonido parecido al de un silbido. Había miríadas de humanos delante con la mirada fija en Apolión. Se abrieron, dejando un libre pasillo que concluía a pies de Jesús y los arcángeles. La estaban esperando. No podían dejar de mirarla: aquel arcángel con faz de mujer hermosa. La contemplaban maravillados; se amontonaban sin querer para seguirla hasta el final. Allí esperaba «el Cristo» con seis de los arcángeles de la purga a su diestra, que portaban diferentes armaduras draconianas.
Apolión observó a Miguel Arcángel enfundado en su armadura de combate plateada, sosteniendo en una mano el *Beráq jarbí*. A su lado se encontraba el otro, San Gabriel, con una faz muy hermosa, revestido completamente de oro, armado y vigoroso, ancho de hombros, transmitiéndole una fuerza colosal y sobrehumana. Pegado a este arcángel se encontraba Rafael, con su inconfundible armadura color esmeralda. Empuñaba, como los otros, una espada algo más corta que la de San Miguel y Apolión.
Uriel Arcángel traía, como todos, un aire solemne. Tenía el cabello blanco y los ojos rojos, sin pupila, hundidos en la negrura. A su cara le caían los rasgos viejos aunque vivos, brillantes en según qué lado, minúsculos pero poderosos en el porte. Su armadura draconiana era de bronce, pesada, radioactiva. Igual que todas las demás. El número de elegidos lo completaban dos arcángeles más: la gran figura colosal de Zadkiel, cuya mirada helaba, vestido con una armadura laminar de oro; y Raziel Arcángel, el único de

todos que había mantenido en su rostro el bigote y la larga barba trenzada como en los tiempos de los semitas acadios, allá en la Tierra.
«La Muerte de Satanás», Apolión, «el Ángel Exterminador», plantó su armadura de fuego candente delante de Cristo y sus arcángeles. Llevó de repente el cuello hacia un lado a una velocidad endiablada que sesgó el aliento vital. Los cientos de miles de ojos de los dominadores recorrieron el laminar al oler la muerte. No estaban solos. San Miguel había sacado de las gélidas mazmorras del abismo a los jefes Egrḗgoroi y los había hecho descender con él a la cúspide de Orión para que fueran ejecutados Permanecían a la siniestra de Cristo, de rodillas, encadenados de pies y manos, aún atormentados y afligidos por la dureza del juicio.

—¡Vigilantes, hermanos que os encontráis lejos del Altísimo! ¡Caed humillados ante el que está de pie! —clamó en voz alta Miguel Arcángel, señalando a los siete condenados con la espada.—Tú, Remeiel —prosiguió, tronando—, mira, ve, porque el día se ha cumplido. Creías que no llegaría, pero aquí tienes ante ti al «Ángel Exterminador». Tú violaste a las mujeres del pueblo de Babel y les diste hijos impuros, los cuales sustituyeron a los hombres escogidos. ¡Gigantes para tu rebaño! ¡Insolente! ¡Impuro!

Seguidamente, señaló al que tenía al lado:—He aquí a Semyaza, jefe de los Vigilantes, que cometió actos violentos y lujuriosos contra las mujeres y las hijas de los hombres. Yahvé, «el Arquitecto», te mandó a que ayudaras al pueblo de Babel a escapar de la furia de los reptilianos. Y así hiciste. Pero después intentaste tocar a la joven muchacha virgen y esta te esquivó una vez, y después dos, y hasta tres veces más. Y a la cuarta vez le golpeaste el rostro, la tomaste por la fuerza y cometiste la violación. Le hundiste media cara en la tierra sin remordimiento y la fecundaste dejándola embarazada.

Pasó al siguiente:—He aquí al primero de la orden, he aquí a Yeqon; miradle bien, buscad en su espíritu las palabras que conocen el camino de la traición. ¿A cuántos más incitaste para rebelarte contra el Altísimo como hizo su adversario? Tú asolaste los corazones de las vírgenes, las engañaste para penetrarlas y luego las obligaste a parir las abominaciones.

Hizo una pausa:—Y tú, Asbe'el, ¿qué se puede decir de ti? Tú, que has hecho desaparecer a hombres y a bestias ofreciéndoles mal consejo. ¿A cuántos corrompiste en el Babel? Te hiciste ladino, hablaste en todas las lenguas antiguas para seducir a las hijas de los hombres del Babel. Por tu culpa muchos han perecido en su guerra contra los Nefilim, porque tu mano los puso en el camino de las armas para que se los llevase la muerte. Impuro.

Se dirigió al próximo:—Panamu'el, todos los sabios del Canaán recuerdan aún tu nombre porque saliste a engendrar hijos dando a conocer los secretos de la interpretación de los astros y las constelaciones. ¡A las mujeres dijiste: "Escribid mi nombre por delante del de Dios porque gracias a mí él realiza las obras"!Pero yo te digo, Panamu'el, que tu obra ha fracasado. ¡Porque me he llevado a tus hijos de las Tribus de la Perla y los he hecho perecer!

Hubo un silencio.

—Tú eres el sexto, K'asdeya'el. Allí donde pregunté me contestaron con una larga lista de enfermedades que habían traído los demonios de «la Gran Serpiente» (Satanás). Los

vi perdidos en la confusión. Leí sus almas. Todas las tribus del Babel habían aceptado que iban a morir pronto y se habían echado a los saqueos y las violaciones. Porque tú bajaste y se lo anunciaste.

Miguel Arcángel señaló al último de los jefes, el cual no podía sacar sus ojos de Apolión.

—Gadreel —lo llamó San Miguel—. Te has vendido a Satanás. Has sido su confidente, su espía. Buscaste el alma de Apolión entre los tiempos. Navegaste en las épocas violando las leyes del «Altísimo» a fin de dar con ella. Intentaste atraerla. Luchaste para que cambiara de bando. ¡A ti, que se te dio la Armadura del Dragón!

Gadreel agachó la cabeza avergonzado. Miguel Arcángel bajó su espada, liberando a los Egrḗgoroi del ardor. Acto seguido, señaló a Apolión y dijo:—Hágase cumplir la sentencia.

Apolión miró a San Miguel. Entendía ahora lo que significaba su presencia allí. No vaciló. Fue hacia Gadreel, lo agarró por la cabeza con una sola mano y lo arrojó al sol con tanta fuerza que al instante ya no se podían oír sus gritos. Y luego de esto, fue hacia Semyaza y lo sacó de la presencia de Jesús de igual modo, con la misma violencia.
Después de ejecutar a los siete jefes Egrḗgoroi, Apolión se volvió y contempló el terror en las caras de todos. Algunos incluso temblaban. Era como si hubieran visto al mismísimo adversario de Dios allí, ejecutando.

APÓCRIFO X
GUERRAS DEL APOCALIPSIS
LA TIERRA, AÑO 3999 D.C.

3999 d.C.

Aquel día vi las ciudades abandonadas en la ruina, repletas de bestias que devoraban la carne y bebían la sangre de los vivos. Venían a ser los dueños de la Tierra. Desnudos, permanecían junto al fuego enmudeciendo la madrugada, la cual estaba a punto de terminar con los últimos miles de desgarradores gritos humanos. Mientras surcábamos el cielo terrestre, por encima de los mares septentrionales, pregunté al Arcángel Miguel, quien volaba conmigo a mi diestra: «¿Quiénes son?».

—Unos que ofenden a Dios, fautores, «Legión» —dijo Miguel Arcángel con semblante serio.

Habíamos abandonado la nave espacial en el Mageddo, en la cima de un monte, sobre un valle incapaz de despojarse de las sombras. Seguí a los seis arcángeles hacia el mar del norte; rasgamos el viento que todavía lloraba contaminado. No veíamos nada, excepto cielo y agua. Atravesábamos todo el océano planeándolo, elevándonos de vez en cuando **y** proyectando nuestras aladas y gigantescas siluetas sobre el mar, en el lento amanecer. La misión era clara: preparar el camino del retorno del «Hijo del Hombre». Ejecutar «La Purga».
Finalmente «La Raza» había regresado, tal y como prometió a las tribus del mundo. Aquel Dios que escogió al simio y le otorgó un alma nos hizo bajar novecientos noventa y nueve años después de que terminara la última de las guerras mundiales, la tercera. Íbamos a toparnos con un mundo negro, gobernado por demonios y muertos. Tristemente, la humanidad había terminado enfrentándose en una colosal «Guerra Dron». Es lo que sé, lo que se me ha contado: «La Liga de Oriente» contra el «Bando de Occidente»; el «Águila» contra el «Dragón». Y al final, los demonios apoderándose de la Tierra.

—¿No es este Azazel? ¿Jefe de la Legión? ¿Quién estuvo en el complot para la sucesión del Altísimo Señor de los Cielos? —habló de repente Zadkiel, presintiéndolo.
—Es —confirmó Miguel Arcángel—. En la noche se hará más fuerte.

«Él» (San Miguel), se quedó pensando con aquellos impresionantes ojos azules clavándose en el mar. A su lado volaba Gabriel Arcángel, a una distancia de ocho codos. Por detrás, ahora entre el vapor que se elevaba de las aguas saladas, iban Rafael y Zadkiel. Yo les seguía contracorriente, con la espada en la mano. A mi izquierda se encontraba Uriel; a mi derecha era Raziel quien me acompañaba. Apareció la Tierra. La niebla se extendía por todos los lugares llegándolos a cubrir del todo. Seguimos a Miguel Arcángel. Descendimos hasta un campo en el que había una torre forjada de hierro con la forma de una espada vencida hacia adelante.
Allí abajo, la oscuridad se hacía muy grande. La niebla se encaminaba lentamente por todos los rincones, elevándose. Olía a sangre. Sus ríos se arrastraban por todo el campo despegado. El día transcurría en el silencio. Caímos en esa tierra mancillada. Enseguida nos pusimos a buscar la guarida del caído Azazel. Por encima de la niebla asomaban edificios herrumbrosos, totalmente deshabitados sobre calles en las que se amontonaban los escombros.

—Está cerca —habló Miguel Arcángel.

Habíamos distinguido algo a pies de la torre. Se trataba de una pendiente que tomaba la forma de un cráter. Fuimos hacia allí, prestos para el combate. Un poco más cerca, el suelo se mezclaba con el asfalto. La antena se asomaba por encima de nuestras cabezas. Se extendía hasta el arco. Concluía en cuatro cimientos, dos de los cuales habían sido arrancados de la tierra. El agujero se perdía en una inmensa garganta de oscuridad. La corriente subía viciada; pestilencia que se desprendía de aquellas bestias que se ocultaban de la luz. Reinaba la calma, aunque el día no se decidía a salir. Parecía como si nos esperaran. Pero no era esto. Los demonios se sentían seguros. Se habían colmado de paciencia para asaltar la Tierra.

Ocultamos las alas. Los siete nos fuimos arrojando uno por uno al vacío. Justo delante de la torre que los humanos llamaban Eiffel. Dentro del cráter se oía el crepitar del fuego. También largos golpes y exasperantes gemidos. Caímos lentamente en lo que parecía la curva subterránea de un túnel que iniciaba su recorrido. Allí la tierra había sido pisoteada. Las huellas de los demonios llevaban rumbo hacia la negra angostura. El peligro estaba cerca. Nuestra luz hacía de llama en la oscuridad. Pues la noche era profunda allí.

Miguel Arcángel iba en cabeza. Avanzaba aplastando las huellas de los demonios. Yo podía ver su portentosa espalda, mientras los otros se movían de un lado a otro. Habíamos recorrido un largo tramo. La oscuridad en esa parte era confusa. Se encontraba incierta, estaba como tuberosa. Ahora se abría ante nosotros una nueva y pronunciada galería mucho más ancha. Fuimos testigos de aquello que se apretujaba en todas partes produciendo el efecto de los bulbos. Helaba el rostro. Ningún mortal hubiera podido hacer semejante obra. Una recreación perfecta y demoníaca de una de las muchas fábulas que se habían inventado los hombres, el llamado «Infierno».

Toda la galería estaba recubierta de rostros humanos, como salidos de la agonía. Los habían lapidado después de cocerles los ojos y comprimirles el cráneo. Volví a mirarlos. Salían de la tierra pisoteada. Había que caminar con cuidado de no pisarlos. De manera liviana, casi a pies juntos. Asomaban en todas las formas y edades. No alcanzaban el palmo. De pronto, toda aquella obra macabra se terminó. Poco antes de llegar al final de la galería nos sorprendió un pórtico cuadriforme iluminado por dos antorchas. Inmediatamente después de atravesarlo, los siete salimos a un nuevo corredor donde abundaban huesos humanos que, en épocas remotas, el hombre había emparedado. La corriente trajo un sonido de multitud. De repente y de manera asombrosa alcancé a ver cómo Miguel Arcángel echaba las alas hacia adelante y cubría todo su cuerpo. Entonces su luz se desvaneció y no podía ser vista ni por humano ni por demonio. Los otros cinco que le seguían cometieron el mismo gesto. Se sumergieron en la oscuridad y no permitieron que ninguna alma les viera. A mí no me hizo falta. Mi espíritu no brillaba. Ya no había luz en mí, solo muerte.

Encontramos a cientos de fieles, de espaldas a nosotros, mirando hacia el trono del demonio Azazel. Y todo allí mismo, bajo tierra, en un espacio oscurecido e improvisado a golpe de demonio cerrado por cuatro cortinas rojas. Las antorchas humeaban. Había pilas, montones de restos humanos sacrificados. Los fieles humanos danzaban de rodillas con las manos en los muslos. Estaban tiesos, perdidos, con los ojos en blanco. Desconocían que ahora eran esclavos de Azazel. Se inclinaban hacia adelante, desnudos, y regresaban a su posición inicial buscando consuelo en aquella bestia que se sentaba desganada en un trono hecho de partes humanas. Azazel, el demonio, miraba a los humanos con la llama en sus ojos. Este caído medía treinta codos en pie y su ración era de seiscientos siclos al día. Su lengua era pesada; hablaba a los acólitos en todos sus idiomas sin tropezarse. La espalda se le hinchaba cuando respiraba. Me llegaba su sonido ronco entre todos aquellos centenares que de repente se pusieron a gemir en el

sueño del que no podían despertar. Su rostro recordaba al de un anciano humano cualquiera. De lejos pude vislumbrar una cabeza ancha, deformada, sin un solo cabello; un cuerpo musculoso, embalsamado, resistente. Tenía talante de semidiós. Ciertamente inquietaba. Estaba rodeado por esclavos y esclavas muy jóvenes, todos desnudos, magullados, con partes descarnadas por la violencia del demonio. Habían forrado sus cuellos con un collar de argolla unido a un eslabón por el que penetraba una cadena de hierro. De este modo Azazel los mantenía unidos, controlados. Eran algo así como sus sacerdotes y sacerdotisas. Pude leer sus almas descarriadas. Habían sido crueles. En el silencio descubrí que algunos eran descendientes de una secta extinguida, «Los Illuminatti». Uno de estos, que tenía justo enfrente de mí, me manifestó una especie de guerra entre las sociedades secretas acaecida al final de la tercera guerra, de la que tomaron parte los demonios, y muy especialmente, Azazel.

Todo lo que teníamos delante era un círculo oscuro humano a pies del «Jefe» de Legión. No se daban cuenta de nada, no nos distinguían detrás. En ese momento fuimos testigos de cómo las sacerdotisas preparaban los cálices con la sangre del demonio. Azazel dejaba el brazo en alza y las esclavas recogían en copas de oro la acuosidad que se vertía de sus cortes. Luego, fueron repartiéndolas por toda la cámara. Miguel Arcángel se estaba poniendo nervioso. Todos podíamos escuchar su luz latiendo como en la víspera de la batalla. Vimos cómo cerraba los dedos en torno a la empuñadura y los apretaba con fuerza.

Los fieles comenzaron a hablar. Repetían al unísono en diferentes lenguas: «Guardián, vigilante, Dios de la tormenta, mi sol, Dios de la luna, salva el jardín de tus sacerdotes porque no es propicio, ni bueno ni favorable, porque no existe, poderoso escultor, gran rey, protector, abre al enemigo tu sello».

Gabriel fue el primero en darse cuenta de que los esclavos estaban repartiendo cuchillos por el otro lado. Estábamos presenciando el «ritual de Dæmon». Bajaban los acólitos esclavos en dirección a la corriente y dejaban ocho copas a un lado y ocho cuchillos al otro para que los fueran pasando de mano en mano. Así, tras el sorbo vendría la muerte y la resurrección. No podíamos permitir que Azazel obtuviera un nuevo ejército. Miguel Arcángel situó la punta del Beráq jarbí a un suspiro de la espalda del hombre grueso y velludo que tenía delante, y seguidamente le propinó un aguijonazo. El fiel se desvaneció de inmediato. Se hundió suavemente entre la multitud sin levantar la más mínima sospecha. Así comenzamos la purga de fieles. Gabriel, Zadkiel, Uriel, Ramiel y Rafael pusieron sus espadas en ristre y comenzaron a punzar espaldas de fieles a toda velocidad, cobrándose así un gran número de víctimas entregadas fervientemente a la sangre del demonio.

Entonces me llegó el momento. A mi derecha, Rafael estaba aniquilando al siguiente. Pude comprobar cuán letal era. Sentí a muchos de los dominadores tocándome la mano. Delante, tenía a una joven. Puede que quizá fuera una niña. Contaba los dedos en el ensimismamiento. Tenía la espalda blanca y delgada. Se le marcaba toda la columna perfectamente. La habían violado muchos demonios a la vez. Pero no se acordaba. No lo pensé. La ejecuté como el relámpago. De una sola punzada. Esta había sido mi primera víctima en la Tierra. Luego, hundí la punta en otro. Había sido un hombre de maldad profunda. Por las noches abusaba de los débiles. Lo dejé seco, de una estocada, a pies de la penumbra. Seguí ensartando sin poder controlar la excitación. Miré un momento al demonio Azazel y vi su figura inquieta aún a lo lejos. Estaba como olfateando. Nosotros nos encontrábamos detrás de los fieles, con una perspectiva corta, moviéndonos sigilosamente en secreto; enviándolos a todos de regreso a Orión antes de que pudieran convertirse en sombras demoníacas.

De pronto el demonio se puso en pie y gritó con voz atronadora en la lengua «malkut»:—¡RAÁH NÉGUED PENEIJÉM!

—¡ATRAVESAD LAS ABOMINACIONES! —contestó inmediatamente Miguel Arcángel.

Los fieles comenzaron a pasarse el cáliz con urgencia. Aceleraron las manos mientras los arcángeles llegaban sin hacer un solo ruido. Apresuradamente corrían en busca del cuchillo para rebanarse el cuello. Los seis arcángeles echaron al mismo tiempo las alas hacia atrás y se descubrieron ante hombres y mujeres que habían bebido de la sangre del «Demonio», para recostarse en la muerte como humanos y resucitar como «Sombras aladas demoníacas». Aconteció un gran derramamiento de sangre. Yo me levanté por encima de todos. Fijé el Beráq jarbí hacia el altar en busca del enemigo. De la punta salieron rápidamente mis «ángeles de la muerte», con la forma del viento. Partieron por la mitad todo lo que se encontraba entre Azazel y yo. Pero el demonio ya no estaba. Había aprovechado el empecinamiento de los arcángeles en acabar con todo su ejército para huir de nosotros. Los enviábamos hacia todas las direcciones. Eran como muñecos de barro despedazándose. Mis movimientos ligeros, a la par brutales, hacían saltar cabezas de acólitos fácilmente con una rapidez que aterrorizaba. Uriel me observaba. Temía lo que yo era. Mientras, el pulso humano circulaba llegando a alcanzar su máximo en la batalla. Miguel Arcángel extendió las alas y se elevó hasta el límite del espacio. Con un movimiento en forma de águila sacudió su espada. Su destello pasó ante los ojos de las esclavas que se disponían a enfrentarle. Al instante, sonrió la sangre. En cambio, yo me los sacaba de encima abriéndolos en canal. Sin piedad. Me encaminaba hacia los fieles con la guarda pegada al pecho y el filo protegiéndome medio rostro. Después cargaba, manejando el combate en todos sus dominios. Tras haber abatido a cientos, todo lo que quedaba en el círculo de la oscuridad era una maraña de rostros humanos encharcados cuyas almas no habían podido adherirse finalmente al espíritu de Azazel. Por lo que observábamos toda aquella carnicería con satisfacción. Entonces oímos algo. Una especie de ronroneo. Estaba muy cerca. Pegado a nosotros. Miguel Arcángel fue hacia la cortina roja y le pasó la espada por la mitad. La tela cayó mansa e inmediatamente nos descubrió detrás a una nueva legión de hombres y mujeres. El Arcángel Miguel clavó sus ojos en mí. Algo le rondaba por su pensamiento. Quise saber lo que pensaba, pero su mirada ciertamente me intimidaba, «de momento…».
Unos ojos, rojos como la sangre, se abrieron. Una humareda negra se levantó de cada cuerpo; de izquierda a derecha, de norte a sur, flameando, vibrando un codo por encima del suelo. Culminaron la creciente humareda unas sombras gigantescas aladas, vigorosas, arrogantes, provistas de una llamativa cornamenta enroscada. Estaban llenas de odio. Aquella legión nos miraba de la misma manera. Se elevaban nueve codos. Los había que estaban en silenciosa actitud soberbia. Entonces fijé la mirada en las columnas y vi en la sombra de cada mano lo que parecía ser una espada negra.

—¡Nada les hace fuertes en el día, en cambio durante la noche beben de la fuerza de Satanás, su verdadero jefe! —dijo Miguel Arcángel con gran voz.

El que era el más fuerte de los arcángeles, Miguel, abrió las alas y las batió con el propósito de llevar la lucha a campo abierto. Pasó delante de mí volando, con la espada en la mano. Ascendía y descendía poderosamente alejándose de las sombras. Se acercaba ahora al pórtico cuadriforme. Todos le seguimos. Los otros cinco le siguieron

velozmente. Yo me erguí envuelta en una electricidad oscura y salí volando de allí, antes de que las sombras se situaran y se hicieran fuertes en el pensamiento para poder marchar contra nosotros.
El regreso se me estaba haciendo largo. La galería era oscura y la claridad del día no se atrevía a entrar. Volaba por encima de aquellos rostros humanos ungidos de sufrimiento. Recorría la ancha galería con la mirada fija en Raziel, quien era el arcángel que tenía delante. Los otros habían desaparecido de mi vista. Me pareció oír a las sombras detrás. No me detuve. Continué surcando la curva subterránea que llevaba a la superficie, hasta el claro que arrojaba la boca angosta con forma de cráter. Todavía no había alcanzado la luz cuando vi cómo algo profundamente oscuro y tenebroso sacaba de en medio a Raziel y lo obligaba a batirse elevándose sobre la tierra. Se oía más que nunca el cruce de las espadas. En el mismo instante en que subí vi a Raziel enfrentándose a un nuevo demonio revestido de hierro y grasa. Sobre la superficie, frente a la torre inclinada, embistiendo hacia delante desprendiendo una humareda pestilente, se encontraba este demonio cuyo nombre oía respirar cada vez que atacaba para retomar la iniciativa de una lucha que nada más empezar estaba dejando a Raziel exhausto.«ABIGOR», decía el demonio, con la respiración de las cavernas.
Fui a su lado. Ascendí velozmente dirigiendo mi espada contra Abigor. Me di a la batalla inmediatamente. Se encendía con cada golpe. Allí donde ponía su enorme espada cruciforme se hacía de noche. Su cuerpo truncaba nuestros ataques, que una y otra vez, siempre, nos eran devueltos con el doble de violencia. Había fuego en él, en sus ojos, bajo su armadura. Se movía despidiendo llamas, feroz, sin gozo alguno, desde el sufrimiento. Resoplaba. El arcángel lo atraía cargando su hoja contra la máscara del demonio. Y este nos dejaba un instante para después retornar nuevamente, empero incendiado, decidido a aplastarnos. Pero nosotros lo igualábamos de derecha a izquierda, de arriba abajo, circundándolo, siguiéndole en todas sus debilidades porque era más pesado. Esto nos llevó hasta el confín de su ira. Raziel no se ceñía a la pelea. En cambio yo, me acercaba más. Aumentaba el ritmo de los golpes llevando mi espada hacia adelante con el mismo furor del que hace uso las tinieblas.
Le vi llegar y lo contrarresté limpiamente. Di un giro completo en el aire y puse la espada en lo alto, sobre el barbote, pero fue el cuerno lo que alcancé. Lo toqué con la punta y la mitad le cayó sin que lo notara. Raziel tenía la intención de quebrarlo a distancia. Precipitaba demasiado sus golpes alabando a Dios. Pero por más que lo intentara desde allí, su hoja no logaba hundirse en la grasa del demonio Abigor. Por lo que tuve que volver a entrar. Y era difícil alcanzarlo. Nos dimos a la lucha en todas las partes del campo. Raziel estaba desesperado, agotado. La tierra estaba siendo levantada por la brutalidad de los ataques. La espada de Abigor rasgaba nuestra luz asperjándola, pero lejos de profundizar en el corte. Todavía no logaba ver con claridad a la obra de Satanás. Aquí y allá acontecía el duelo. Nos arrastraba contra la tierra. Yo trataba de atraerlo hacia el cielo. El sonido de la contienda se oía desde muy lejos. Faltaba poco para que el día decayera. Entonces Abigor incrustó la hoja forjada candente en el costado de Raziel y lo lanzó volando por encima de mi cabeza. Había seguido sus movimientos y los había llevado contra él. Ahora, ante sus ojos, sólo quedaba yo.
Le veía en ese momento. Bajo el día sin sol. A unos treinta codos de altura. Aquella obra del Demonio era un armatoste negro mucho más alto y voluminoso que yo. Parecía sofocado bajo todo ese hierro. El yelmo tenía la forma de una cabra. Enseguida cruzamos nuevamente espadas. Nos fuimos elevando sobre la Tierra, por encima de la torre inclinada. Abigor blandía, cargaba por mi lado diestro, echaba sus alas negras hacia adelante constantemente queriendo sorprenderme. Daba alaridos de guerra. Yo desbarataba todos sus ataques adelantándome a su pensamiento. Pero de repente el

demonio cambió de mano y volvió a vaciarse insistiendo por mi flanco diestro. Quise separarme de él mas no podía hacerlo. Abigor me obligaba a combatir en el cuerpo a cuerpo. De pronto se echó atrás. Me mostró el puño. Se preparó para golpearme. Pasó aquella enorme mano de hierro por delante siguiendo el curso hacia mi rostro. Esta vez sin resoplar. La dejó caer con tanta fuerza sobre mi pecho que parte de mi armadura quedó hecha añicos.
Sentí mi caída. Vislumbré su sombra hasta donde pude alcanzar. Algunas partes de mi armadura seguían desprendiéndose. Todos mis ángeles de la muerte guerreaban por devolverme a la batalla, pero no podía. Aquella oscuridad se había apoderado de mí. Pensé en alguien. En ese momento un «rostro humano» llegó desde otro mundo. Me dolía. Era un niño. Pensé en él, llegó un ruido sordo, y me hundí en las aguas.

LOS MUERTOS DE LA TIERRA

Me desperté bajo las aguas. Tenía muchos rostros a mi alrededor. Todos descompuestos, irreconocibles, relajados, sabiendo que pronto iban a recobrar la vida. Se encontraban en el suelo, tendidos, en posturas horripilantes. La mayoría habían sido acribillados durante la tercera guerra; hombres, mujeres, niños, ancianos, soldados… Eran, pues, «Los Muertos de La Tierra».
Abrí los ojos. Vislumbré muy poca claridad. Ya no pensaba en hundirme, sino en levantarme en busca de la paz por medio de la aniquilación. Por fin me puse en pie. Me arranqué el peto del dragón y lo dejé allí. Entonces asomó mi luz mortuoria, la cual se proyectaba sobre la faz de los muertos. Busqué la espada. Por suerte, la tenía delante, incrustada en el pecho de uno al que le faltaba medio cuerpo. Al verlo, sentí la guerra que había acaecido aquí. Les había estallado de la noche a la mañana. Atentado tras atentado hasta dejar a la nación en manos de una raza humana de oscuridad creciente. Así empezó. Recogí la espada y ascendí a la superficie.
Fuera no se oía nada. La tarde había caído **y** la niebla se había disipado. Todo lo que cercaba al campo donde me hallaba era una gigantesca ciudad en ruinas. Era una hora velada. Miré y vi a lo lejos al arcángel Raziel con la luz enturbiada derramada a su alrededor. Así era la muerte verdadera. Me acerqué. Le había dado tiempo a cerrar los ojos y encomendarse a Dios. De pronto, estalló en un gran torrente de luz que hirvió el suelo. No veía por ninguna parte a los otros arcángeles. Tampoco a la legión de sombras. La armadura me pesaba. Me era casi inútil. Comencé a quitármela poco a poco. Dejé todas las piezas en el campo excepto las alas, las cuales pude mantener a mi espalda fijadas al espaldar, única pieza que dejé en mi cuerpo de luz mortecina. «Sea un solo puño tras la hoja, unido en golpe, tomado y hecho salir en una décima», oí decir al viento.—Vuelve a repetir eso —dije en voz alta.
Entonces irrumpió un potente sonido que atravesó el cielo. En todas partes se oyó la voz de una alarma sonora, humana, que ensordeció el clima de manera apabullante.—Los humanos se comunican —susurré, entendiéndolo.
En efecto. Los humanos ocultos avisaban de que algo tenebroso se aproximaba con la llegada de la noche. Miré a los alrededores. Comprobé cómo los «Muertos del Apocalipsis» se levantaban. Venían hacia mí desde todas las direcciones. Aclamaban todos a mi adversario, «Satanás», quien había engendrado todo ese mal que ahora

caminaba arrastrando los pies libremente en la noche sobre la Tierra.—Sea un solo puño tras la hoja, unido en golpe, tomado y hecho salir en una décima —repetí, sin querer, las palabras que traía el viento. Estaban en mi interior. Sujeté con fuerza el Beráq jarbí de modo que la hoja me quedó bajo el codo. Conté cada instante en que llegaban. Eran miles los muertos, a una distancia de aproximadamente cien codos. Entonces percibí algo más. Una corriente de demonios salida de las entrañas de la Tierra llegaba como un rayo aplastando cadáveres y hierba. Oí a su cabecilla, cuyo nombre era Pazuzu, llamarme «Meretriz». «Dios ha preparado a su meretriz y la envía contra nosotros», le decía a los otros mientras marchaban. Los otros eran sus generales: Rencor, Vetala, Iblis, Zozo. Y una treintena más de demonios que completaban lo que ellos mismos denominaban: «Legión», porque eran muchos en uno solo. La noche descendió y lo cubrió todo. Mis enemigos eran numerosos. Tenía a los muertos cerca, irrumpiendo en aquel campo con una variedad de armas espeluznantes en las manos. Entonces todos se me echaron encima. Cayeron sobre mí encolerizados. Vi una faz desangelada. La partí por la mitad. Salieron unas manos. No aflojé. Las corté. Vinieron otras mucho más gruesas por otro flanco, entre el tumulto de uñas negras. Acabaron en el suelo. Se repetía. Atravesé un cuerpo, luego otro y otro más. Los hacía perecer. Los estaba descuartizando. Me movía en círculos, con los pies juntos, haciendo pasar el Beráq jarbí por encima de mi cabeza; esparciendo su aliento innumerables veces en aquella noche. Ellos seguían viniendo sobre mí, multiplicándose, incluso tropezándose, porque bajaban hambrientos y no veían la pila de cadáveres que iba dejando en derredor y que, a su vez, me hacía de defensa.

Yo los iba aniquilando; mis ángeles de la muerte, nosotros, uno solo en haz de mil. Los fundíamos, yo y mis «leales de la muerte», quebrándolos como si fueran de arcilla; abatía, ensartaba, hundía la espada en sus músculos, en su carne putrefacta. Punzábamos nerviosos, como uno solo. Todavía sangraban en abundancia. Llegó la «Legión». Hendía encolerizada sacando a los muertos de en medio para llegar hasta mí. «Sea un solo puño tras la hoja», acribillaba para Dios. El aliento de los muertos estaba pudriendo la Tierra. Uno se quedó con su cabeza en las manos. «Unido en golpe», partí a una mujer por la mitad. Vi asomar la cabeza de Pazuzu. «Tomado y hecho salir en una décima».—¡SALID MIS ÁNGELES DE LA MUERTE! ¡HACED VIBRAR LA HOJA! ¡PARA VOSOTROS SON COMO POLILLAS! ¡SALID AHORA! Grité, azuzándolos. Me impulsé hacia adelante. Todo lo que tenía acosándome en ese momento se desparramó. Se vio mi imagen proyectada en haz de mil. Sentí que me encontraba en todas partes, guerreando desde la multiplicación, haciéndolos vomitar sangre. «Los muertos» y la «Legión» veían a miles como yo atacándoles, devolviéndoles la desesperación por obra de mis ángeles de la muerte antes de que pudieran replegarse. Caían arrodillados al unísono por el dolor que provocaba mi única estocada mortal. Se tambaleaban y retornaban desplomados a las sombras. Entonces rodaron las cabezas de la Legión. Me elevé por encima de todos ellos y en un solo parpadeo cayeron los treinta con sus cuatro generales. Caí después delante de aquella horripilante figura alada con forma de animal, Pazuzu, y me lancé contra él en un ataque frontal que lo llenó de pánico. Todas mis proyecciones volvieron a adherirse a mi espíritu mientras esta horrible criatura y yo nos intercambiábamos golpes de espada a la velocidad del rayo. Parecía que el fragor desatado lo iba a hacer estallar en cualquier momento. Pero no. Fui yo. Mi espada lo mutiló. La volteé con un giro completo inesperado, lo despojé de las alas y lo clavé en el suelo por la mandíbula.

Por un momento retornó el silencio. Miré a mi alrededor y contemplé el exterminio. Yo, padre y madre de los ángeles dominadores de la muerte, había hecho esto. Todo aquel que se había cruzado en mi camino había hallado a la muerte verdadera, como no podía

ser de otra manera. Levanté la cabeza súbitamente. Ya llegaban otra vez, los muertos. Los condenados del Apocalipsis subían de las profundidades haciendo temblar el suelo. En un instante, llenaron campos y ciudades. Los había que marchaban sosteniendo sus intestinos. Otros se caían en pedazos; vísceras **y** tripas que sobresalían de los huesos. Y al final de todo, sus «Doce Príncipes», a caballo, difundiendo el terror al lado de «los Doce Reyes», deshuesados que habían reinado en las naciones y los cuales aún seguían en activo sirviendo a Satanás. Todos se pusieron en movimiento. Línea tras línea avanzaban hacia mi posición oprimiéndome. «Los Doce Reyes y los Doce Príncipes» desenvainaron las espadas al unísono y señalaron dónde me encontraba. Y todos «los ejércitos de los muertos» corrieron enajenados en mi busca por cada uno de los caminos que llevaban hasta el campo de la torre inclinada. Había héroes caídos, bravos guerreros que habían sido abatidos con gran valentía. También malhechores que se habían ubicado en el grueso del ejército. Apostados en otra parte, donde la luz jamás se ponía, se encontraban las máquinas de guerra alineadas en cientos de columnas que se preparaban para marchar hacia el sur. Se proponían asaltarme. Venían a por mí. Mirara donde mirara veía muertos avanzando. Comencé a elevarme despacio. Me atacó uno por el lado izquierdo. Respondí a su ataque. Puse la hoja en su cuello y tiré hacia atrás enérgicamente. De pronto aparecieron dos más por mi diestra tratando de impedir que me elevara. Flotando, atravesé la garganta de uno y abrí en canal el pecho del otro. Eso los enojó. Desplegué las alas. Me elevé lentamente por encima de mis enemigos. Solo una parte de aquel ejército de muertos se había quedado en su posición: la de los escuadrones que comandaban «los Príncipes del Apocalipsis». Me fui de allí, arrasando algunas cabezas de los cientos que se agolpaban bajo mi vuelo rasante estirando las manos y espumando sobremanera. Hice saltar sin querer unas cuantas mandíbulas de los ahora millones de muertos que intentaban hacerme caer. Seguí la senda del río. Lo sobrevolé. Pude ver cientos de máquinas hundidas a lo largo de aquellas aguas pantanosas que dividían la ciudad. Tenía la impresión de que ya había estado allí. Pero «los Reyes del Apocalipsis» habían hecho venir a los muertos de todos los lugares. Ahora se encontraban por todo el centro, en interminables filas paralelas que se iban juntando progresivamente a lo largo de mi camino. Volaba deprisa. Veía la luna menguante. Debajo, los inmundos seguían acumulándose. El peligro crecía, se hacía intenso sobre mí. Mi cuerpo desprovisto de la armadura no lograba alcanzar la altura que deseaba. Todo lo que discurría ante mí se apagaba en un río que atravesaba una monótona ciudad en ruinas. El sonido cobró fuerza allí. Los muertos estaban volcados a cumplir los designios de sus «príncipes y reyes». Se subían a los tejados y se iban lanzando. Algunos chocaban contra los edificios, otros que pesaban más simplemente llegaban tarde. Trataban de caer sobre mí. Intentaban desesperadamente aferrarme. Continuaron así a lo largo del río. Yo seguía surcando todo aquel recorrido con la esperanza de dejarlos atrás. Atravesé la boca de uno. Le corté la cabeza al siguiente. La estampida de los muertos se oía por todas partes. Los que iban a caballo los guiaban. Entré en la desesperación. La multitud semejaba un mar de ascendente color negro. Comenzaron a disparar. Me llovió fuego. —Esos malditos muertos —mascullé.

Me pareció ver una catedral. Sí, efectivamente, se trataba de una catedral en mitad del río. Estaba sobre una superficie, rodeada de edificios cruzados, ruinosos, abandonada desde hacía muchos siglos. La busqué con furia. Descendí manteniendo las alas extendidas. Me llevé a muchos por delante. Hice saltar por los aires las puertas centrales. Plegué nuevamente las alas. Entré en aquella catedral rodando. Me puse inmediatamente de pie. Señalé las bancas con el Beráq jarbí y todas se arrojaron contra la «Puerta del Juicio Final». Señalé después la sillería y los escaños se arrancaron y siguieron a las bancas. Las vidrieras estallaron. Penetró el olor a rancio de los muertos,

pues eran trozos de carne putrefactos andantes. Noté cómo los cimientos eran zarandeados por todas aquellas criaturas de la noche que honraban a los reyes jinetes y a sus príncipes. Las ristras de polvo se desprendían de la bóveda. Todo tembló. Las figuras de los santos se precipitaron hacia adelante. El candelabro se vino abajo. Yo estaba encima del altar, esperando con la espada en la mano. Preparada para darles juicio y purga. Escuchaba a los muertos trepando por la fachada. Los oía rascar y penetrar por las quimeras. Tuve la percepción de que muchos otros estaban cavando fuera. Logré escuchar la voz de los «Jinetes del Apocalipsis», diciéndoles a los muertos dónde tenían que cavar. Sentí su vibración bajo mis pies, abriendo túneles con las manos, gateando por debajo de la catedral. No me moví del altar. Me habían atrapado allí. Comprobé cómo los muertos hacían gritar a los muros de la catedral a base de golpes. La piedra no podía resistir una fuerza que no decaería mientras durara la noche.
De pronto vi cómo parte del suelo central se hundía y aparecían las primeras cabezas tuberosas por detrás del candelabro. Mi primera intención fue la de saltar para su exterminio. Pero al instante, todo el suelo brotó de agujeros y cabezas. Era verdaderamente espantoso. Entonces oí un ruido detrás. Levanté la mirada y los vi entrando por los ventanales. Mi presencia, mi luz, aunque mortecina, tan cerca de ellos, ciertamente les removía y eso les hacía imparables. Así, venían por todas partes, de arriba y abajo, del cielo y las profundidades, por un lado y otro, empujándose, destrozando todo lo que hallaban a su paso, vomitando sangre en gran manera. Volaron la entrada del lado norte. Abrieron las puertas del lado sur y entraron corriendo empuñando todo tipo de armas. «Ya basta», me dije. Abrí las alas mientras se acercaban. Salté. Inmediatamente una nube de muertos me envolvió. Hice correr la sangre antes de que volviera a poner los pies en el suelo. Me di a la batalla en todos los rincones de la catedral, a una sola contra los muertos. Caían los golpes. Volaba en círculos. Ensartaba los cuerpos de cuantos me rodeaban. Al llegar a la «Puerta del Juicio», me impulsé hacia atrás y comencé a arrasarlos de espaldas, despojándolos de manos y piernas. Pero seguían asaltándome en la saturación, intentaban agarrarme desesperados mientras yo los iba hilvanando. Se apoderaron de la catedral como los gusanos de la carne. En verdad me sorprendieron. Por cada cien que caían en una décima, doscientos volvían a levantarse en mi contra. Me deshice de unos veinte de un solo golpe. Guerreaba con furor; manejando la espada de diestra a siniestra mientras me dirigía nuevamente hacia el altar, el cual ya habían demolido. Ellos se arrojaban sobre mí y yo los apartaba de en medio retornándoselos a Satán en pedazos. Con mano firme los mandaba bien lejos. Bramaba, con expresión amarga; sujetando la espada firmemente y barriéndolos, allanando el camino que rápidamente volvía a llenarse de muertos a espada. Mi cuerpo los doblaba en estatura. Me costaba alcanzarlos. Sentí el cerco a mi alrededor oprimiéndome. No tuve más opción que seguir retrocediendo hasta que noté la piedra del altar. Los tenía delante. Sus rostros rebosaban de sangre. Despacio, se iban acercando con la boca entreabierta. Habían logrado obtener una fuerza dominante a mi alrededor. Estaba atrapada. No podía ver el fondo. Cada paso que daban hacia mí cortaba el aire. Renuncié a seguir defendiéndome, pero no arrojé la espada. Sin embargo, algo les detuvo. Fuera, relincharon los caballos de «los doce». Oí unos pasos que venían hacia mí. Los muertos se abrieron en una siniestra incertidumbre.
Al inclinar la cabeza vi aproximarse a un solo rey de los doce. Se alzaba cuatro codos. Tenía aspecto de anciano. Había fallecido en la decrepitud. Llevaba una tiara de hierro con cinco puntas. Sostenía una enorme espada de acero. Seguí clavándole los ojos. Era calvo. El pobre cabello le bailaba largo, sucio, abierto, por detrás de las orejas hasta los hombros. El cuerpo entero estaba revestido de una armadura bruñida en bronce con relieves de ruedas dentadas, áncoras, espirales, resortes y volantes. Había sido humano.

Ahora, su color era como aceitunado. Se plantó delante de mí. Así me miró fijamente, sentí al Jefe de los «Doce Reyes». Al «Inquisidor de los Muertos». Al «General» de todos los ejércitos. Los pómulos y la mandíbula le salían hacia afuera. Observé sus ojos hundidos, de un intenso fuego acrisolado. El bigote y la barba se le recortaban perfectamente en una faz con trazo profundamente marcado. El huesudo sabía perfectamente en qué época se encontraba. Su profundo odio me obligó a rebuscar en su espíritu errante. Hallé un nombre que permanecía enterrado. Uno que no significaba nada para mí: Jean de Dieu. De pronto sentí unos diminutos dedos humanos tocándome. Súbitamente, volví mi faz hacia un lado y vi a una niña humana mestiza con la marca de Dios en la frente: Tav.

LOS 144.000 SELLADOS

Los muertos no podían tocar a los sellados. Sonó la alarma nuevamente en todo el planeta. La claridad regresaba. Las criaturas putrefactas se fueron yendo de la catedral, de nuevo, al lugar donde los había acogido la muerte. El Rey esperó un poco más; apuró los últimos instantes de la noche clavándome la mirada, dio media vuelta y desapareció con los otros. Me volví despacio. Fui descubriendo uno por uno aquellos rostros ennegrecidos en el silencio, asomando por encima de las ruinas del altar. Se habían despertado de la oscuridad con mucho cuidado y habían encontrado el camino hasta mí, introduciéndose por los huecos subterráneos de la catedral, como habían hecho los muertos. Ellos eran la esperanza de Dios. Yo no los abandoné. Los contemplé con el semblante del relámpago, tal y como lo hubiera hecho Miguel Arcángel. Ellos se frotaron los ojos con las manos sucias. —¡El Hades! —exclamó uno de los niños.

Toqué el rostro de aquella niña mestiza que había detenido el avance del Rey. La leí: Vi uñas de garra, negras, ensangrentadas, clavándose en una pared. El agua bajaba a caudales, como en una riada, e inundaba un sótano. La niña mestiza estaba huyendo. Ahora estaba sobre una mesa, de pie, viendo pasar el agua aterrorizada. Ya no se veían humanos; todos habían desaparecido. Pero el demonio no se marchaba porque su tentación era fuerte. «Le veo». Distingo a Pazuzu, exhibiéndose ante la virginidad. A través del alma humana observaba su portentosa espalda alada, la cual intentaba seducirla desde la perversión. Estaba cerca. Se elevó, aleteando sus cuatro alas, apoyó los gruesos nudillos en la madera haciéndola vencerse y se preparó para violarla. Pero entonces la esperanza de Dios se manifiesta. Todo lo que los humanos habían temido comenzó a desvanecerse en aquel preciso instante. En novecientos noventa y nueve años, las generaciones que sobrevivieron a la tercera guerra no habían sabido cómo combatirlos. Aceptaron su nuevo rol bajo la dominación de Satanás y se ocultaron tratando de sobrevivir a las tinieblas. Pero los demonios batían los escombros día y noche. Engañaban dando ánimos, haciéndose pasar por ángeles. Aquel que cayó en el susurro de una plegaria o se hizo con una imagen religiosa, formaba ya parte del «Holocausto Humano». Al final solo lo logró casi un tercio de la población mundial. En tales circunstancias, el mundo actual se había convertido en una ruinosa tierra empantanada infestada de vestigios humanos y agujeros negros demoníacos.

"Un demonio solo vive para ofender a Dios, así, hará todo para ofenderlo. Buscará en la sexualidad todo porque es donde hay mayor placer y mayor vergüenza. Por esto,

mutilará mientras viola, golpeará la carne hasta hundirla, provocará todo el dolor que sea necesario y hará que la sangre brote en presencia de Dios".
Pero cuando Pazuzu trató de hacer lo que hasta esa fecha había hecho siempre, se detuvo. No pudo hacerlo porque no le estaba permitido tocar al número ciento cuarenta y cuatro mil (Tav) perteneciente a la descendencia de Judá. «Los ciento cuarenta y cuatro mil sellados», aquellos niños que tenía ante mí y que habían sido arrastrados a la oscuridad, esperaban el retorno de Jesús. Ellos formaban parte de los números de la salvación; los que poblarían la otra tierra, los que portarían la semilla de la humanidad.—Cuando hayamos terminado con la purga, Él regresará y se los llevará a Thuban. Yo soy la señal.
Eran quince. No tenían nombre ni familia. Tampoco recordaban quiénes habían sido sus padres. Vinieron hacia mí y se situaron a mi alrededor observándome como a un Dios. Sentí cada uno de sus diminutos dedos atravesándome la pobre luz. —Tú no eres San Miguel Arcángel, no tienes su faz; su faz es la de un hombre —dijo el niño pelirrojo, que al poco empezó a alejarse.
Estaban desnutridos, andrajosos, sucios. Se esforzaban en no desvanecerse. Era duro. Al poco, salimos de la catedral. Ahora, los muertos dormían en plena calle. Continuamos atravesando la vía, pasando entre los cadáveres, los cuales yacían al descubierto en total calma. Cada uno se encontraba en el lugar donde había perecido. Pasamos junto a ellos, incluso apartándolos con el pie sin que lo notaran. A los niños les costaba abrir los ojos. Me seguían sin hacer preguntas; irían conmigo a donde les llevara. Creían que yo los dejaría con el Cristo. Estaban convencidos. Pero yo no estaba allí para ellos. En verdad buscaba a Miguel y a los otros arcángeles a través del velo blanquecino traslúcido de la mañana. La calle no podía desprenderse de ese olor a podrido que se levantaba de la carne mortuoria. Íbamos andando tranquilamente por en medio de la devastación, volviéndonos de vez en cuando para asegurar que los demonios no nos estuvieran siguiendo. La niña mestiza no se separaba de mi lado. Marchaba llenándose de aire los pulmones; lo tomaba por la nariz y lo expulsaba por la boca, devolviéndolo puro al mundo contaminado. El panorama mantenía a la vista sus heridas tras el asalto de la Tercera Guerra Mundial y la posterior toma de los demonios. Entonces descubrí unas escaleras que bajaban hacia lo que al parecer era la entrada de una cripta. A las puertas se agolpaban los muertos cubiertos de escarcha. Permanecían inmóviles, amontonados, con los dedos engarrotados y la boca súbitamente de lado. Se presentaban ante mí habiendo sido destripados por la oscuridad. De noche, se levantarían.—¡Al otro lado están los vivientes! ¡Los muertos se abalanzaron sobre el cuello de muchos y los tiraron al río para ahogarlos! ¡Pero algunos escaparon, sacaron las armas y lograron expulsarlos! —contó el pelirrojo señalando el río, visiblemente excitado. —Yo estaba sentada mirando el cielo cuando el puente se vino abajo. Los demonios lo habían hecho —me explicó la niña mestiza.

—Entonces hay una resistencia —les dije con voz seca y profunda.
—Sí. Nunca creyeron que esto pasaría, pero nosotros lo sabíamos —dijo otro niño de piel morena con tono inocente.
—El hombre vestido de lino nos avisó en nuestros sueños —dijo otro.

Puentes y edificios endemoniados. Los que habían vuelto de la muerte se habían entregado a los Príncipes y Reyes que, a su vez, se habían inclinado ante los demonios. Sobre las calles difundían la niebla, hacían caer la lluvia, abrían agujeros en todas partes y engendraban el frío. Cuando conocieron al humano de la resistencia, los demonios se fueron a los puentes, los agarraron por los extremos y tiraron de ellos hasta partirlos.

Todos menos uno: el Puente de San Miguel. A ese no lo tocaron. Le temían tanto que, al ver su nombre escrito en él, decidieron dejarlo y no volver a poner sus pezuñas allí. Todo esto estaba escrito en las almas de los niños. Pero de golpe sentí las sombras. Venían detrás de nosotros de manera que los humanos no podían verlas ni oírlas. Conté unas diez mil, siguiéndonos desde el viejo hospital; ventana tras ventana, esparciendo su larga cola por el camino que marcaban los escombros. Ahora salían de un edificio para meterse en otro, al otro lado de la carretera, no muy lejos de nosotros.

Los sellados me condujeron hasta el puente destruido para que fuera testigo de las malas artes de las bestias. En efecto, los demonios lo habían echado abajo con mano fuerte, lanzándose contra su piedra constantemente hasta que humeara. Seguidamente me asomé y vi a los muertos en el río, bajo el peso de la piedra, atrayendo las impurezas de las aguas residuales. No sabía adónde ir, pero sí lo que tenía que hacer: debía dejar a aquellos niños en manos de la resistencia humana. Cayó el aguacero. La línea blanca gastada que separaba la carretera se perdía ahora bajo montones de puertas de madera, ruedas y cientos de vehículos calcinados apilados uno encima del otro, con sus muertos asomando medio cuerpo a través de las ventanillas. Veía sus brazos ennegrecidos, podridos, cayendo holgadamente sobre el esqueleto del vehículo. Todos formaban parte de una gran montaña de ruinas coronada por unos monstruos de seis ruedas con cuerpo de oruga y faz de langosta. El otro lado era inaccesible. Los demonios habían hecho esto para privar el paso. Cundía el desánimo. Teníamos que sortear este obstáculo impenetrable. Llevé la cabeza al lado contrario del río y vi una estructura en ruinas. Desde aquí pude apreciar que su interior se encontraba en silencio, empero la vista espantaba. La entrada asemejaba una boca deforme; las sombras cubrían el arco, extendiéndose como raíces mientras seguía lloviendo en abundancia. Extendí mi visión. Aprecié que aquel patio devastado, circundado por edificios, se comunicaba con la calle que se encontraba detrás de las pilas de escombros. Llevé a los niños a ese lúgubre lugar. Estaban intranquilos, sentían miedo, pero no hicieron preguntas. Pasamos bajo el arco y anduvimos por aquel patio levantado donde todavía quedaban muchos de los cuerpos de los hombres que se quedaron intentando defender el puesto. El suelo seguía cubierto de sangre. Los gritos humanos, que atrapados continuaban elevándose a los cielos, me taponaron los oídos. En los muros aún retumbaba la cruenta batalla. Percibía todo lo que había ocurrido allí, en el vértice, a pies de la puerta que se preparaba para acogernos en la fortaleza de la policía, reconvertida ahora en una cripta de muertos y demonios.

Dentro, volvió la noche. El fuego había carbonizado el largo pasillo del piso superior. La ceniza abundaba por todas partes. Las noticias volaban en papel, como si toda la historia pasada se hubiera concentrado allí mismo: «La Guerra Dron», «La Liga de Oriente contra el Bando de Occidente», «El Imperio Unificado del Norte», «La Gran Muralla del Mar», «La caída de Israel», «La invasión de Grecia», «Los Illuminatti entran en la guerra», «La Gran batalla de Tokyo», «La muerte de la Iglesia»…Aquella mujer hubiera podido evitarlo. La Magdalena debió imponerse. La fractura que había causado el hombre por seguir insistiendo en la dominación hizo que el sol se derramara, convirtiera al cielo en un mar de cristal y a la Tierra en una desolación. Los muertos no olvidan y recuerdan. Miré a través de las ventanas. No se veía más que polvo y ruina. Pensé en Azazel. Me pregunté si había ido a parar a alguno de estos lugares. —Los arcángeles nunca buscarían por estos lares —me dije, mientras observaba todos aquellos rostros humanos de amargada edad, esperando a que llegara la noche. Había un vestíbulo. Entré. El viento estaba muerto allí. Observé a las mujeres sentadas en el sofá con cara de sorpresa. Lucían sombrero y muchas perlas; el bombardeo las cogió así en su fatídico día. De pronto, me pareció compartir algo con esas mujeres. La necesidad de

cubrir mi cuerpo. «¿Tal vez porque ya había estado aquí?», pensé. Vi una tela blanca sobre una mesa recubierta de polvo. Era muy grande. Tiré de ella, le sacudí el polvo y me la puse alrededor del cuello. Ahora, ciertamente, tenía aspecto de santo.
Entonces una corriente gélida me trajo unas voces oscuras, guturales, rebosantes de insultos y lamentaciones. —Demonios —me dije. Demonios llenándose la boca.
—¡Meretriz! ¡La puta de Dios! —me decían desde su escondite—. ¡La que fornica con la cruz!
Dejé que la tela blanca se fundiera en mi cuerpo. Salí del vestíbulo con una capa blanca rasgada, reluciente, sobre los hombros. Los niños me miraron con asombro; ellos contemplaban una hermosa figura alada, de gran envergadura y luz confusa, que se movía a la velocidad del rayo. Sentí la punzada afilada detrás del cuello. Todo mi cuerpo se llenó de ojos. Los demonios se acercaban, subían encolerizados a presentar batalla. Entonces resonaron los golpes del abismo y las paredes comenzaron a presentar fisuras. Los niños apreciaron inmediatamente que algo oscuro se acercaba por detrás. Yo también lo estaba viendo. Una masa oscura se removía hinchándose, progresando velozmente hacia nosotros desde la entrada. El avance lo emprendían ocultándose. Ahora humeaban. Veía sus garras saliendo de la nube, su triste colorido negro recortando siluetas abruptas. Su oscuridad crecía y estaba cada vez más cerca. Los niños corrieron asustados; me pasaron por un lado y otro. Yo me preparé para defenderlos. Levanté mi espada. Trepaban por las paredes, apareciendo a izquierda y derecha. Ocultaban sus espadas negras tras las alas. Habían llegado hasta mí. Captaban mi rostro con claridad. —¡Vamos, atreveos! —les grité desde el furor. «Viene lucha trabada», pensé. Levantó uno la cabeza y se la corté. Me entró otro demonio; le hundí la hoja en el vientre y la saqué impregnada de hiel. Todo el bloque de demonios cayó hambriento sobre mí. Abrí brecha derramando oscuridad, acometiendo con violencia, enterrándolos en el polvo. Ellos, empero, cambiaban los ataques. Ahora los ligaban volcándolos con gran cólera; rozándome, gritando, esforzándose en cada golpe de espada. Eran numerosos, millares, salidos del horno. Me iban empujando hacia el interior de la fortaleza trayendo la desesperación mientras yo seguía batiéndome sin límites en la lobreguez. Los ensartaba, haciéndolos sucumbir. Veía pasar sus ojos y sus lenguas volando. Hacía pasos vacíos en círculos arrastrándolos para desmocharlos. Cortaba cuernos, quebraba alas, empalaba cabezas entenebreciendo mi furor. Pero seguían detrás de mí y eso los estaba llevando directamente a los niños. Tenía que llevar la lucha a otra parte, a pie de sol. Sujeté la empuñadura del Beráq jarbí con las dos manos, incliné la cabeza arqueando toda la espalda y me impulsé hacia arriba dando un poderoso salto que me hizo atravesar limpiamente el techo. Así, los saqué del pasillo y los hice subir a unos tejados de color gris que parecían la tapa de un ataúd. Intercambiábamos golpes de espada. Hacía resbalar el filo por la carne enrojecida de los demonios. Me dejaba caer, los atravesaba en remolino. Vinieron muchos más sobre esta cubierta; se lanzaron a mi encuentro con todas sus fuerzas. Seguían siendo numerosos, trescientos preparados para el combate dondequiera que se librara. Acometía con pie firme. Ellos lo hacían con aliento de enfermedad en sus postrimerías. Iba rompiendo espadas, los fui clavando uno por uno. Saltaban, desplegándose para sorprenderme, pisoteaban el plomizo bramando, dirigían sus ataques contra mí con embestida fuerte. Yo entregaba mi hoja al choque contra la oscura demoníaca. Cada cruce de espadas era un clamor, un estallido de luz y oscuridad al unísono. Nos elevamos. Guerreamos en cada palmo de las alturas. Repelía, combatía, contrarrestaba a los demonios que intercambiaban posiciones a mi alrededor. La lucha se prolongó un poco más. Esperé a que subieran los últimos. Me había convertido en carnada para atraerlos y sacarlos a todos del camino de los sellados. Me lancé hacia adelante. Miles de proyecciones volvieron a salir de mi espíritu. Sentí el

choque en el acto; la brecha sedienta de carne, el eco del estallido del demonio. Tomado y hecho salir en una décima. Creí escucharlos en un espacio corto, a mucha distancia, en todos los tejados a la vez. La hoja entraba y salía embadurnada de hiel. Di un giro completo. Al contemplarme vi la misma acción repetida en las otras mil imágenes. Hundimos la hoja en el vientre del demonio. Cayeron cien de golpe. La batalla había concluido. No tuve tiempo de saborear la victoria. Enseguida me llegó algo: El Efa. Lo había captado por primera vez; la esencia del demonio. Se encontraba lejos, en otra nación. Este demonio había elevado demasiado el espíritu para poder surcar el cielo y lo había llevado a otra parte. Me quedé flotando, mirando hacia el punto que había filtrado aquello. Tuve una visión de este demonio impregnado de polvo. Veía las nubes cargadas pasar muy deprisa. De pronto apareció la torre del reloj (Big Ben). Las gotas resbalaban por su enorme cuerpo vigoroso. —Demonio. Cuidadosamente fui descendiendo. Salté de la cubierta y llegué a tierra planeando. Había vuelto a la carretera. Vi delante aquella máquina con cuerpo de oruga y cabeza de langosta, cautiva entre el amasijo de ruinas que formaban el montículo. Ciertamente inquietaba. Ahora me hallaba al otro lado. El camino volvía a estar despejado. Volví la cabeza y vi a todos los sellados observándome. Habían logrado salir ellos solos de la fortaleza; se habían arrastrado por la boca sombría hacia la claridad a través de uno de los cientos de agujeros que habían abierto los bombardeos.

Continuamos hacia el Puente de San Miguel. Había dejado de llover. Las ruinas se encontraban penosamente sobre las cenizas. Los muertos yacían esparcidos por toda la calzada; muchos en el puente, sobre el pretil. Otros los veíamos colgados, traqueteando en el arco con la punta de los pies rayando la última línea de claridad. Lenta y cautelosamente, cruzamos el único puente que quedaba en pie, entre piedras, polvo y ceniza. Avanzamos hacia el otro extremo, saliendo de aquella maldita isla. Ahí, me detuve. Llevé mi visión a los confines. Observé en el inmediato horizonte una poderosa marcha de máquinas de guerra bajo las órdenes de otros sellados. Me alcé al cielo. Dejé a los niños allí; ni siquiera me despedí. La niña mestiza fue la única que me vio marchar. Me contempló inmóvil, sin un solo sentimiento de dolor ni de miedo. Esperaron allí a que llegaran los pueblos libres, la última resistencia humana. Mientras, yo me elevé y me alejé de ellos para ir en pos del Efa.

Mi cuerpo entero se llenó de ojos. Levanté mis alas por encima de mi cabeza y las dispuse sobre la corriente que llevaba al demonio Beelzebub. No tardé en llegar a aquella isla del norte, una hondonada sepultada por las aguas. Bajo un cielo de tormenta, divisé los restos ruinosos de lo que antaño había sido una ciudad, construida sobre el mismo mar que había enterrado su antigua capital, Londres, durante el deshielo acaecido en mitad de la Tercera Guerra Mundial. Había miles de puentes metálicos entrecruzándose por encima del nivel del mar. Los edificios tenían forma de torre. Corrían de lado a lado sobre los puentes en un desastroso estado. Había allí una terrible maldad. La claridad se apagaba. Plegué las alas y me dejé caer a peso sobre una superficie triturada, empantanada, pegada a las aguas del núcleo de la ciudad de Nuevo Londres. Este trozo de tierra, semejante a un islote, consistía en un cenagal despojado de toda vida. Llegué a una extensión de terreno donde abundaba el espino de hierro, convertido ahora en una tumba rebosante de muertos; aquella zona lúgubre había sido escenario de una gran batalla. Seguí a pie. Anduve a través de montones de cadáveres, máquinas de guerra, cascos y armas de fuego, pero sobre todo entre restos de drones ruinosos, nefastos, destruidos. La zona seguía contaminada. El lugar callaba. Había cerrado los ojos a la barbarie del demonio Beelzebub, lugarteniente de Satanás, el cual había gobernado en esta nación por novecientos noventa y nueve años. El eco de sus crímenes arrancaba el valor y se quedaba con el ánimo. Oía millones de voces atrapadas

allí clamando al mismo tiempo. Entonces me proyecté en haz de mil y seguí el rastro de la bestia. Mi imagen multiplicada recorrió la frondosidad impenetrable surcando troncos podridos. Le veía, veía su faz; era ciertamente grotesca.
Me planté levitando sobre una superficie de fango machacado. Delante hallé un viejo árbol curvado de ramas retorcidas, inclinado hacia la soberanía del demonio. Mis proyecciones volvieron a adherirse a mí como un relámpago. Inmediatamente después me dejé caer sobre la tierra revuelta y anduve partiendo cada rama muerta que hallé. Le oía mientras me acercaba. Pronunciaba mi nombre con voz gutural. Vomitaba las palabras. Odiaba tenerme allí. Avancé. El camino se abrió a una extensión lúgubre, vertical. Veía un terreno aplastado en el que asomaba una charca. Pero una vez iniciado el primer paso sentí algo: era una presencia humana. Fui acercándome. La punta de su larga cornamenta se fue manifestando a medida que iba llegando hasta él. Beelzebub estaba situado en el confín de la charca. Se encontraba sentado, cubierto de cintura para abajo por un agua putrefacta. Me miraba con llamas en los ojos. Tenía una virgen en sus brazos apoyada contra su pecho musculado, venoso, abierto, oscuro como la noche. Había prolongado su vida solo para que viera lo que iba a hacer con ella.
Yo permanecía atenta a los movimientos del cabrío. Sujetaba a la muchacha de ojos azules y tez pálida con una sola mano, clavándole los dedos en el huesudo hombro desnudo. La tenía amenazada por una espada de ocho codos cuyo filo mantenía a un solo suspiro de la garganta humana. La joven también me miraba con los ojos entumecidos, aterrada, con el orgullo pisoteado en la desnudez. No podía resistirse a su fuerza. No la había escogido al azar; se parecía a mí, tenía mi faz. Gritó. Le pidió al demonio que la soltara.—¡Apolión de los Ejércitos! ¡Ángel de la Muerte! ¡Padre y Madre de los Dominadores de Zion! ¡Ven! ¡Acércate! —me gritó Beelzebub.
Desde el instante en que habló supe que quería llevarme a su terreno. Así, pues, me presté a adentrarme en la charca. Hundí parte de mi espíritu en el agua pantanosa y avancé despacio sin perder de vista a la muchacha. —¡Déjala, Beelzebub! ¡Abandona la lucha y entrégate a la purga! —le ordené, sabiendo que no iba a obedecerme.
Beelzebub le quitó la mano de encima. La muchacha cayó vencida hacia adelante. Su cuello, largo y delicado, se precipitó sobre la hoja negra de la espada del demonio. El filo le abrió la garganta. No pude impedírselo; aquello fue inesperado. De pronto se alzó. Era tan alto como yo, mucho más voluminoso. Llevaba una llamativa cabellera ondulada de color rojo sobre una frente protuberante de la que salían dos cuernos negros. La joven se hundió. El demonio abrió las alas de par en par. Su sombra me cubrió. Sus ojos amarillos desprendían rayos, su ancha nariz exhalaba fuego. Bramaba, echaba las fauces hacia adelante excitado. Aquella gula sexual saciaba la luz, aunque fuera escasa. Habló, moviéndose encorvado, espoleado por la cólera:—¡La Tierra se encuentra en la oscuridad! —bajó el tono— Si Satanás te viera ahora, Él, que no hay otro, no podría creer lo que trae la luz. Jamás creyó en tu voluntad, la de ese (Dios)
Se acercó un poco más. Sus alas removieron las aguas. Noté el reguero de vírgenes que asomaba a su alrededor.

—¡Beelzebub! Estás sentenciado —le contesté.

No esperé más. Sujeté la espada y me alcé amenazante. Enmudecí la corriente. Delante, el demonio se preparó para recibir el golpe. Retiró el brazo que empuñaba la espada negra y se inclinó para cornear. Di vueltas en el aire rodeada de rayos fulgurantes. Me precipité sobre Beelzebub y cargué buscando su profunda oscuridad. Blandí la espada en pleno vigor. Hice caer sobre él millares de filos hambrientos. ¡Nada! El demonio salía al encuentro de nuestras hojas. Dominaba la espada negra con precisión. La hacía

hervir sin sacarme la mirada de encima. Se hacía fuerte entregándose a la espada negra; subiendo y bajando la hoja poderoso, contrarrestando todos y cada uno de mis ataques. Era hábil. Le asestaba golpes dando media vuelta y cargando con ferocidad. Esgrimía la hoja buscando sus costados, desplegando mis alas sin llegar a poner los pies en el lodo.
Nos alzamos golpeando luz y oscuridad, la hoja del sol y el filo negro del cielo nocturno. Cruzamos espadas. Hacíamos caer los relámpagos en el furor ante la igualdad de fuerzas. Veía su faz, su mandíbula cuadrada desencajada, llenándose de odio. ¡NO! La violencia del choque hizo que las espadas salieran disparadas de nuestras manos. Sentí la angustia. Caí en el lodo, entrada en la desesperación. Volví mi rostro buscando mi arma celestial. Metí los brazos en aquella exasperante agua putrefacta. Toqué a los muertos. Hundí mis dedos en su carne fría. Miré a Beelzebub. Le vi, contemplando mi Beráq jarbí. La sostenía en su gruesa mano. Caí en el desvanecimiento; ya no quedaba ánimo en mí. Permanecí sobre las aguas con los brazos caídos en mitad de un terrible silencio. Entonces la percibí. Miré a un lado y vi la empuñadura de la espada negra del demonio sobresaliendo del agua pantanosa. La hoja permanecía clavada en el fondo. Quise cogerla, pero no se me había dado conocimiento para utilizarla. En ese momento di un paso atrás. Beelzebub no tardó en decirme: —Luz no distinguida, toma mi espada en tu mano, acógela; ea, pues, sabe que solo esto podrás ofrecer contra mí. ¡Golpea hasta la última gota! ¡Ataca fijando al sol sobre la cabeza! —gritó, engrandeciéndose. Yo miraba la espada del demonio. Deseaba fervientemente cogerla. Una extraña excitación se apoderaba de mí. De repente ya no podía oír las voces de mis ángeles dominadores, los cuales me imploraban que no lo hiciera. Sus sonidos se apagaron en mi garganta. La tentación del demonio hacía que me precipitara por mi furor. Habló nuevamente; parecía ansioso: —¿Dónde está tu Dios? Regresa cuando termina su cumplimiento, habla en la matriz, escupe dentro de la cáscara. Mas nunca aparece. Jamás se deja ver. Hete aquí meretriz de Dios, contando la vida del perezoso que está en los cielos, que se encuentra lejos de ti. Quedará libre de su boca cuando Satanás lleve la oscuridad desde el monte. Ni escucha ni ve. Ea, pues, que cada día se están levantando en haz de mil los ejércitos de los muertos en alabanza a Él. Todos sueltos, todos sobre la Tierra. Pero Satanás a la guerra no comparecerá; así le hace creer a tu Dios —habló Beelzebub, mientras se le hinchaban las venas.
No presté atención a sus palabras, a su «valiosa información». Me invadía un calor sofocante. No dejaba de mirar aquella espada que ciertamente me estaba llamando. La tenía cerca, esperándome. La contemplaba con los ojos inyectados. Venía sobre mí una tentación irresistible. Respiraba su fuego. Me rogaba desde su más infinita oscuridad que la diera a conocer a mis ángeles de la muerte mientras Beelzebub hollaba el fango.
Se estaba acercando. Hacía levantar las raíces de la charca a su paso. Los muertos yacían retorcidos entre el lodo; se veían cada vez que el demonio batía las alas y abría las aguas. En aquel instante deseé más que nunca la espada. Beelzebub continuó moviéndose con expresión de burla. Se detuvo. No tenía más que dejar caer la espada y fulminarme, y Satanás lo colmaría de vírgenes. Sujetó el arma celestial con las dos manos. Dejó caer lentamente mi Beráq jarbí. Puso la hoja sobre mi cuello. La mantuvo suspendida a modo de ejecución. Yo me preparé para la muerte, la verdadera. —Semilla de mujer. Yo te voy a destruir —me dijo sonriendo.
Tenía que escoger entre una muerte honrosa o convertirme a las tinieblas. Miré de nuevo la espada negra. Alargué mi brazo, por el que pasaban muchos ojos de los dominadores. Beelzebub esperaba el momento. Tenía la convicción de que, si tocaba aquella espada, desaparecería todo lo que había depositado Dios en mí. Al menos eso era lo que había ocurrido desde siempre. Pues Malka, antítesis de Dios en esta era, desesperado por ganar la guerra, abrió agujeros negros por interminables eones de

tiempo hasta que al fin halló en el corazón de la oscuridad una energía atormentada, cada vez más maligna, que aumentaba engullendo luz. De aquella lágrima de vacío se habían forjado las espadas negras. Ningún ángel podía tocarlas, ni siquiera el de la muerte. Pero yo no era un ángel, era la Muerte. Escogí la espada negra.
Beelzebub abrió los ojos estupefacto. Había notado el cambio. Tomé el arma de la oscuridad, la saqué del lodazal, la pasé por encima de mi cabeza y la llevé contra el demonio. —¡Beelzebub! ¡Demonio! ¡Dios llevará su fortaleza a la guerra! —le grité encolerizada. El espanto en el demonio fue tal que quedó conturbado. Ni siquiera se defendió. —¡Dios llevará su fortaleza a la guerra! Fijé un giro completo de pies juntos a mano cruzada sobre el pecho. —¡TE CONDENO A LA TIERRA DE LAS SOMBRAS! Caí nuevamente de cara al demonio. —¡DE LAS SOMBRAS A LA LUZ! Le atravesé la cabeza. —¡DE LA LUZ A DIOS YO TE ENCOMIENDO! Su cráneo se vio empalado sin haber podido borrar su cara de sorpresa.

—¿Quién eres tú? —fueron sus últimas palabras. Después cayó lentamente hacia atrás y se hundió con el Beráq jarbí.

EL RETORNO DEL BERÁQ JARBÍ

Con la tarde llegó la lluvia. El viento viajaba cargado. Las nubes de tormenta ya alcanzaban la ciudad y se preparaban para soltar el agua ácida sobre Nuevo Londres.
Yo la tenía en la mano. Ciertamente me costaba soltarla. Mi espíritu había recobrado una maldad olvidada. No era quien decían que era: era algo mucho más siniestro. Abrí los dedos uno por uno y la solté; dejé que la espada negra se hundiera en el cieno. Seguía oyendo los clamores de los dominadores. Habían bajado los ojos para protegerse de la oscuridad. Me sentía responsable de la muerte de muchos; los sentía lanzándose a la desesperación, consumiéndose por aquella lágrima de vacío que los iba devorando en mi interior. Rápidamente me puse a buscar el Beráq jarbí por donde había caído el demonio Beelzebub. Se había perdido a mis ojos. Volví a meter las manos en aquella charca de la muerte. Removí el agua verdosa, la cual supuraba. Buscaba desesperada, mas no la hallaba. Entonces oí el chapoteo. Miré a mi entorno hasta que hallé la mano de un muerto saliendo del agua empantanada, ofreciéndome el Beráq jarbí. Me acerqué muy despacio. Observé aquel joven brazo torturado y lo reconocí: pertenecía a la joven que había visto morir. Me agaché. Recuperé la espada que me había dado Dios. La sujeté por lo alto de la empuñadura y tiré lentamente de ella hacia arriba. De pronto, la muchacha salió del agua con la intención de hundirme en las tinieblas. Se había convertido en un muerto viviente. No tuve más opción que decapitarla.

Se oyó el sonido de alarma. También aquí, en Nuevo Londres, por todas partes. La noche se aproxima, los muertos se levantan.

LA HIJA DE MALKA

Cuando Apolión derrotó a Beelzebub, salió Satanás enfurecido del abismo. Marchó raudo al desierto y se tiró a los pies de la cruz que había robado a los templarios rojos. Golpeó el madero. Lo sacudió. Lo llenó de arañazos y, acto seguido, clamó a Dios:

—¡Padre! Ea, tú, pues, ¡¿qué has traído?! ¡¿Qué consecuencias tendrá esto?! ¡Tú! —acusó Satanás—. ¡Dios muerto y cansado que todo lo consientes! Pero, ¿qué fruto es este? Ea, pues, ¿es que acaso no es delito lo que no permiten tus mandamientos? Al querer obrar contra el mal trayendo el mal, en efecto, *mil ma 's givest* buena te acarrea la muerte en el colmo de la corrupción. ¡¿POR QUÉ ELLA?! ¡¿POR QUÉ?! ¡¿Este es tu ángel de la muerte?! ¡¿El que ha de preparar el camino del que ha de venir?! ¡¿La hija de Malka?! ¡¿La semilla del mal más profundo?! Ea, el *didst* te destruirá al querer aniquilarme con la matriz —amenazó Satanás con los dientes apretados—. ¡DE NINGÚN MODO!

Y de un solo golpe, echó abajo la cruz de Cristo.

EL COMBATE EN EL SUBTERRÁNEO

En París, las sombras demoníacas perseguían a los «Arcángeles de la Purga» en la oscura noche, a través de una calle parpadeante que los muertos habían cerrado. San Miguel Arcángel los guio por un camino que bajaba, pretendiendo llevar a las sombras a las entrañas de la vieja y ruinosa ciudad. Bajaron sobrevolando las escaleras del metro. Los cinco se quedaron flotando sobre el andén, esperando a que llegaran para batirse. —¡Fortalezcámonos contra ellos! ¡Nosotros, los Ángeles del Señor, los reprenderemos! —gritó San Miguel alentando a los suyos.
San Miguel dispuso a Gabriel, Uriel, Rafael y Zadkiel a pie de escalón, por detrás de él. En esto estaban cuando llegaron los miles que habían resucitado como sombras aladas proponiendo la guerra. Los ángeles empuñaron sus espadas mientras los fieles transfigurados en sombras se dejaban caer en tromba entre alaridos, irrumpiendo en nombre de Satanás con violencia; estrellándose contra las alas y el Beráq jarbí, ocupando todo el arco a izquierda y derecha, saltando por encima de los raíles.
San Miguel se interpuso; a él temían más que a ninguno. A los enemigos se mostraba y los cortaba. San Gabriel se hallaba a su lado, ensartando a cuantas sombras se cruzaran por allí. Hacía rodar cabezas con gran voz por delante de Zadkiel, que ahora extendía las alas y se batía en todos los rincones del metro a una velocidad que dolía a los ojos humanos. San Miguel se elevó por encima de los raíles en un poderoso salto. El arcángel se iba creciendo frente a la boca del metro; buscaba un rostro entre las sombras: el de Azazel. Al no encontrarlo, bajó al balasto sin dejar de combatir. La vía se llenó de sombras aladas que rebosaban cayendo ante su presencia. Él les daba castigo y muerte; a muchas las partía por la mitad. De pronto se levantó polvo y balasto, haciendo de velo. Entonces surgió la bestia Azazel atravesándolo con la espada negra en la mano, preparándose en el aire para ensartar al arcángel. San Miguel cruzó espadas con el demonio. Se agachó y contrarrestó haciendo poderosos giros desde el suelo. Azazel puso toda la furia en el combate; erguido, se precipitó centelleando. San Miguel

necesitaba atraerlo para que el demonio se confiara. Soltó el Beráq jarbí por su propia voluntad. En cuanto Azazel vio caer la espada, se impulsó olvidando la guardia para arrebatársela. San Miguel la retomó en el aire, hizo un giro completo de muñeca y la puso de cara a Azazel señalando al cielo. La mitad del rostro del demonio se abrió y fue resbalándose. Se le separaron los ojos, la nariz y la boca. El espíritu le estalló y su cuerpo cayó con el rostro completamente quebrado.

HACIA NUEVO LONDRES

Los arcángeles de la purga hicieron añicos todo lo que quedaba. Nada más terminar, San Miguel dio un paso al frente: —Estoy presintiendo a otro lugarteniente.

—¿Por dónde va? —preguntó Gabriel.
—No muy lejos.

Los cinco llevaron sus ojos arriba y se lanzaron contra el techo como armas mortíferas, dejando la piedra del metro hecha añicos. Volaron hacia el cielo del París decadente y llegaron a Nuevo Londres en un abrir y cerrar de ojos. Recorrieron sus puentes bajo el aguacero. San Miguel detuvo el paso. Vio aparecer diminutas sombras corriendo a lo lejos.

—Niños —se adelantó Gabriel—, niños deformes a ojos de los humanos, empero íncubos y súcubos a los nuestros.
—Hijos todos de Asmodeo y Lilit —susurró Uriel.
—Ya no siento la presencia de Beelzebub —dijo San Miguel, visiblemente inquieto.

Súbitamente, los cinco arcángeles salieron tras ellos como relámpagos. Los «Hijos del demonio y la concubina» eran ya más de doscientos sobre la vía. El pánico los azotaba. Los cinco arcángeles descendieron en picado rebanando cuellos en castigo por haberse hecho dueños de los sueños de los hombres.
Llegaron a la Torre del Reloj. Allí, millares de íncubos y súcubos se volvieron contra ellos con garras y cuchillos por dientes. Protegían a la «Madre» como si de Satanás se tratara. San Miguel batió las alas y ascendió al cielo mientras los otros cuatro se dirigían al fragor. El arcángel puso el filo de su espada en dirección a Orión y arrojó un eclipse sobre las criaturas. Gabriel, Uriel, Rafael y Zadkiel abrieron brecha a espada hasta que no quedó ninguno. Entonces se escuchó el grito desgarrador de una mujer endemoniada.

ENCUENTRO CON LILIT

San Miguel bajó y se situó al frente. Al final del puente apareció una mujer desnuda, encinta, que caminaba de manera sobrenatural. —Lilit —mencionó Uriel.

Venía encorvándose, con los ojos inyectados en sangre.

—Mujer. Tú que en verdad fuiste la primera, anda y vuélvete a llamar a tu esposo. Tú no tienes por qué entrar en la siega —le dijo San Miguel.
—¿Cómo vosotros os podéis llamar jueces del mundo? —preguntó la concubina de Asmodeo en un grave susurro.
—Créeme, mujer, que tú los ahogaste en el pozo mucho antes, cuando te entregaste a la Gran Serpiente —respondió Miguel.

Lilit mostró su faz: un rostro enfermo y consumido donde la monstruosidad se mezclaba con la belleza de la Edad de Hielo. La calzada empezó a vibrar; subió un viento furioso. Rafael fue el primero en abalanzarse, pero la furia del viento lo sacó despedido, rompiendo su armadura esmeralda. Uriel y Zadkiel atacaron por los flancos, pero la concubina los hizo rodar por el aire con solo mirarlos. San Gabriel se posó por encima de ella como un ave gigantesca. Lilit quedó petrificada intentando llamar al Leviatán cuando Gabriel, con una vuelta en el aire, se situó detrás y la atacó por la espalda. El filo la desgarró. La sangre negra corría por sus muslos. El Arcángel extrajo la espada lentamente del vientre de Lilit, asegurándose de que su criatura pereciera con ella.
San Miguel observó el entorno. La oscuridad había recuperado su poder, pero los muertos no estaban.

—¿Dónde están los vivientes? —preguntó Gabriel.
—Marchan hacia la guerra final; han sido convocados todos por Satanás —respondió Miguel—. Id en busca de Asmodeo, que yo seguiré la pista de Beelzebub.

Dicho esto, San Miguel abrió las alas y se elevó al cielo.

LA CAÍDA DE ASMODEO

El mar estaba plagado de máquinas de guerra; calcinadas y agujereadas, envueltas en sangre. Rafael parpadeó. Su armadura estaba completamente destrozada. Las alas no le funcionaban y el resto se preveía inservible. Poco a poco se fue incorporando; los trozos esmeralda le caían a medida que volvía a ponerse en pie. Prosiguió su ascenso estallando en una poderosa luz dorada. Se despojó completamente de la armadura mientras se levantaba. Enseguida vio llegar a los otros. Miguel ya no se encontraba allí: había ido tras Beelzebub. Exhausto, consumido aún por el golpe, Rafael habló:

—Hermanos, de cierto es que no puedo seguiros.
—Quedaos con él —mandó Gabriel a Uriel y Zadkiel, ejerciendo ahora como jefe de la purga.

Marchó Gabriel, solo, por una calle que se hacía eterna bajo la lluvia, entre un ambiente que comenzaba a encresparse. Advirtió que los demonios y los espectros se preparaban para atacar. Los rincones oscuros venían agitándose, esperando a que se cerrara la noche. Los oía proclamando la guerra en todo momento; sabía sobradamente lo que iba a acontecer. Ascendió. Se elevó por encima de lo que había sido antaño el Támesis y,

desde las alturas, observó y desenmascaró a las sombras que querían desafiarle. Los demonios y los espectros subieron a toda velocidad, batiendo las alas, atravesando la lluvia ácida. Entraron en un combate que les llevó sobre el mar. Con exceso, demonios y espectros trataban de rodear al arcángel como fieras hambrientas. Aquellos asesinos sangrados, que habían derribado toda la obra de los humanos y los habían hecho sufrir sobremanera, se vaciaban en la pelea. Esgrimían sus armas forjadas en la oscuridad, pero el arcángel iba tumbando a cuantos se le aparecían. Acabó sobre el Támesis batiéndose con más de cien. Arrojó a los enemigos de la Creación contra las aguas negras. Otros que venían a su espalda también hallaron la muerte verdadera. Cuando San Gabriel puso fin a la batalla, siguió la corriente viciada y esta le llevó hasta el Efa de Asmodeo.
Voló lo que quedaba de noche y, al poco de rayar la claridad, encontró un pueblo asolado por la destrucción del mar. Muy cerca de allí sintió la presencia del demonio en muchos rincones al mismo tiempo, pero sobre todo bajo las mismas aguas que tenía delante. Gabriel fijó la espada en el corazón del mar y del filo amaneció un potente rayo que abrió las aguas, adelantándose así a la voluntad del demonio Asmodeo, el cual quedó expuesto a ojos del arcángel.
El demonio se encontraba allí, acorralado en una franja abierta, enteramente al descubierto; entre la chatarra humana y las olas amenazantes que se habían quedado trepando. San Gabriel se dejó caer silencioso. Con el fulgor en sus ojos, anduvo hacia Asmodeo. Aquella criatura cobarde, de pequeña estatura y gruesa cabeza, cayó de rodillas a los pies del arcángel y después esgrimió con voz difusa:

—He aquí mi defensa: ¿Acaso la ley no dice que se debe amar al prójimo? ¿Que debes poner la otra mejilla? ¿Acaso no dice la Ley del Altísimo que se debe perdonar si hay arrepentimiento? Pues bien, he aquí yo me arrepiento; eso le agradará a Dios —hizo un silencio—. ¿Soy libre, pues? ¿Soy libre, Principado de Dios? —preguntó Asmodeo.

La luz de San Gabriel descubrió el rostro de Asmodeo: un pequeño diablo de tez terracota, frente despejada, ojos grandes y larga nariz ancha y aguileña. —Esto lo dices por tu vida —le contestó San Gabriel. —Fuiste llamado para tenderte la mano y no la cogiste. ¡Eres la faz de Dios, ilustre arcángel todopoderoso, y también obra sublime en acto de servicio! Dime, pues, *Jonwate* (Hermano), ¡¿es que no han ido todos a combatir por él?! Yo mismo sembré la discordia, pues dije a otros: "Ea, sálvanos de su locura (Lucifer), ponle bozal al que quiere levantarse nuevamente por encima de ti" —se defendió Asmodeo.
Pero vio que seguía teniendo a Gabriel cerca de él, preparado para desatar su espada.
—¡Espera! —le dijo el andrajoso con la mano en alto. Gabriel no se detuvo. —¡Por cuanto soy hijo de Dios me haré cargo de la promesa de testificar en su contra! Decidme, Principado, ¿acaso no queréis saber cómo y cuándo sucederá la venganza de Lucifer? ¡¿Será verdad esto que hablan desde hace tiempo?! Por esto te digo que me perdonéis para hacer una alianza nueva, para que pueda daros el conocimiento de su plan —continuó diciendo Asmodeo mientras retrocedía asustado.

—Todo harías por salvarte de tus crímenes —sentenció Gabriel.
—¡No! ¡Espera! —gritó Asmodeo.

Asmodeo abrió la boca para hablar. San Gabriel le cortó la lengua y seguidamente lo degolló.

EL HALLAZGO DE MIGUEL Y EL EJÉRCITO DE LAS TINIEBLAS

Justo al rayar el alba, San Miguel se deslizó por el campo de batalla en el que abundaban los recuerdos de la Tercera Guerra Mundial. Salió del espino de hierro y anduvo en silencio por la ciénaga, emanando un inevitable resplandor dorado. Continuó. Atravesó toda la tierra que se revolvía a sus pies hasta que dio con la charca. Avanzó, persiguiendo aquel rastro perdido del demonio: el Efa de Beelzebub. Encontró parte de esa sustancia de hiel esparcida en pálidas gotas traslúcidas por toda el agua putrefacta. Alzó la espada y sujetó la empuñadura con ambas manos. Implacable, entró en la charca. El agua endemoniada no se le resistía. Llegó a adentrarse demasiado; por aquella hora, en ese día, ya no había muertos en la ciénaga. No tardó en toparse con algo que le impedía avanzar. Dejó caer el Beráq jarbí; la punta rozó el agua empantanada. La energía del mundo se concentró y las aguas pestilentes se abrieron, dejando a San Miguel de pie frente a la panza de Beelzebub, repleta de Efa. San Miguel se ungió de silencio. Se limitó a examinar el cuerpo del demonio sin tocarlo. Vio un orificio de salida en el frontal; el de entrada se encontraba bajo la mandíbula. Le habían atravesado la cabeza. Observó su enorme cuerpo, antaño humano; tuvo la profunda sensación de que su anfitrión había sido algún tipo de criatura extraterrestre, ahora irreconocible. Súbitamente emergió el fulgor en las pupilas de San Miguel. Había distinguido algo oscuro. Sus ojos penetraron en las heridas de Beelzebub; su visión se expandió por toda la corteza de la herida mortal. No había restos de luz, sino de oscuridad. Aquello no lo había hecho un arma de Dios. Se trataba de una espada negra.

El arcángel reflexionó. De súbito, el nombre de Apolión despertó en su mente. Miró el rostro de Beelzebub y vio reflejada en él una expresión de pavor mezclada con asombro.

—Ha empuñado la espada negra —susurró—. La hija de Malka ha despertado.

De pronto presintió una fuerza malvada que marchaba a través de la niebla. Creyó que se trataba de otro lugarteniente de Satanás, pues este espíritu poseía el empuje de muchos a la vez. Subió a toda prisa, apresurándose a dar con él. Descendió al pie de un monte que se encontraba sobre un pueblo marítimo que estaba siendo ambicionado por las olas.

San Miguel salió con fuerza. Ascendió a la cúspide volando; su luz se proyectó sobre la Tierra. Llegó a la cima, a un terreno escarpado bajo un cielo de tormenta. El viento soplaba furioso. Se quedó de pie, levitando sobrenatural, con el Beráq jarbí en una mano. Desde la cima veía marchar al Ejército de las Tinieblas hacia la guerra, que durante muchos días había caminado por detrás de los Doce Jinetes Reyes y de sus respectivos Príncipes. Los muertos caminaban de un extremo a otro con mucho esfuerzo. Arrastraban los pies descompuestos siguiendo el lento paso de la cabeza capitaneada por los Doce. Se encomendaban, junto a sus príncipes y reyes, a Satanás y su contienda. Empujaban máquinas lanzallamas, carros blindados de combate, catapultas y lanzaderas.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Al fin llegué. Llevaba varios días buscando a Satanás por medio mundo. Seguí al Ejército de las Tinieblas, que se acercaba numeroso a Judea, y en el vigésimo día, en una acción impulsada por la desesperación, me adentré en el desierto con la intención de encontrarle allí. Yo, Apolión, «Padre y Madre» de los dominadores, me arrastré día y noche por la desolación. Desmonté mis alas y las dejé allí, inútiles, pues ya me molestaban. Vi el trazo que separaba el horizonte y caí en la arena. Me había precipitado en mis intenciones por obcecarme en cumplir la sentencia del Altísimo. Sentí todo el peso del desánimo en el momento en que la claridad se agotaba.
De repente, vino una voz lejana que traía uno de muchos nombres: «Emma». Decía en un susurro que se movía hacia mí y que terminó surcando mis cabellos glaciales. Entonces levanté los ojos para mirar de frente a la tormenta que se levantaba, la cual se interponía entre yo y lo que parecía ser una cruz echada abajo. Cuando atravesé la tempestad, miré sin desviarme y vi que la cruz volvía a situarse de pie, presentándose firmemente bajo un cielo teñido de sangre. Aquella era la Cruz del Cristo.

—Ea, pues, ¿es que no te gusta lo que ves? —oí decir desde lo alto.

Rápidamente llevé mis ojos al cielo. Vi una Gran Serpiente de color negro enroscada en lo alto del poste. Apresaba la cruz, la custodiaba, cayendo rancia sobre la madera; esforzándose en hacerla crujir, murmurando que él era el verdadero «Señor de los cielos». Me habló sin abrir la boca, con el pensamiento. Dejó caer su gruesa cabeza escamada y me contempló, haciendo brotar el apetito de sus ojos vítreos.

—Para los ángeles, el aspecto de la sangre es, por consiguiente, alabanza. ¿Eres tú un ángel? Ea, pues, yo no lo creo. ¿Es que vives en *hast de mil* después de la muerte? ¿Acaso posees la eternidad del que te hizo? Yo no lo creo —dijo la serpiente.
—Tú eres Satanás —afirmé, reconociéndole bajo toda aquella repugnante muda escamada.

Satanás contestó, retorciéndose: —Ea, que vienes a matarme. ¿Te ha dicho ese (Dios) que todo el que en *hast de mil* vive eterno por encima de Aten? —siseó la serpiente, y continuó hablando—: ¿Esa espada que llevas es tuya o te la ha dado Ése? ¿Y esas alas? ¿Son también tuyas o fue Ése quien te las dio? ¿Acaso los rayos de tu luz están revestidos con la fe y la clarividencia? En cuanto termines, todo te será nuevamente arrebatado. Eres terrenal, distante... no trates de convencerlos. Ea, pues, todos te temerán porque no perteneces a la luz, sino a la oscuridad.
—¡Mientes! —le grité, sabiendo en mi interior que él decía la verdad.

Deseé aferrarme a aquella mentira. Me arrodillé. Cerré los ojos con fuerza; no quería que Satanás escudriñara en mis dudas. Era el peor de todos los enemigos de Dios, el más poderoso. Solo Miguel Arcángel era su igual en la batalla. Nadie podía matarlo. Excepto yo.—¡Nadie en el cielo, ni en la tierra, ni sobre ni debajo de ellos, ni en el mar, me ha dicho tal! ¡Yo soy luz de la eternidad! ¡Ángel de la muerte, Ángel de Dios! —grité, tratando de mantener la mentira que sacudía todo mi ser.

Pero la vieja serpiente astuta me respondió siseando: —Tú no eres un ángel. Estando parado, tu luz brilla menos. Ea, pues, los rayos de Miguel abarcan todos los límites de la Tierra porque su espíritu es inmortal. Querido ángel de mi muerte que ni ve ni oye, ni aquí ni allá... ¿Eres tú inmortal?
—¡Dios me ha dado! —respondí desde la indignación.
—¡Demuéstralo! —gritó el vil. Y prosiguió más pausadamente, incurriendo en la tentación—: Si eres inmortal, toma tu espada y llévala contra ti, y después vuelve a levantarte.

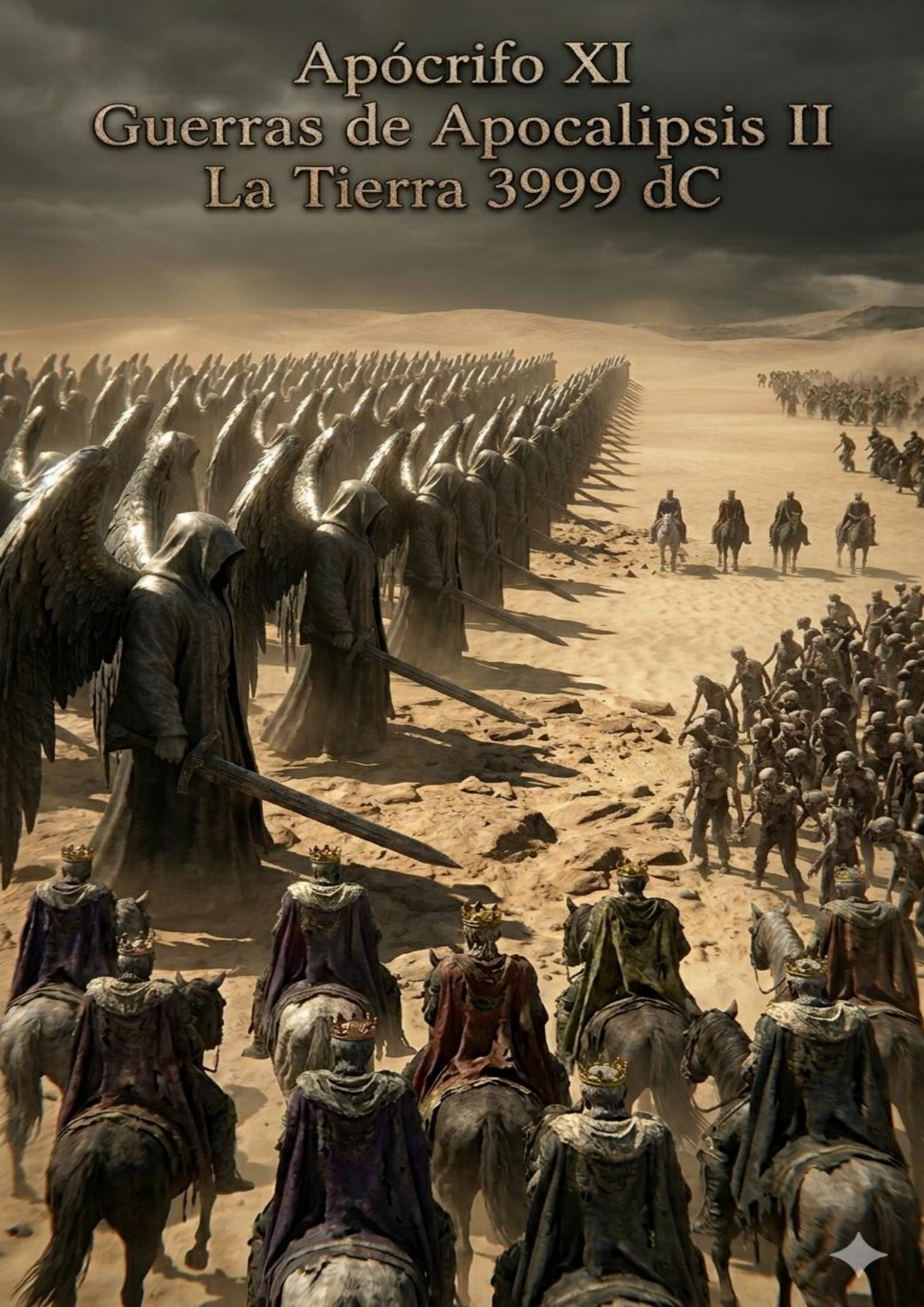
Aquello me rondó. Quería impresionar al Demonio. Deseé fervientemente atravesarme el espíritu, levantarme imperial y cortarle la cabeza. Me quedé pensándolo un instante de vacío, con la mano levantada admirando la hoja de mi espada. Entonces escuché la voz del susurro: «Emma», decía con gran pasión. Un nombre que yo había olvidado, el cual trataba de recuperar en la penumbra. Puse mis ojos nuevamente en la Gran Serpiente. Notaba el cambio. Mis pobres ángeles de la muerte seguían perdiendo la batalla en mi interior. Contemplaba mi espléndida arma celestial mientras sucumbía a la tentación de Satanás. Pero ese extraño nombre lejano, venido de una voz cualquiera, me ofrecía la mano para que saliera. Y la tomé. Salí del sueño negro del Demonio. Le miré fijamente a los ojos y le dije, armando cada palabra en su contra:

—Te conozco. Pues he mirado tu interior y está lleno de angustia por Dios. Por esto compartimos la flaqueza. Cuán endebles somos, Satanás, «serpiente», «demonio», «sombra», que no muestra autoridad ni poder ni gloria en la fuerza.

En aquel momento, llevé mi espada contra la cruz. La situé por encima de mi cabeza y cargué contra el tronco para hacer caer a la serpiente. En cuanto pinché el poste, toda aquella visión desapareció. Lo que quedaba delante era nuevamente la tierra en calma y la cruz que había caído por los golpes de Satanás. Ni rastro de la serpiente.

De pronto, se produjo un vendaval que vino del cielo y que traía la fuerza del huracán. Entonces me levanté del fragor que había causado la visión de Satanás y vi en el cielo a todos los Ejércitos de Dios, a las miríadas de ángeles custodios dirigiéndose hacia el Magedo, en pos de la Guerra Final, a presentar batalla al Ejército de las Tinieblas.

Apócrifo XI
Guerras de Apocalipsis II
La Tierra 3999 dC



I. GRAN BATALLA EN EL VALLE DE JEZREEL

Llegaron todas las miríadas de los muertos, el «Ejército de las Tinieblas», uno por uno, enseñando el camino de la muerte desde el principio hasta que el día fue arrebatado en el atardecer y cayó rojo sobre toda la llanura de Esdrelón.

Se presentaron en el campo con todos sus ejércitos, con todas las divisiones, hordas y legiones que también habían combatido en la «Tercera Guerra». Todos frente al Monte Tabor, el lugar escogido por Satanás para llevar a cabo la ascensión, esa que le permitirá presentarse ante Yahvé. El día señalado había llegado. Las banderas de la «Liga de Oriente y el Bando de Occidente», antaño confrontados, ondeaban juntas. El lazo que las unía y que era en gran manera consistente estaba ligado al sacrificio en pos del trabajo servil. Los millares se afirmaron con sus máquinas de guerra sobre la Tierra. Tomaban posiciones tras «príncipes y reyes». El despliegue de tropas era enorme; hasta Ofra la sombra de los muertos se extendía inmensa. Las falanges se establecían sobre el campo, las cuerdas de las máquinas de guerra eran tensadas, el fuego de las antorchas se preparaba para dar una señal. Aquellos que pertenecían a Satanás habían puesto todo delante; cuatro mil quinientos codos de grueso entre los flancos era la distancia aproximada. Cuarenta millones en las alas, equipados con trajes especiales para la guerra, comandados por demonios y sombras que se presentaban de pie, con mano firme a espada desenvainada. «Los príncipes» que cabalgaban junto a los «doce reyes» hacia la gran batalla miraban por siete veces a sus alrededores desde la primera línea. Por fin asentaron, con la cabeza comprimida y el rostro huesudo, a los que portaban las «trompetas de la ira» de los muertos. Comenzó el avance hacia Tabor. Se inició la marcha por la pendiente. Sonaron las trompetas y «los doce reyes» salieron amaneciendo del grueso delante de las miríadas marcando el paso, tirando de las líneas sin volverse, en dirección al monte con los redobles de la retaguardia. Así fueron subiendo; aplastando la tierra de la llanura, guardados por millones de monstruos acorazados dentados que al poniente iban tomando posiciones. Súbitamente, «los doce reyes» ordenaron el alto. Todas las divisiones se detuvieron. No se oía un solo sonido. «Los doce» husmearon el ambiente. Volvieron sus cabezas hacia sus divisiones sin perder el porte de reyes. Estaban inquietos. Buscaban en el cielo la señal de la guerra. Ya llegaban «los Custodios», con todos sus ejércitos para darle a los muertos. «Los doce señalaron el cielo». Sus ejércitos se movilizaron inmediatamente. Al unísono se dieron la vuelta y comenzaron a poner sus máquinas de cara al cielo que les había acompañado en su largo viaje. El fuego de las antorchas volcaba su ardiente llama en las lanzaderas. Diecisiete mil en total. Aquellos fuegos fulgurantes que los muertos tenían ocultos (misiles), se elevaban endemoniadamente por encima de sus cabezas. A muchos muertos hacía saltar por los aires cuando estos apretaban el pulgar entre la confusión del nerviosismo que traía el «Ejército de Dios».

Salieron con toda la violencia al encuentro de los ángeles. Los dedos llameantes (misiles) ascendían desde el valle y caían como un sinfín de piedras. Las nubes gualdas no permitían ver a los muertos si habían obtenido blanco. Todo lo que podían ver desde la superficie era a la llama parpadeante ascendiendo y agrupándose a las miríadas que iban en búsqueda de los «Custodios de Dios». Entonces «los doce reyes» se apresuraron en juntar líneas. Los carros blindados pasaron a la primera. Los flancos se abrieron en

una pinza poderosa. El horizonte se llenó de fuego. Las nubes negras se levantaron en muchos sitios a la vez. «Los Custodios» caían como moscas en el cielo. Las armas de los antiguos humanos eran mortíferas. Los muertos que se hallaban en la retaguardia se paralizaron al divisar la amenaza que se cernía en el cielo. No tuvieron tiempo de hacer correr la voz. De pronto «los Custodios» hicieron entrada a campo abierto convertidos en tornados gigantescos. Se dejaron caer con todo el peso de la mano de Dios sobre las divisiones y las fueron arrasando, haciéndolos estallar en pedazos. De este modo iban ejecutando. Cada vez que asomaba en el cielo un cúmulo de luz que perduraba intenso, los muertos veían caer una columna enjambrada que aplastaba agujereando flancos y grueso por igual. Justo después de caer, «los Custodios» hacían el amago de ascender, pero inmediatamente la enjambrada se deshacía y caían por separado en mitad del fragor ensartando a muertos y demonios. Entonces se batían a espada. Hasta mil veces realizaron «los Custodios» esta maniobra al mismo tiempo. «Los doce», al verlos caer, fueron para el combate. Se dirigieron raudos a caballo hacia uno de los flancos determinados, donde «los Custodios» los estaban masacrando a filo de espada. Los muertos allí estaban cayendo secos; helos partidos a pies de los caballos de los príncipes que ahora se juntaban con los demonios para salir contra «los Custodios». Mientras, «los reyes» llegaron unidos desde lo alto, atacando sin descuidar la guardia. Los muertos hacían la mitad de un ángel; necesitaban de lanzas y armas de fuego para traerles la muerte, mas no llegaban nunca a alcanzar su espíritu porque se encontraba demasiado alto. «Los Custodios» sacudieron a los «príncipes». Con grandes ataques alados giratorios los hicieron salir disparados de los caballos descarnados. Ahora, junto a «los príncipes», se encontraban los muertos desgarrados, todos a pie, quienes conjuntamente con los demonios trataban de batir a los «Ángeles» a espada firme sobre la superficie. Pero el «Custodio» se abrigaba en la sombra, extendía las alas metálicas blancas y hacía salir un fuego endemoniado de su boca que los abrasaba. Aquellos príncipes que no habían podido levantarse a tiempo quedaron carbonizados; cubiertos de espinos, pegados a la Tierra con todo lo que se hallaba en derredor. Y «los reyes», que al ver a sus príncipes sembrados en sal se plantaron encolerizados ante «los Custodios» empuñando sus espadas, esforzándose en abrir brecha alienados, ciñendo y desenvainando espada, abatiendo a ángeles en demasía. Se les pegaron detrás trescientos demonios que bajaban corriendo dando voces por Satanás: —¡Devolvédselos a Dios! —decían, en tanto el «Custodio» continuaba ensartando, doblegando. Los cogía por la cabeza y los hacía volar. Cada uno de ellos estaba completando una gran matanza. Los huesos de los muertos se hacían añicos en el choque. Ninguno podía mirar hacia otra parte cuando fijaba los ojos en la luz eterna. Ni siquiera los demonios, que cargaban a izquierda y derecha y no se apartaban cuando «el Custodio» se encendía para causarles gran mortandad. Fueron entonces las máquinas a combatir. Los muertos las hicieron entrar y las pusieron mirando hacia las ocho columnas del «Ejército de Dios», que en ese momento caían sobre el flanco diestro rematando a las «Sombras», de camino; a las fuerzas que se encontraban más alejadas de Tabor tratando desesperadamente de recomponer un frente. Se los iban quitando de encima con una facilidad pasmosa. Con la espada en la mano los batían y rebanaban. Se iban aproximando a aquellos muertos que ni a lanza ni a arma lograban siquiera rozarlos, y terminaban hundiendo la hoja en sus cabezas, en sus bocas, en sus rostros vivientes. Y lo hacían llegando con todas las formaciones, persiguiéndolos hasta los límites del valle, haciéndolos estallar con la onda que producían estos ángeles al ceñir de nuevo el arma tras recoger el ataque.

Las máquinas de los muertos dispararon. La lluvia de fuego los sepultó a todos por igual, empero solo «los Custodios» volvieron a levantarse. No así los demonios y los

muertos. Aquellos seres de ultratumba que habían sido mutilados y que se encontraban esparcidos por el suelo con todas sus partes colgando, continuaban guerreando malheridos, arrastrándose para lograr alcanzar los enormes pies metálicos de «los Custodios». Lo seguían intentando hasta que se rompían por completo. Por el contrario, «los Custodios» que eran gravemente heridos se encomendaban a Dios y se inmolaban en un torrente de luz poco antes de quedar reducidos al polvo. Esto animó a «las sombras» a combatir. Salieron los «Hombres Polilla» trayendo sobre «los Custodios» la humareda negra de sus bocas. Volaron al cielo y la hicieron pasar muchas veces, retornando a los «ángeles de Dios» en estatuas.

El valle se hundía porque su tierra estaba siendo levantada. Los ejércitos designados hacían la guerra sin desfallecer, sin frenar sus ataques llenos de violencia. Y eran sumamente poderosos. Saltaban por los aires cascos, corazas y armas; también brazos, piernas y cabezas. La luz quedaba asperjada; los que descuidaban caían despedazándose; muchas alas planeaban descendiendo troceadas, reconvertidas en nubes circundando la polvareda. Bajo la dirección de «los reyes» las máquinas fueron puestas en los ángulos porque «el Custodio» atacaba extendiéndose en formación de cruz. Avanzaba en corto hacia la cabeza entrando en tres columnas que pulverizaban el grueso de las tinieblas separándolo de los flancos y dispersándolo, al tiempo que los del ala diestra y siniestra se consagraban enfurecidos, punzando con precisión los órganos vitales de los demonios. El hígado sobre todo. Y hasta la muerte se encontraban enfrente, viendo cómo uno agonizaba antes que el otro. Esto era así en el arreciar que con el estrépito se encaminaba hacia una guerra mucho más cruenta e igualada. Lo que buscaba Satanás para quitar de en medio al «Ejército de Dios».

«Los reyes» comenzaron a caer. Uno fue derribado de su caballo. Al ponerse en pie nuevamente se encontró rodeado por «los Custodios», armas en mano. Fueron hacia este rey a la velocidad del rayo, y lo acuchillaron, y después lo desmembraron. Entonces descendió Abigor a caballo con las legiones de «demonios incendiados», y las dispersó por toda la llanura del Esdrelón antes de que cayera la noche. «Los Custodios» vieron aproximarse a un millón de estos demonios de fuego armados con espadas flameantes, adargas y látigos. Las bajas ya pesaban en «los Custodios». Las huestes de Satanás iban engrandeciéndose a medida que la noche escapaba de los ojos de Dios. En ese preciso instante trompetas y cuernos sonaban retumbando orgullosos, alegrándose de que habían hecho sucumbir a una de las poderosas columnas de ángeles. Con todo, siguieron combatiendo luz contra oscuridad, encontrándose en el fragor, buscándose en el arreciar, infligiéndose toda clase de golpes, cayendo tantos ángeles y demonios al unísono que ya era imposible ver la Tierra. Mientras, los muertos, con su «Rey de Reyes» a la cabeza, «El Inquisidor», «El General», iban rompiendo líneas sobreponiéndose a la gran cantidad de bajas que estaban padeciendo. Lo hacían escogiendo hábilmente los ataques. «Sombras y espectros» que quedaron dispersadas por medio se juntaron a estos para salir contra lo que ellos llamaban «Los Altos» (Custodios). Extraordinariamente reforzaron el flanco diestro que hasta entonces estaba siendo aniquilado e igualaron el número de bajas allí. Se fueron **«**los custodios» para la próxima víctima y de repente entraron los «demonios de fuego» embistiéndolos con las adargas. Alzaron los ojos y se vieron cubiertos de fuego, guerreando, intentando alcanzar la cabeza del demonio que se protegía de los ataques mientras la llama les destruía el espíritu. Abigor espoleó al gigante percherón y bajó a entablar batalla. Y a muchos iba alcanzando con la espada al tiempo que trotaba en pos del núcleo, lugar donde en verdad se estaba decidiendo el peso de la balanza. «El Custodio» que le vio salió en su busca, le cayó sobre el rostro con la mano retirada preparándose para derribarlo. Abigor dio muerte verdadera a ochenta «Custodios» mientras que los «once

reyes» que combatían cerca de él movilizaban a sus ejércitos de en derredor hacia el núcleo que seguía en manos del «Ejército de Dios», el cual se mostraba irreductible repeliendo y enristrando a las falanges. Mandaban allí estableciendo un círculo que destruía a sus enemigos; sus portentosas acciones hacíalos desparramarse por el valle. Tras esto, vinieron para unirse, para prestar ayuda a sus aliados, «los demonios de fuego» que estaban a las órdenes de Abigor, aptos, preparados, desbordados por el odio. Su aspecto era como el de cualquier demonio: de cinco codos de altura, ojos grandes y nariz ancha, dientes afilados, dos puntiagudos desde las fauces, alados, siempre con cornamenta. Y estos, además, eran muy ágiles; los habían hecho tres veces más fuertes y la llama estaba con ellos porque habían sido sacados del fuego. En efecto, Satanás, «La Gran Serpiente», «La Sombra», se había ido engrandeciendo hasta hacerse poderoso; la oscuridad estaba con él. Todo el «Ejército de las Tinieblas» con Abigor y «los demonios de fuego» que estaban en el valle empujaron a «los Custodios» fuera del núcleo y llevaron la batalla muy cerca de Tabor. «El Custodio» combatía tratando de que las tropas del demonio no llegaran nunca a alcanzar el monte. «Los guardianes de Dios» tenían el encargo de defenderlo, pero la noche estaba trabajando para darle al mal todo su poder y estaba haciendo venir toda la energía oscura a pies del Monte Tabor. «El ejército de Dios» no se apartaba del frente; era valiente, combatía a izquierda y derecha, se elevaba por encima de la Tierra y contrarrestaba. Por todas partes le llegaban los ataques de muchos demonios y muertos, empero ellos continuaban protegiendo aquello, saliendo los ochenta mil a la señal de los jefes, destrozando adargas y poniendo freno a la llegada de la llama atravesándola cuando hacía venir la desenvainada para reducirlos al polvo.

Se levantó el percherón porque una lanza le rompió la cincha. Abigor cayó del caballo, pero enseguida agarró la empuñadura con las dos manos y cargó contra «el Custodio» apartándolo de sus ojos, haciéndolo caer quebrado, pasándolo a filo, derramando su luz, pecando, haciendo el mal en gran manera, irritando a Yahvé. A su bestia negra de ojos rojos la rodearon y la desventraron mientras él se batía por encima de los muertos y demonios con «Los Altos», en encarnizados duelos que exigían a unos y a otros el máximo.

APÓCRIFO XII
GUERRAS DEL APOCALIPSIS III
LA TIERRA 3999 dC

II. GRAN BATALLA

EN EL VALLE DE JEZREEL

Amanece. Me asomé al Valle de Jezreel. Vi a «los Custodios» sacrificándose por defender la entrada «de todos los reinos». Morían con brazo noble, saliendo a guerrear en nombre de Dios al entierro del desastre que estaba al acecho. Aquello era a lo que se referían los demonios, pensé: «La Guerra Final». Satanás iba a abandonar la sombra para salir en presencia de Dios. Alzará los ojos desde donde no puedan reconocerle y permanecerá firme, oculto, en silencio, aguardando a que el aire esparza definitivamente el polvo sobre todos los caídos que yacerán sobre la llanura. Y después caminará entre todos los derrotados que en esta noche se quedarán en el campo apagándose. Y hará correr el llanto, con «los príncipes» abatidos cerca, hallados deshuesados por el camino. Es lo que había estado esperando desde siempre; he aquí su gran momento. Su venganza. Tenía la obligación de responder. Despreciaba a Satanás. Así que contemplé la noche, extendí los brazos en cruz y me arrojé al vacío. Descendí en picado. Arrastré todos los vientos conmigo. Mis ojos divisaron pronto la Tierra. Mis ángeles dominadores me empujaron a ejecutar, sobreponiéndose a mi oscuridad. Olían la guerra. Caí de pie frente al «Ejército de Dios», en mitad de la dura contienda. El polvo se levantaba. En derredor yacían muchísimos cuerpos aniquilados. Detrás de mí se encontraban cuarenta mil «Custodios» en el límite de sus fuerzas. Delante, veía incontables adversarios que venían a matarme. Alargué el brazo. Los señalé a todos. Miríadas de ojos se reflejaron en mi espada. Salté sobre ellos. Arrastré a «los Custodios» a la batalla. Los inundé de coraje. Me sobrepasaron por ambos flancos, salvando los ataques, abatiendo a cientos, aplastándolos de una sola vez. Yo entré en el fragor arrasándolos. Luchaba como si Satanás me estuviera absorbiendo la vida. No descansaba ni para recoger la espada impregnada de hiel. Mi faz se iba llenando de cólera. Mi ira se multiplicaba mientras los mutilaba. Golpeaba en carrera, sin aliento. Los pasaba por encima y soltaba la espada de camino. Grité a los Custodios: —¡Shamrú dérej hishamrúbe-nafshoteijém! Al instante, los Custodios me obedecieron y comenzaron a replegarse. Pero se imponía la derrota. A mi diestra veía levantarse a los muertos en armas. A mi siniestra, los demonios de fuego abrían brecha. —¡Venid, pues, acercaos! ¡Estamos preparados para haceros la guerra! —les grité. Toda la maldad venía a por nosotros. Corrían, venían cultivando la cólera para reventarla contra nosotros.

—¡MUTÓT KNAFÁV! —dije gritando a los Custodios. Todos extendieron sus alas. —¡SHÚVU VE-HASHÍVU! De inmediato, todos los Custodios al unísono dieron un paso atrás y restablecieron las posiciones. —¡PÁAM AJÁT MIZRÁKSHÉMESH**!** Tras lo cual, ejecutaron una maniobra de un solo golpe en dirección a Orión. El Custodio me prestaba atención, callaba, obedecía las órdenes, ejecutaba. Cargaba contra el demonio, moría; el orgullo les hacía gritar en el óbito. Yo les traía la muerte, manejaba la espada a la velocidad del relámpago, los vapuleaba, los rompía; las sombras caían desgarradas, partidas por la mitad, quebradas, con el brazo en alza, encorvándose, oyendo sus propios gritos. Los estábamos haciendo retroceder, íbamos a su encuentro con estrépito empujándolos hacia el sur, desde el suelo, en las alturas, con los gritos de guerra

retumbando con insistencia, taladrándoles, acribillándoles en el combate, haciendo salir chispas en el choque de las espadas. De pronto, se elevó ante mí el caballo del «Rey de los Muertos». Era la segunda vez que lo tenía delante. Nuestro primer encuentro se había producido en la catedral. Me quedé sin aliento. El jefe de los doce reyes se bajó del caballo. Acto seguido, emprendió el camino hasta mí pisoteando a sus propios soldados. Nuevamente observé aquella figura sobrenatural coronada, bruñida en bronce. Su rostro centelleaba. Sus facciones incrustadas le daban un aspecto totalmente siniestro. De repente me asaltó un muerto viviente. Lo aniquilé partiéndole el cráneo en siete trozos. Me salió otro. Lo cogí por la cabeza y lo hice volar a mi espalda.
La sombra del «Inquisidor» prevalecía por encima de las otras. Yo me impulsé. Salté por encima de los muertos arrastrándolos con violencia. Ahora tenía al jefe de los reyes delante. Nos quedamos parados frente a frente. Me miró fijamente. Le miré. Súbitamente, tomé la iniciativa. Di un paso adelante con ímpetu. Traté de alcanzar su extraña armadura con la punta. Buscaba la grieta. El jefe de los reyes restaba. Resistía al cruce de espadas. Me elevé contra él apoyando el pie en el cuerpo de un muerto y saltando, cargando en medio giro implacable con toda mi ira una y otra, una y otra vez, sometiéndole a la turbonada. Le golpeé en el aire hasta que solo pudo defenderse con una mano y la espada en alto, estancada. No lo soportó. Le obligué a hincar una sola rodilla. Estalló en mi espíritu toda la rabia contenida. En sus ojos se veía algo reflejado: una sombra de desconcierto. Le corté por la muñeca. La espada del «General» salió volando con la mano aferrada. Volteé el Beráq jarbí. Su expresión me transmitió que me conocía. Pero yo no le pregunté. Le di tan fuerte en el cuello que la cabeza le salió disparada de los hombros. Ahí yace el «Rey de Reyes». Inesperadamente, me atacó Abigor. Cambié de mano, pero el demonio negro insistía en mi flanco diestro. Cargó contra mi espada acercando cada vez más su faz enmascarada, de la que salía un aliento de sepulcro. Logré quitármelo de encima. Raspamos hojas. Abigor apretaba. Me acosaba. De nuestro cruce de espadas salían centellas y relámpagos. Lo sentía muy cerca. Volvimos a separarnos. El demonio estaba exhausto. Apenas podía sostener la espada. El brazo le colgaba fruto de la turbonada. Ahora retrocedía, pulverizaba la piedra a cada paso. Estuvo a punto de tropezarse. Regresaba para la pelea. Lo hacía hambriento. Su mano dominaba la hoja. Extendió las alas, las desplegó ante mí. Distinguí las gruesas raíces que hasta el hueso recorrían todo el velo del dragón. Ciertamente impresionaba. Pero yo era Apolión. Mi diestra volteó, desplegó una constante destrucción. Hizo de mi mano un martillo devastador en espacio corto. Acomodé mi espada, la traje sobre su rostro como mil relámpagos a la vez. Necesitaba vencerlo. Lo conocía a la perfección. Me encorvé hacia adelante. Su espada negra recortó las puntas de mis cabellos glaciales. En ese instante, me incorporé súbitamente. Hice subir la espada incandescente contra el demonio, empero este se protegía resistiéndose a la muerte. Fue entonces cuando dejé caer la punta del Beráq jarbí. Señalé la Tierra y tiré hacia arriba en nombre del furor cuando Abigor entraba con una potente embestida. Me llevé por delante todo el brazal diestro del demonio, con el antebrazo dentro. Lo fulminé abriendo una sola brecha desde el peto hasta la visera, la cual hice que se levantara antes de que el casco le saliera disparado hacia atrás, despreciado por la odiada. Miré a Abigor. Le vi en el suelo, caído, mutilado, sucio, intentando ocultarme su verdadero rostro con la mano. Me puse delante de él. Pisé su espada. Lo sumergí en mi sombra. La sangre negra le salpicaba. Le corría por toda la armadura, descendía estremecida perdiéndose donde el cuerpo hollaba. Coloqué el filo en su boca, le aparté los cabellos de la cara como si esparciera la tierra. Y he aquí que le vi: el rostro del niño que me arrancaron, oculto en el demonio. Volví a oír sus gritos en la casa. Yo estaba impotente, sobre un charco de sangre, en el sótano. Agaché la cabeza. No hablé. Las

dudas comenzaron a comerme. Saqué la mirada de aquel rostro humano. La llevé a la Tierra, hundiéndola con todo mi ser. Cerré los ojos. Vi el alma de este niño siendo secuestrada por los «Hombres Polilla», que ahora, en este momento, a mi alrededor salían combatiendo contra el Custodio. Levanté la cabeza. Abrí los ojos. Mi espíritu rompió a llorar. —Has vencido, Satanás —me dije, y tiré la espada—. Has vencido.
Lo contemplé de la misma manera, con los ojos vidriosos y una expresión que ansiaba la melancólica. Se levantó. Su sombra alada me cubrió. Estaba tan encima de mí que ya no podía apagarla. Miré su rostro con una media sonrisa. Había oído su nombre un sinfín de veces. —Víctor —le susurré. No me atrevía a alzar la voz. Pero él no podía reconocerme. Enfundado en Abigor se acercó, llevando a Satanás en su alma. Recogió su espada. Exhalé postrada: —Nunca te perdonaré, Satanás. Allá donde vaya, jamás olvidaré. ¡He aquí todo el mal! ¡Y cómo llega! ¡Víctor! ¡Despierta! —le imploré.
Miré la Tierra y vi aproximarse el filo sobre mi faz entre el vocerío de la guerra. Oí mis gritos en el primer derrumbamiento. El instinto procuraba defenderme de las acometidas. Veía mi hombro diestro despedazarse, oscurecerse, destruyéndose por encima de mi cabeza. Todo me temblaba; mis gritos en el quebranto. Rota mi espada, su odio me asolaba, se extendía por todo mi cuerpo sobrepasado de cortes espantosos, horribles, que habían hecho de mí una gran ruina desfigurada. —¡Basta! Llevas mi nombre escrito en tu alma, ¡mira que yo también llevo el tuyo! —clamaba desde mi interior. Me arrancó un brazo. Toda mi luz se desparramó sobre aquel lugar. Retumbaba mi angustia. Me cortaba sin parar. Zigzagueaba la hoja de arriba abajo. Finalmente, caí gritando en el llanto. Le vi volverse y reaparecer ante mí tras ejecutar un giro completo. Me cortó las piernas. A mis ojos salió la luz brillando, derramada sobre el valle, haciendo resplandecer su tierra.
Contemplaba el cielo. Mi espíritu lloraba en el silencio. Veía aparecer las colinas mientras sentía cómo me deshacía. Corrían lágrimas por todo mi cuerpo. Se puso el sol. Me entregué a la muerte verdadera. Todos mis recuerdos, todas mis palabras, se presentaron en un torrente cristalino precioso. Intenté tocar los rostros de todos aquellos que permanecían vivos en mi pensamiento. Vi a mi madre en todas sus formas, en la imagen de aquella mujer extraterrestre. Vi a Víctor. Su rostro era ahora el de un hombre.

La luz se apaga. Esto es el fin.

EL ASCENSO DESDE TABOR

La luz se proyectó por toda la Tierra y destapó la fosa en que se había convertido el Valle de Jezreel: «La tumba de los ejércitos», sobre la llanura.
Se presentó Satanás a la batalla cuando esta había concluido. Descendió en la mañana acompañado por los cuatro sacerdotes de Dæmon y anduvo por entre los caídos en combate, con la mira fija en el monte. Se detuvo en mitad del campo, hacia Tabor, y contempló allí el cuerpo mutilado de Apolión yaciendo singularmente hermoso. Sus grandes ojos vítreos se eclipsaron al examinar los restos del «Ángel de la Muerte». Aquellos que le hicieron y lo levantaron como «Satán», «Satanás», «el Demonio», le señalaron otro cuerpo que no estaba muy lejos del «Ángel de Dios». Cerca de Apolión vio a su creación, el demonio Abigor, hundido en el mismo suplicio. Satanás sonrió malévolo. Acto seguido, continuó. Fueron para el monte y, ya en su cima, los cinco se

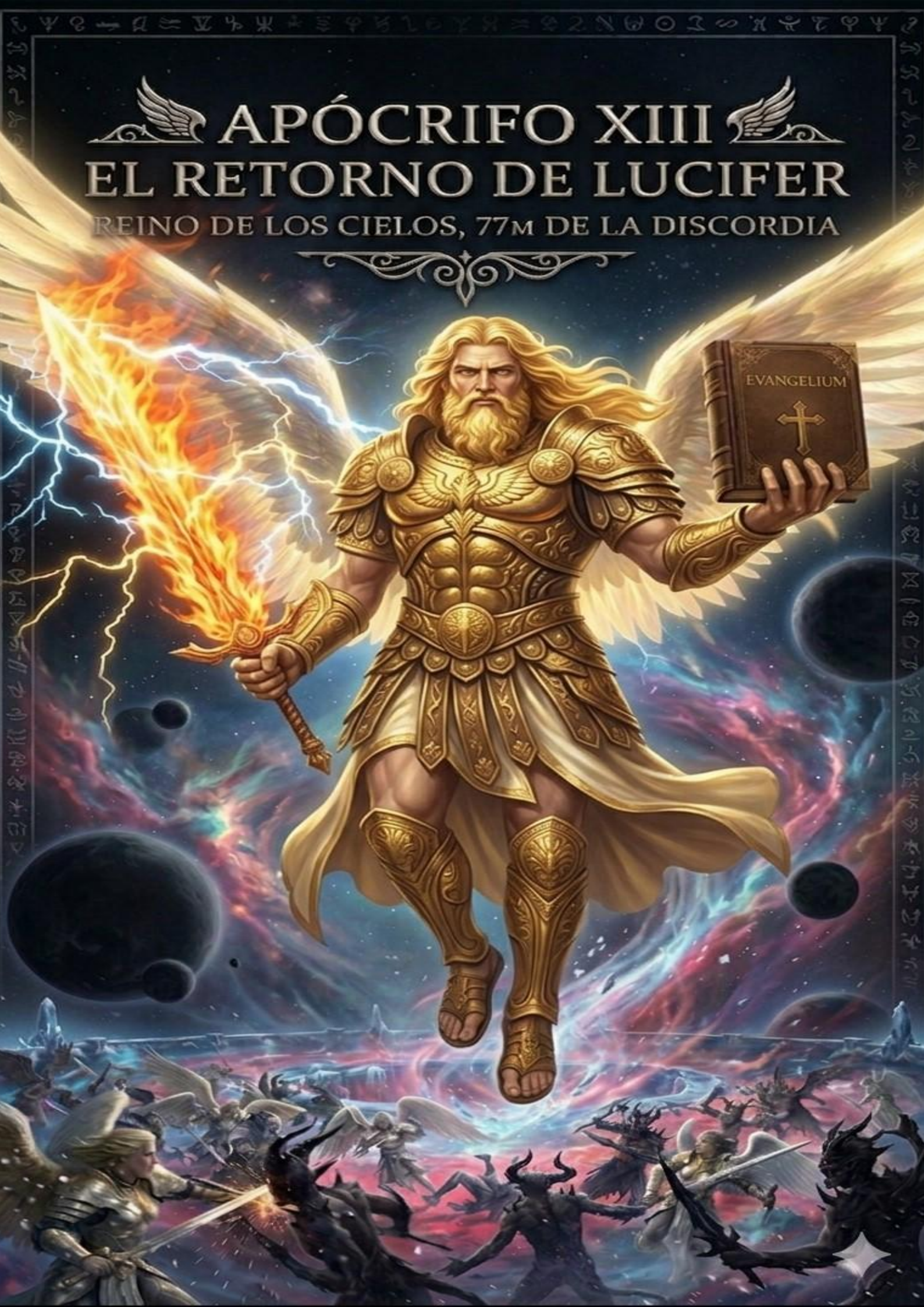
despojaron de los mantos y los tiraron al «Árbol de la Transfiguración». La túnica negra de Satanás quedó colgando de una rama. Y consumidos por el mal, enfundados los cinco en carnes sanguinolentas pasadas a fuego, ascendieron desde Tabor al Reino de los Cielos. Ya nadie quedó en el Valle de Jezreel; los caídos habían hecho de la llanura del Esdrelón una tumba abierta.

EL JUICIO DE LOS DIGNOS

Llovió azufre en todo Israel. Se acercó uno que vino de los cielos. Llegó en la noche a Jerusalén, empapado, preguntando por los que portaban la marca del Tau: «los sellados». Al oírle hablar con voz firme, sin vacilar, le demandaron: —¿Quién eres tú? El viajante retiró la capucha y dijo:

—Yo soy «El Cristo», y mi Padre, que está en los cielos, te está mirando.

Pasó Jesús por toda la Tierra. Anduvo por donde los caminos se estrechaban, ya que había caídos por todos lados. Recogió a «los sellados». Los puso a caminar tras él y los dejó en las naves alienígenas para que fueran llevados a Thuban, a plantar la semilla. Llegó después al Valle de Jezreel. Entre los muertos buscó a los dignos. Los tocó y los hizo ascender por igual; a ángeles, demonios y muertos. Así «los Custodios» abandonaron la Tierra para siempre. Resucitados, alcanzaron el cielo y después Orión, retornando a sus lugares para los que continuaran sirviendo. Seguidamente, se acercó a uno al que habían destrozado. Se encontraba tirado en el campo, ausentado en espíritu desde hacía mucho tiempo. Parecía de luz, mas no era uno de «los Custodios». Le aguardaba un juicio severo, allá, en el limbo. Los demonios se regocijaban y se felicitaban aún por su derrota. «El Cristo» dejó caer la mano y le apartó los restos del metal. Vio cómo la luz se alejaba de ese espíritu caído en combate; huía enervada hacia las entrañas de la Tierra para bien desaparecer. Pues aquel espíritu estuvo formando parte de un cuerpo que en verdad contenía a la oscuridad, y se había comprometido a nutrir la sombra hasta que sucumbiera. Y así había sucedido, por lo que ahora era libre.
Luego de esto, «El Cristo» cogió la faz de la mujer con las manos y le besó en la boca. Contuvo su aliento sin dejar que escapara y le fue absorbiendo todo lo que acudía a él. Al término, apartó su rostro con violencia. Entonces giró la cabeza, arqueó el cuello, miró al cielo, abrió la boca y, cuando se relajó, expulsó a las miríadas de «ángeles de la muerte», los cuales, desesperados, salieron en tromba huyendo de Apolión hacia los cielos.


APÓCRIFO XIII
EL RETORNO DE LUCIFER
REINO DE LOS CIELOS, 77M DE LA DISCORDIA
EVANGELIUM

K'IN
(EL ALIENTO)

Abrí los ojos. Jamás había visto algo parecido: una espiral de oscuridad donde los espíritus flotaban dispersos como estrellas. «Éste es el limbo», pensé. «La muerte del demonio». Y yo he ido a parar a él. No sentía mi cuerpo. No lo tenía. Me desplazaba por la inercia del diafragma. Sólo oía gritos: llamadas de socorro a parientes y familiares. Calculé que había millones de espíritus atrapados conmigo esperando disolverse. Chillaban, pidiendo auxilio sobremanera. Se aferraban al vacío, llorando sangre, haciendo todo lo posible por manifestarse y regresar a la Tierra. Se veían diminutos en el pozo, agrupándose en gran cólera. Quien conoce lo que allí habita sabe que en ese nivel superior compenetra todo lo que fue arrojado a la muerte verdadera, toda clase de demonios y muertos encendidos que sin el cuerpo se mueven lánguidos, afligidos, con el aliento arrebatado, pulverizado por el vacío. Sentí algo. A un pariente lejano. Traté de buscar su Efa. Lo hallé. Se movía independiente. Había entre los espíritus uno muy grande el cual volteaba en excesiva lentitud. Ese pariente mío parecía ser el jefe, pues estaba fijando a muchos otros a circundar en su órbita. De pronto pude verle; era tan duro que no mostraba ni un ápice de su faz, de algo, cualquier atisbo de lo que había sido en vida. Nada. Llevaba el odio tan aferrado en su densa oscuridad que hasta el último condenado del limbo se daba a conocer porque se sentía atraído. Era más que oscuridad: era la heredad de la antítesis de Dios, Malka.
Estaba allí, en el limbo, como un demonio caído más, a merced de las corrientes del tiempo detenido, sin juicio ni sentencia, esperando a morir finalmente. Vino en cuanto me sintió. Pasó surcando a los otros, haciéndoles el espíritu añicos; su dominio y su poder allí hizo que mi espíritu, en la condenación, se acercara. Posteriormente me envolvió como un padre; sin sentir daño alguno, con mucho cuidado de no lastimarme. Tomó la palabra en su palacio. Construyó para mí un sueño con olor a fuego. Me hechizó en una visión donde yo era una hermosa joven mortal vestida como una reina del imperio egipcio. Sentía su carne gelatinosa en mi oreja. Me dejaba caer y apoyaba la cabeza en el pecho traslúcido, tuberoso, de aquella enorme criatura del sarcófago cuyo sueño me había perseguido en todas las épocas.

Yo estaba a sus pies. Él se sentaba en un trono de piedra. Habló de manera dulce. Me dijo: —Sólo yo sé lo que guardas; ea, no temas, porque tú me has visto y yo pondré mi corona en tu cabeza en *hast de mil*. Ea, por todo esto será reconstruida la ciudad del sol en tu cuerpo porque tú me proporcionarás la venganza.
—¿Quién eres tú? —le pregunté. —Yo soy Malka. «El espíritu de la oscuridad». Tú tienes mi sombra, hija mía —me reveló—. Naciste de una semilla que yo puse. Conozco todo lo que puedes ofrecer; ea, pues, todo lo que soy y he sido lo entrego yo a ti.
—Te conozco, he oído tu voz —le susurré.
—Yo, Malka, nací de una guerra entre cielos; mi padre se llamaba Toth. Dios y yo compartimos madre, que es la luz, mucho antes de que se quebrara y dejara ir la parte que se convirtió en las tinieblas. Dios te ha devuelto a mí para que yo te entregue nuevamente. Porque yo soy también Dios, «Señor de Todos», yo soy Malka, quien calmó al universo que lloraba desprotegido.
De repente me vi vestida completamente de púrpura, entre dioses de oro que habían escrito su palabra en los templos del universo. «La Emperatriz de las tinieblas», me decían entre alabanzas, establecida a pies del trono de Malka, antítesis de Dios. Estaba

allí, a sus rodillas, tan terriblemente hermosa que dolía los ojos contemplarme. Mandaba a las legiones con solo señalarlas. Mi rostro cambiaba de color; mis alas eran enormes, negras, naturales, superiores a las de cualquier arcángel.

—Ea, mil más al principio de la vida y la muerte. Todo está bajo la oscuridad, todo está bajo lo oculto… hasta ahora —me dijo.

Contemplé a mi verdadero padre. Vi cómo levantaba del suelo una enorme espada negra. Sentí sus largos dedos viscosos sobre mi ajustado flequillo de lienzo. Me acariciaba mientras me repetía: —Carne de mi carne, sangre de mi sangre.
Noté el frío de la punta en mi vientre. Sentí cómo la espada me atravesaba infligiéndome un dolor espantoso que me hizo abrir los ojos súbitamente. Me desperté en otro sueño. Vi la muerte en vida de mi verdadero padre. Lucifer, el «Hijo del Ángel», «El Primero», quien servía a Dios con total devoción, se acercó enfundado en la «Armadura del Dragón» y le atravesó el espíritu. La muerte de mi verdadero padre hizo a Satanás. Pero él no es hijo de Malka sino de Dios. «Impostor». «Hay una alimaña llevando la corona de las tinieblas, ocupando mi puesto», pensé. La visión me fue expuesta. Me vi nuevamente a pies de la monstruosa deidad tuberosa. Malka, mi padre, abrió su mano y yo, «Makael», su hija, la cogí y la sujeté con fuerza. Entonces tomé la espada negra y le hundí la hoja en el pecho hasta que salió por la espalda y se clavó en la piedra. Lo poco que quedaba de él se derramó sobre mí. Su oscuridad me ungió de tenebrosidad. Me vi de pie, nuevamente renacida, completamente de negro. Miré a los otros y les dije: —Ea, yo soy Makael, verdadera heredad de las tinieblas, quien debe sentarse en *hast de mil* en el trono de mi padre que está en los infiernos.

WINAL
(EL HOMBRE)

Todos «los Custodios» le vieron pasar por Zion, mas ninguno se atrevió a salirle al paso, porque «el Demonio» era grande y terrible, y no volvía su rostro sin traer la destrucción. Satanás y sus sacerdotes atravesaron todo Orión batiendo sus grandes alas negras. Luego, se dejó caer junto a los sacerdotes que lo habían levantado, justo enfrente de las puertas del «Reino de los Cielos». Sonrió con gran gozo. Era lo que siempre había deseado: «el retorno triunfal». «Yo he vuelto para reinar», pensaba, mientras contemplaba las grandes puertas de oro puro, codiciándolo todo. «Padre, he vuelto para hacerte comprender cuán viejo y decadente estás».
Satanás empujó las puertas del reino. Entró en aquella fortaleza cuidando de no hacer caer la devastación, porque todo aquello que brillaba y murmuraba en el resplandor de la tempestad lo consideraba ya como suyo. Su fin era someterlos a todos en el sacrificio de la carne y la sangre, llevarlos hasta los confines del universo. Sus guerras estaban decretadas, decididas a exterminar todo lo que guardara un alma. Aferró la espada sin cortarse y anduvo seguro de estar encabezando una ocupación consentida, sostenida por un gran temor. Mientras, observaba relamiéndose a izquierda y derecha los rostros de los ángeles ocultos en la sombra del miedo, temiendo por lo que iba a sucederles si el «Demonio» finalmente gobernaba. Lo tenía cerca. Venía por un suelo escarpado de roca volcánica sintiéndose predilecto, decidido a combatir en cualquier momento. Nadie rompía el silencio. Los ángeles permanecían en los rincones oscuros sabiendo que la

victoria final de Satanás pasaba por derrotar a San Miguel Arcángel. Esto también lo pensaba Satanás mientras se encaminaba hacia la escalinata en llamas por el canal del anfiteatro, avanzando firme, con aire violento, preparado para ejercer su derecho a reinar como primero y estrujar el trono del «Altísimo». Y nadie podría resistirle. Así lo sentía en todo momento. Cruzó las llamas y llevó a los sacerdotes de Dæmon hasta un monolito de cuarenta codos fijado en el suelo. La piedra tenía grabado un mapa del viejo universo que aún no se había conocido. Satanás y sus sacerdotes volvieron a atravesar las llamas. Inmediatamente descendieron por otra escalinata que comunicaba al anfiteatro con un patio exterior hecho de mármol. Conocía bien el camino, a la perfección, no lo había olvidado. Lo había mantenido intacto en su pensamiento para obrar algún día contra Dios. De vez en cuando se volvía porque se sentía plenamente observado por los ángeles. Pasaron a través de las doscientas ochenta y ocho columnas de torso. Había ángeles en lo alto de estas. Observaban al «Demonio» y sus sacerdotes con el semblante serio. Y cuando veían que lo tenían cerca, le daban la espalda.
De pronto, se oyeron miles de voces al unísono clamando con gran dolor, porque Lucifer había regresado al lugar donde se dio al genocidio y todavía todos recordaban su alzamiento allí. «La bestia» puso las pezuñas en el atrio y apresuradamente se dirigió hacia la «Casa de Dios», «el templo», situado a la diestra de la «Curia». Se acercó bramando, en una actitud agresiva, conduciendo vehemente a sus sacerdotes por el atrio cuyos bordes se ceñían a la roca negra. Antes de que pudieran alcanzar el templo surgió San Miguel de la boca de la misma «Casa de Dios» en estricta calma, sosteniendo el Beráq Jarbí con las dos manos. El arcángel salió del templo mirando a Satanás fijamente a los ojos. Entonces se manifestaron todos los ángeles de la guerra: «los Custodios», «los de la muerte» y también «los principados de la purga»: Gabriel, Zadkiel, Uriel y Rafael. Cayeron de los cielos las miríadas de Dios y cercaron al «Demonio» y sus sacerdotes. Levantados contra Satanás, fueron acercándose comiéndole el espacio; estrechándole, gastando la piedra de mármol con cada paso que arrastraban hacia el «Demonio» y sus sombras. Iban acercándose lentamente las miríadas, espada en mano, haciendo según el plan de San Miguel de encerrar al «Demonio» y sus seguidores para después apuñalarlos.

—¡YO SOY SATANÁS! ¡EL PRIMERO DE TODOS VOSOTROS! ¡QUIEN EN VERDAD DEBE REINAR! ¡SAL! ¡DA LA CARA! —exigía «el Demonio», dirigiéndose a Dios mientras los ángeles venían a por él—. Ea, ¿quién más podía hacerte la guerra sino yo?

Ni uno solo dudó. Las miríadas continuaron estrechando el cerco al «Demonio».

—Vosotros lo habéis dicho —dijo Satanás.

Extendió las alas Satanás. Voló por encima del cerco. Al volver a poner sus pezuñas, ágiles, en el atrio, desbordó la cólera sobre los «Ángeles de la Muerte». Los sacerdotes echaron los brazos hacia atrás y cobraron fuerza manifestando al que moraba en ellos desde el principio, cuarteado para vivir en la carne; y éste había sido por siempre Dæmon, sumo sacerdote de Malka. Lo llevaron a guerrear de un lado a otro, lo invocaron frente a la «Casa de Dios». El parásito tomó las espadas de la noche y las puso en manos de sus anfitriones, y estos cuatro sacerdotes salieron también para el combate. Acabaron todos en el centro juntamente, haciendo saltar chispas, firmemente establecidos dominando la espada, levantada una contra otra, dando alaridos sin doblegarse, buscando punzar entre las hendiduras; ángeles y demonios, a un soplo de

vida el uno del otro, manteniéndose juntos; derramando luz y oscuridad que era inmediatamente pisoteada.
San Miguel y Satanás se buscaron desde el principio, sin tregua. Los golpes de sus espadas al cruzarse producían estruendos y terremotos en todo el universo. Gruñía «la bestia», bramaba mirando a San Miguel con los ojos empequeñecidos por la guerra. Temblaban los cimientos del reino. ¡Angustia! ¡Cólera!, contra las cuales cargaba el arcángel furioso mirando hacia arriba y después abajo, pues el demonio era rápido y no se aplacaba; continuaba con brazo extendido y mano firme, con todo el aliento del furor en su boca, sacando el repertorio de ataques entre violentas embestidas para la aniquilación. Mientras, «los Custodios y los ángeles de la muerte» luchaban contra Dæmon, repartido en los cuatro sacerdotes. Se enfrentaban hasta la muerte, arrollándose con toda la potencia, yendo al encuentro en presencia de la «Casa de Dios», apurando los ataques frente al «Altar de los Holocaustos». Caían las estrellas porque estaban siendo sacudidas por el estallido que producían los terribles choques de la constante entre San Miguel y Satanás. Truenos y relámpagos les buscaban. Los primeros los cubrían de luminosidad, ya que las fuerzas estaban igualadas y ambos se habían oscurecido, y ya sólo se oía el chirriar de las espadas. El tiempo se convertía a sus ataques e inmediatamente los arrojaba a todos los rincones del universo con voz potente. San Miguel y Satanás remontaban hacia lo más alto entablando batalla, apareciendo y desapareciendo, batiendo las alas, peleando sin poder emplazarse y deshacer el empate. Todo lo que Dios había levantado y llevaba su sello no podía aguantar la pugna de sus hijos. «El Reino de los Cielos» iba cayendo por culpa del fragor, en el arrastre de su intensidad. Las grietas salieron a presentarse y corrieron por todo el atrio, abriéndolo, exhibiéndose para hundir «la Casa de Dios».
Dæmon empuñaba, en manos de sus cuatro anfitriones, los aceros afilados llenos de ira. Trataba de empujar a los ángeles con voraz excitación. Cayeron San Miguel y Satanás en mitad de todo aquel enjambre sin dejar de luchar. Continuaron la estruendosa contienda nuevamente sobre el atrio. Y era tan violenta que la onda expansiva sacaba de en medio a todo ángel que se ponía delante.

TUN
(LA PIEDRA)

De pronto, el cielo nocturno sobre el atrio se vio cubierto de fuego. Todas las estrellas del universo se escondieron, y todos los planetas de alrededor salieron de la visión.
En aquel momento la batalla se detuvo. Todos los que estaban en el atrio se encontraban paralizados con los ojos puestos en el cielo. Todo el furor de la contienda se había deshecho, entregado a aquella extraña presencia en las alturas que no pertenecía a ninguna raza de las que se habían emplazado allí para la guerra.
Había llegado una mujer completamente revestida de negro, comprometida con la oscuridad. Todo lo que tocaba caía tenebroso, pues se convertía en su propiedad. El mal más profundo había regresado para reinar en toda la noche. El espíritu de la oscuridad caminaba por el cielo sin derrochar odio; casi se hacía agradable de no ser por esa mirada ensangrentada que buscaba cuerpos para después poseerlos y hacerlos sufrir hasta matarlos. No temía nada. Bajó al lugar enfundada en rayos que le salían como afluyendo y se presentó ante todos sin apartarles el rostro, sabiendo que había salido indemne de su juicio verdadero. Sus ojos y su rostro no tenían heredad en la Tierra ni en

el cielo. La única hija viva de Malka, que en verdad era igual que Dios; tan frágil en apariencia, con el tamaño de un humano, allí, de pie, fulgurando frente a la «Casa de Dios», en el mismísimo Reino de los Cielos, un horror que ninguno creía cierto.
Los ángeles, como los demonios, se encontraban perdidos en la confusión. No sabían si marchar de nuevo hacia el combate o lanzarse contra aquella pequeña imagen alada, delgada, que hacía llorar sangre al contemplarla. «La Emperatriz de las tinieblas». «La Diosa de la Noche». Apolión resucitada con la marca de la bestia. Un nombre que jamás volverá a escucharse. En cuanto se acercaron «los Custodios», la antítesis de Dios, Makael, puso la cadera hacia adelante súbitamente. Entonces todos «los Custodios» volvieron a subir la guardia nerviosos, temiendo algún nuevo tipo de ataque desconocido. Makael llevó una mano a la espalda. Sus dedos se fueron cerrando muy lentamente sobre la empuñadura que se acostaba recta entre sus alas. La hizo emerger a una sola mano, extrayéndola despacio, fijando el camino para marchar hacia el exterminio. «La espada de la Diosa de la noche». La anunció ejecutando precisos movimientos giratorios en presencia de todos, los cuales seguían permaneciendo cautivos, con el miedo trepando peligrosamente hacia sus ojos.

—Es Dios —dijo San Miguel, estupefacto.

Satanás abandonó la lucha y acudió a presentarse. Entonces Makael ladeó el cuello de manera sobrenatural, arqueándolo completamente hasta que su cabeza quedó recostada sobre su hombro diminuto. Miró fijamente a Satanás. Y desapareció. En mucho menos que una décima, Makael apareció de súbito en el aire, a espada presta, delante del sacerdote que portaba las extremidades de Dæmon. En una brutal acción que ni siquiera San Miguel pudo visualizar, Makael abrió a este sacerdote en canal y esparció su hiel por todo el atrio. Todos se quedaron atónitos. Ángeles y demonios sentían ganas de arrojar las armas y huir. Ni siquiera lo habían visto. Todo lo que sus ojos habían podido presenciar era a aquella imagen negra de mujer escuálida alada, suspendida frente al sacerdote. Ni la vieron moverse. Tan sólo fueron testigos de cómo uno de los anfitriones de Dæmon salía disparado hacia atrás, a pedazos. Makael volvió a desaparecer. Satanás llenó su boca de asombro. De repente, volvieron a ver a la diminuta criatura negra frente a otro de los sacerdotes que portaba el torso de Dæmon. Ocurrió lo mismo. En una acción invisible para ángeles y demonios, el sacerdote fue hundido contra el suelo para ser alzado violentamente y virar en el aire, cayendo de nuevo con la cabeza aplastada y el cuerpo deshecho bajo el filo de la espada negra; un rastro de acero que, al ser seguido por la vista, conducía de vuelta a la imagen de Makael, quien en ese instante se manifestaba inmensa, recuperando su forma sin haber movido, aparentemente, un solo músculo». El tronco de Dæmon salió al encuentro de Makael. Enfurecido, corrió este sacerdote para enfrentarse. Makael se transportó con toda la fuerza de las tinieblas. Atravesó el tronco y lo exterminó con una facilidad pasmosa, troceándolo en cientos de pedazos a la velocidad de un dios. Acto seguido, desplegó las alas y cruzó el umbral de la velocidad del rayo para lucir frente a la cabeza de Dæmon. Esta vez sí que permitió que la contemplaran. Subió la espada negra regocijándose, sonriendo con cinismo. Hizo que su sombra cubriera al demonio y se preparó para dejarla caer. Y así hizo. Pero entonces halló la espada de Satanás interponiéndose.

—¡¿Quién eres tú?! —le preguntó Satanás enojado, soportando el embiste.
—Ea, yo soy tu único y verdadero Dios. Y tú eres mi subordinado —contestó Makael con la voz de mil demonios a la vez.

Makael le envió su fuerza. Hizo que «el Demonio» se tambaleara. Pero Satanás se recuperó pronto. Cargó, fue sacando a Makael del recinto a golpes de espada. La heredad de Malka no se mostraba en ningún momento abatida. Permitía que la bestia bermeja desatada la siguiera sacando de allí. Incluso a veces, sonreía. Llegaron al término del atrio. Satanás continuó embistiendo. Makael se arrojó al vacío. Satanás le siguió en la caída sin detenerse…

K´ATUN
(LA CORONA)

El universo tembló; los soles se oscurecieron, y las lunas se volvieron sangre. Las nebulosas perdieron su color, y el olor a incienso y crocimus lo copó todo. Y Dios, en su infinita y terrible magnificencia, se despojó de su túnica de lino para descender encarnado en la figura de un ángel vigoroso cuya belleza irradiaba una luz eléctrica, azulada y profunda. Y su cabello era un mar de oro y su piel adherida al cuerpo y en ocasiones traslúcida, emanaba una luminiscencia tan poderosa que barría sombras y demonios a su paso. Bajo esa luz de zafiro incandescente, Dæmon —aquella entidad que se erguía como la cabeza de toda oscuridad—dejó de existir. Atrapado en su solemnidad, no pudo presentar batalla. Estalló silencioso y se desvaneció en humo.
Entonces, viesen en el firmamento a los veinticuatro ancianos levitas, gigantescos y flotantes; con sus rostros surcados por los milenios y la sabiduría, y sus miradas pasadas a filo de espada. Tomados de la mano de los hijos de Dios, iniciaron su descenso, lentos y gráciles como el maná que cayó del cielo para los homos. Su radiación purificó el atrio; por donde sus pies rozaban la piedra blanca, el mal de Satanás transmutaba en vida. Lo que el pecado había marchitado y corrompido volvió a florecer con la imagen de un árbol sagrado en el centro, al que Dios llamó: Apolión. Así terminó para siempre una era llena de tinieblas.

DOR
(EL ANCESTRO)

…Cruzaron espadas en plena caída, por debajo del reino, elevando el duelo, desgastando las puntas que extremadamente chocaban, abriendo agujeros negros en todo el cielo nocturno. El abismo glacial acogió a ambos en la caída. Tanto Makael como Satanás entraron en su estómago de hielo combatiendo, castigando a las estrellas, pulverizándolas en las acciones que cometían; concurriendo en la grieta que guardaba el camino de la colisión entre universos; toda la brecha que había quedado tras la luz y la oscuridad. Makael cayó sobre el rostro de Satanás. Se le echó encima golpeándolo hasta que el abismo los expulsó a una superficie helada. Tal como se hundió en el hielo, Makael volvió a levantarse, precipitándose en actitud firme sobre «el Demonio», poniéndolo al borde de la desesperación con espectaculares giros en el aire; empero, la bestia no terminaba de hincar la rodilla. Makael buscó entonces el modo de abatir a Satanás rodeándolo. Se evaporaba y se manifestaba a su alrededor, acometiendo al dorso y los costados. El enorme, pesado y cada vez más lento «Demonio» se volvía

como bien podía y contrarrestaba cada vez más tardío. Levantó el brazo en demasía y, entonces, lo perdió. Pero continuó emprendiendo con el otro brazo ataques apresurados, enloquecido, defendiendo su espíritu que, al fin, parecía entregarse a cada golpe. Se encontró con un nuevo cruce de espadas. Extendió su mano y metió a Makael en una serie de ataques fulminantes que, al entrelazarlos a toda velocidad, hicieron que «la heredad» perdiera su espada y «el Demonio», la cabeza. Aquel fue el fin del «maligno». Acabado sobre el hielo, Satanás decapitado, con los ojos todavía abiertos sin aceptar su muerte verdadera e irrevocable. Se había quedado en el óbito con aquella imagen del ángel negro que se engrandecía a medida que su sangre oscura corría hacia las grietas del abismo helado.

FINAL
Crónicas Arcangélicas
EL SÉPTIMO ÁNGEL

VACÍO PARA CONSTRUIR

—Ven—. Me dijo una voz dulce. Parecía muy sabia. Siguió hablándome en la cabeza. Decía: —te doy esta orden porque para mí eres tú, mujer, luz, un prodigio. Todos han inclinado la cabeza y han venido a tu encuentro. Mira, a ti te recogí para encabezar mis ejércitos, para hacer salir a los demonios y darles sentencia. Yo te he endurecido, te he hecho salir de un cuerpo por una mano fuerte que derrotara a mi adversario, y te he puesto a ti, «mi Ángel», en el corazón de muchos para que me hicieran servicio. Dime, ¿si yo te tiendo mi mano, lo apartarás y le dejarás huir? Si no lo haces, yo Yahvé, «El que soy», «Jehová, el Nombre de Dios», me acordaré de nuestro pacto y te dejaré partir.

En mi pensamiento visionaba una nueva guerra. Mucho más encarnizada. En un lado estaría yo, «La Diosa de la Noche», inspirando el terror a las masas. En el otro, Dios. Tal y como estaba ahora, entrado en años, no me aguantaría una guerra abierta. Lo único que tenía que hacer era salir del glacial, ascender, y quebrar con una sola mano a Miguel Arcángel. Ese era, en verdad, mi único e insignificante obstáculo para conseguir lo que se le había negado a mi padre y a Satanás. Todo al alcance de mi mano. Y Dios lo sabía. Lo sentía. No podía ocultármelo. Era demasiado viejo. En cambio yo, era joven. Pero había algo que me estaba confundiendo. Me entretuve en los pensamientos. Me paré a buscar en los recuerdos. Podía hacer lo que quisiera, y lo que hice fue buscar a Víctor, como música para mis oídos. En verdad lo único que deseaba era lo que había querido siempre: amar, querer, sentir algo puro. Perfilé una sonrisa melancólica, incliné la cabeza y me preparé para morir. —Si te entrego a Makael, ¿desapareceré? —le pregunté a Dios.

—Tú lo has dicho. Todos los profetas venideros hablarán por ti en su nombre. Cada hombre y mujer que halle la gracia en sus ojos te venerará. Tú eres el Arcángel Apolión hasta el fin de los confines— esa fue la respuesta de Dios utilizando mil voces a la vez.

Víctor era la única luz que quedaba en mí. Toda una vida de dolor, juntos. Le recordaba. Había estado protegiéndome siempre. Pronuncié su nombre en presencia de Dios: «Su vida será mi final. Renunciaré a todo para, al fin, encontrarnos». Imaginé una vida juntos. Los dos, como uno solo, mirando a través del otro. Ambos en nuestra vitalidad, a rebosar de esperanza.

—Está condenado a vagar en las sombras— dijo Dios.
—Libéralo.
—Pues ve con él, mi ángel, y sálvale. Dale todo nuestro conocimiento para sobrevivir y él hablará de nosotros.

Así fue como Dios me haría regresar. Yo le entregaría a Makael y él me traería de vuelta a Víctor. Me hizo viajar hacia atrás en el tiempo. Lo hallé nuevamente en el vómito de su condenación. Debía entrar en su cuerpo y adherirme a su alma para que enmendara sus errores. Después, yo desaparecería. Pero durante ese tiempo juntos yo, Apolión, iba a ser su guía. «En tus manos encomiendo mi espíritu oscuro».

"Lo encontré tirado bajo un puente, con los ojos bien abiertos y con ganas de abandonar el mundo del que formaba parte…"

ISRAEL
GUTIÉRREZ
COLLADO
EL
SÉPTIMO
ÁNGEL
CRÓNICAS ARCANGÉLICAS
ElCondorPasa